VIDAS PARALELAS
TOMO II

PLUTARCO

PERICLES - FABIO MÁXIMO - ALCIBÍADES - CORIOLANO - TIMOLEÓN - PAULO EMILIO - PELÓPIDAS - MARCELO

PERICLES

I.- Viendo César en Roma ciertos forasteros ricos que se complacían en tomar y llevar en brazos perritos y monitos pequeños, les preguntó, según parece, si las mujeres en su tierra no parían niños; reprendiendo por este término, de una manera verdaderamente imperatoria, a los que la inclinación natural que hay en nosotros al amor y afecto familiar, debiéndose a solos los hombres, la trasladan a las bestias. Puesto que nuestra alma es por naturaleza curiosa y ávida de espectáculos, ¿no es razonable censurar a los que abusan de este instinto, consagrándolo a lecciones y espectáculos indignos de atención y despreocupándose, por otra parte, de las cosas bellas y útiles? Porque a los sentidos, como obran pasivamente, al recibir la impresión de cualquiera objeto puede serles preciso reparar en lo que los hiere, bien sea provechoso, o bien inútil; mas de la razón a cada uno le es dado usar como quiere, y dirigirla fácilmente al objeto que le parece o apartarla de él. Conviene, por tanto, volverla a lo mejor, no para examinarlo sólo, sino para alimentarse y recrearse con su contemplación. Porque así como al ojo aquel color le es conveniente que con su vivacidad y blandura ex-

cita y recrea la vista, así también conviene emplear la inteligencia en objetos que con recreo la inclinen hacia el bien que le es natural y propio. Tales son las obras y acciones virtuosas que con sólo que se refieran engendran cierto deseo y prontitud capaces de conducir a su imitación; pues en las demás, al admirar sus frutos o productos no suele seguirse el conato de ejecutarlas, antes por el contrario, muchas veces, causándonos placer la obra, miramos mal al artífice, como sucede con los ungüentos y la púrpura; estas cosas nos gustan, pero a los tintoreros y aparejadores de afeites los tenemos por mecánicos y serviles. Por esto Antístenes, habiendo oído de Ismenias que era buen flautista, repuso, con razón: "Pero hombre baladí, pues a no serlo, no sería tan diestro flautista"; y Filipo, a su hijo, que en un festín había cantado con gracia y habilidad: "¿No te avergüenzas- le dijo- de cantar tan diestramente? Porque a un rey le basta, cuando tenga vagar, oír a los que cantan, y da bastante a las Musas con presenciar los certámenes de los que en ellas sobresalen".

II.- La ocupación, pues, en las cosas serviles halla contra sí misma confirmación que la convenza de desidia hacia la virtud en el trabajo que se emplea en los negocios fútiles; pues ningún joven de generosa índole, o por haber visto en Pisa la estatua de Zeus ha deseado ser un Fidias, o un Policleto por haber visto en Argos la de Hera; ni un Anacreonte, un Filemón, o un Arquíloco, por haber oído los versos de estos poetas, pues no es preciso que, porque la obra deleite como agradable, sea digno de estimación el artífice. Por

tanto, es visto que no son de provecho para los espectadores aquellas cosas que no engendran celo de imitación, ni tienen por retribución el incitar al deseo y conato de aspirar a la semejanza; mas la virtud es tal en sus obras, que con el admirarlas va unido al punto el deseo de imitar a los que las ejecutan; porque en las cosas de la fortuna lo que nos complace es la posesión y el disfrute; pero en las de la virtud, la ejecución; y aquellas queremos más que nos vengan de los otros, y éstas, por el contrario, que las reciban los otros de nuestras manos; y es que lo honesto mueve prácticamente y produce al punto un conato práctico y moral, infundiendo un propósito saludable en el espectador, no precisamente por la imitación, sino por sola la relación de los hechos. De aquí nació en mí el propósito de proseguir este género de escritura relativo a las *Vidas*, y éste es el décimo libro que componemos, que contiene las de Pericles y de Fabio Máximo, el que combatió con Aníbal, varones parecidos entre sí en otras virtudes, pero muy especialmente en la mansedumbre y la justicia, y en haber sido ambos muy útiles a sus patrias con saber llevar las injusticias de los pueblos y de sus colegas; si acertamos o no en nuestro juicio, podrá verse lo que escribimos.

III.- Era Pericles, por la tribu, Acamántida, y por su demo, Colargeo, y de los primeros por su casa y linaje, así por parte de padre como de madre. En efecto: Jantipo, el que venció en Mícala a los generales del rey, se casó con Agarista, descendiente de Clístenes, el que arrojó a los Pisistrátidas, y destruyó valerosamente la tiranía, publicando leyes y esta-

bleciendo un gobierno el más acomodado para la concordia y el bienestar. Parecióle a aquella entre sueños que paría un león, y de allí a breves días dio a luz a Pericles, que en toda la demás conformación de su cuerpo no tenía defecto, y solamente la cabeza era muy prolongada y desmedida. Por esto en casi todas sus estatuas se le retrata con yelmo, no queriendo, según parece, mortificarle los artistas; y los poetas áticos le llamaban *esquinocéfalo*, cabeza de albarrana, porque a esta especie de cebolla llamada *escila* algunos le decían *esquino*. De los poetas cómicos, Cratino en *Los Quirones* dice:

La sedición y el ya canoso tiempo
en unión monstruosa se ayuntaron;
y un tirano nació, que de los Dioses
fue congregacabezas saludado.

Y también en la *Némesis:*

¡Ven ¡oh Zeus hospedero y bienhadado!

Teleclides, en un lugar, dice que, dudoso con los negocios, se sentaba en la ciudad muy *cargado de cabeza*, y en otro lugar, que él solo, con su cabeza descomunal, movía grande alboroto. Y Éupolis, en su comedia *Los populares,* preguntado sobre cada uno de los demagogos que iban volviendo del infierno, cuando en último lugar se nombró a Pericles:

¿A qué ahora trajiste de allá bajo

a ése que de todos es cabeza?

IV.- Muchos escriben que fue Damón su maestro en la música, diciendo que la primera sílaba de este nombre debe pronunciarse breve; pero Aristóteles es de opinión que se dedicó a la música bajo la enseñanza de Pitoclides. Lo que se infiere es que Damón, que era consumado sofista, quiso tomar por pretexto el nombre de la música, disfrazando así para con la muchedumbre su principal habilidad; pues estaba al lado de Pericles como de un atleta, sirviéndole de ungüentario y maestro en las cosas públicas. Ni se dejó de echar de ver que Damón tomaba la lira por pretexto y disimulo; antes luego que, como hombre de peligrosos intentos y favorecedor de la tiranía, fue condenado al ostracismo, dio por aquella causa materia a los poetas cómicos; de los cuales, Platón hace que uno le pregunte, en cabeza de aquel, de esta manera:

A esto ante todas cosas da respuesta.
¡Es común opinión que tú, oh perverso,
fuiste quien a Pericles educaste!

Oyó también Pericles a Zenón Eleata, que trató de las cosas naturales al modo de Parménides, y practicó por vez primera un método dialéctico tan sutil y lleno de argucias, que desconcertaba al adversario, según que Timón Fliasio lo indicó en estos versos:

Era grande el poder, mas no engañoso,

de Zenón doble-lengua; que de todos,
como abeja, solícita escogía.

Mas quien siempre asistió al lado de Pericles, quien le infundió principalmente aquella altivez y aquel espíritu domeñador de la muchedumbre, y quien dio majestad y elevación a sus costumbres, fue Anaxágoras de Clazómenas, al cual los de su edad le apellidaban Inteligencia, o admirando su grande prudencia y sus singulares y adelantados conocimientos en las cosas físicas, o porque fue el primero que estableció por principio ordenador de todos los seres, no el acaso o la necesidad, sino una razón pura e ilibada, difundida en todas las cosas, que puso diferencias entre las que eran semejantes y estaban mezcladas.

V.- Gustaba extrañamente Pericles de este filósofo, y, penetrado de su doctrina sobre los fenómenos celestes y de su metafísica sublime, no solamente adquirió, como era natural, un ánimo elevado y un modo de decir sublime, puro de toda chocarrería y vulgaridad, sino que con su continente inaccesible a la risa, con su modo grave de andar, con toda la disposición de su persona, imperturbable en el decir, sucediera lo que sucediese, con el tono inalterable de su voz, con todas estas cosas sorprendía maravillosamente a todos. Estuvo en una ocasión un hombre infame y disoluto insultándolo todo el día, y lo aguantó, aun en la plaza, mientras tuvo que despachar los negocios que ocurrieron: a la tarde se retiraba tranquilo a casa, y aquel hombre se puso a seguirle, vomitando contra él toda suerte de dicterios: llegó a casa

cuando ya había oscurecido, y mandó a un criado que tomase un hacha y fuese acompañando a aquel hombre hasta su posada. El poeta Ion dice que el trato de Pericles era arrogante y soberbio, y que a lo jactancioso se reunía en él cierta altivez y desprecio de los demás; y celebra a Cimón de atento, de afable y de festivo en las concurrencias. Pero sin hacer caso de Ion, que, al modo que en la representación trágica, quiere que también en la virtud haya un poquito de sátira, a los que a la gravedad de Pericles le daban el nombre de arrogancia y soberbia los exhortaba Zenón a que ellos también se mostraran orgullosos de modo semejante, para que la ficción de lo bueno engendrara en sus ánimos, sin que lo echasen de ver, recta imitación y costumbre.

VI.- Ni sólo este fruto sacó Pericles de su comunicación con Anaxágoras, sino que parece haberse hecho con ella superior a la superstición, que infunde terror en los efectos meteóricos y naturales a los que ignoran sus causas, y en las cosas divinas, a los que con ellas deliran, y se asustan por falta de experiencia; pues la ciencia física la disipa inspirando, en lugar de una superstición tímida y vana, una piedad sólida, acompañada de las mejores esperanzas. Cuéntase que trajeron una vez a Pericles la cabeza de un carnero que no tenía más de un solo cuerno, y que Lampón el adivino, luego que vio el cuerno fuerte y firme que salía de la mitad de la frente, pronunció que, siendo dos los bandos que dominaban en la ciudad, el de Tucídides y el de Pericles, sería de aquel el mando y superioridad en el que se verificase aquel prodigio; pero Anaxágoras, abriendo la cabeza, hizo ver que

el cerebro no llenaba toda la cavidad, sino, que formaba punta como huevo, yendo en disminución por toda aquella hasta el punto en que la raíz del cuerno tomaba principio. Por lo pronto, Anaxágoras fue muy admirado de los que se hallaron presentes; pero de allí a poco lo fue también Lampón, cuando, desvanecido el poder de Tucídides, recayó en Pericles todo el manejo de los negocios públicos. Mas a lo que entiendo, ninguna oposición o inconveniente hay en que acertasen el físico y el adivino, y que atinase aquel con la causa, y éste con el fin; siendo de la incumbencia del uno el examinar de dónde y cómo provenía, y del otro, pronosticar a qué se dirigía y qué significaba. Los que son de opinión de que el hallazgo de la causa es destrucción de la señal no reparan en que juntamente con las señales de las cosas divinas quitan las de las artificiales y humanas: el ruido de los discos, la luz de los faros, la sombra del puntero de los relojes de sol, cada una de las cuales cosas por artificio y disposición humana es signo de otra. Mas esto quizás es más bien asunto de otro tratado que del presente.

VII.- Pericles ya desde joven se iba con mucho tiento con el pueblo, porque en la conformación del rostro era muy parecido a Pisístrato el tirano, y los más ancianos admiraban en él, cuando le oían hablar, lo dulce de la voz y la volubilidad y prontitud de la lengua por la misma semejanza. Siendo además expectable por su riqueza y su linaje, y teniendo amigos de mucho poder, de miedo del ostracismo ninguna parte tomaba en las cosas de gobierno; pero en las expediciones militares se acreditaba de valeroso y arriscado.

Cuando ya murió Arístides, Temístocles fue condenado, y Cimón estaba constantemente con la escuadra fuera de la Grecia, se fue Pericles aproximando al pueblo, con tal arte que tomó la causa de la muchedumbre y de los pobres, en vez de la de los pocos y los ricos, no obstante que su carácter nada tenía de popular, sino que temeroso, a lo que parece, de caer en sospecha de tiranía, y observando que Cimón era aristocrático y muy preciado de lo mejor de la ciudad, se puso del lado de los muchos, tanto para labrarse su seguridad propia, como para formar contra éste un partido poderoso. Aun en lo relativo al método de vida tomó desde entonces otro sistema; porque parece que para él no había en la ciudad otro camino que el de la plaza pública y el consejo: ¡de tal modo dio de mano a los convites para festines y a toda clase de reunión y concurrencia! Así, en todo el tiempo que mandó, que fue muy largo, no se le vio concurrir a convite alguno en casa de ningún ciudadano, sino únicamente en la boda de su primo Euriptólemo, en la que estuvo hasta las libaciones, y luego se levantó. Porque las concurrencias llevan mal todo lo que es altivez, y es muy difícil en la familiaridad conservar aquella gravedad que da opinión. Mas en la verdadera virtud, lo más loable es lo que más se manifiesta al público, y en los hombres buenos nada hay tan admirable para los de afuera como lo es su vida cotidiana para los de su casa; pero éste, huyendo respecto del pueblo la relación continua y el fastidio, no se le presentaba sino como escatimándose, ni hablaba en todo negocio, ni siempre se mostraba al público, sino que, reservándose para los casos de importancia, como de la nave de Salamina, dice Critolao, las

demás cosas las ejecutaba por medio de sus amigos o de oradores de su partido; de los cuales se dice que era uno Efialtes, que fue el que debilitó la autoridad del Areópago, escanciando a los ciudadanos, según expresión de Platón, una grande e inmoderada libertad, con la que el pueblo, como caballo sin freno, según que se lo echan en cara los poetas cómicos:

No tuvo a bien mostrarse ya sumiso,
sino morder osado a la Eubea,
y hacer insultos a las otras islas.

VIII.- A este orden de vida y a la elevación de su ánimo procuraba acomodar, como órgano conveniente, su lenguaje, para lo que consultaba frecuentemente a Anaxágoras, coloreando con la ciencia física, como con un tinte retórico, la dicción. Porque reuniendo aquel, por sus conocimientos en la física, la razón sublime obradora de todo, como dice el divino Platón, a su excelente natural, y juntando siempre lo conducente con el artificio en el decir, se aventajó mucho a todos los demás; y de aquí dicen que tuvo el sobrenombre; aunque hay quien diga que de los primores con que adornó la ciudad, y otros que de su autoridad en el gobierno y en los ejércitos, le vino el que le llamasen Olimpio: bien que nada de extraño habría en que todas estas cosas hubiesen contribuido en aquel hombre insigne para esta gloriosa denominación. Mas las comedias de sus contemporáneos lanzaron por entonces muchas voces serias o ridículas contra él; de su modo de decir muestran habérsele originado principalmente

el tal sobrenombre porque decían de él que tronaba, que lanzaba centellas, y que llevaba en la lengua un tremendo rayo, cuando hablaba en público. Hácese también mención en este punto de un dicho de Tucídides, hijo de Melesio, que expresa con gracia la destreza de Pericles. Era Tucídides hombre recto y bueno, y en el gobierno había estado largo tiempo en contradicción con Pericles. Preguntándole, pues, Arquidamo, rey de los Lacedemonios, cuál de los dos, Pericles o él, era mejor combatiente, "cuando le he derribado-dijo-, luchando con él, luego replica que no ha caído, que vence, y se los persuade a los que se hallan presentes". El mismo Pericles era tímido y circunspecto en el decir; y así, al subir a la tribuna, pedía siempre a los Dioses que no se le escapase, sin advertirlo, ni una sola palabra que no fuese acomodada a su intento y a lo que éste pedía. Y lo que es escrito no dejó nada, a excepción de los decretos; pero se conservan en la memoria unos cuantos dichos suyos notables, muy pocos; cual es haber dispuesto que como una legaña se separase a Egina del Pireo, y aquello de decir: "Me parece que veo ya la guerra venir del Peloponeso". Y en una ocasión en que Sófocles, su colega en el mando, hizo con él un viaje de mar, celebrando éste de lindo a un mocito: "Un general- le dijo- no sólo ha de tener puras las manos, sino también los ojos". Y Estesímbroto refiere que, elogiando en la tribuna a los que había muerto en Samo, dijo que "se habían hecho inmortales, como los Dioses, porque tampoco a éstos los vemos, sino que de los honores que se les tributan y de los bienes que nos dispensan conjeturamos que son in-

mortales, y esto mismo cuadra a los que mueren por la patria".

IX.- Tucídides nota de aristocrático el gobierno de Pericles, diciendo que, aunque en las palabras era democrático, en la realidad era mando de uno solo; y otros muchos han escrito que bajo él fue por la primera vez seducida la plebe con repartimientos y con pagarle los espectáculos y darle jornal; con las cuales disposiciones se la acostumbró mal, y se hizo pródiga e indócil, de templada y laboriosa que antes era: veamos, pues, por los hechos mismos, cuál fue la causa de esta mudanza. Contrarrestando Pericles en el principio, como hemos dicho, a la gloria de Cimón, se adhirió a la muchedumbre; mas siendo inferior en riqueza e intereses, con los que éste ganaba a los pobres, dando cotidianamente de comer a los Atenienses necesitados, vistiendo a los ancianos y echando al suelo las cercas de sus posesiones para que tomaran de los frutos los que quisiesen, frustrado Pericles con estas cosas, recurrió al repartimiento de los caudales públicos aconsejándoselo así Damónides de Ea, según testimonio de Aristóteles. Con las dádivas, pues, para los teatros y para los juicios, y con otros premios y diversiones, corrompió a la muchedumbre, y se valió de su poder contra el consejo del Areópago, en el que no tenía parte, por no haberle cabido en suerte ser o Arconte, o Tesmoteta, o Rey, o Polemarco; porque estos empleos eran sorteables de antiguo, y de ellos los ciudadanos más aprobados pasaban al Areópago; por esta causa, cuando Pericles tuvo gran influjo en el pueblo, le convirtió contra este consejo, consiguiendo quitarle el cono-

cimiento de muchos negocios por medio de Efialtes, y hacer salir desterrado a Cimón, como apasionado de los Lacedemonios y desafecto a la muchedumbre: varón que a nadie cedía en hacienda y linaje, que en muchos combates había alcanzado brillantes victorias de los bárbaros, y que con grandes sumas y cuantiosos despojos había enriquecido la ciudad, como lo escribimos en su vida: ¡tal era el poder de Pericles en el pueblo!

X.- No se acababa por la ley el ostracismo, para los que sufrían, esta especie de destierro, hasta los diez años; pero en este medio tiempo los Lacedemonios invadieron el territorio de Tanagra, y marchando al punto los Atenienses contra ellos, Cimón, volviendo de su destierro, tomó las armas, y formó con los de su tribu, queriendo purgar con obras la sospecha de laconismo peleando al lado de sus conciudadanos; pero los amigos de Pericles se agruparon, y lo hicieron desechar como desterrado. Por esto mismo pareció que Pericles peleó en aquella ocasión con mayor denuedo, y se distinguió sobre todos, poniendo a todo riesgo su persona. Perecieron allí los amigos de Cimón, todos a una, a los que Pericles había acusado también de laconismo; y los Atenienses llegaron ya a arrepentirse y echar menos a Cimón, viéndose vencidos en las mismas fronteras del Ática, y esperando más violenta guerra todavía para el verano. Echólo de ver Pericles, y no sólo no tuvo dificultad en dar gusto a la muchedumbre, sino que él mismo escribió el decreto por el que Cimón había de ser restituido; el cual, luego que volvió, hizo la paz entre ambas ciudades, porque los Lacedemonios

le miraban con inclinación, así como estaban mal con Pericles y con los demás demagogos. Algunos son de sentir que no se decretó por Pericles la restitución de Cimón, sin que antes se hiciera entre ambos, por medio de Elpinice, hermana de éste, un tratado secreto: de modo que Cimón daría al punto la vela con doscientas galeras para mandar fuera las tropas, y a Pericles le correspondería quedar con el mando en la ciudad. Parece que ya antes la misma Elpinice había suavizado para con Cimón el ánimo de Pericles cuando aquel tuvo que defenderse en la causa capital. Era Pericles uno de los acusadores, elegido por el pueblo, y habiéndosele presentado Elpinice en clase de suplicante, sonriéndose le respondió: “Vieja estás, Elpinice, vieja estás para salir adelante con tales asuntos”; mas con todo, sola una vez se levantó a hablar, no más que por cumplir con su nombramiento; y luego se retiró, habiendo sido de los acusadores el que menos incomodó a Cimón. ¿Pues quién con esto podrá dar crédito a Idomeneo, que acusa a Pericles de que habiéndose hecho amigo del orador Efialtes, y sido ambos de un mismo modo de pensar en las cosas de gobierno, por celos y por envidias dolosamente lo hizo asesinar? Yo no sé de dónde pudo recoger estos rumores para achacarlos como hiel a un hombre que, si no fue del todo irreprensible, tuvo un espíritu generoso y un alma apasionada por la gloria, con los que no es compatible una pasión tan cruel y feroz, y respecto de Efialtes, lo que hubo fue que, habiéndose hecho temer de los oligarquistas, y siendo inexorable para tomar venganza y perseguir a los que molestaban al pueblo, sus enemigos le armaron asechanzas, y ocultamente le quitaron

de en medio por mano de Aristódico de Tanagra, como lo refiere Aristóteles. Cimón, en tanto, mandando la escuadra, murió en Chipre.

XI.- Los aristócratas, viendo ya a Pericles engrandecido y tan preferido a los demás ciudadanos, quisieron contraponerle alguno de su partido en la ciudad, y debilitar su poder para que no fuese absolutamente, de un monarca; y con la mira de que le resistiese, echaron mano de Tucídides, de la tribu Alopecia, hombre prudente y cuñado de Cimón. Era, sí, menos guerrero que éste; pero le aventajaba en el decir y en el manejo de los negocios; así contendía en la tribuna con Pericles, y bien pronto produjo una división en el gobierno. En efecto: estorbó que los ciudadanos que se decían principales se allegaran y confundieran como antes con la plebe, mancillando su dignidad, y más bien manifestándolos separados, y reuniendo como en un punto el poder de todos ellos, le hizo de más resistencia, y que viniera a ser como un contrapeso en la balanza; porque desde el principio hubo como una separación oscura, que, a la manera de las pegaduras del hierro, era indicio de dos partidos: el popular y el aristocrático; y ahora aquella unión y concordia de los principales dio más peso a esta división de la ciudad, e hizo que el un partido se llamara plebe, y el otro, oligarquía o de los pocos. Por esto mismo, soltando más entonces Pericles las riendas a la plebe, gobernaba a gusto de ésta, disponiendo que continuamente hubiese en la ciudad, o un espectáculo público, o un banquete solemne, o una ceremonia aparatosa, entreteniendo al pueblo con diversiones del mejor gusto.

Hacía, además, salir cada año sesenta galeras, en las que navegaban muchos ciudadanos, asalariados por espacio de ocho meses, y al mismo tiempo se ejercitaban y aprendían la ciencia náutica. Enviaba asimismo mil sorteados al Quersoneso; a Naxo, quinientos; a Andro, la mitad de éstos; otros mil a la Tracia, para habitar en unión con los Bisaltas, y otros, a Italia, restablecida Síbaris, a la que llamaron Turios. Todo esto lo hacía para aliviar a la ciudad de una muchedumbre holgazana e inquieta con el mismo ocio; para remediar a la miseria del pueblo, y también para que impusieran miedo y sirvieran de guardia a los aliados, habitando entre ellos, para que no intentaran novedades.

XII.- Lo que mayor placer y ornato produjo a Atenas, y más dio que admirar a todos los demás hombres, fue el aparato de las obras públicas, siendo éste sólo el que aún atestigua que la Grecia no usurpó la fama de su poder y opulencia antigua. Y, no obstante, esta disposición era, entre las de Pericles, la de que más murmuraban sus enemigos, y la que más calumniaban en las juntas públicas, gritando que el pueblo perdía su crédito y era difamado, porque se traía de Delos a Atenas los caudales públicos de los Griegos, y aun la excusa más decente que para esto podía oponerse a los que le reprenden, a saber: que, por miedo de los bárbaros, trasladaban de allí aquellos fondos para tenerlos en más segura custodia, aun ésta se la quitaba Pericles; y así parece, decían, que a la Grecia se hace un terrible agravio, y que se la esclaviza muy a las claras, cuando ve que con lo que se la obliga a contribuir para la guerra doramos y engalanamos nosotros

nuestra ciudad con estatuas y templos costosos, como una mujer vana que se carga de piedras preciosas. Mas Pericles persuadía al pueblo que de aquellos caudales ninguna cuenta tenían que dar a los aliados, pues los Atenienses combatían en su favor y rechazaban a los bárbaros, sin que aquellos pusiesen ni un caballo, ni una nave, ni un soldado, sino solamente aquel dinero, que ya no era de los que lo daban, sino de los que lo recibían, una vez que cumplían con aquello por que se les entregaba; y puesto que la ciudad proveía abundantemente de lo necesario para la guerra, era muy justo que su opulencia se emplease en tales obras, que, después de hechas, le adquirieran una gloria eterna, y que dieran de comer a todos mientras se hacían, proporcionando toda especie de trabajo y una infinidad de ocupaciones, las cuales, despertando todas las artes, y poniendo en movimiento todas las manos, asalariaran, digámoslo así, toda la ciudad, que a un mismo tiempo se embellecería y se mantendría a sí misma, Porque los de buena edad y robustos tomaban en los ejércitos del público erario lo que para pasarlo bien habían menester, y, respecto de la demás muchedumbre ruda y jornalera, no queriendo que dejase de participar de aquellos fondos, ni que los percibiese descansada y ociosa, introdujo con ardor en el pueblo gran diferencia de trabajos y obras, que hubiesen de emplear muchas artes y consumir mucho tiempo, para que no menos que los que navegaban, o militaban, o estaban en guarnición, tuvieran motivo los que quedaban en casa de participar y recibir auxilio de los caudales públicos. Porque siendo la materia prima piedra, bronce, marfil, oro, ébano, ciprés, trabajaban en ella y le daban for-

ma los arquitectos, vaciadores, latoneros, canteros, tintoreros, orfebres, pulimentadores de marfil, pintores, bordadores y torneros; además, en proveer de estas cosas y portearlas entendían los comerciantes y marineros en el mar, y en tierra, los carreteros, alquiladores, arrieros, cordeleros, lineros, tejedores, constructores de caminos y mineros; y como cada arte, a la manera que cada general su ejército, tenía de la plebe su propia muchedumbre subordinada, viniendo a ser como el instrumento y cuerpo de su peculiar ministerio, a toda edad y naturaleza, para decirlo así, repartían y distribuían las ocupaciones, el bienestar y la abundancia.

XIII.- Adelantábanse, pues, unas obras insignes en grandeza, e inimitables en su belleza y elegancia, contendiendo los artífices por excederse y aventajarse en el primor y maestría; y con todo, lo mas admirable en ellas era la prontitud; porque cuando de cada una. pensaban que apenas bastarían algunas edades y generaciones para que difícilmente se viese acabada, todas alcanzaron en el vigor de un solo gobierno su fin y perfección. Justamente se dice de aquel mismo tiempo que, jactándose el pintor Agatarco de que con la mayor prontitud acababa sus cuadros, y habiéndolo oído Zeuxis, le replicó: “Pues yo en mucho tiempo”; porque realmente la agilidad y prontitud en las obras no les da ni solidez duradera, ni perfecta belleza, y, por el contrario, el tiempo y trabajo que se gastan en la ejecución se recompensan con la firmeza y permanencia. Por lo mismo, era mayor la admiración de que, siendo las obras de Pericles de durar largo tiempo, en tan breve se hubiesen concluido;

porque cada una de ellas en la belleza al punto fue como antigua, y en la solidez, todavía es reciente y nueva: ¡tanto brilla en ellas un cierto lustre que conserva su aspecto intacto por el tiempo, como si las tales obras tuviesen un aliento siempre floreciente y un espíritu exento de vejez! Todas las dirigía y de todas con Pericles era superintendente Fidias, sin embargo de que las ejecutaban los mejores arquitectos y artistas; porque el Partenón, que era de cien pies, lo edificaron Calícrates e Ictino; el purificatorio de Eleusis empezó a construirlo Corebo, y él fue quien puso las columnas sobre el pavimento y las enlazó con el chapitel; por su muerte, Metágenes Xipecio hizo la cornisa y puso las columnas altas; mas la linterna sobre el santuario la cerró Xenocles Colargeo. El muro prolongado, cuya idea dice Sócrates había oído explicar al mismo Pericles, fue obra de Calícrates. Satirízala Cratino en sus comedias, como que iba con mucha pesadez:

Hace ya largo tiempo que Pericles
la está con sus palabras promoviendo;
mas en la realidad nada adelanta.

El Odeón, que en su disposición interior tiene muchos asientos y muchas columnas, y cuyo techo es redondeado y pendiente y termina en punta, dicen que se hizo a semejanza del pabellón del rey de Persia, disponiéndolo también Pericles; por lo que el mismo Cratino, en su comedia *Las tracias*, se burla de él en esta manera:

El Zeus esquinocéfalo, Pericles,
aquí viene trayendo en el cerebro
el Odeón, alegre y orgulloso,
porque del ostracismo se ha librado.

Efectivamente: engreído Pericles, entonces por la primera vez decretó que en las Fiestas Panateneas hubiese certamen de música, y elegido por director del certamen, él mismo señaló qué era lo que los contendientes habían de tañer con la flauta, lo que habían de cantar o tocar en la cítara; porque en el Odeón se dieron entonces y después los certámenes y espectáculos de música. Los soportales del alcázar o ciudadela se hicieron en cinco años, siendo el arquitecto Mnesicles. Un caso maravilloso ocurrido mientras se construían dio indicio de que la Diosa, lejos de repugnar la obra, tomaba parte en ella y concurría a su perfección. El más laborioso y activo de los artistas tropezó y cayó de lo alto, quedando tan maltratado que le desahuciaron los médicos. Apesadumbróse Pericles, y la Diosa, apareciéndosele entre sueños, le indicó una medicina con la cual muy pronta y fácilmente le puso bueno. Por este suceso colocó en la ciudadela la estatua de bronce de Atenea *saludable* junto al ara, que se dice estaba allí antes. Fidias hizo además la estatua de oro de la diosa, y en la base se lee la inscripción que le designa autor de ella. Tenía sobre sí puede decirse que el cuidado de todo, y como hemos dicho, era el superintendente de todos los demás artistas por la amistad de Pericles, lo cual le atrajo envidia, y también la calumnia de que presentaba por mal término a éste las mujeres libres que concurrían a ver las

obras. Tomaron por su cuenta este rumor los autores de comedias, y difamaron a Pericles de incontinencia y disoluto, extendiendo sus calumnias hasta la mujer de Menipo, su amigo y subalterno en la milicia, y hasta la granjería de Pirilampo, otro de sus amigos; criaba éste aves, y le achacaban que regalaba pavones a aquellas con quienes Pericles se divertía. ¿Mas quién se maravillará de que hombres satíricos de profesión sacrifiquen, con las calumnias de los hombres más aventajados, a la envidia como a un genio maléfico, cuando el mismo Estesímbroto Tasio se atrevió a proferir una horrible y mentirosa blasfemia contra la mujer del mismo hijo de Pericles? ¡Tan grande es el trabajo que le cuesta a la historia descubrir la verdad! Pues para los que vienen más tarde, el tiempo pasado se interpone, y roba el conocimiento de los hechos; y las relaciones contemporáneas de las vidas y acciones, o bien por envidia, o bien por lisonja y adulación, corrompen y desfiguran la verdad.

XIV.- Clamaban contra Pericles los oradores del partido de Tucídides, diciendo que dilapidaba el tesoro y disipaba las rentas; y él preguntó en junta al pueblo si le parecía que gastaba mucho. Respondiéronle que muchísimo; y entonces: "Pues no se gaste- dijo- de vuestra cuenta, sino de la mía; pero las obras han de llevar sólo mi nombre". Al decir esto Pericles, ora fuese por que se maravillaran de su magnanimidad, ora por que ambicionaran la gloria de tales obras, gritaron a porfía, ordenándole que gastase y expendiese sin excusar nada. Finalmente, traído a contienda con Tucídides so-

bre el ostracismo, y puesto en riesgo, consiguió desterrar a éste, y disipar la facción que le era opuesta.

XV.- Cuando, desvanecida enteramente esta diferencia, la ciudad vino a ser toda como de un temple y una sola, puso completamente bajo su disposición a Atenas y cuanto de los Atenienses dependía, los tributos, los ejércitos, las naves, las islas y el mar, y un poder de gran fuerza, no sólo por los Griegos, sino también por los bárbaros, a causa de que se consideraba fortalecido con pueblos que les estaban sujetos, y con la amistad y alianza de reyes poderosos; y entonces ya no fue el mismo, ni del mismo modo manejable por el pueblo, dejándose llevar como el viento de los deseos de la muchedumbre, sino que en vez de aquella demagogia que tenía flojas e inseguras las riendas, como en vez de una música muelle y blanda, planteó un gobierno aristocrático, y, en cierta manera, regio; y empleándole siempre con rectitud e integridad para lo mejor, unas veces con la persuasión y con instruir al pueblo y otras con la firmeza y la violencia si le hallaba renitente, puso mano en todo lo que le parecía útil; imitando en esto al médico que en la curación de una enfermedad complicada y habitual, ora se vale de lo dulce y agradable, y ora de remedios desabridos, conducentes a la salud. Porque no pudiendo menos de haberse engendrado toda suerte de pasiones en un pueblo que tenía tan grande autoridad, él sólo era propio para tratar del modo conveniente cada una; y valiéndose de la esperanza y del miedo, como de unos timones, moderó lo que había de altivo, y alentó y confortó lo desmayado: demostrando así que la

oratoria tiene el poder, según expresión de Platón, de cautivar las almas, y que su obra principal es el arte de dirigir las costumbres y las pasiones, como unos sonidos o cuerdas del alma, que necesitan una mano hábil que las pulse. Aunque la causa no fue precisamente el poder de su palabra, sino, como dice Tucídides, la opinión y confianza en la conducta de aquel hombre admirable, que claramente se veía ser incorruptible y muy superior a los atractivos del oro, el cual, con haber hecho a la ciudad de grande más grande todavía y más rica, y con haber tenido un poder que excedía al de muchos reyes y tiranos, aun de aquellos que legaron el poder a sus hijos, no aumentó ni en un maravedí la hacienda que le dejó su padre.

XVI.- Da de su poder Tucídides la más cierta y cabal idea; pero los cómicos lo desfiguran malignamente, llamando nuevos Pisistrátidas a los amigos que Pericles tenía cerca de sí, y exigiendo de él que jurara no hacerse tirano, como que su superioridad y excelencia se hacía incómoda y no cabía dentro de la democracia, y Teleclides dice que los Atenienses pusieron en su mano

De las ciudades todas los tributos,
y las ciudades mismas, a su antojo
dejando el libertarlas u oprimirlas;
alzar de piedra o derribar sus muros;
los tratados, la fuerza, el poderío,
y la paz, la riqueza y la ventura.

Y esto no fue cosa de una favorable ocasión, o gracia y felicidad de un gobierno que floreció por horas, sino que por cuarenta años estuvo dominado entre los Efialtes, los Leócrates, los Mirónidas, los Cimones, los Tólmides y los Tucídides; y después de haber triunfado de Tucídides, y héchole desterrar, no se hizo menos admirable en los siguientes quince años; y con tener él sólo el poder sobre los ejércitos en cada un año, no se conservó menos incorruptible por el dinero. Y no porque fuese del todo desperdiciado en cuanto a los bienes; antes, para no abandonar la hacienda paterna tan justamente poseída, ni ocuparse tampoco demasiadamente en ella cuando tantos otros negocios le cercaban, estableció la administración que le pareció más fácil y más exacta. Vendía cada año por junto los frutos de su cosecha, y después se surtía de la plaza a la menuda de las cosas necesarias para la casa y para el sustento: no dejaba por tanto, lugar a que se regalasen sus hijos ya crecidos: ni era dispensador profuso con las mujeres de la familia; antes le censuraban este método de la compra diaria, reducido rigurosamente a no gastar más que lo preciso, sin que en una casa tan grande y de tanto tráfago se desperdiciara nada; llevándose, así lo relativo al gasto como a la renta, con mucha cuenta y medida. El que tenía a su cargo toda esta exactitud era uno de sus esclavos llamado Evángelo, de la más excelente índole por sí, o formado por Pericles para este manejo. En verdad que no conformaba todo esto con la filosofía de Anaxágoras, que por entusiasmo y magnanimidad abandonó su casa, y dejó sus campos yermos y eriales. Mas yo pienso que no debe ser uno mismo el tenor de vida del filósofo es-

peculativo y el del político, sino que aquel vuelve su inteligencia, desprendida y nada necesitada, de esta materia exterior a lo que es honesto y bueno, y a éste, a quien le es preciso aplicar a la virtud las ocupaciones humanas, la hacienda puede servirle no sólo para las cosas absolutamente necesarias, sino para la virtud misma, como en el propio Pericles puede verse, que socorría a los indigentes. Aun respecto del mismo Anaxágoras se cuenta que, viéndose olvidado de Pericles, a causa de los muchos negocios de éste, y siendo ya viejo, envuelto en su capa, se echó a morir desalentado: que llegando Pericles a entenderlo, corrió al punto allá con el mayor sobresalto, y le hizo los más eficaces ruegos, diciendo que más que de Anaxágoras sería suyo aquel infortunio, si perdía al que tanto le ayudaba con su consejo en el gobierno; y que éste, descubriéndose finalmente, le replicó: “Oh, Pericles, los que han menester una lámpara le echan aceite”.

XVII.- Empezaban ya los Lacedemonios a mirar mal el incremento de los Atenienses; y Pericles, queriendo inspirar al pueblo grandes pensamientos y ponerle al nivel de grandes cosas, escribió un decreto, por el que a todos los Griegos que habitaban en Europa y Asia, así a las ciudades pequeñas como a las grandes, se les exhortase a enviar a Atenas a un Congreso diputados que deliberasen sobre los templos griegos que habían incendiado los bárbaros, sobre los sacrificios y votos hechos por la salud de la Grecia de que estaban en deuda con los Dioses, y sobre que todos pudieran navegar sin recelo y vivir en paz. Enviáronse con este objeto veinte ciudadanos mayores de cincuenta años, de los

cuales cinco habían de convocar a los Jonios y Dóricos del Asia, y a los isleños hasta Lesbos y Rodas; cinco recorrieron los pueblos del Helesponto y la Tracia, hasta Bizancio; y cinco, desde el punto en que concluían éstos, a la Beocia, la Fócide y el Peloponeso; y además se extendía su misión por los Locrios y todo el continente inmediato hasta la Acarnania Y la Ambracia; y los restantes se encaminaron por la Eubea a los Eteos, al golfo de Malea, los Ftiotas, los Aqueos y los Tésalos, persuadiendo a todos que concurrieran y tomaran parte en unas deliberaciones que tenían por objeto la paz y la común felicidad de la Grecia. Mas nada se hizo, ni las ciudades concurrieron, por oponerse a ello, según es fama, los Lacedemonios, y por haber sido desde luego mal recibida la tentativa en el Peloponeso. Lo hemos referido, sin embargo, para que se vea el juicio y grandeza de pensamiento de Pericles.

XVIII.- En la parte militar gozaba de gran concepto, principalmente por la seguridad de las empresas; no entrando voluntariamente en combate dudoso y de peligro, ni siguiendo las huellas y ejemplos de aquellos caudillos a quienes de su arrojo temerario les había resultado una brillante fortuna y el ser admirados como grandes capitanes; antes, continuamente estaba diciendo a sus ciudadanos que en cuanto de él dependiese serían siempre inmortales. Viendo que Tólmides, hijo de Tolmeo, por la buena suerte que antes había tenido, por la fama que gozaba de excelente militar, se preparaba muy fuera de toda oportunidad a invadir la Beocia, habiendo acalorado a los más alentados y belicosos de

los jóvenes a que militasen a sus órdenes, que en todos serían unos mil sin las demás fuerzas, procuró contenerle y disuadirlo en la junta pública, pronunciando aquel memorable dicho: “Si no crees a Pericles, el modo de que no yerres es que esperes al consejero más sabio, que es el tiempo”. Entonces esta sentencia no hizo más que una ligera impresión; pero cuando al cabo de pocos días llegó la noticia de que el mismo Tólmides había muerto, vencido en batalla junto a Coronea, y que habían muerto también muchos de aquella excelente juventud, concilió este suceso mucha gloria y benevolencia a Pericles, como a hombre prudente y amante de sus conciudadanos.

XIX.- De sus expediciones principalmente fue aplaudida la del Quersoneso, que puso en seguridad a los Griegos establecidos en aquellas regiones: pues no sólo dio aliento y valor a las ciudades llevando consigo una colonia de mil Atenienses, sino que cercando, digámoslo así, el estrecho con muros y fortificaciones a las orillas de uno y otro mar, refrenó las correrías de los Tracios, que circundaban el Quersoneso, e impidió la continua y dura guerra a que aquel país estaba siempre expuesto por la vecindad de todas partes con los bárbaros, y por las piraterías de los comarcanos y de los propios. Hízose también admirar y celebrar de los extraños cuando recorrió el Peloponeso, dando la vela de Pegas, puerto de Mégara, con cien galeras; porque no sólo taló las ciudades marítimas, como antes Tólmides, sino que, entrando a bastante distancia del mar, con la tripulación de los buques a unos los encerró dentro de los muros, temerosos de

su ataque; y en Nemeo a los de Sicione, que se emboscaron y trabaron batalla, los derrotó completamente, levantando por ello un trofeo. En la Acaya, que era aliada, tomó soldados para las galeras, y, pasando con la escuadra más allá del Aqueloo al continente que está de la otra parte, recorrió la Acarnania, encerró a los Eníadas dentro de sus murallas, y después de talado y saqueado el país dio la vuelta a casa: habiéndose acreditado de temible para con los enemigos, y de tan feliz como activo para con los ciudadanos; pues ni aun de aquellos tropiezos que penden de la fortuna incomodó ninguno a los que con él militaron.

XX.- Navegando al Ponto con una armada considerable y perfectamente equipada, hizo en favor de las ciudades griegas cuanto acertaron a desear, tratándolas con humanidad; a las naciones bárbaras de los alrededores, a sus reyes y a sus príncipes les puso a la vista lo grande de su poder, su osadía y la confianza con que los Atenienses navegaban por donde les placía, teniendo bajo su dominio todo el mar. A los Sinopeses les dejó trece naves mandadas por Lámaco y tropas contra el tirano Timesileón; y luego que hubieron derribado a éste y a sus partidarios, decretó que de los Atenienses pasaran a Sinope seiscientos voluntarios, y habitaran con los Sinopeses, repartiéndose las casas y el terreno que fueron antes de los tiranos. En lo demás no condescendía ni convenía con los conatos que se mostraban los ciudadanos, engreídos desmedidamente con tanto poder y tanta fortuna de apoderarse otra vez del Egipto y conmover el poder del Rey por la parte del mar. A muchos los traía ya entonces

alborotados aquella ardiente y malhadada codicia de la Sicilia, que inflamaron más adelante los oradores partidarios de Alcibíades; y aun había quien soñaba con la Etruria y Cartago, no sin esperanza, por la extensión de su presente hegemonía y la prosperidad de los sucesos.

XXI.- Mas Pericles contenía esta inquietud y reprimía su ambición, volviendo principalmente aquellos grandes medios a la conservación y seguridad de lo que ya dominaban, reputando por gran hazaña el tener a raya a los Lacedemonios, y manifestándoseles en todo opuesto, de lo que dio pruebas en muchas otras cosas; pero más señaladamente en la conducta que observó en los sucesos de la guerra sagrada. Porque después que los Lacedemonios pasaron con ejército a Delfos, y teniendo antes los Focenses el templo, lo entregaron a los de esa ciudad; retirados aquellos, al punto se dirigió allá Pericles, también con tropas, y restituyó a los Focenses. Los Lacedemonios habían obtenido con esta ocasión de los de Delfos precedencia en las consultas del oráculo, y la habían esculpido en la frente del lobo de bronce: obtúvola, pues, entonces para los Atenienses, y la hizo grabar también sobre el lobo en el lado derecho.

XXII.- Los hechos mismos le demostraron con cuánta razón retenía en la Grecia las fuerzas de los Atenienses, porque primero se rebelaron los Eubeos, contra quienes marchó con tropas, y muy luego hubo noticia de que los Megarenses también se les habían indispuesto, y que un ejército de enemigos estaba en las fronteras del Ática, mandado por

Plistonacte, rey de los Lacedemonios. Volvióse, pues, Pericles prontamente de la Eubea, adonde la guerra del Ática le llamaba; pero no se determinó a venir a las manos con muchos y excelentes soldados que los provocaban, sino que, viendo que Plistonacte, que todavía era muy joven, entre todos sus consejeros del que más se valía era de Cleándrides, que los Éforos le habían dado por celador y asesor en consideración de su corta edad, trató secretamente de sobornarle, y habiéndole ganado bien pronto con dinero, recabó éste con sus persuasiones que los del Peloponeso se retiraran del Ática. Luego que esto se verificó, y que se disolvió el ejército, marchando las tropas a sus ciudades, indignados los Lacedemonios, penaron al rey con una multa, y como por su magnitud no hubiese tenido con qué pagarla, se vio en la precisión de salir de Lacedemonia, y a Cleándrides, que huyó, le condenaron a muerte. Era éste padre de Gilipo, el que en Sicilia venció a los Atenienses. Parece que la naturaleza había hecho enfermedad ingénita en él la del apego al dinero, porque, descubierto en vergonzosas negociaciones, fue arrojado de Esparta. Mas estas cosas las declaramos con mayor extensión en la vida de Lisandro.

XXIII.- Puso Pericles en la cuenta del ejército una partida de diez talentos, gastados, decía, en lo que se tuvo por conveniente, y el pueblo la admitió sin andar en preguntas ni quejarse del modo misterioso de expresarla. Algunos han escrito, y el filósofo Teofrasto entre ellos, que todos los años se enviaban por Pericles diez talentos a Esparta, con los que regalaba a todos los que tenían mando, y evitaba la

guerra, no comprando de este modo la paz, sino el tiempo que necesitaba para disponerse reposadamente a hacer la guerra con ventaja. Marchó otra vez rápidamente contra los rebeldes, y, pasando a la Eubea con cincuenta galeras y cinco mil hombres, domó las ciudades; arrojó de Calcis a los llamados *Hipóbotas*, que eran los más ricos y distinguidos de ella, y a los de Estica a todos les hizo salir del país, poblándola de solos Atenienses, siendo tan inexorable con ellos, porque habiendo apresado una nave ateniense, habían dado muerte a cuantos encontraron en ella.

XXIV.- Pactóse después de esto tregua por treinta años entre los Atenienses y Lacedemonios, y con esto hizo se decretara la expedición naval de Samo, dando por causa contra aquellos habitantes que, habiéndoseles intimado cesar en la guerra con los de Mileto, no habían obedecido. Mas por cuanto se da por cierto que lo hecho contra los de Samo fue por complacer a Aspasia, será oportuno investigar aquí quién fue esta mujer, que tanto arte y poder tuvo para tener bajo su mando a los hombres de más autoridad en el gobierno, y para haber logrado que los filósofos hayan hecho de ella no una ligera o despreciable mención. Que fue de Mileto e hija de Axíoco es cosa en que todos convienen. Dícese que en procurar dominar a los hombres de poder siguió el ejemplo de Targelia, de los antiguos Jonios; porque también Targelia, siendo de buen parecer, y reuniendo la gracia con la sagacidad, se puso al lado de hombres muy principales entre los Griegos, y a todos los que la obsequiaron los atrajo al partido del rey, y por medio de ellos,

como eran poderosos y de autoridad, sembró las primeras semillas de medismo en las ciudades. Algunos son de opinión que Pericles se inclinó a Aspasia por ser mujer sabia y de gran disposición para el gobierno, pues el mismo Sócrates, con sujetos bien conocidos, frecuentó su casa, y varios de los que la trataron llevaban sus mujeres a que la oyesen, sin embargo de que su modo de ganar la vida no era brillante ni decente, porque vivía de mantener esclavas para mal tráfico. Esquines dice que Lisicles el vendedor de carneros, de hombre bajo y ruin por naturaleza, se hizo el primero de los Atenienses con haberse unido a Aspasia después de la muerte de Pericles. En el *Menéxeno,* de Platón, aunque cuanto se dice al principio es jocoso, hay esta parte de historia, que esta mujer tenía opinión de que para la oratoria era buscada de muchos Atenienses. Con todo, es lo más probable que la afición de Pericles a Aspasia fue una pasión amorosa. Tenía una mujer correspondiente a él en linaje, la cual antes había estado casada con Hiponico, y de éste había tenido en hijo a Calias, conocido por el rico, y del mismo Pericles tuvo a Jantipo y a Páralo. Más tarde, no haciendo entre sí buena vida, la entregó a otro con consentimiento de ella misma; y él, casándose con Aspasia, la trató con grande aprecio; pues, según dicen, todos los días la saludaba con ósculo de ida y vuelta a la plaza pública; pero en las comedias ya la llaman la nueva Ónfale, ya Deyanira, y ya también otra Hera. Cratino expresamente la llama combleza por estas palabras:

Da a luz a Hera Aspasia, concubina

la más liviana y sin pudor alguno.

Y dan a entender que tuvo de ella un hijo espurio, porque Éupolis, en su comedia *Los populares*, le introduce, haciendo esta pregunta:

¿Y mi bastardo, vive todavía?

A lo que Pirónides responde:

Y cierto que hace tiempo sería hombre,
si el mal de la ramera no temiese.

Llegó Aspasia a ser tan nombrada y tan célebre, según cuentan, que Ciro, el que disputó con el rey el imperio de los Persas, a la más querida de sus concubinas le dio el nombre de Aspasia, llamándose antes Milto. Era ésta natural de la Fócide, hija de Hermotimo, y presentada al rey después que Ciro murió en la batalla, tuvo con él el mayor poder. Desechar o pasar en silencio estas cosas que al escribir se han ofrecido a la memoria, parecería quizá poco conforme a la naturaleza humana.

XXV.- Achácase, pues, a Pericles que esta guerra contra los de Samo la hizo decretar en favor de los Milesios, a ruegos de Aspasia. Estaban en guerra estas ciudades por Priena, y vencedores los Samios, intimándoles los Atenienses que se apartaran de la guerra y unos y otros se sometieran a su decisión, no quisieron obedecer. Por tanto, marchando allá

Pericles, deshizo la oligarquía que tenía el mando en Samo, y tomando cincuenta de los principales en rehenes, y otros tantos jóvenes, los remitió a Lemno. Dícese que cada uno de los rehenes le dio de por sí un talento, y otros muchos todos los que no querían que en la ciudad se estableciese la democracia. También el persa Pisutnes, que estaba en buena amistad con los Samios, le envió diez mil áureos, intercediendo por la ciudad; pero Pericles nada quiso recibir, sino que trató a los Samios como lo tenía resuelto, y estableciendo la democracia, dio la vuelta a Atenas. Rebeláronse los Samios inmediatamente; Pisutnes robó los rehenes, y empezaron a hacer disposiciones para la guerra. Tuvo otra vez Pericles que dirigirse contra ellos, que no estaban ociosos ni abatidos, sino muy alentados y resueltos a disputarle el mar. Trabóse un terrible combate sobre una isla llamada Tragia, y Pericles alcanzó de ellos una ilustre victoria con cuarenta y cuatro naves, destrozando setenta de los enemigos, veinte de las cuales tenían tropas a bordo.

XXVI.- Apoderándose del puerto inmediatamente después de la victoria y de haberlos perseguido, les puso sitio, y ellos en el modo que podían todavía tenían aliento para hacer salidas y pelear al pie de las murallas; mas sobreviniendo luego nuevas tropas de Atenas, quedaron completamente bloqueados, y Pericles, tomando setenta galeras, salió con ellas al mar exterior; según los más, porque venían naves fenicias en socorro de los Samios, y quería salirles al encuentro y combatirlas lo más lejos que pudiera; pero Estesímbroto dice que se encaminaba contra Chipre, lo que no

es verosímil. Fuese cualquiera de estas dos su intención, pareció que no había andado cuerdo, porque mientras él seguía su viaje, Meliso el de Itágenes, varón dado a la filosofía, y que era entonces el general de Samo, despreciando el reducido número de las naves, o la inexperiencia de los jefes, persuadió a los Samios que dieran sobre los Atenienses. Trabado combate, salieron vencedores los Samios, haciendo prisioneros a muchos de aquellos, y echando a pique muchas de sus naves, con lo que quedaron dueños del mar y se proveyeron de diferentes cosas precisas para la guerra, de que antes carecían, y Aristóteles dice que el mismo Pericles había sido vencido por Meliso anteriormente en otro combate naval. Los Samios, afrentando por represalias a los Atenienses cautivos, les imprimieron lechuzas sobre la frente, porque a ellos los Atenienses les habían impreso una samena. Es la samena una nave cuya proa tiene la forma de un hocico de cerdo, ancha y como de gran vientre, buena para sostenerse en el mar y muy ligera, y tomó este nombre porque fue en Samo donde se vio primero, construida así por el tirano Polícrates. A las señales de estos yerros dicen que hace alusión aquello de Aristófanes:

Es la gente de Samo muy letrada.

XXVII.- Noticioso Pericles de la derrota del ejército, se apresuró en su auxilio, y habiendo vencido a Meliso, que le hizo frente, y sojuzgado a los enemigos, al punto estrechó el sitio, con ánimo de combatir y tomar la ciudad, más bien a fuerza de gastar y de tiempo, que no con la sangre y los peli-

gros de sus conciudadanos. Mas como viese que los Atenienses llevaban mal la dilación, y hallase dificultad en contener su ardor por los combates, dividió el ejército en ocho partes, y lo sorteó, y a los que les cabía el sacar haba blanca los dejaba que estuviesen en vacación y descanso, y los demás peleaban. De aquí dicen que vino el que los que se ven en regocijos, al día en que esto les acontece le llamen blanco, tomando de esta haba blanca la denominación. Éforo dice que Pericles usó de máquinas, admirando él mismo esta novedad, y que se halló en este sitio Artemón el maquinista, al cual, porque siendo cojo se hacía llevar en litera adonde se disponían las obras, se le dio el sobrenombre de Periforeto. Mas Heraclides Póntico le refuta con las poesías de Anacreonte, en las que ya Artemón es llamado Periforeto largo tiempo antes de esta guerra de Samo y de todos estos acontecimientos. Dícese de este Artemón que, siendo de vida muy regalona y muy muelle, y asustadizo para todo lo que infunde miedo, por lo común se estaba quieto en casa, haciendo que dos esclavos tuvieran siempre un escudo de bronce sobre su cabeza, no fuese que cayera algo de arriba, y que cuando se veía precisado a salir, se hacía llevar en una camilla colgada, que casi tocaba la tierra, y que por esto fue apellidado Periforeto.

XXVIII.- Rindiéndose los Samios al noveno mes, Pericles arrasó las murallas, les tomó las naves y les impuso grandes contribuciones, de las cuales parte pagaron inmediatamente, y por el resto, habiéndoseles fijado plazo, entregaron rehenes. Duris de Samo habla de estos sucesos en sus

tragedias, acusando de gran crueldad a los Atenienses y a Pericles, cuando nada han dicho de tal crueldad ni Tucídides, ni Éforo, ni Aristóteles, y aun parece que no se ajusta a la verdad cuando dice que a los comandantes y marineros de los Samios los condujo a la plaza pública de Mileto, y los tuvo atados a unos maderos por diez días, y al cabo de ellos, hallándoles ya en malísimo estado, los hizo matar, rompiéndoles a palos la cabeza y sus cadáveres los arrojó insepultos. Duris, pues, que aun cuando no media ofensa suya particular suele exagerar siempre sobre la verdad, aquí parece que quiso agravar mucho los males de su patria con calumnia de los Atenienses. Pericles, vuelto a Atenas después de domada Samo, hizo muy solemnes exequias a los que habían muerto en aquella guerra, y pronunciando su elegía, como es costumbre, a la vista de los sepulcros, mereció grande aplauso. Cuando bajó de la tribuna las demás mujeres le tomaban la mano, y le ponían coronas y cintas como a los atletas vencedores; pero Elpinice, poniéndosele al lado: "Maravillosos son- le dijo- ¡oh Pericles! y dignos de coronas estos sucesos, pues nos has perdido a muchos y excelentes ciudadanos, no una guerra contra Fenicios o los Medos, como mi hermano Cimón, sino asolando una ciudad aliada y de nuestro origen". Dicho esto por Elpinice, se cuenta que Pericles, sonriéndose, le respondió tranquilamente con este verso de Arquíloco:

Estás ya vieja para usar ungüentos.

Después de esta victoria sobre los Samios, dice Ion que estaba lleno de orgullo, porque Agamenón había necesitado diez años para tomar una ciudad bárbara, y él en nueve meses había reducido a los primeros y más poderosos de los Jonios; y en verdad que no era injusto este engreimiento, porque esta guerra fue de gran incertidumbre y muy peligrosa, si, como dice Tucídides, estuvo en poco el que la ciudad de Samo despojara del imperio del mar a los Atenienses.

XXIX.- Después de esto, como estuviese ya fermentándose la guerra del Peloponeso, persuadió al pueblo que enviaran auxilio a los de Corcira, molestados con guerra por los de Corinto, y que se anticiparan a tomar una isla poderosa en fuerzas marítimas, mientras todavía los del Peloponeso no se les acababan de declarar enemigos. Decretado por el pueblo aquel auxilio, dio el mando a Lacedemonio, hijo de Cimón, con solas diez naves, como para desacreditarle, porque había sido siempre la casa de Cimón afecta a los Lacedemonios; por tanto, para que si Lacedemonio durante su mando no hacía nada notable y digno, incurriera todavía más en la sospecha de laconismo, le dio tan pocas naves y le hizo marchar mal de su agrado. Estaba además repugnando siempre a los hijos de Cimón, como que aun en los nombres no eran legítimos Atenienses, sino extranjeros y huéspedes, llamándose uno Lacedemonio, otro Tésalo y otro Eleo, y todos ellos parece que fueron tenidos en una mujer árcade. Hablábase mal contra Pericles a causa de estas diez galeras, porque siendo pequeño socorro para los que le pedían daba grande pretexto de queja a los contrarios; envió, por tanto, a

Corcira más naves, las cuales llegaron después del combate. A los Corintios, indispuestos ya por estas causas con los Atenienses, y que los estaban acusando en Lacedemonia, se agregaron los de Mégara, dando la queja de que eran excluidos de todo mercado y de todos los puertos donde dominaban los Atenienses, contra el derecho de gentes y lo convenido por juramento entre los Griegos. También los Eginetas, que se creían agraviados y ofendidos, se lamentaban al oído ante los Lacedemonios, no atreviéndose a acusar abiertamente a los Atenienses. Al mismo tiempo, Potidea, ciudad sujeta a los Atenienses, aunque colonia de los Corintios, habiéndose rebelado, y hallándose sitiada fue otra causa que precipitó la guerra. Con todo, se enviaron embajadores a Atenas y el rey de los Lacedemonios, Arquidamo, procuraba traer a concierto los capítulos de acusación, templando también a los aliados, y por los demás motivos no se hubiera roto la guerra con los Atenienses, si se les hubiera podido persuadir que abrogasen el decreto contra los de Mégara y se reconciliasen con ellos; y como Pericles, obstinado en su oposición a los Megarenses, hubiese sido el que más resistencia hizo y el que más acaloró al pueblo, de aquí es que a él sólo se le hizo causa de esta guerra.

XXX.- Dícese que habiendo venido a Atenas en esta ocasión embajadores de Lacedemonia, y alegando Pericles una ley que prohibía quitar la tabla donde el decreto se hallaba escrito, había replicado Polialces, uno de los embajadores: “Pues bien: no quites la tabla, vuélvela sólo hacia dentro, porque esto no hay ley que lo prohíba”. Pareció graciosa la

respuesta, mas no por eso Pericles cedió un punto. A lo que parece, tenía alguna particular enemistad con los de Mégara; mas dando como causa pública contra ellos el que habían talado una parte de la selva sagrada, escribió un decreto, por el que se envió un heraldo a los de Mégara y a los Lacedemonios para acusar a aquellos, y parece que este decreto de Pericles estaba concebido en términos muy equitativos y humanos. Pero habiéndose formado idea de allí a poco de que el heraldo comisionado Antemócrito, había perecido por maldad de los Megarenses, escribió contra ellos Carino un decreto, por el que se prevenía que la enemistad fuera irreconciliable, sin poderse siquiera tratar de ella, y al Megarense que subiera al Ática se le diera muerte; que los generales, al prestar juramento patrio, juraran además que dos veces cada año talarían el territorio de Mégara, y que a Antemócrito se le diese sepultura junto a las puertas Tracias, que ahora se llaman el Dípilo. Los Megarenses negaban la muerte de Antemócrito, y echaban toda la culpa a Aspasia y a Pericles, valiéndose de aquellos famosos y sabios versos de la comedia *Los acarnienses:*

A Mégara beodos unos mozos
van, y a Simeta roban, vil ramera:
los de Mégara, en cólera encendidos.
De represalias a su vez usando,
a Aspasia quitan otras dos rameras.

XXXI.- Cuál, pues, hubiera sido el origen de la guerra, es difícil de averiguar; pero de que no se hubiese revocado el

decreto, todos hacen autor a Pericles, sino que unos dicen que nació en él de grandeza de ánimo, resuelto siempre a lo mejor, aquella resistencia, estando persuadido de que en lo que se demandábase quería probar si cedería, y de que el otorgamiento se tendría por confesión de debilidad; y otros quieren más que esto hubiese sido por espíritu de arrogancia y contradicción para que resaltase más su gran poder, viendo que tenía en poco a los Lacedemonios. Mas la causa que le hace menos favor entre todas, y que tiene más testigos que la comprueban, es de este modo. El escultor Fidias fue el ejecutor de la estatua, como tenemos dicho; siendo, pues, amigo de Pericles, y teniendo con él gran influjo, se atrajo por esto la envidia, y tuvo ya a unos por enemigos, y otros, queriendo en él hacer experiencia de cómo el pueblo se habría en juzgar a Pericles, sobornaron a uno de sus oficiales, llamado Menón, y le hicieron presentarse en la plaza en calidad de suplicante, pidiendo protección para denunciar y acusar a Fidias. Recibióle bien el pueblo, y habiéndosele seguido a éste causa en la junta pública, nada resultó de robo, porque el oro lo colocó desde el principio en la estatua por consejo de Pericles, con tal arte, que cuando quisieran separarlo pudiera comprobarse el peso; que fue lo que entonces ordenó Pericles ejecutasen los acusadores: así sola la gloria y fama de sus obras dio asidero a la envidia contra Fidias, principalmente porque, representando en el escudo la guerra de las Amazonas, había esculpido su retrato en la persona de un anciano calvo, que tenía cogida una gran piedra con ambas manos, y también había puesto un hermoso retrato de Pericles en actitud de combatir con una Amazona. Estaba

ésta colocada con tal artificio, que la mano que tendía la lanza venía a caer ante el rostro de Pericles, como para ocultar la semejanza, que estaba bien visible por uno y otro lado. Conducido, por tanto, Fidias a la cárcel, murió en ella de enfermedad, o, como dicen algunos, con veneno, que para mover sospechas contra Pericles le dieron sus enemigos, y al denunciador Menón, a propuesta de Glicón, le concedió el pueblo inmunidad, encargando a los generales que celaran no se le hiciese agravio.

XXXII.- Por aquel mismo tiempo, Aspasia fue acusada del crimen de irreligión, siendo el poeta cómico Hermipo quien la perseguía; y la acusaba, además, de que daba puerta a mujeres libres, que por mal fin buscaban a Pericles. Diopites hizo también decreto para que denunciase a los que no creían en las cosas divinas, o hablaban en su enseñanza de los fenómenos celestes; en lo que, a causa de Anaxágoras, se procuraba sembrar sospechas contra Pericles. Habiendo el pueblo admitido y dado curso a las calumnias, a propuesta de Dracóntides se sancionó decreto para que Pericles rindiese las cuentas de caudales ante los Pritanes, y los jueces dando su voto desde el tribunal, pronunciasen su sentencia en público. Agnón hizo suprimir esta parte en el decreto, sustituyendo que la causa fuese ventilada por mil y quinientos jueces, bien quisieran titularla de robo o soborno, o bien de daño al Estado. Por Aspasia intercedió, y en el juicio, como dice Esquines, vertió por ella muchas lágrimas, haciendo súplicas a los jueces; pero temiendo por Anaxágoras, con tiempo le hizo salir y alejarse de la ciudad. Mas viendo

que en la causa de Fidias había decaído del favor del pueblo, acaloró la guerra inminente y que estaba para estallar, con esperanza de disipar las acusaciones y minorar la envidia, estando en posesión de que en los negocios y peligros graves la ciudad por su dignidad y poder se pusiese a sí misma en sus manos. Éstas son las causas por las que se dice no permitió que el pueblo condescendiera con los Lacedemonios; mas cuál sea la cierta es bien oscuro.

XXXIII.- Convencidos los Lacedemonios de que, si lograban derribarle, para todo encontrarían más dóciles a los Atenienses, requerían a éstos sobre que echaran de la ciudad la abominación, a que por la madre estaba sujeto el linaje de Pericles, según refiere Tucídides; pero la tentativa les salió muy al contrario a los enviados; porque Pericles, en vez de la sospecha y de la difamación, ganó todavía mayor crédito y estima con sus ciudadanos, viendo que tanto le aborrecían y temían los enemigos. Advertido él también de esto, antes que Arquidamo que mandaba las tropas de los pueblos del Peloponeso, invadiera el Ática, previno a los Atenienses, por si talando Arquidamo los demás terrenos dejaba libres los suyos, bien fuese por los lazos de hospitalidad que había entre ellos, o bien por dar motivos de calumnia a sus contrarios, que él cedía a la ciudad sus tierras y sus casas de campo. Entran, pues, en el Ática los Lacedemonios con los aliados y un gran ejército, bajo el mando del rey Arquidamo, y talando el país, llegan hasta Acarnas, y se acampan allí, pensando en que los Atenienses no lo sufrirían, sino que, movidos de ira y ardimiento, les librarían batalla. Mas a Pericles le pareció

muy arriesgado venir a las manos ante la misma ciudad con sesenta mil infantes; pues tantos eran los Peloponenses y Beocios que al principio hicieron la invasión; y a los que ansiaban por pelear, y llevaban mal lo que pasaba, los sosegó, diciéndoles que los árboles, si se podan o se cortan, se reproducen pronto; pero si los hombres perecen, no es fácil hacerse otra vez con ellos. Con todo, no reunió el pueblo en junta, temeroso de que se le hiciera tomar otra determinación contra su dictamen, sino que así como un buen capitán de navío, cuando el viento le combate en alta mar, después que todo lo dispone a su satisfacción y apareja las armas, usa de su pericia, no haciendo luego cuenta de las lágrimas y los ruegos de los marineros y los pasajeros asustados: de la misma manera él, habiendo cercado bien la ciudad, y puesto guardias en todos los puntos para estar seguros, hacía uso de su propio discurso, teniendo en poco a los que gritaban y manifestaban inquietud; y eso que muchos de sus amigos le venían con ruegos, sus contrarios le amenazaban y acusaban, y los coros- de las comedias- cantaban tonadas y jácaras punzantes en afrenta suya, escarneciendo su mando como cobarde, y que todo lo abandonaba a los enemigos. Ingeríase ya entonces Cleón, fomentando por el encono de los ciudadanos contra aquel, para aspirar a la demagogia; tanto, que Hermipo se atrevió a publicar estos anapestos:

¿Por qué, oh rey de los Sátiros, no quieres
embrazar lanza, y tienes por bastante
echar baladronadas de la guerra,
y el ánimo apropiarte de Telete?

Mas antes, si se afila de la espada
la aguda punta, de pavor te llenas,
aunque Cleón no cesa de morderte.

XXXIV.- Con todo, a Pericles nada de esto le hizo fuerza, sino que, sufriendo resignadamente y en silencio los baldones y el odio, y enviando al Peloponeso una armada de cien naves, él no se embarcó; y antes prefirió quedarse en casa, teniendo siempre pendiente la ciudad de su mano hasta que los Peloponenses se retiraran. Para halagar a la muchedumbre, mortificada generalmente con aquella guerra, le distribuyó dineros, y decretó un sorteo de tierras; porque arrojando a todos los Eginetas, repartió la isla entre los Atenienses a quienes cupo la suerte. Érales asimismo de consuelo lo que a su vez padecían los enemigos; porque los que con sus naves costeaban el Peloponeso habían talado, gran parte del país y las aldeas y ciudades pequeñas, y por tierra, invadiendo él mismo el territorio de Mégara, lo arrasó enteramente. Así, aunque los enemigos habían causado gran daño a los Atenienses, como ellos no le hubiesen recibido menor de éstos por la parte del mar, era bien claro que no habrían prolongado tanto la guerra, y antes habrían tenido que ceder, como desde el principio lo había predicho Pericles, si algún mal Genio no se hubiera declarado contra los cálculos humanos. Ahora, por primera vez, sobrevino la calamidad de la peste, y se ensañó en la edad florida y pujante. Afligidos por ella en el cuerpo y en el espíritu, se irritaron contra Pericles, y enfurecidos contra él con la enfermedad como contra el médico o el padre, intentaron ofenderle a persua-

sión de sus contrarios, que decían haber producido aquel contagio la introducción en la ciudad de tanta gente del campo, a la que había precisado en medio del verano a apiñarse en casas estrechas y en tiendas ahogadas, teniendo que hacer una vida casera y ociosa, en vez de la libre y ventilada que llevaban antes; de lo cual era causa quien recogiendo dentro de los muros durante la guerra toda la muchedumbre que ocupaba la región, y no empleando en nada aquellos hombres, los tenía encerrados como reses, dando lugar a que se inficionaran unos a otros, sin proporcionarles respiración o alivio alguno.

XXXV.- Queriendo poner remedio a estas quejas, y causar algún daño a los enemigos, armó ciento cincuenta naves, y poniendo e ellas muchas y buenas tropas de infantería y caballería, estaba para hacerse a la vela, infundiendo grande esperanza a sus ciudadanos, y no menor miedo a los enemigos con tan respetable fuerza. Cuando ya todo estaba a punto, y el mismo Pericles a bordo en su galera, ocurrió el accidente de eclipsarse el sol y sobrevenir tinieblas, con lo que se asustaron todos, teniéndolo a muy funesto presagio. Viendo, pues, Pericles al piloto muy sobresaltado y perplejo, le echó su capa ante los ojos, y tapándoselos con ella, le preguntó si tenía aquello por terrible o por presagio de algún acontecimiento adverso. Habiendo respondido que no, "¿Pues en qué se diferencia- le dijo- esto de aquello sino en que es mayor que la capa lo que ha causado aquella oscuridad? Estas cosas se enseñan en las escuelas de los filósofos". Habiendo, pues, Pericles salido al mar, no se halla

que hubiese ejecutado otra cosa digna de aquel aparato que haber puesto sitio a la sagrada Epidauro, que daba ya esperanzas de que iba a tomarse; pero por la peste se malograron, porque habiéndose manifestado en la escuadra, no sólo los afligió a ellos, sino a cuantos con aquella comunicaron. Como de estas resultas estuviesen mal con él, procuraba consolarlos e infundirles aliento, mas no logró templarlos o aplacar su ira sin que primero la desahogasen yendo a votar contra él en la junta pública, en la que prevalecieron, y, además de despojarle del mando, le impusieron una multa. Ascendió ésta, según los que dicen menos, a quince talentos, y según los que más, a cincuenta. Suscribióse por acusador en la causa, en sentir de Idomeneo, Cleón, y en sentir de Teofrasto, Simias; pero Heraclides Pontico dice que lo fue Lacrátides.

XXXVI.- Mas su disfavor en las cosas públicas iba a durar breve tiempo, habiendo la muchedumbre depuesto con aquella demostración el encono, como si dijésemos el aguijón; en las domésticas es en las que tuvo más que padecer, ya a causa de la peste, por la que perdió a muchos de sus familiares, y ya a causa de la indisposición y discordia de los propios, que venía de más lejos. Porque el mayor de sus hijos legítimos, Jantipo, que por índole era gastador, y se había casado con una mujer joven y amante del lujo, hija de Isandro, hijo de Epílico, llevaba a mal el arreglo del padre, que no le daba sino cortas asistencias y por plazos. Dirigiéndose, por tanto, a uno de sus amigos, tomó de él dinero como de orden de Pericles; mas éste, cuando aquel lo reclamó des-

pués, hasta le movió pleito; y Jantipo, indignado todavía más con este suceso, desacreditaba a su padre, primero, divulgando con irrisión sus ocupaciones domésticas y las conversaciones que tenía con los sofistas, y que con ocasión de que uno de los combatientes en los juegos había herido y muerto involuntariamente con un dardo un caballo de Epitimo de Farsalia, había malgastado todo un día con Protágoras en examinar si sería el dardo, el que le tiró, o los jueces del combate, a quien conforme a recta razón se diese la culpa de aquel accidente. Además de esto, dice Estesímbroto que fue el mismo Jantipo quien esparció entre muchos la calumnia acerca de su propia mujer, y que hasta la muerte le duró a este mozo la disensión irreconciliable con su padre, porque murió Jantipo habiendo enfermado de la epidemia. Perdió también entonces Pericles a su hermana, y a los más de los parientes y amigos que le eran de gran auxilio para el gobierno. Con todo, no desmayó, ni decayó de ánimo con estas desgracias, ni se le vio lamentarse, ocuparse en las exequias o asistir al entierro de alguno de sus deudos antes de la pérdida de su otro hijo legítimo, Páralo. Consternado con tal golpe, procuró, sin embargo, sufrirlo como de costumbre y conservar su grandeza de ánimo: pero al ir a poner al muerto una corona, a su vista se dejó vencer del dolor hasta hacer exclamaciones y derramar copia de lágrimas, no habiendo hecho cosa semejante en toda su vida.

XXXVII.- La ciudad puesta la atención en la guerra, había tanteado a los demás generales y oradores, y como en ninguno hallase ni la autoridad ni la dignidad corres-

pondiente a lo arduo del mando, deseosa ya de Pericles, le llamó para la tribuna y para el mando de las tropas; mas hallábase desalentado y encerrado en su casa por el duelo, y fue preciso que Alcibíades y otros amigos le convencieran para que se presentase. Dio excusas el pueblo de su ingratitud y olvido, y él volvió a encargarse de los negocios; nombrósele general, e hizo proposición para que se abrogase la ley sobre los bastardos, que él mismo había introducido antes, para que por falta de sucesión no se acabase su casa y se extinguiera su nombre y su linaje. Lo que hubo acerca de esta ley fue lo siguiente: floreció por largo tiempo antes Pericles en el mando, y teniendo hijos legítimos, como se ha visto, propuso una ley para que sólo se tuviera por Atenienses a aquellos, que fuesen hijos de padre y madre ateniense.

Como luego el rey de Egipto hubiese enviado de regalo para el pueblo cuarenta mil fanegas de trigo, habiéndose de repartir a los ciudadanos, por esta ley se movieron a los espurios muchos pleitos, que hasta allí habían estado olvidados y en descuido, y aun muchos fueron calumniosamente acusados, de manera que llegaron hasta muy cerca de cinco mil los que, resultando no tener la calidad, fueron vendidos, y los que permanecieron con los derechos de ciudadanos por haber sido declarados Atenienses subieron a catorce mil y cuarenta. Sin embargo, pues, de que era muy duro que una ley de tan gran poder contra tal muchedumbre fuese abrogada por el mismo que antes la había propuesto, el infortunio presente, venido sobre la casa de Pericles como castigo de aquel orgullo y vanagloria, quebrantó los ánimos de los Atenienses, los cuales, conceptuando que contra aquel se

había declarado la ira de los dioses, y la humanidad pedía se le diese consuelo, vinieron en que su hijo bastardo fuese escrito en su propia curia y tomase su nombre. A éste, más adelante, habiendo vencido a los Peloponesos en la batalla de Arginusas, el pueblo le hizo dar muerte, juntamente con los otros sus colegas de mando.

XXXVIII.- A este tiempo la peste acometió a Pericles, no con gran rigor y violencia como a los demás, sino produciendo una enfermedad lenta, que con varias alternativas, poco a poco, consumía su cuerpo y debilitaba la entereza de su espíritu. Así es que Teofrasto, moviendo en su tratado de *Ética* la duda de si nuestros caracteres siguen en sus vicisitudes a la fortuna, y si conmovidos con las enfermedades del cuerpo decaen de la virtud, refiere que Pericles, estando ya malo, a un amigo que fue a visitarle le mostró un amuleto que las mujeres le habían puesto al cuello, para hacer ver lo malo que estaba cuando se prestaba a aquellas necedades. Estando ya para morir, le hacían compañía los primeros entre los ciudadanos y los amigos que le quedaban, y todos hablaban de su virtud y de su poder, diciendo cuán grande había sido; medían sus acciones, y contaban sus muchos trofeos, porque eran hasta nueve los que mandando y venciendo había erigido en honor de la ciudad. Decíanselo esto unos a otros en el concepto de que no lo percibía y de que ya había perdido enteramente el conocimiento; mas él lo había escuchado todo con atención, y, esforzándose a hablar, les dijo que se maravillaba de que hubiesen mencionado y alabado entre sus cosas aquellas en que tiene parte la for-

tuna, y que han sucedido a otros generales, y ninguno hablase de la mayor y más excelente, que es, dijo, el que por mi causa ningún Ateniense ha tenido que ponerse vestido negro.

XXXIX.- ¡Admirable hombre, en verdad! No sólo por la blandura y suavidad que guardó en tanto cúmulo de negocios y en medio de tales enemistades, sino por su gran prudencia, pues que entre sus buenas acciones reputó por la mejor el no haber dado nada en tanto poder ni a la envidia ni a la ira, ni haber mirado a ninguno de sus enemigos como irreconciliable; y yo entiendo que sólo su conducta bondadosa y su vida pura y sin mancha, en medio de tan grande autoridad, pudo hacer exenta de envidia y apropiada rigurosamente a él la denominación, al parecer pueril y chocante, que se le dio llamándole *Olimpio* si tenemos por digno de la naturaleza de los dioses que, siendo autores de todos los bienes y no causando nunca ningún mal, por este admirable orden gobiernen y rijan todo lo criado: no como los poetas, que nos inculcan opiniones absurdas, de que sus mismos poemas los convencen, llamando al lugar en que se dice habitan los dioses una residencia estable y segura, adonde no alcanzan los vientos ni las nubes, sino que siempre y por todo tiempo resplandece invariable con una serenidad suave y una lumbre pura, como corresponde a la mansión de lo bienaventurado e inmortal; cuando a los dioses mismos nos los representan llenos de rencillas, de discordia, de ira y de otras pasiones, que aun en hombres de razón estarían muy mal. Mas esto sería quizá más propio de otro tratado. Por lo

que hace a Pericles, los sucesos mismos hicieron muy luego conocer a los Atenienses su falta y echarle menos, pues aun con los que mientras vivía llevaban mal su poder por parecerles que los oscurecía, luego que faltó y experimentaron a otros oradores y demagogos, confesaban a una que ni en el fasto podía darse genio mas dulce, ni en la afabilidad más majestuoso; y se echó de ver que aquella autoridad, un poco incómoda, a la que antes daban los nombres de monarquía y tiranía, había venido a ser la salvaguardia del gobierno: tanta fue la corrupción y perversidad que se advirtió después en los negocios, la cual él había debilitado y apocado, no dejándola comparecer, y menos que se hiciera insufrible por su insolencia.

FABIO MÁXIMO

I.- Habiendo sido Pericles en sus hechos, dignos de memoria, tan admirable como queda dicho, convirtamos ahora a Fabio Máximo la narración. Algunos dicen que de una Ninfa, y otros que de una mujer del país ayuntada con Hércules en la orilla del río Tíber, nació el varón de quien desciende el linaje magno e ilustre de los Fabios, de los cuales los primeros, según quieren algunos, por el género de caza con hoyos a que fueron dados, se llamaron Fodios en un principio; con el tiempo mudadas dos letras, se dijeron Fabios. Fue fecunda esta casa en muchos y esclarecidos varones, y desde Rulo, el más insigne de ellos, que, por tanto, fue denominado Máximo por los Romanos, era cuarto este Fabio Máximo de quien vamos a hablar. Éste, de un defecto corporal, tuvo además el sobrenombre de *Verrucoso*, porque encima del labio le había salido una verruga; también el de *Ovícula*, que significa oveja, el cual se le impuso por su mansedumbre y sosería cuando era muchacho, porque su sosiego y silencio con mucha timidez cuando tomaba parte en las diversiones pueriles, su tardanza en aprender las letras y su apacibilidad y condescendencia con sus iguales pasaban

plaza de bobería para los extraños, siendo muy pocos los que bajo aquel sosiego descubrían su natural firmeza y magnanimidad. Bien pronto después, cuando con el tiempo le excitaron los negocios, hizo ver a todos que era imperturbabilidad la que parecía ineptitud: prudencia, la apacibilidad y seguridad y entereza, la dificultad y tardanza en determinarse, poniendo la vista en la extensión de la república y las continuadas guerras, ejercitaba su cuerpo para los combates como arma natural y cultivaba la elocuencia para la persuasión al pueblo de la manera que más conformaba con su carácter. Porque su dicción no tenía la brillantez ni la gracia popular, sino una forma propia sentenciosa, llena de cordura y profundidad, muy parecida, dicen, a la frase de Tucídides. Todavía nos queda una oración suya al pueblo, que es el elogio fúnebre de su hijo, que murió después de haber ya sido cónsul.

II.- De los cinco consulados para que fue nombrado, en el primero triunfó de los Ligures, los cuales, derrotados por él con gran pérdida, se retiraron a los Alpes y dejaron con esto de saquear y molestar la parte de Italia que con ellos confina. Después ocurrió que Aníbal invadió la Italia, y habiendo conseguido una victoria junto al río Trebia, se encaminó a la Etruria, y talando el país, difundió el asombro, el terror y la consternación hasta Roma. Al mismo tiempo sobrevinieron prodigios, parte familiares a los Romanos, como los de los rayos, y parte enteramente nuevos y desconocidos. Porque se dijo que los escudos por sí mismos se habían mojado en sangre, que cerca de Ancio se había segado mies

con las espigas ensangrentadas, que por el aire discurrían piedras encendidas e inflamadas, y que, pareciendo que se había rasgado el cielo por la parte de Falerios, habían caído y, esparcídose muchas tabletas, y en una de ellas aparecía escrito al pie de la letra: “Marte sacude sus propias armas”. Nada de esto intimidó al cónsul Flaminio, que, sobre ser por naturaleza alentado y ambicioso, estaba engreído con sucesos muy afortunados que antes, contra toda probabilidad, había tenido; pues que, a pesar del dictamen del Senado y de la resistencia de su colega, dio batalla a los Galos y los venció. A Fabio tampoco le conmovieron los prodigios, porque ninguna razón veía para ello, sin embargo de que a muchos les pusieron miedo; pero informado del corto número de los enemigos y de su falta de medios, exhortaba a los Romanos a que aguantasen y no entraran en contienda con un hombre que mandaba unas tropas ejercitadas para esto mismo en muchos combates, sino que, enviando socorros a los aliados y fortificando las ciudades, dejaran que por sí mismas se deshicieran las fuerzas de Aníbal, como una llama levantada de pequeño principio.

III.- No logró, sin embargo, persuadir a Flaminio, el cual, diciendo no sufriría que la guerra se acercase a Roma, ni como el antiguo Camilo pelearía en la ciudad por su defensa, dio orden a los tribunos para que saliesen con el ejército, y marchando él a caballo, como éste sin causa ninguna conocida se hubiese asombrado y espantado de un modo extraño se venció y cayó de cabeza; mas no por esto mudó de propósito, sino que llevando adelante el de ir en busca de Aní-

bal, dispuso su ejército junto al lago de la Etruria llamado Trasímeno. Viniendo los soldados a las manos, al propio tiempo de darse la batalla hubo un terremoto, con el que algunas ciudades se arruinaron, las aguas de los ríos mudaron su curso, y las rocas se desgajaron desde sus fundamentos, y sin embargo de ser tan violenta esta convulsión, absolutamente no la percibió ninguno de los combatientes. El mismo Flaminio, después de haber hecho los mayores esfuerzos de osadía y de valor, pereció en la batalla, y a su lado lo más elegido; de los demás que volvieron la espalda, fue grandísima la mortandad; los que perecieron fueron quince mil, y los cautivos, otros tantos. El cuerpo de Flaminio, a quien por su valor ansiaba dar sepultura y todo honor Aníbal, no se pudo encontrar entre los muertos, sin que se hubiese podido saber cómo desapareció. La pérdida de la batalla del Trebia ni en su aviso la escribió el general, ni la dijo el mensajero enviado a la ligera, sino que se fingió que la victoria había sido incierta y dudosa. Mas en cuanto a ésta, apenas llegó de ella la noticia al pretor Pomponio, cuando, reuniendo en junta al pueblo, sin usar de rodeos ni de engaños, salió en medio de ellos, y “Hemos sido vencidos ¡oh Romanos!- les dijo- en una gran batalla: el ejército ha sido deshecho y el cónsul Flaminio ha perecido; consultad, por tanto, sobre vuestra salud y seguridad”. Arrojando, pues, este discurso como un huracán en el mar de tan numeroso pueblo, causó gran turbación en la ciudad, y los ánimos no quedaron en su asiento, ni podían volver en sí de tanto asombro. Convinieron, sin embargo, todos en este pensamiento: que el estado de las cosas exigía de necesidad el mando libre de uno solo, al que

llaman dictadura, y un hombre que lo ejerciera imperturbable y confiadamente, y que éste no podía ser otro que Fabio Máximo, el cual reunía una prudencia y una opinión de conducta correspondientes a la grandeza del encargo, y era además de una edad en la que el cuerpo está en robustez para poner por obra las resoluciones del ánimo, y al mismo tiempo la osadía está ya subordinada a la discreción.

IV.- Tomada esta determinación, fue Fabio Máximo nombrado dictador, y habiendo él mismo nombrado maestre de la caballería a Lucio Minucio, lo primero que pidió al Senado fue que se le permitiera usar de caballo en el ejército; porque no se podía, antes estaba expresamente prohibido por una ley antigua, bien fuese porque consistiendo su principal fuerza en la infantería les pareciese que el general debía permanecer con ella y no separarse, o bien porque siendo en todo lo demás regia y desmedida esta autoridad, quisieran que el dictador quedase en esto pendiente del pueblo. Además, queriendo desde luego Fabio mostrar lo grande y esplendoroso de aquella dignidad para tener más sumisos y obedientes a los ciudadanos, salió en público, llevando ante sí veinticuatro fasces, y como viniese hacia él el otro de los cónsules, le envió un lictor con la orden de que despidiese las fasces, y deponiendo todas las insignias del mando, viniera como un particular adonde estaba, En seguida, tomando de los dioses el mejor principio, y dando a entender al pueblo que el general, por olvido y desprecio de las cosas divinas y no por falta de sus soldados, había incurrido en aquella ruina, le exhortó a que no temiese a los enemigos con apla-

car y venerar a los dioses; no porque pensase en fomentar la superstición, sino con la mira de alentar con la piedad el valor, y de quitar y templar, con la esperanza puesta en los dioses, el miedo de los enemigos. Registráronse en aquella ocasión muchos de los libros proféticos arcanos, a que daban grande importancia, llamados sibilinos, y se dice que varios de los vaticinios en ellos contenidos venían muy acomodados a las desgracias y sucesos entonces presentes, bien que su contenido con ninguno otro podía comunicarse. Presentándose, pues, el Dictador ante la muchedumbre, hizo voto a los dioses de toda la cría que hasta la primavera de aquel año tuviesen las cabras, las cerdas, las ovejas y las vacas en todos los montes, campiñas, ríos, y lagos de la Italia, y ofrecérselo todo en sacrificios: ofreció además espectáculos de música y escénicos, en que se gastasen trescientos treinta y tres sestercios, y trescientos treinta y tres denarios, y un tercio más; que en una suma hacen ochenta y tres mil quinientos ochenta y tres dracmas y dos óbolos. Es difícil dar la razón del cuidadoso modo de numerar aquella cantidad; a no ser que crea alguno haber sido recomendación de la virtud del número tres, porque por su naturaleza es perfecto, el primero de los impares, principio en si del plural, y abraza las primeras diferencias y los elementos de todo número, mezclándolos y como juntándolos en uno.

V.- Convirtiendo así Fabio la atención de la muchedumbre hacia la religión, la hizo concebir mejores esperanzas, y poniendo él en sí mismo toda la confianza de la victoria, bien cierto de que Dios da la dicha a los hombres por medio

de la virtud y la Prudencia, partió en busca de Aníbal no para dar batalla, sino con la determinación de quebrantar y aniquilar en éste, con el tiempo, la pujanza; con la sobra de los Romanos, su escasez de medios, y con la población de Roma, su corto número. Así siempre se le veía por alto a causa de la caballería enemiga, poniendo sus reales en lugares montañosos; en reposo, si Aníbal se estaba quieto, y si éste se movía siguiéndole alrededor de las eminencias, y apareciéndose siempre en disposición de que no se le pudiera obligar a pelear sí no quería; pero infundiendo al mismo tiempo miedo a los enemigos con aquel cuidado, como si les fuese a presentar batalla. Dando de esta manera tiempo al tiempo, todos le tenían en poco, hablándose mal de él aun en su mismo ejército, y lo que es a los enemigos todos, excepto a Aníbal, les parecía sumamente irresoluto, y que no era para nada. Él sólo penetró su sagacidad y el género de guerra que se había propuesto hacerle, y reflexionando que era preciso por todos medios de maña y de fuerza mover a aquel hombre, sin lo cual eran perdidas las cosas de los Cartagineses, no pudiéndose hacer uso de aquellas armas en que eran superiores, y apocándoseles y gastándoseles cada día en balde aquellas de que ya escaseaban, que era la gente y los caudales, echando mano de todo género de artificios y escaramuzas militares y buscando, a manera de buen atleta, algún asidero, hacía tentativas, ya acercándosele, ya causando alarmas, y ya llamándole por diferentes partes, todo con el objeto de sacarle de sus propósitos de seguridad. Mas en él su juicio, que estaba siempre aferrado a sólo lo que convenía, se mantenía constantemente firme e invariable. Incomodábale

también el maestre de la caballería, Minucio, ansioso intempestivamente de pelear, sumamente arrojado y que en este sentido arengaba al ejército, al que él mismo había llenado de un ímpetu temerario y de vana confianza; así los soldados se burlaban de Fabio llamándole el pedagogo de Aníbal, y a Minucio le tenían por varón excelente y por general digno de Roma. Concibiendo con esto más animo y temeridad, decía, en aire de burla, que aquellos campamentos por las alturas eran teatros que el dictador les proporcionaba para que pudieran ver las devastaciones e incendios de la Italia, Preguntaba también a los amigos de Fabio si pensaba subir el ejército al cielo desconfiado ya de la tierra, o esconderse entre las nubes y las nieblas para escapar de los enemigos. Referían los amigos a Fabio estos insultos, y como le excitasen a que con pelear borrara esta afrenta: "Entonces sería yo más tímido que ahora-les dijo-si por miedo de los dicterios y de ser escarnecido me apartara de mis determinaciones. El miedo por la patria no es vergonzoso, mientras que el salir de sí por las opiniones de los hombres, por sus calumnias y sus reprensiones no es digno de un varón de tanta autoridad, sino del que se esclaviza a aquellos a quien debe mandar, y aun dominar, cuando piensan desacertadamente".

VI.- En este estado cae Aníbal en un yerro; porque queriendo llevar su ejército más lejos del de Fabio, y establecerse en terreno que abundase más en pasto, dio orden a los guías de que inmediatamente después de la cena le condujeran al campo Casinate. No habiendo éstos, a causa de la pronunciación extranjera, entendido bien lo que se les decía,

conducen todas las tropas al extremo de la Campania, a la ciudad de Casilino, por medio de la cual corre el río Lótrono, llamado de los Romanos Vulturno. Está aquella región coronada por lo más de montañas; pero hacia el mar se extiende un valle, donde ensanchándose el río forma lagunas, y además hay en él grandes montones de arena, viniendo a terminar en una playa muy inquieta e inaccesible. Encerrado allí Aníbal, Fabio, que tenía conocimiento de los caminos, le tomó los pasos, y para cortarle la salida apostó cuatro mil infantes, y colocando en buena posición sobre las alturas el resto de sus tropas, con los más ligeros y más denodados dio alcance a la retaguardia de los enemigos, y desordenó todo su ejército, matándoles unos ochocientos hombres. Aníbal entonces, queriendo sacarle de allí, echó de ver el yerro que se había padecido, y el peligro; y lo primero que hizo fue poner en un palo a los guías; mas desconfió de apartar y vencer a los enemigos, que se hallaban apoderados de los lugares ventajosos. Estaban todos desalentados y acobardados, considerándose cercados por todas partes y sin tener salida alguna, cuando a Aníbal le ocurrió una astucia con que engañar a los enemigos, que fue de este modo: Mandó que tomando como dos mil vacas de las del botín se les atasen sendos hachones en los cuernos, o haces de ramajes o sarmientos secos, y que a la noche, pegando a éstos fuego a la señal que se diese, se las encaminara hacia las eminencias por los puntos estrechos donde tenían sus centinelas los enemigos. Mientras atendían a esto aquellos a quienes lo encargó, poniendo él en movimiento el grueso del ejército cuando ya había anochecido, marchaba con sosiego. Las va-

cas, mientras el fuego no tomó cuerpo, y sólo se quemaba la leña, andaban reposadamente conducidas por la falda del monte, de manera que pasmados los pastores y vaqueros situados en las alturas de aquellas luces que ardían en lo alto de los cuernos, les parecía ser de un ejército que marchaba con multitud de hachas en el mejor orden. Mas después que encendido el cuerno hasta la raíz se hizo sentir el fuego en la carne, y que moviendo y sacudiendo con el dolor las cabezas se llenaron unas a otras de mucha llama, ya no guardaron orden en su dirección, sino que, espantadas e irritadas, dieron a correr a lo alto de los montes, llevando encendido el testuz y la cola, y encendiendo también muchos de los matorrales por donde huían: espectáculo muy espantoso para los Romanos, puestos de guardia en aquellos oteros. Porque parecía que las luces eran llevadas por hombres que iban corriendo; entróles por tanto, mucha turbación y miedo, imaginándose que de diversas partes venían enemigos sobre ellos, y que por todas estaban cercados. No teniendo, pues, valor para mantenerse en sus puestos, se retiraron al centro del campamento, abandonando las gargantas. Con esta oportunidad inmediatamente las tropas ligeras de Aníbal ocuparon las alturas, y ya toda la demás fuerza había marchado sin ser inquietada, llevándose una abundante y rica presa.

VII.- Fabio bien se percibió del engaño en la misma noche, porque algunas de las vacas que huyeron espantadas habían venido a dar en su poder; temiendo, sin embargo, alguna celada preparada a favor de las tinieblas, tuvo inmóvil

el ejército sobre las armas. Luego que amaneció se puso en persecución de los enemigos y alcanzando la retaguardia, se trabó combate en terreno quebrado, por lo que en éstos era grande la confusión, hasta que Aníbal, haciendo salir de aquellas gargantas a los Españoles, más ejercitados en trepar por los montes, gente muy lista y de gran ligereza, los envió contra la infantería pesada de los Romanos, en la que hicieron bastante mortandad, y obligaron a Fabio a retirarse. Con esto crecieron las habladurías y el menosprecio contra él; porque no poniendo en las armas su confianza, sino aspirando a triunfar de Aníbal con la sagacidad y previsión, aparecía vencido y burlado con estos mismos medios, y queriendo Aníbal encender todavía más el encono de los Romanos contra Fabio, llegado que hubo adonde estaban sus posesiones, mandó que se talara e incendiara todo lo demás, y sólo a aquellas se perdonara, dejando una guardia que no permitiera destruir o tomar nada de lo que allí había. Todo esto fue anunciado en Roma, dándosele gran valor, levantando mucho el grito los tribunos de la plebe, a instigación principalmente de Metilio, que atizaba aquel fuego, no tanto por enemistad a Fabio, como porque teniendo deudo con Minucio, el maestre de la caballería, juzgaba que cedían en honor y aprecio de éste aquellos rumores. Había además caído en la indignación del Senado, por llevar éste a mal el tratado que acerca de los cautivos había hecho con Aníbal; porque le había otorgado que se canjearía hombre por hombre, y que si de la una de las partes era mayor el número, por cada uno de los que se entregasen se darían doscientas y cincuenta dracmas. Por tanto, cuando hecho el

canje se halló que todavía le quedaban a Aníbal doscientos y cuarenta, el Senado resolvió no enviar su rescate, y se culpó a Fabio de que, contra toda razón y conveniencia, tratara de volver a Roma a unos hombres que por cobardía habían sido presa de los enemigos. Enterado de esta resolución Fabio, sufrió muy resignadamente el encono de los ciudadanos; mas no teniendo caudal propio, y no queriendo faltar a lo tratado, ni dejar abandonados a aquellos infelices, envió a Roma a su hijo con orden de que vendiera sus tierras y le llevara al punto el importe al ejército. Vendiólas éste, efectivamente, y vuelto allá con suma presteza, envió Fabio el rescate a Aníbal, y recobró los cautivos. Muchos de éstos quisieron remitírselo después, pero no quiso recibirlo de nadie, sino que lo perdonó a todos.

VIII.- Llamaron a Fabio a Roma después de estos sucesos los sacerdotes para ciertos sacrificios, y entregó el mando a Minucio, no sólo con precepto que como emperador le imponía de no entrar en batalla ni tener reencuentros con los enemigos, sino haciéndole sobre ello encarecidas instancias, de las que él hizo tan poca cuenta, que al punto se puso a provocarlos; y habiendo observado en una ocasión que Aníbal había destacado la mayor parte del ejército a acopiar víveres, atacó a los que habían quedado, los encerró dentro del vallado, con pérdida de no pocos, y aun a todos les hizo concebir temores de que los tenía sitiados. Recogió después Aníbal todas sus fuerzas a los reales, y él se retiró con la mayor seguridad, muy ufano por su parte con lo hecho, y habiendo inspirado al ejército un des-

medido arrojo. Muy pronto llegó a Roma la noticia, exagerada mucho más allá de lo cierto; y cuando la oyó Fabio: "Lo que más temo- dijo- es esta buena suerte de Minucio". Mas el pueblo se ensoberbeció; y habiendo corrido a la plaza con grande regocijo, entonces el tribuno Metilio, subiendo a la tribuna, empezó a arengarle, celebrando mucho a Minucio, acusando a Fabio no ya de flojedad y cobardía, sino de traición, y culpando juntamente a muchos de los más poderosos y principales de que desde el principio, con la mira de humillar a la plebe, quisieron atraer la guerra y arrojar la ciudad en una monarquía ilimitada, la que dando largas a los negocios, facilitara a Aníbal traer de nuevo otro ejército del África, como dueño ya de la Italia.

IX.- No se cuidó Fabio de defenderse en la junta pública de las acusaciones del tribuno, y sólo dijo que iba a despachar prontamente los sacrificios y ceremonias para volver al ejército e imponer el debido castigo a Minucio, porque, contra su prohibición, había combatido con los enemigos. Movióse con esto gran alboroto en la plebe, viendo que corría mucho peligro Minucio, porque el dictador tiene facultad para prender y castigar sin formación de causa, y notando que la ira había sacado a Fabio de su gran mansedumbre, graduábala de terrible e implacable. Por esto mismo los demás se contuvieron; pero Metilio, alentado con la inmunidad del tribunado- porque elegido dictador, este solo cargo no se disuelve, sino que permanece, anulados todos los demás-, no cesaba de arengar al pueblo, pidiendo que no desamparara a Minucio ni consintiera le sucediese lo que Manlio Torcuato

ejecutó con su hijo, haciéndole cortar con la segur la cabeza, triunfante y coronado como estaba, sino que despojase a Fabio de la tiranía y pusiera la república en manos que pudieran y quisieran salvarla. Hicieron grande impresión en los ánimos estas razones; más no se atrevieron, sin embargo de haber humillado a Fabio, a imponerle la precisión de abdicar la dictadura, contentándose con decretar que Minucio, igualado en el mando de las tropas con el dictador, partiera con él la guerra, usando de la misma autoridad, cosa nunca vista antes en Roma, pero repetida poco después de resulta de la derrota de Canas, porque también era entonces dictador en los ejércitos Marco Junio, y viéndose en la ciudad precisados a completar el Senado, habiendo muerto muchos senadores en la batalla, eligieron en segundo dictador a Fabio Buteón. Mas éste, luego que en uso de su autoridad eligió los que le faltaban y completó el Senado, deponiendo en el mismo día las fasces y sustrayéndose a los que le acompañaban, se metió y confundió con la muchedumbre, y para tratar y arreglar un negocio propio suyo volvió a la plaza como un particular.

X.- Asociando con el dictador para tan importantes negocios a Minucio, pensaron abatir y humillar a aquel, en lo que dieron muestras de conocer muy poco su carácter, porque no miraba como desgracia suya aquella ceguedad, sino que, al modo que Diógenes el sabio, diciéndole uno: “Éstos te escarnecen”, respondió: “Pues yo no soy escarnecido”, teniendo por dignos solamente de burla a los que se acobardan y turban con tales cosas, así también Fabio no se dio por sentido ni se incomodó por sí con aquella determina-

ción, contribuyendo a demostrar lo que opinan algunos filósofos: que el varón recto y bueno no puede ser afrentado ni deshonrado. Lo que sí le afligía era el desacierto de la muchedumbre en lo tocante al bien público, dando facilidad para hacer la guerra a un hombre que adolecía de desmedida ambición. Temiendo, por tanto, no fuera que éste, enloquecido del todo con la vanagloria y el orgullo, se apresurara a hacer algún disparate, salió de Roma sin noticia de nadie, y, llegado al ejército, encontró a Minucio no moderado y tranquilo, sino displicente e hinchado, ansioso por mandar alternativamente cosa en que Fabio no quiso condescender; y lo que hizo fue partir las tropas con él, teniendo por mejor mandar sólo una parte que mandar el todo de aquella manera. Tomó, pues, para sí las legiones primera y cuarta, y dio a Minucio la segunda y tercera, y por el mismo término se repartieron las fuerzas auxiliares. Quedó Minucio muy orgulloso y contento con que la dignidad del mando más elevado y supremo hubiese sufrido aquella disminución y despedazamiento por consideración a él; pero Fabio le hizo la advertencia de que considerara que no era con él con quien había de contender, sino con Aníbal; mas que, con todo, si aun quería altercar con su colega, debía poner la atención en que no pareciese que el que había vencido con los ciudadanos y había sido de ellos honrado, cuidaba menos de su salud y seguridad que el humillado y ofendido.

XI.- Minucio miró esta amonestación como jactancia de un viejo, y haciéndose cargo de las fuerzas que le habían cabido en suerte, se fue a acampar solo y aparte; teniendo

Aníbal noticia de cuanto pasaba, y estando en acecho de cualquier ocasión. Había en medio un collado, no difícil de tomar, y tomado, muy seguro para un campamento, con bastante extensión para todo. El terreno de alrededor, visto de lejos, parecía igual y llano, porque estaba despejado: pero tenía algunas acequias y, además, algunas cuevas. Podía muy bien Aníbal tomar, sin hacerse sentir, este collado; mas no quiso, sino que lo dejó para ocasión o motivo de venir a las manos. Luego que vio a Minucio separado de Fabio, escondió de noche en las acequias y en las cuevas a algunos de sus soldados, y al rayar el día, abiertamente envió otros en corto número a ocupar el collado, para llamar y hacer caer hacia aquel paraje a Minucio, y así cabalmente sucedió.

Primero envió éste las tropas ligeras; después, la caballería, y a la postre, viendo que Aníbal enviaba socorro a los del collado, bajó con todas sus fuerzas en orden de combatir, y habiendo trabado una recia batalla, atropellaba a los que sostenían aquella altura, envuelto con ellos en una lucha muy igual; hasta que, observándole Aníbal completamente engañado y que dejaba la espalda enteramente descubierta a los de la celada, dio a éstos la señal; salieron entonces por diversas partes a un tiempo; y los acometieron con gritería, y, destrozando la retaguardia, es inexplicable la turbación y abatimiento que cayo sobre los Romanos. Quebrantóse también la arrogancia del mismo Minucio, que dirigía sus miradas ya a este, ya al otro caudillo, no osando ninguno mantenerse en su puesto, sino entregándose todos a la fuga, que no les fue de provecho, porque los Númidas, que eran ya dueños del terreno, acabaron con los dispersos.

XII.- ¡En tan mala situación se hallaban los Romanos! Pero Fabio no ignoraba su conflicto; antes, habiendo previsto, según parece, lo que iba a suceder, tenía todas las tropas prontas sobre las armas, y para saber lo que pasaba no se valió de espías, sino que él mismo se puso de atalaya delante del campamento. Luego que vio cortado y desordenado el ejército, y llegó a sus oídos la gritería de los que no guardaban formación, sino que huían espantados, dándose una gran palmada en el muslo y sollozando profundamente: "¡Por Hércules- exclamó-, cómo Minucio se ha perdido más presto de lo que yo esperaba, aunque quizá más tarde de lo que él hubiera deseado!" Y dando orden de sacar sin dilación las banderas, y de que le siguiese el ejército: "¡Éste, oh soldados- gritó-, éste es el momento de que se apresure el que conserve en su memoria a Marco Minucio, porque es un varón excelente y amante de su patria, y si en algo ha errado, con el deseo de arrojar cuanto antes a los enemigos, después le daremos las quejas!" Corre, pues, el primero, dispersa a los Númidas que discurrían por el llano, y en seguida se dirige contra los que combatían por retaguardia a los Romanos, matando a los que encuentra, con lo que los demás ceden y toman la fuga para no ser alcanzados y que no les suceda verse en el mismo caso en que ellos habían puesto a los Romanos. Aníbal, al ver aquella mudanza, y que Fabio, con más ardor del que a su edad correspondía, trepaba hacia el collado a unirse con Minucio, haciendo con la trompeta señal de retirada, volvió su ejército a los reales, y también los Romanos se retiraron contentos. Cuéntase que Aníbal, en

esta retirada, hablando de Fabio, dijo con chiste a sus amigos una especie como ésta: "¿No os predije yo muchas veces que aquella nube, agarrada siempre a los montes, algún día arrojaría agua con huracán y con tormenta?"

XIII.- Retiróse Fabio después de la acción sin hacer otra cosa que despojar a los enemigos que habían muerto, no profiriendo expresión ninguna de arrogancia o de ofensa acerca de su colega Minucio; pero éste, juntando sus tropas: "Camaradas- les dijo-, no cometer yerros en los grandes negocios es cosa muy superior a las humanas fuerzas; pero que el que erró aproveche la lección de sus escarmientos para lo sucesivo, es de hombre recto y que escucha la razón. Yo, si tengo que culpar en algo a la fortuna, mucho más es lo que tengo que agradecerle, porque lo que hasta ahora no había comprendido en tanto tiempo acabo de aprenderlo en una mínima parte de un día, quedando convencido de que no soy para mandar a otros, sino que necesito de un jefe, y no ponerme a querer vencer a aquellos de quienes me está mejor ser vencido. En las demás cosas será ya el dictador quien os mande; pero en la gratitud hacia él, yo he de ser todavía vuestro general, poniéndome en su presencia obediente y dispuesto a hacer cuanto me mandare". Dicho esto, mandando tomar las águilas y que todos le siguiesen, guió al campamento de Fabio, y ya dentro de él se encaminó a la tienda del general con admiración y sorpresa de todos. Saliéndole Fabio al encuentro, depuso aquel al punto las insignias, llamándole padre en alta voz, y en la misma llamaban sus soldados patronos a los de Fabio, que es la exclamación

en que prorrumpen los que reciben la libertad con aquellos que se la dan. Cuando ya hubo silencio, dijo Minucio: “Dos victorias ¡oh dictador! has alcanzado en el día de hoy, venciendo con el valor a Aníbal y con la prudencia y la generosidad a tu colega: con aquella nos has salvado y con ésta has dado una admirable lección a los que, si de parte de los enemigos sufrieron una vergonzosa derrota, de la que tú les has causado se glorían, porque han hallado en ella su salud. Te llamo padre, porque no encuentro nombre más honroso que darte, debiéndote mayor agradecimiento que al que me dio el ser, porque aquel me engendró a mí sólo y tú me has salvado con todos éstos”. Acabado este discurso, abrazó y saludó con un ósculo a Fabio, siendo cosa de ver que otro tanto ejecutaban sus soldados, porque se enlazaban y besaban unos a otros, inundando el campamento de alegría y de dulces lágrimas.

XIV.- Depuso Fabio después de estos sucesos la dictadura, y volvieron a nombrarse otra vez cónsules, de éstos, los primeros adoptaron el sistema de guerra que aquel había establecido, huyendo el pelear de poder a poder con Aníbal y contentándose con socorrer a los aliados e impedir la deserción. Eligióse después para el consulado a Terencio Varrón, hombre de linaje oscuro, pero que se había hecho lugar con adular a la plebe y con su carácter insolente; así, desde luego se echó de ver que con su inexperiencia y su temeridad iba a aventurarlo todo, porque se le oía vociferar en las juntas que la guerra duraría mientras la ciudad confiara el mando a los Fabios, pero que, para él, presentarse y ven-

cer a los enemigos todo sería uno. Con esto, al punto recogió y levantó tantas fuerzas cuantas para ninguna otra guerra habían empleado los Romanos, porque se reunieron para la batalla hasta ochenta y ocho mil hombres, motivo de gran temor para Fabio y para todos los hombres de juicio, porque no esperaban que pudiera recobrarse la ciudad si se desgraciaba aquella brillante juventud. Por esta razón se dirigió al colega de Terencio, Paulo Emilio- que era buen militar, mas no grato al pueblo, y estaba escamado de la muchedumbre por una multa que se le había impuesto para el erario-, con propósito de darle ánimo y exhortarle a hacer oposición a la locura de aquel, manifestándole que su contienda en beneficio de la patria, más que con Aníbal había de ser con Terencio, porque se apresurarían a la batalla, éste, no conociendo en qué consistían sus fuerzas, y aquel,- estando bien convencido de su flaqueza. "Mas yo ¡oh Paulo!- dijo- con más justicia deberé ser de ti creído que no Terencio si te aseguro acerca del estado de las cosas de Aníbal que éste, no peleando nadie con él en todo este año, o infaliblemente caerá, si se obstina en mantenerse aquí, o tendrá precisamente que marchar; pues con parecer que ahora vence y está pujante, ninguno de sus contrarios se le ha pasado, ni tiene la tercera parte de las fuerzas con que vino." A esto se dice que Paulo contestó en estos términos: "Por mí ¡oh Fabio!, cuando considero mi situación, tengo por mejor caer oprimido de las lanzas de los enemigos que de los votos de los ciudadanos; mas si nuestras cosas públicas están en el estado que dices, más me esforzaré por acreditarme contigo de buen capitán, que no con todos los demás que quieran

obligarme a seguir un dictamen contrario al tuyo”. Con esta resolución partió Paulo para la guerra.

XV.- Terencio hizo empeño en que alternaran por días en el mando, y estando acampados a la vista de Aníbal, junto al Áufido y las que se llamaban Canas, al mismo amanecer puso la señal de batalla, que era un paño de púrpura tendido encima de la tienda del general. Sorprendiéronse al principio los Cartagineses viendo aquel arrojo del cónsul y la muchedumbre de los enemigos, cuando ellos no eran ni siquiera la mitad. Aníbal mandó a las tropas tomar las armas, y, montando a caballo, se puso con unos cuantos sobre una ligera eminencia a hacerse cargo de los enemigos, que ya estaban formados. Díjole entonces uno de los que con él estaban, hombre de igual autoridad con él, llamado Giscón: “¡Qué maravillosa es esta multitud de enemigos!” Y Aníbal, arrugando la frente: “Pues otra cosa más maravillosa se te ha pasado”, le contestó. Preguntóle Giscón cuál era, y él respondió que, con ser tantos, ninguno de ellos se llamaba Giscón. Dicho así este chiste, cuando menos podía esperarse, les causó a todos mucha risa; y como bajando del otero lo fuesen refiriendo a los que encontraban al paso, les hacía a todos reír de tan buena gana, que nunca podían contenerse los que estaban al lado de Aníbal. A los Cartagineses, que lo veían, les inspiraba esto gran confianza, considerando que tanta risa, y estar tan de chanza el general en aquellos momentos, no podría nacer sino de mucha seguridad y menosprecio del peligro.

XVI.- En la batalla usó de dos estratagemas: la primera fue procurar tener el viento por la espalda; era a la sazón parecido a un torbellino de fuego, y levantando de aquellas llanuras, bastante polvorientas y descubiertas, gran cantidad de arena, pasándola por encima de los Cartagineses, la impelía hacia los Romanos, y se la arrojaba en la cara, haciéndoles volverla y perder el orden. El segundo consistió en la formación, porque lo más fuerte y aguerrido de sus tropas lo colocó de uno y otro lado del centro, y éste lo llenó de lo más endeble, haciendo que esta especie de cuña saliese bastante adelante respecto del cuerpo de la falange. Encargó a los más esforzados que cuando los Romanos acometiesen a éstos, y llevándoselos por delante, el centro quedase abierto, y formando seno recibiera a aquellos dentro de la falange, haciendo ellos una conversión por uno y otro lado, los cargasen oblicuamente y los envolviesen, cogiéndolos por la espalda, que fue, a lo que parece, lo que causó tan gran mortandad; pues luego que cediendo el centro se llevó tras sí en su persecución a los Romanos, y que la falange de Aníbal, mudando de posición, formó como media luna, y doblando repentinamente las tropas elegidas, a la voz de sus jefes, unos a la izquierda y otros a la derecha, cubrieron los claros, entonces, todos los que no previnieron el ser cercados se encontraron como presos y perecieron. Dícese que también a la caballería romana le ocurrió un accidente extraño, porque herido, a lo que se cree, el caballo de Paulo, lo derribó, y de los que estaban a su lado se fueron apeando uno, y otro, y otro, y a pie se le pusieron delante para protegerle. Los de a caballo, al verlos, pensaron que aquello dimanaba de una

orden general, y echando todos pie a tierra, así se arrojaron sobre los enemigos, lo que, observado por Aníbal, "¡Más quiero esto- exclamó- que el que me los hubieran dado atados!" Pero estos incidentes son para los que escriben la historia con toda extensión. De los cónsules, Varrón, con unos pocos, se retiró a la ciudad de Venusia; pero Paulo, en el desorden y confusión de aquella fuga, plagado su cuerpo de los dardos clavados en las heridas y oprimida su alma con tal desgracia, se había sentado en una piedra esperando un enemigo que le diera la muerte. Estaba, por la mucha sangre que le inundaba la cabeza y el rostro, enteramente desfigurado, de modo que sus amigos y sus mismos sirvientes, por no conocerle, pasaron de largo. Sólo Cornelio Léntulo, joven de familia patricia, le vio y reconoció, y, apeándose de su caballo, le acarició y rogó que subiese en aquel y se salvara, para bien de los conciudadanos, que entonces más que nunca necesitaban de un buen general. Paulo se negó a sus ruegos, y obligó con lágrimas a aquel joven a que otra vez montase; y entonces. tomándole la diestra y dando un profundo suspiro: "Anuncia ¡oh Léntulo!- le dijo- a Fabio Máximo, y sé testigo para con él que Paulo Emilio siguió su dictamen hasta la muerte, y en nada faltó a lo que él había concertado, sino que fue vencido, primero por Varrón y después por Aníbal". Dado este encargo, despidiéndose de Léntulo, se mezcló entre los que estaban bajo el hierro de los enemigos, y murió con ellos. Dícese que murieron en la misma acción cincuenta mil Romanos, y cuatro mil fueron tomados vivos, y que después de la batalla fueron cautivados, cuando menos, otros diez mil en ambos campamentos.

XVII.- Después de tan señalada victoria incitaban a Aníbal sus amigos para que no desperdiciara su fortuna, y tras los enemigos, en el mismo punto de su fuga, cayera sobre Roma, pues al quinto día de la victoria cenaría en el Capitolio; pero no es fácil explicar qué consideración pudo contenerlo; más bien diremos que fue obra de algún genio o algún dios que quiso estorbárselo, que no demasiado recelo o temor suyo; así se cuenta que el cartaginés Barca le dijo con enfado: "Tú, Aníbal, sabes vencer; pero no sabes aprovecharte de la victoria". Con todo, hizo esta victoria tal mudanza en sus cosas, que no teniendo antes de la batalla ni una ciudad, ni un mercado, ni un puerto en Italia, por lo que con gran trabajo y dificultad recogía los precisos víveres para el ejército, y se había arrojado a la guerra sin poder contar con nada, pareciendo su ejército a una cuadrilla de bandoleros que anda errante de una parte a otra, entonces casi toda la Italia se puso en su poder. Porque la mayor y más poderosa parte de los pueblos voluntariamente se pasaron a su partido, y a Capua, que después de Roma es la más insigne de sus ciudades, también la atrajo a él. Ésta fue una ocasión en que se vio que una gran calamidad no sólo sirve para hacer prueba de los amigos, que es la expresión de Eurípides, sino que también de los grandes generales, pues lo que antes de aquella batalla se graduaba en Fabio de cobardía e insensibilidad, después de ella pareció al punto, no ya una prudencia humana, sino un oráculo y providencia divina y milagrosa, que prevé con anticipación aquellos sucesos que aun a los que los palpan se les hacen increíbles. Por tanto, al mo-

mento puso en él Roma la esperanza que le quedaba, y como a un templo o ara se acogió a su juicio, habiendo sido su cordura la primera y más poderosa causa para que estuviesen quedos y no se desbandasen como en la irrupción de los Galos. Porque aquel mismo, que se mostraba precavido y desconfiado en los momentos en que nada había de siniestro, ahora, cuando todos se abandonaban a una aflicción excesiva y a un dolor que no los dejaba para nada, él sólo discurría por la ciudad con paso sosegado, con semblante sereno y con afables palabras, haciendo desechar los lloros mujeriles y disipando los corrillos de los que se congregan en los parajes públicos para lamentar tales calamidades. Hizo también que se juntase el Senado, y alentó a los magistrados, siendo el vigor y poder de toda autoridad, que sólo en él ponía los ojos.

XVIII.- Puso guardas en las puertas para que estorbasen el paso a la muchedumbre que trataba de huir y abandonar la ciudad. Señaló lugar y término al luto, mandando que sólo se hiciese dentro de casa y por treinta días, pasados los cuales cesase todo duelo y no quedasen en la ciudad vestigios de él. Vino a caer en aquellos días la fiesta solemne de Ceres, y pareció más conveniente omitir los sacrificios y toda la demás pompa de ella, que hacer patente con el corto número y el abatimiento de los concurrentes la grandeza de aquella desventura; cuanto más, que hasta la Divinidad parece que se regocija con adoradores que estén contentos. Para aplacar a los dioses y apartar lo infausto de los prodigios, hízose lo que los augures prescribieron, porque fue enviado a Delfos,

a consultar al dios, Píctor, pariente de Fabio; y como se hubiese echado de ver que habían sido seducidas dos de las vírgenes vestales, la una fue enterrada viva, como es costumbre, y la otra se dio la muerte. Lo que hubo más de admirar en la prudencia y mansedumbre de la ciudad fue que, viniendo de aquella fuga el cónsul Varrón tan humillado y abatido como debía venir quien de tanta afrenta e infortunio había sido causa, le salieron a recibir hasta la puerta el Senado y el pueblo, haciéndole la salutación acostumbrada, y los magistrados y los principales senadores, de cuyo número era Fabio, cuando hubo silencio, le elogiaron de que no había desesperado de la república después de tamaña desgracia, sino que se presentaba para ponerse al frente de los negocios, obrar según las leyes y valerse de los ciudadanos, como que todavía tenían remedio.

XIX.- Luego que supieron que Aníbal, después de la batalla, se retiró a otra parte de la Italia, empezaron a tomar aliento y enviaron contra él generales y ejércitos. Eran entre aquellos los más señalados Fabio Máximo y Claudio Marcelo, dignos acaso de igual admiración por sus caracteres, enteramente opuestos, porque éste, como lo decimos en el libro de su *Vida*, siendo de una actividad brillante y osada, y al mismo tiempo acuchillador, y tal por su índole como aquellos a quienes Homero llama pendencieros y arrogantes, y en el modo de hacer la guerra arrojado e impetuoso, propio para contrarrestar la osadía de Aníbal, fue el primero a mover peleas y encuentros; mas Fabio, atenido siempre a sus primeras ideas, tenía esperanza de que, no entrando nadie en

combate con Aníbal, él mismo se había de consumir por sí, y con la guerra se había de quebrantar, perdiendo prontamente su robustez, como el cuerpo de un atleta cuando su fuerza es excesiva y se la ha cansado sin miramiento. Por esta razón dice Posidonio que a éste se le dio por los Romanos el nombre de escudo, y a Marcelo el de espada, y que unida la seguridad y circunspección de Fabio con el carácter de Marcelo fueron la salvación de Roma. Porque Aníbal, con tener que salir al encuentro frecuentemente a éste, como a un río que sale de madre, tenía en continua agitación y destruidas sus fuerzas: y con el otro, que parecía tener una corriente mansa y que no se le acercaba sino con gran tiento, las gastaba también y destruía de un modo insensible; y al fin vino a verse tan apurado, que Marcelo le fatigaba peleando, y a Fabio le temía porque huía de pelear, pudiendo decirse que por todo el tiempo tuvo que contender con estos dos, como pretores, como procónsules o como cónsules, porque cada cual de ellos fue cónsul cinco veces. Mas a Marcelo, cuando servía el quinto consulado, logró armarle una celada, y en ella le quitó la vida; con Fabio, aunque en muchas ocasiones usó de toda suerte de engaños y astucias, nada adelantó; sólo una vez llegó como a enredarle un poco y hacerle tropezar. Fingió y remitió cartas a Fabio de los más autorizados y poderosos de Metaponto, en el sentido de que la ciudad se le entregaría si a ella acudiese, y que los que a esto se decidían no aguardaban sino que llegara y se presentara en las inmediaciones. Fue seducido Fabio con estas cartas, y tomando parte del ejército, pensaba encaminarse allá en aquella noche; mas habiéndole sido infaustos los

agüeros de las aves, se contuvo, y al cabo de poco descubrió que las cartas habían sido fraguadas por Aníbal, y que éste estaba en emboscada junto a los muros de la ciudad, suceso que algunos atribuían a especial favor de los dioses.

XX.- En cuanto a las defecciones de las ciudades y la deserción de los aliados, era Fabio de opinión que debían contenerse y excitarse en éstos el pudor, hablándoles suave y mansamente, sin descubrirles todo lo que se sabe y sin manifestarse del todo incomodado con los que se hacen sospechosos. Así se dice que habiendo entendido que un Marso, buen militar, y en linaje y valor muy principal entre los aliados, había movido con algunos pláticas de defección, no se irritó con él, sino que, reconociendo que injustamente había sido olvidado: "Ahora- le dijo-, la culpa ha sido de los jefes que distribuye en los premios por favor más que por consideración al mérito; pero, en adelante, cúlpate a ti mismo si no vinieses a mí y me dijeses lo que echas menos"; y, dicho esto, le regaló un caballo hecho a la guerra y le remuneró con otros premios, con lo que desde entonces lo tuvo muy adicto y muy apasionado. Porque le parecía cosa terrible que los aficionados a caballos y perros borren lo que hay de áspero e indócil en estos animales, más bien con el cuidado, la suavidad y el alimento, que no con latigazos y ataduras; y que el hombre que tiene mando no ponga lo principal de su esmero en la afabilidad y la mansedumbre, portándose todavía con más dureza y violencia que los labradores, los cuales, a los cabrahigos, los peruétanos y los acebuches, los ablandan y suavizan injertándolos en olivos, en perales y en higueras.

Refiriéronle asimismo los Centuriones que un Luqués se marchaba del campamento y abandonaba a menudo su puesto; preguntóles qué era lo que en lo demás sabían de su porte, y como todos a una le asegurasen que con dificultad se encontraría otro tan buen soldado como él, y al mismo tiempo le indicasen aquellas proezas y hazañas suyas más señaladas, se puso a inquirir la causa de aquella falta. Informósele que, enredado aquel soldado en el amor de una mozuela, con gran peligro y haciendo largos viajes se iba cada día a verla desde el campo. Envió, pues, a uno sin noticia del soldado para que trajese aquella mujer, la que ocultó en su tienda, y haciendo venir sólo al Luqués: "No creas- le dijo- se me oculta que, contra los usos y leyes de la disciplina romana, has pernoctado muchas veces fuera del campamento; pero tampoco se me oculta que antes habías sido excelente soldado, que lo mal hecho hasta aquí quede compensado con tus valerosas hazañas; mas para en adelante ya tengo yo a quien encomendar tu guarda". Maravillóse a esto el soldado, y haciendo salir entonces a la mujer: "Ésta- le dijo- me es fiadora de que ahora te estarás quieto en el ejército con nosotros, y tú con tus obras me harás ver si faltabas por algún otro mal motivo, y que el amor y ésta no eran más que un pretexto aparente". Así se cuentan estos sucesos.

XXI.- La ciudad de los Tarentinos, que por traición había sido tomada, vino a su poder en esta forma: militaba bajo sus órdenes un joven Tarentino que en el mismo Tarento tenía una hermana muy fina siempre y muy amante de él. Estaba enamorado de ésta un Breciano, oficial de las tro-

pas que Aníbal había puesto de guarnición en la ciudad, y de aquí le nació al Tarentino la esperanza de salir con su idea; para lo que, con noticia de Fabio, se encaminó a casa de la hermana, diciendo a ésta que se había fugado. En los primeros días el Breciano se estaba en su casa, por pensar la hermana que aquel ignoraba sus amores; pero muy luego le dijo a ésta el joven que allá le habían llegado las nuevas de que tenía amistad con un hombre ilustre y de poder; por tanto, que quién era éste; porque si era distinguido, como se decía, y de una conocida virtud, la guerra, que todo lo confunde, hace poca cuenta del origen, y que nada hay que deshonre cuando media la necesidad; antes, en tiempos en que la justicia anda decaída, es una fortuna tener de su parte al que dirige la fuerza. Con esto la hermana hizo llamar al Breciano y se le dio a conocer. Bien pronto el hermano se puso de parte de éste en sus amores, y aparentando que trabajaba por hacerle más benigna y condescendiente a la hermana, se ganó su confianza; de manera que le costó poco hacer mudar de partido a un hombre enamorado y que estaba a soldada, con la esperanza de grandes dones que le prometió recibiría de Fabio. Así refieren este hecho los más de los escritores; pero algunos dicen que la mujer que ganó al Breciano no fue Tarentina, sino Breciana, también de origen, y concubina de Fabio, la cual, habiendo entendido que era su compatriota, y conocido suyo el que entonces mandaba los Brecianos, se lo propuso a Fabio, y yendo a conversar con él al pie de los muros, logró atraerlo y seducirlo.

XXII.- Mientras se trataban estas cosas, maquinando Fabio llamar a otra parte la atención de Aníbal, envió orden a los soldados que estaban en Regio para que hiciesen correrías en el campo breciano, y, poniendo sitio a Caulonia, la tomasen por asalto. Eran éstos unos ocho mil hombres, desertores los más, gente de poco provecho, de los que de Sicilia habían sido deportados y notados de infamia por Marcelo, y de cuya pérdida poco sentimiento y daño había de resultar a la ciudad; esperó, pues, que poniendo a éstos ante Aníbal como un cebo, así lo echaría lejos de Tarento, lo que justamente sucedió, porque en su persecución corrió allá Aníbal con bastantes fuerzas. Al sexto día de sitiar Fabio a los Tarentinos, vino a él por la noche el joven que, ayudado de la hermana, tenía con el Breciano concertada la entrega, trayendo sabido y registrado el lugar donde el Breciano tendría el mando, y, cediendo, lo entregaría a los invasores. No dejó, sin embargo, que todo fuese obra de la traición, sino que, pasando él mismo al punto designado, esperó allí en sosiego, y, en tanto, el resto del ejército acometió a los muros por tierra y por mar, moviendo al mismo tiempo mucho ruido y estruendo, hasta que, acudiendo los más de los Tarentinos por aquel lado a auxiliar y socorrer a los que defendían las murallas, el Breciano hizo a Fabio señas de ser aquel el momento oportuno, y, subiendo con escalas, se apoderó de la ciudad. En esta ocasión parece que se dejó vencer del orgullo, porque mandó dar muerte a los principales de entre los Brecianos, para que no se viera tan a las claras que el tomar la ciudad no se había debido sino a la traición, con lo que no consiguió esta gloria e incurrió en la nota de perfidia

y de crueldad. Murieron también muchos Tarentinos, y los que se vendieron fueron hasta treinta mil; la ciudad fue saqueada por el ejército, y en el erario entraron tres mil talentos. Recogíanse y llevábanse asimismo todas las demás cosas de precio, y preguntando a Fabio el amanuense qué mandaba acerca de los Dioses, diciéndolo por las pinturas y las estatuas, "Dejemos- le respondió- a los Tarentinos sus dioses, con ellos irritados". Con todo, llevando de Tarento la estatua colosal de Hércules, la colocó en el Capitolio, y al lado puso una estatua suya ecuestre en bronce, mostrándose en esto menos avisado que Marcelo, y antes dando motivo a que se hiciesen más admirables la humanidad y dulzura de éste, según que en su *Vida* lo dejamos escrito.

XXIII.- Aníbal, yendo en su persecución, no estaba ya más que a cuarenta estadios, y se dice que en público prorrumpió en esta expresión: "¡Hola! También los Romanos tienen otro Aníbal, pues hemos perdido a Tarento como lo habíamos tomado", y que en particular se vio entonces por primera vez en la precisión de manifestar a sus amigos que antes había visto como muy difícil, mas entonces como imposible, sujetar la Italia con los medios que les quedaban. Triunfó por estos sucesos segunda vez Fabio, siendo este triunfo más brillante que el primero, como de fuerte atleta que ya medía sus fuerzas con Aníbal y en breve iba a deshacer el prestigio de sus hazañas, como nudos o vínculos que ya no tenían la misma fuerza, pues ésta por una parte se enervaba con el regalo y la riqueza y por otra parte se debilitaba y quebrantaba con inútiles combates. Era Marco Livio

el que defendía a Tarento cuando se entregó a Aníbal; con todo, conservando la ciudadela, no fue arrojado de ella, y la mantuvo hasta que volvieron los Tarentinos a la dominación de los Romanos. Irritóse aquel con los honores tributados a Fabio, e inflamado un día, en el Senado, de envidia y de ambición, dijo que no era a Fabio, sino a él, a quien se debía la toma de Tarento; y Fabio, sonriéndose: "Es cierto- le contestó- porque si tú no la hubieras perdido, no hubiese yo tenido que recobrarla".

XXIV.- Además de que en todo procuraban honrar a Fabio los romanos, nombraron cónsul a su hijo Fabio, y encargado éste del mando en ocasión en que estaba dando ciertas disposiciones para la guerra, el padre, o por vejez y enfermedad, o para probar a su hijo, montó a caballo y fue a pasar por entre los que allí concurrían y los que a aquel acompañaban. Viole el joven de lejos, y no se lo permitió, sino que envió un lictor con la orden de mandar al padre que se apease y fuera donde él estaba si tenía algo que solicitar del cónsul. Ofendió esta orden a los circunstantes, que volvieron en silencio los ojos hacia Fabio, por parecerles que no se le trataba como merecía; mas él, apeándose al punto y encaminándose a pasos acelerados hacia el hijo, le abrazó y saludó, diciéndole: "Muy bien pensado y muy bien hecho, hijo mío: esto es conocer a quienes mandas, y cuán grande es la dignidad de que estás adornado. De esta misma manera, nosotros y nuestros ascendientes hemos contribuido a la grandeza romana, poniendo siempre a los padres y a los hijos en segundo lugar después del bien de la patria". Consér-

vase todavía en memoria que el bisabuelo de Fabio, que ciertamente llegó entre los Romanos a la mayor gloria y al mayor poder, habiendo sido cónsul cinco veces y conseguido triunfos muy brillantes de poderosos enemigos, fue acompañando, siendo ya anciano, a su hijo cónsul a la guerra, que en el triunfo éste fue conducido con tiro de caballos, y el padre le siguió a caballo entre los demás muy regocijado de que, con imperar él a su hijo y ser el mayor entre sus ciudadanos, que así lo reconocían, tomaba, sin embargo, lugar después de las leyes y del que mandaba por ellas, aunque no le venía de esto sólo el ser un hombre extraordinario. Tuvo Fabio el pesar de que el hijo se le muriese, y sufrió su pérdida resignadamente, como hombre sabio y como buen padre, y el elogio que uno de los deudos dice en las exequias de los hombres ilustres lo pronunció él mismo presentándose en la plaza, y poniendo por escrito este discurso, lo dio al público.

XXV.- Enviado por este tiempo a España Cornelio Escipión, había arrojado de ella a los Cartagineses, venciéndolos en diferentes batallas, y habiendo sujetado muchas provincias y grandes ciudades y hecho brillantes hazañas, había adquirido entre los Romanos un amor y una gloria cual nunca otro alguno. Eligiósele cónsul, y notando que el pueblo exigía y esperaba de él hechos muy gloriosos, el combatir allí con Aníbal lo tenía como por anticuado y por cosa de viejos, y, en vez de esto, meditaba talar a la misma Cartago y al África; llenándolas súbitamente de armas y de tropas, y trasladar allá la guerra desde la Italia, procurando con todo em-

peño hacer adoptar al pueblo este pensamiento. Mas Fabio trataba de inspirar a la ciudad el mayor miedo, haciéndole entender que por un joven de poca experiencia eran impelidos al extremo y mayor peligro, no omitiendo, para apartar de esta idea a los ciudadanos, medio alguno, o de palabra o de obra, y lo que es al Senado logró persuadírselo; pero el pueblo sospechó que miraba con envidia la prosperidad de Escipión, y que recelaba no fuera que ejecutando éste algún hecho grande y memorable, con el que, sea que acabara del todo la guerra o la sacara de la Italia, pareciese que él mismo en tanto tiempo había peleado decidiosa y flojamente. Es de creer que al principio no se movió Fabio a contradecir con otro espíritu que el de su seguridad y previsión, temeroso del peligro, y que después llevó más adelante la oposición por amor propio y por terquedad, impidiendo los adelantamientos de Escipión; así es que al colega de Escipión, Craso, lo persuadió a que no cediese a aquel el mando, ni fuese condescendiente, y que si por fin se decretase lo propuesto, navegara él mismo contra los Cartagineses; y de ningún modo permitió que se dieran fondos para la guerra. Obligando, por tanto, a Escipión a ponerlos por su cuenta, los tomó de las ciudades de la Etruria, que particularmente le miraban con inclinación y deseaban servirle. A Craso le retuvieron en casa, de una parte, su propia índole, que no era pendenciera, sino benigna, y de otra, la ley, porque era a la sazón Pontífice máximo.

XXVI.- Tomó entonces Fabio otro camino para estorbar la empresa de Escipión, que fue el de oponerse a que

llevase consigo los jóvenes que se proponían seguirle, gritando en el Senado y en las juntas públicas que no era sólo Escipión el que huía de Aníbal, sino que se daba a la vela sacando de la Italia todas las fuerzas que le quedaban, lisonjeando con esperanzas a la juventud y persuadiéndola a dejar padres, mujeres y patria, cuando estaba a las puertas un enemigo vencedor y nunca vencido. Y al cabo logró con estos discursos intimidar a los Romanos, por lo que decretaron que sólo pudiera emplear las tropas de Sicilia, y de la España no pudiera tomar más que trescientos hombres, aquellos que fueran más de su confianza; disposiciones que eran, sin duda, de Fabio, y muy conformes a su carácter. Mas después que, trasladado Escipión al África, vinieron prontamente a Roma nuevas de sus maravillosas proezas y de sus hechos extraordinarios, confirmadas con el testimonio de los ricos despojos, con la cautividad de un rey de los Númidas y el incendio y destrucción de dos campamentos a un tiempo, en los que fueron muchos los hombres, caballos y armas que se abrasaron, y después que a Aníbal le fueron enviados correos de parte de los Cartagineses llamándole y rogándole que, abandonando aquellas nunca cumplidas esperanzas, corriese allá a darles auxilio; cuando en Roma todos tenían a Escipión en los labios, celebrando sus victorias, Fabio era de la opinión que se le enviase sucesor, no dando ningún otro motivo que aquel dicho tan conocido: “Que no deben fiarse negocios de tanta importancia a la fortuna de un hombre solo, porque es muy difícil que uno mismo sea constantemente feliz”.

Con esto perdió con muchos el concepto, pareciéndoles descontentadizo y caprichudo, o que con la vejez se había hecho enteramente cobarde y desconfiado, llevando al último extremo el miedo de Aníbal, pues ni aun después de haber partido éste de Italia con todas sus tropas dejaba que el gozo de los ciudadanos fuese puro y sin zozobra, sino que decía que entonces era cuando contemplaba en mayor riesgo a la república, que corría al último peligro, por cuanto Aníbal en el África sería ante Cartago enemigo más terrible, oponiendo a Escipión un ejército caliente todavía con la sangre de muchos generales, dictadores y cónsules, de tal manera, que con tales ponderaciones de nuevo se contristaba la ciudad, y con estar ya la guerra en el África, el miedo les parecía que estaba más cerca de Roma todavía que antes.

XXVII.- Mas Escipión, habiendo vencido, al cabo de poco tiempo, a Aníbal en batalla campal, y destruido y hollado su arrogancia con la ruina de la misma Cartago dio a sus ciudadanos un gozo mayor que el que podía esperar y sentó sobre bases fijas su mando, que en verdad había sido de poderosas olas agitado. Pero no le alcanzó a Fabio Máximo la vida hasta ver el término de aquella guerra; así, no oyó la derrota de Aníbal, ni llegó a entender que la prosperidad de la patria era tan grande como segura, sino que, por el mismo tiempo en que Aníbal tuvo que salir de Italia, cayó enfermo y murió. Los Tebanos hicieron a costa del erario el entierro de Epaminondas, a causa de la pobreza en que murió, porque a su fallecimiento se dice no haberse encontrado en su casa otra cosa que una tarja de hierro. Los Romanos no costearon del erario las exequias de Fabio; pero, en parti-

cular, cada uno le contribuyó con la menor de las monedas, no como para ocurrir a su estrechez, sino para sepultarle como padre, en lo que recibió el honor y gloria que a tal vida correspondía.

COMPARACIÓN DE PERICLES Y FABIO MÁXIMO

I.- Ésta es la historia de la vida de estos dos grandes hombres; mas puesto que uno y otro han dejado señalados ejemplos de virtud en la parte militar y en la política, vaya, tomemos por principio en la parte militar el que a Pericles, habiendo tenido mando en un pueblo que iba prósperamente, y que siendo en sí grande florecía sumamente en poder, parece que la común buena suerte de que gozaba la república le daba seguridad y firmeza, mientras que las hazañas de Fabio, que en tiempos trabajosos e infelices se encargó de la ciudad, no se hubieron de limitar a mantenerla segura en la dichosa suerte, sino que tuvieron que mudar en bueno su mal estado. A Pericles, los afortunados sucesos de Cimón, los trofeos de Mirónides y Leócrates y las muchas grandes victorias de Tólmides más parece que le llamaban, cuando se puso al frente de la ciudad, a entretener a ésta con fiestas y regocijos públicos, que a vencer y tener que conservarla por medio de la guerra; pero Fabio, cuando no tenía a la vista sino muchas retiradas y derrotas, muchas muertes y ruinas de generales y capitanes, los lagos, los campos y los

bosques llenos de ejércitos destrozados, y los ríos teñidos hasta el mar de mortandad y sangre, apoyando y sosteniendo en sola su constancia y firmeza la ciudad, impidió que, trastornada con el sacudimiento de tantos errores ajenos, del todo se asolase. Y aunque acaso se tendrá por menos difícil tener a raya una ciudad humillada y hacerla obedecer por necesidad al que sobresale en prudencia que poner freno a la insolencia y temeridad de un pueblo engreído e hinchado con su prosperidad, que es como Pericles principalmente dominó a los Atenienses, con todo, el tamaño y muchedumbre de las desgracias que entonces acontecieron a los Romanos hicieron ver que era hombre del más firme juicio y de la mayor constancia el que no vaciló ni se apartó un punto de su propósito.

II.- A la toma de Samo, conquistada por Pericles, podemos muy bien oponer la recuperación de Tarento, y a la Eubea, las ciudades de la Campania, pues que a Capua la restauraron los cónsules Furio y Apio. Fabio no parece que venció nunca en batalla campal, sino sólo cuando consiguió el primer triunfo; Pericles, por el contrario, erigió por tierra y por mar nueve trofeos, triunfando de los enemigos. Con todo, no se cuenta de Pericles una acción semejante a la que ejecutó Fabio sacando a Minucio de las manos de Aníbal y salvando íntegro el ejército de los Romanos, hazaña gloriosa, en que a un tiempo tuvieron parte el valor, la prudencia y la honradez. Mas tampoco se dice, por el contrario, de Pericles un desacierto como el que cometió Fabio burlado por Aníbal con el engaño de las vacas, pues teniendo entre manos a

un enemigo que por sí mismo se había ido a encerrar en desfiladeros, le dejó escabullirse, por la noche ayudado de la oscuridad, por el día sostenido de la fuerza, madrugando más que el que estaba en acecho y venciendo al que le tenía preso. Y si es propio de buen general no limitar sus miras a lo presente, sino conjeturar con acierto sobre lo futuro, la guerra para los Atenienses tuvo el fin que Pericles había previsto y pronosticado, pues que por abarcar mucho perdieron su poder, y los Romanos, por haber enviado a Escipión contra los Cartagineses, a pesar de la oposición de Fabio, de todo se hicieron dueños, no por un capricho de la fortuna, sino por el valor de su general, que triunfó de los enemigos; de manera que, en cuanto a aquel, los mismos males de la patria dan testimonio de que había pensado con discreción, y a éste las mismas victorias le convencen de que anduvo errado; y en un general, igual falta es caer en un daño que no esperaba, que perder por desconfianza la ocasión de una victoria, pues, a lo que parece, la ignorancia es la que ora da y ora quita la resolución. Esto es lo que hay que observar en la parte militar.

III.- En el orden público, para Pericles es un gran cargo la guerra, pues se dice que se arrojó con ímpetu a ella, no permitiendo, por su indisposición con los Lacedemonios, que se cediese; mas juzgo que tampoco Fabio habría cedido en nada a los Cartagineses, sino que generosamente habría sostenido la contienda sobre el imperio. La bondad y mansedumbre de Fabio para con Minucio es una reprensión del encono de Pericles contra Cimón y Tucídides, hombres de

probidad y muy principales, enviados por su causa a destierro por medio del ostracismo.

En Pericles eran mayores el poder y el influjo; por esto no consintió que ningún otro general arrojase con sus malos consejos a la ciudad en el infortunio, y sólo Tólmides, guardándose de él, y aun descartándole a la fuerza, fue desgraciado con los Beocios; todos los demás se acomodaban a su modo de pensar por la grandeza de su poder. Mas a Fabio, siendo por sí firme e incontrastable, parece que le faltó influjo para reprimir a los otros, pues no se habrían visto los Romanos en tan grandes aflicciones si sobre ellos hubiera tenido Fabio tanto ascendiente como Pericles sobre los Atenienses. En cuanto al desprendimiento de las riquezas, Pericles lo acreditó con no recibir nada de los que le hacían dones, y Fabio, con alargar la mano a los necesitados, rescatando los cautivos con su propio caudal. Aunque respecto de éste la suma no fue crecida, sino como seis talentos, y respecto de Pericles, no computaría nadie fácilmente con cuánto habría sido regalado y obsequiado de los aliados y de los reyes, pues que nadie se lo estorbaba, a no haber querido mantener su integridad y pureza. En lo que hace a la grandeza de los edificios y de los templos, y al grande aparato de obras de las artes con que Pericles hermoseó a Atenas, no puede entrar con ellos en comparación todo cuanto en esta línea hicieron de grande los Romanos antes de los Césares, sino que en ella la grandeza y elegancia de tales obras tuvo una primacía excelente e indisputable.

ALCIBÍADES

I.- El linaje de Alcibíades sube hasta Eurísaces, hijo de Ayante, que parece contarse como su primer abuelo. Por parte de madre era Alcmeónida, hijo de Dinómaca la de Megacles. Su padre Clinias peleó gloriosamente en el combate de Artemisio, en nave armada a sus expensas, y murió después en el combate contra los Beocios, junto a Coronea. Fueron tutores de Alcibíades Pericles y Arifrón hijos de Jantipo, que tenían con él deudo de parentesco. Dícese, no sin fundamento, que la inclinación y amistad que le profesó Sócrates contribuyó mucho para su gloria, puesto que de Nicias, Demóstenes, Lámaco, Formión, y aun de Trasibulo y Terámenes, ni siquiera se sabe cómo se llamaron sus madres, mientras que de Alcibíades sabemos quién fue su ama de leche, que lo fue una Lacedemonia llamada Amicla, y que fue su ayo Zópiro, dándonos de lo uno razón Antístenes y de lo otro Platón. Acerca de la belleza de Alcibíades no hay más que decir sino que, floreciendo la de su semblante en toda edad y tiempo, de niño, de jovencito y de varón, le hizo siempre amable y gracioso; pues lo que dijo Eurípides, que en todos los que son hermosos es también hermoso el oto-

ño, no es así, y sólo en Alcibíades y otros pocos se verificó por la finura y buena conformación de su rostro. A su voz dicen que le dio atractivo la rareza de su pronunciación, y que a su habla esta misma rareza la hacía muy graciosa. Hace mención Aristófanes de su rareza en aquellos versos en que zahiere a Teoro:

Con murmurante acento Alcibíades
me dijo luego: “¿Vistes a Teolo?
Yo cabeza de cuelvo le apellido.”

Murmuró así Alcibíades bellamente.

Y Arquipo, haciendo también escarnio del hijo de Alcibíades, “tiene- dice- el andar de hombre afeminado, con la ropa arrastrando, y para que se le tenga por más parecido al padre,

El cuello tuerce, y habla ceceoso.”

II.- Sus costumbres, con el tiempo, como no podía menos de ser en tan extraordinarios acontecimientos y en tantas vicisitudes de la fortuna, tuvieron grandes contrariedades y mudanzas; mas estando por su índole sujeto a muchas y grandes pasiones, las que más sobresalían eran la soberbia y la ambición de ser siempre el primero, como lo convencen sus hechos pueriles de que hay memoria. Luchaba en una ocasión, y viéndose muy estrechado por el contrario, al tiempo que hacía esfuerzos para no caer, levantó los brazos de éste, que le oprimían, y parecía que iba a comérsele las manos. Soltó entonces el contrario, y diciéndole: “Muerdes

¡oh Alcibíades! como las mujeres” “No, a fe mía- le replicó-, sino como los leones”. Siendo todavía pequeño jugaba a los dados en un sitio estrecho, y cuando le tocó tirar venía por allí un carro cargado; gritó al instante al carretero que detuviera el ganado, porque iban a caer los dados en el paso del carro; y como por rusticidad no hiciese caso y fuese adelante, los demás muchachos se apartaron: pero Alcibíades, arrojándose boca abajo delante del ganado y tendiéndose a la larga, le gritaba que pasase entonces si quería; de modo que el carretero, temeroso, hubo de hacer cejar, y los que presentes se hallaban, espantados, prorrumpieron en gritos y corrieron hacia él. Cuando ya se dedicó a las honestas disciplinas, oía con placer a todos los demás maestros; pero a tocar la flauta se resistía, diciendo que era ejercicio despreciable e impropio de hombres libres, y que el uso del plectro y de la lira en nada alteraba la figura y semblante que anuncian un hombre ingenuo, mientras que la cara de un hombre que hinche con su boca las flautas, apenas pueden reconocerla sus mayores amigos; y, además, que la lira resuena y acompaña en el canto al que la tañe; mas la flauta cierra la boca, y obstruye la voz y el habla del que la usa. “Tañan, pues, la flauta- decía- los hijos de los Tebanos, pues que no saben conversar; mas nosotros los Atenienses, como dicen nuestros padres, miramos a Atenea como nuestra soberana y a Apolo como nuestro compatriota, y es bien sabido que aquella tiró la flauta y que éste hizo desollar al que la tocaba”. Con tales burlas y tales veras se apartó Alcibíades a sí mismo y apartó a los otros de aquel estudio, porque luego corrió la voz entre los jóvenes de que hacía muy bien Alci-

bíades en desacreditar aquella habilidad y en burlarse de los que la aprendían; así enteramente fue ridiculizada la flauta y desterrada del número de las ocupaciones ingenuas.

III.- En el libro de invectivas de Anfitón se refiere que, siendo muchacho, abandonó su casa y se fue a la de Demócrates, uno de sus amantes. Quería Arifrón hacerle pregonar; pero Pericles no se lo permitió, porque si había muerto, sólo se ganaría con el pregón que se descubriese un día antes, y si estaba salvo, era preciso tenerle por perdido para toda la vida. Dícese allí, además, que en la palestra de Sibirtio mató a uno de sus criados, sacudiéndole con un palo. Mas no es cosa de dar crédito a tales especies, que el mismo que por zaherir usa de ellas, reconoce ser movido a divulgarlas por enemistad.

IV.- Desde luego se dedicaron muchos de los principales a seguirle y obsequiarle; pero era bien claro que la mayor parte de ellos no admiraban ni halagaban otra cosa que lo bello de su figura: sólo el amor de Sócrates nos da un indudable testimonio de su virtud y de su índole generosa. Advertía que ésta se manifestaba y resplandecía en su semblante; y temiendo a su riqueza, al esplendor de su origen y a la muchedumbre de ciudadanos, de forasteros y de aliados que trataban de apoderarse de él con sus lisonjas y sus obsequios, se propuso defenderlo y no desampararlo, como una planta que en flor iba a perder y viciar su nativo fruto. Porque en nada la fortuna le fue tan favorable, ni le pertrechó tanto exteriormente con los que llamamos bienes, como con

haberle hecho por medio de la filosofía invulnerable e impasible a los dichos mordaces y cáusticamente libres de tantos como desde el principio se propusieron corromperle y retraerle de oír a su amonestador y maestro; y así es que, a pesar de todo, por la bondad de su índole hizo conocimiento con Sócrates, y se estrechó con él, apartando de sí a los ricos y distinguidos amadores. Entró, pues, muy luego en su confianza, y oyendo la voz de un amador que no andaba a caza de placeres indignos, ni solicitaba indecentes caricias, sino que le echaba en cara los vicios de su alma y reprimía su vano y necio orgullo,

Como gallo vencido en la pelea,
dejó caer acobardado el ala.

Veía en esto la obra de Sócrates; pero en la realidad la reputaba ministerio de los Dioses en beneficio y salvación de los jóvenes. Desconfiándose, pues, de sí mismo, mirando a aquel con admiración, apreciando su benevolencia y acatando su virtud, insensiblemente abrazó el ídolo del amor, o, según la expresión de Platón, el contramor o amor correspondido. Maravillábanse todos, por tanto, de verle cenar con Sócrates y ejercitarse y habitar con él, mientras que se mostraba con los demás amadores áspero y desabrido; y aun a algunos los trataba con altanería, como a Ánito el de Antemión. Amaba éste a Alcibíades, y teniendo a cenar a unos huéspedes, le convidó al banquete: rehusó él el convite; pero habiendo encasa bebido largamente con otros amigos, fuese a casa de Ánito para darle un chasco: púsose a la puerta del

comedor, y viendo las mesas llenas de fuentes de plata y oro, dio orden a los criados de que tomaran la mitad de todo aquello y se lo llevaran a casa; esto sin pasar de allí, y antes se retiró con los criados. Prorrumpieron los huéspedes en quejas, diciendo que Alcibíades se había portado injuriosa e indecorosamente con Ánito; más éste respondió: “No, sino con mucha equidad y moderación, pues que habiendo sido dueño de llevárselo todo, aún nos ha dejado parte”.

V.- Así trataba a los demás amadores: solamente a uno de la campiña, hombre, según dicen, de pocos haberes, y que todos los iba enajenando, como lo que le quedaba, que montaría a cien estáteres, lo presentara a Alcibíades y le rogara que lo recibiese, echándose a reír, y celebrando el caso, lo convidó a cenar. En el banquete, mostrándosele benigno le volvió su dinero y le mandó que al día siguiente excediera en la postura a los arrendadores de los tributos públicos, pujándoles las que hiciesen: resistíase el aldeano, porque el arriendo, decía, era de muchos talentos, más le amenazó que le haría dar una paliza si así no lo ejecutaba; y es que entonces tenía pleito con los asentistas en reclamación de algunos intereses propios. Fuese el aldeano de madrugada a la plaza, y añadió a la postura un talento. Los asentistas, indignados, se alían contra él y le mandan que presente fiador, dando por supuesto que no le encontraría; y efectivamente, él se quedó cortado, e iba a retirarse, cuando Alcibíades, que se hallaba a alguna distancia, gritó a las magistrados: “Escríbase mi nombre, porque es mi amigo y yo le fío.” Al oír esto los asentistas no sabían qué partido tomar, estando acostum-

brados a pagar los primeros asientos con los productos de los segundos: así ninguna salida le veían a aquel negocio. Trataron, pues, con el aldeano de que se apartara, ofreciéndole dinero, mas Alcibíades no le dejó que se contentara con menos de un talento. Diéronselo aquellos, y él le mandó que lo tomara y se volviera a su casa: dejándole socorrido por este medio.

VI.- Este amor de Sócrates tenía muchos que le hicieran oposición, mas lograba, sin embargo, dominar el buen natural de Alcibíades, fijándose en su ánimo los discursos de aquel, convirtiendo su corazón y arrancándole lágrimas. Había ocasiones, no obstante, en que, cediendo a los aduladores que le lisonjeaban con placeres, se le deslizaba a Sócrates, y como fugitivo tenía que cazarle; pues sólo respecto de él se avergonzaba, y a él sólo le tenía algún temor, no dándosele nada de los demás. Decía, pues, Cleantes, que este tal amado era por los oídos por donde de Sócrates había de ser cogido; cuando a los otros amadores les presentaba muchos asideros a que aquel no podía echar mano: queriendo indicar el vientre, la lascivia y la gula, porque realmente Alcibíades era muy inclinado a los deleites, dando de esto bastante indicio el que Tucídides llama desconcierto suyo en el régimen ordinario de la vida. Mas los que trataban de pervertirle, de lo que principalmente se valieron fue de su ambición y de su orgullo, para hacerle antes de tiempo tomar parte en los negocios públicos, persuadiéndole que lo mismo sería entrar en ellos, no solamente eclipsaría a los demás generales y oradores, sino que al mismo Pericles se aventajaría en gloria y po-

der entre los Griegos. Como el hierro, pues, ablandado por el fuego, después con el frío vuelve a comprimirse y sus partes se aprietan entre sí, de la misma manera cuantas veces Alcibíades, disipado por el lujo y la vanidad, volvía a las manos de Sócrates, conteniéndole éste y refrenándole con sus razones, le hacía sumiso y moderado, reconociendo que estaba todavía muy falto y atrasado para la virtud.

VII.- Salido ya de la edad pueril, fue a la escuela de un maestro de primeras letras y le pidió algún libro de Homero; mas como respondiese que nada de Homero tenía, le dio una puñada, y se marchó. Otro maestro le dijo que tenía un Homero enmendado por él; y entonces le repuso: "¿Cómo enseñas las primeras letras? Siendo capaz de enmendar a Homero, ¿por qué no educas a los jóvenes?" Quiso en una ocasión visitar a Pericles y llamó a su puerta; mas se le informó que no se hallaba desocupado, sino que estaba viendo cómo dar cuentas a los Atenienses, y entonces se retiró diciendo: "¿Pues no sería mejor ocuparse en ver cómo no darlas?" Siendo todavía muy jovencito, militó en el ejército enviado contra Potidea, en el cual tuvo a Sócrates por compañero de tienda, y en los combates peleó a su lado. Hubo una fuerte batalla, en la que los dos sobresalieron en valor; y como Alcibíades hubiese caído de una herida, Sócrates se puso por delante y le defendió; haciéndose visible con esto que le sacó salvo y con sus armas, y que por toda razón debía el premio del valor ser de Sócrates. Con todo, cuando se advirtió que los generales, movidos del esplendor de Alcibíades, estaban empeñados en atribuirle aquella gloria, Só-

crates, para encender más en él el deseo de sobresalir en acciones ilustres, fue el primero en atestiguar y promover que se diesen a aquel la corona y la armadura. Para eso en la batalla de Delio, cuando los Atenienses volvieron la espalda, como Alcibíades tuviese caballo y Sócrates con muy pocos se retirase a pie, no le desamparó aquel luego que le vio, sino que le acompañó y defendió, cargándoles los enemigos y haciéndoles mucho daño; pero esto fue algún tiempo después.

VIII.- A Hiponico, padre de Calias, varón de suma dignidad y gran poder por su riqueza y linaje, le dio una bofetada, no movido de enfado o de alguna disputa, sino por juego, a causa de una apuesta que había hecho con sus amigos. Hízose muy pública en toda la ciudad esta afrenta; y como todos hubiesen mirado el hecho con la indignación que era justo, a la mañana siguiente muy temprano se fue Alcibíades a casa de Hiponico, llamó a la puerta, entró a su habitación, y quitándose la ropa le presentó su cuerpo, pidiendo que le azotase y tomara satisfacción; mas él le perdonó y depuso el enojo, y aun más adelante le hizo esposo de su hija Hipáreta. Otros son de sentir que no fue el mismo Hiponico, sino Calias, su hijo, quien casó a Hipáreta con Alcibíades, dándole diez talentos; y que luego cuando parió ésta, le arrancó Alcibíades otros diez talentos, alegando que así se había pactado si daba a luz varones. Temeroso Calias de que le armase algún enredo, se presentó ante el pueblo, cediéndole su hacienda y su casa, si llegase a morir sin descendencia: e Hipáreta, sin embargo de que era mujer prudente y de condición

apacible, incomodada con él porque sin consideración al matrimonio frecuentaba otras mujeres forasteras y ciudadanas, abandonó su casa y se fue a la del hermano. Mirólo Alcibíades con indiferencia, y aun parecía hacer gala, por lo cual aquella se vio en la precisión de poner en poder del Arconte la petición de divorcio, no por medio de procurador, sino presentándose ella misma. Luego que compareció personalmente conforme a la ley, acudió Alcibíades, y tomándola del brazo, marchó a casa desde el foro, llevándosela consigo, sin que nadie se le opusiese o pensase en quitársela; y permaneció en su compañía hasta que falleció, que fue no mucho tiempo después, en ocasión de navegar Alcibíades para Éfeso; así no pareció que aquella violencia de habérsela llevado hubiese sido muy injuriosa e inhumana; además de que si la ley exigía que la que se divorciaba se presentara en el foro personalmente, es de creer que en ello había la mira de proporcionar al marido el concurrir también y retenerla.

IX.- Tenía un perro celebrado de grande y hermoso, el que había comprado en setenta minas, y fue y le cortó la cola, que era bellísima. Reprendiéronselo sus amigos, diciéndole que todos le roían y vituperaban por lo hecho con el perro: y él, riéndose, “eso es- les respondió- lo que yo quiero; porque quiero que los Atenienses hablen de esto, para que no digan de mí cosas peores”.

X.- Su primera entrada al favor popular dícese haber sido un donativo de dinero, no preparado de antemano, sino nacido de casualidad, porque yendo por la calle, en ocasión de

estar alborotados los Atenienses, preguntó la causa, e informado de que era por una distribución de dinero, se acercó y les dio también. Comenzó el pueblo a gritar y aclamarle, y olvidado con este placer de una codorniz que llevaba debajo de la capa, dio ésta a volar y se le huyó; con lo que creció más la aclamación de los Atenienses, y muchos corrieron a ayudarle a cobrarla, habiendo sido Antíoco el piloto quien la cogió y se la volvió, por lo cual le tuvo de allí en adelante en mucha estimación. Su linaje, su riqueza y su valor en los combates le abrían ancha puerta para introducirse en el gobierno, mayormente teniendo muchos amigos; pero, con todo, su mayor deseo era ganar el ascendiente sobre la muchedumbre con la gracia en el decir; y de que sobresalía en esta dote nos dan testimonio los poetas cómicos y también el más vehemente de los oradores, diciendo en su oración contra Midias que Alcibíades, entre otras muchas dotes, tenía la de la elocuencia. Y si hemos de dar crédito a Teofrasto, el hombre más investigador y de más noticias entre los filósofos, Alcibíades sobresalía mucho en la invención y en el conocimiento de lo que en cada asunto convenía: mas como no sólo examinase qué era lo más oportuno, sino también de qué manera se diría con las voces y las frases más adecuadas, carecía de facilidad, y así tropezaba a menudo, y en medio del período callaba y se detenía, para ver cómo había de continuar.

XI.- Hízose muy célebre por los caballos que mantenía y por el número de sus carros; porque en los Juegos Olímpicos ni particular ni rey alguno presentó jamás siete, sino él

sólo; y el haber sido a un tiempo vencedor en primero, segundo y cuarto lugar, según Tucídides, y aun en tercero, según Eurípides, excede en brillantez y en gloria a cuanto puede conseguirse en este género de ambición. Eurípides en su canto dice así: *A ti te cantaré, oh hijo de Clinias; bellísima cosa es la victoria; pero más bello lo que ninguno de los Griegos alcanzó jamás: ganar con carroza el primero, segundo y tercer premio y marchar coronado de oliva dos veces sin trabajo alguno, pregonado vencedor por el heraldo.*

XII.- A este brillante vencimiento lo hizo todavía más glorioso el empeño de los contendores en honrarle, porque los de Éfeso le armaron una tienda guarnecida riquísimamente, la capital de Quío dio la provisión para los caballos y gran número de víctimas, y los de Lesbo el vino y demás prevenciones para un suntuoso banquete de muchos convidados. También una calumnia o perversidad, divulgada sobre esta misma magnificencia, dio mucho que hablar por entonces: cuéntase que hallándose en Atenas un tal Diomedes, hombre de bien y amigo de Alcibíades, y deseando alcanzar la victoria en los juegos olímpicos, noticioso de que en Argos había un excelente carro perteneciente al público y de que Alcibíades gozaba en Argos de gran poder y tenía muchos amigos, le rogó se lo comprase; pero que habiéndolo comprado, lo hizo pasar por suyo, y dejó a un lado a Diomedes, que lo sintió en gran manera, y se quejó del hecho a los Dioses y a los hombres. Parece que sobre él se movió pleito; y hay una oración de Isócrates *del par de caba-*

llos, escrita a nombre del hijo de Alcibíades, en la que es Tisias, y no Diomedes, el demandante.

XIII.- Era aún muy joven cuando se dio a los negocios de gobierno, y aunque al punto oscureció a todos los demás concurrentes, tuvo que contender con Féax, hijo de Erasístrato, y con Nicias, hijo de Nicerato, de los cuales éste le precedía en edad y tenía opinión de buen general; y Féax, que procedía de padres ilustres, y como él empezaba a tener adelantamientos, le era inferior entre otras calidades en la de la elocuencia: parecía más propio para conciliar y persuadir en el trato privado, que para sostener los debates en las juntas: siendo, como dice Éupolis,

Diestro en parlar; mas en decir muy torpe.

Corre asimismo una oración de Féax escrita contra Alcibíades, en la que se dice, entre otras cosas, que, teniendo la ciudad muchas tazas de oro y plata destinadas a las ceremonias, Alcibíades usaba de todas ellas como propias en su mesa diaria. Vivía entonces también un tal Hipérbolo de Peritidas, el cual, además de que Tucídides hace mención de él como de un hombre malo, dio materia a todos los poetas cómicos para zaherirle en escena; pero él era inmoble e inalterable a los dicterios y a las sátiras, por un abandono de su opinión, que, siendo en realidad desvergüenza y tontería, algunos le graduaban de intrepidez y fortaleza; y éste era de quien se valía el pueblo cuando quería desacreditar y calumniar a los que estaban en altura. Movido, pues, entonces por éste mismo iba a usar del ostracismo, que es el medio que emplean siempre para enviar a destierro al ciudadano que se

adelanta en gloria y en poder, desahogando así su envidia, más bien que su temor. Era claro que las conchas caerían sobre uno de los tres, y, por tanto, Alcibíades, reuniendo los partidos para este objeto, habló a Nicias, e hizo que el ostracismo se convirtiera contra Hipérbolo.

Otros dicen que no fue con Nicias, sino con Féax, con quien Alcibíades se confabuló, y que por medio de la facción de éste consiguió desterrar a Hipérbolo, que estaba de ello bien ajeno, porque ningún hombre ruin y oscuro había hasta entonces incurrido en este género de pena, como, haciendo mención del mismo Hipérbolo, lo dijo así Platón el cómico:

Fue a sus costumbres merecida pena;
mas por su calidad de ella era indigno,
porque no se inventó seguramente
contra tan vil canalla el ostracismo.

Pero en este punto hemos dicho en otra parte cuanto es digno de saberse.

XIV.- Mas no por esto dejó Nicias de ser un objeto de mortificación para Alcibíades, que le veía admirado de los enemigos y honrado de los ciudadanos, porque aunque Alcibíades era público hospedador de los Lacedemonios y había obsequiado de ellos a los que habían sido cautivados en el encuentro de Pilo, con todo, porque principalmente habían conseguido, por medio de Nicias, que se hiciese la paz y se les restituyesen los cautivos, tenían a éste en mayor estimación, y entre los Griegos corría la voz de que si Pericles los había hostilizado, Nicias había desvanecido la guerra, y los más a esta paz la llamaban Nicea; por tanto, enfadado

Alcibíades sobre manera y agitado de envidia, formó la resolución de romper el tratado. Y en primer lugar, noticioso de que los Argivos, por odio y miedo de los Esparcíatas, buscaban cómo separarse de ellos, les dio reservadamente esperanza de que los Atenienses les ayudarían, y los alentó, enviando a decir a los principales del pueblo que no temiesen ni cedieran a los Lacedemonios, sino que se pasaran a los Atenienses y aguardaran lo poco que faltaba para que éstos mudaran de propósito y rompieran la paz. Como en este tiempo los Lacedemonios hubiesen hecho alianza con los Beocios y restituido a los Atenienses la ciudad de Panacto, no en pie, como debían, sino habiéndola antes derruido, hallando con este motivo indignados a los Atenienses, los irritó todavía más. Molestaba, por otra parte, a Nicias, y le calumniaba y acusaba, no sin fundamento, de que, estando con mando, no quiso cautivar por sí mismo a aquellos de los enemigos que habían quedado en Esfacteria, y habiendo sido cautivados por otros, los había dejado ir y entregándolos, haciendo este obsequio a los Lacedemonios; y también de que siendo tan amigo no recabó de éstos que no se ligasen con los Beocios y Corintios, y que no estorbaran que de los pueblos griegos se aliase e hiciese amistad con los Atenienses el que quisiese, si a los Lacedemonios nos les estaba a cuenta. Cuando así traía a mal traer a Nicias, dispuso la suerte que viniesen embajadores de Lacedemonia, haciendo por sí proposiciones equitativas, y diciendo que traían plenos poderes para todo lo que fuera de una justa conciliación. Habíalos oído el Consejo y al día siguiente se había de congregar el pueblo: entonces. temeroso Alcibíades, ma-

nejó que los embajadores hablasen con él, y luego que se avistaron, “¿qué habéis hecho, les dijo, oh Esparcíatas? ¿Podéis ignorar que el Consejo trata siempre con moderación y humanidad a los que se, les presentan, pero que el pueblo es altanero y tiene desmedidas pretensiones? Si decís que venís autorizados para todo exigirá v querrá obligaros a lo que no sea de razón; vaya, pues, deponed esa nimia bondad, y si queréis encontrar en los Atenienses moderación y no ser precisados a lo que no es de vuestro dictamen, proponed lo que os parezca justo, sin que entiendan que venís con plenos poderes: con lo que nos tendréis de vuestra parte por hacer obsequio a los Lacedemonios”.

Dicho esto se les obligó, con juramento, y enteramente los apartó de Nicias, poniendo en él su confianza y admirando su penetración y juicio, que no era, decían, de un hombre vulgar. Congregado al día siguiente el pueblo, se presentaron los embajadores, y preguntados por Alcibíades con la mayor afabilidad con qué facultades venían, respondieron que no venían con plenos poderes; y al punto se volvió contra ellos con gran vehemencia el mismo Alcibíades, como si fuese el burlado y no quien burlaba, tratándolos de falsos y enredadores, que no podían haber venido a hacer ni decir cosa buena. Irritóse también contra ellos el Senado, el pueblo se mostró igualmente ofendido, y Nicias quedó admirado y confundido con la mudanza que vio en los embajadores, por ignorar el engaño y dolo en que se les había hecho caer.

XV.- Después de desconcertados así los Lacedemonios, nombrado Alcibíades general, inmediatamente hizo a los de

Argos, de Mantinea y de Elea aliados de los Atenienses; y aunque nadie alababa el modo, se celebraba lo más maravilloso de su hazaña; siendo muy grande la de haber separado y conmovido casi puede decirse a todo el Peloponeso y opuesto en un día junto a Mantinea tantas tropas a los Lacedemonios y haberles ido a llevar el combate y el riesgo a tan grande distancia de Atenas, que con la victoria nada ganaron, y si hubiesen sido vencidos, era difícil que Lacedemonia hubiera vuelto en sí. Después de esta batalla intentaron los Quiliarcos de Argos disolver la democracia y sojuzgar la ciudad; y aun los Lacedemonios que acudieron contribuyeron a la ejecución de aquel designio; pero tomando las armas la muchedumbre, recobró la superioridad, y sobreviniendo Alcibíades, además de hacer más segura la victoria del pueblo, persuadió a éste que dilatara la gran muralla, y que poniéndose en contacto con el mar acercara enteramente su ciudad al poder de los Atenienses. Trajo asimismo de Atenas arquitectos y canteros, y se les mostró del todo interesado por ellos, ganando de este modo favor y poder, no menos para sí mismo que para su patria. Persuadió de la propia manera a los de Patras que con murallas prolongadas arrimaran su ciudad a la mar, y como alguno dijese a los Patrenses: “Los Atenienses se os tragarán”, “Puede ser, repuso Alcibíades; mas será poco a poco y por los pies; mientras que los Lacedemonios lo harían por la cabeza y de una vez”. Aconsejaba al propio tiempo a los Atenienses que ellos se pegaran más a la tierra, exhortándolos a confirmar con obras el juramento que en Agraulo prestan los jóvenes; y lo que juran es que la frontera del Ática será

para ellos el trigo, la cebada, las viñas y los olivos, dando a entender que tendrán por propia principalmente la tierra cultivada y fructífera.

XVI.- Pues con estos cuidados y estos discursos, con esta prudencia y esta habilidad en manejar los negocios, reunía un desarreglado lujo en su método de vida, en el beber y en desordenados amores; grande disolución y mucha afeminación en trajes de diversos colores, que afectadamente arrastraba por la plaza; una opulencia insultante en todo: lechos muelles en las galeras para dormir más regaladamente, no puestos sobre las tablas, sino colgados de fajas; y un escudo que se hizo de oro, en el que no puso ninguna de las insignias usadas por los Atenienses, sino un Eros armado del rayo. Al ver estas cosas, los ciudadanos más distinguidos, además de abominarlas y llevarlas mal, temían su osadía y su ningún miramiento como tiránicos y disparatados; pero con el pueblo sucedía lo que Aristófanes expresó bellamente en estos términos:

A un tiempo le desea y le aborrece;
mas, con todo, en tenerle se complace.

Y más bellamente todavía en esta alusión a él:

No criar el león lo mejor fuera;
mas aquel que en criarle tiene gusto,
fuerza es que a sus costumbres se acomode.

Porque sus donativos y sus gastos en los coros; sus obsequios a la ciudad, superiores a toda ponderación; el es-

plendor de su linaje, el poder de su elocuencia, la belleza de su persona, y sus fuerzas corporales, juntas con su experiencia en las cosas de la guerra, y su decidido valor, hacían que los Atenienses fueran indulgentes con él en todo lo demás y se lo llevaran en paciencia, dando siempre a sus extravíos los nombres benignísimos de juegos y muchachadas. Fue uno de ellos haber puesto preso al pintor Agatarco y remunerarlo con dones después que le pintó la casa: otro, dar de bofetadas a Taureas, su contendor en un coro, porque le disputó la victoria; y otro, asimismo, haberse tomado de entre los cautivos a una mujer de Milo, y ayuntándose a ella, criar un niño tenido en la misma; porque también esto lo calificaban de bondad; y todo, menos el que tuvo gran parte de culpa en que se diese indistintamente muerte a todos los Melios, defendiendo el decreto. Cuando Aristofonte pintó a Nemea teniendo a Alcibíades sentado en sus brazos, lo miraban y salían muy gustosos los Atenienses, pero los ancianos también esto lo veían con malos ojos, como tiránico y violento. Parecía, por tanto, que no había andado errado Arquéstrato en decir que la Grecia no podría soportar dos Alcibíades. Y cuando Timón el Misántropo, encontrándose con Alcibíades a tiempo que se retiraba de la junta pública muy aplaudido y con un brillante acompañamiento, no pasó de largo, ni se retiró, como solía hacerlo con todos los demás, sino que acercándose y tomándole la mano: *Bravo, muy bien haces*- le dijo- *¡oh joven! en irte acreditando, porque acrecientas un gran mal para todos éstos*, unos se echaron a reír, otros lo miraron como una blasfemia, y en algunos produjo aquel

dicho una completa aversión: ¡tan difícil era formar opinión de semejante hombre por las contrariedades de su carácter!

XVII.- Tentaba ya la Sicilia, aun en vida de Pericles, la codicia de los Atenienses, que después de su muerte habían dado algunos pasos hacia ella, y con enviar por todas partes lo que llamaban socorros y auxilios a los agraviados por los Siracusanos, iban poniendo escalones para una grande expedición. Mas el que inflamaba hasta el último punto este deseo y les persuadía a que no por partes y poco a poco, sino con poderosas fuerzas acometieran a la isla, era Alcibíades, dando al pueblo grandes esperanzas y formando él mismo mayores designios: pues veía en la Sicilia el principio y no el término, como los demás, de las operaciones militares que en su ánimo meditaba. Con todo, Nicias, reputando difícil empresa la de tomar a Siracusa, retraía con sus persuasiones al pueblo: pero Alcibíades, que lo entretenía con los sueños de Cartago y del África, y que en consecuencia de esto tenía ya como en la mano la Italia y el Peloponeso, faltaba poco para que viese en la Sicilia un viático para aquella guerra. Y lo que es los jóvenes espontáneamente se le unieron, acalorados con tan lisonjeras esperanzas; pues además oían a los ancianos deducir maravillosas consecuencias de aquella exposición; tanto, que muchos se ponían en las palestras y en los corrillos a dibujar la figura de la isla y la situación del África y de Cartago. Mas dícese del filósofo Sócrates y del astrólogo Metón que ni uno ni otro esperaron nunca nada provechoso a la ciudad de semejante proyecto: aquel, por aparecérsele, como es de creer, su genio familiar y prede-

círselo, y Metón, porque receló por su propio discurso lo que iba a suceder, o porque usó para ello de alguna adivinación: de forma que fingió haberse vuelto loco, y tomando un tizón encendido iba a pegar fuego a su propia casa; aunque algunos dicen que no hubo de parte de Metón tal ficción de locura, sino que dio efectivamente fuego a su casa por la noche, y a la mañana se presentó a pedir y suplicar que por aquella desgracia le dejaran al hijo libre por entonces de la milicia: y habiendo engañado así a los ciudadanos, consiguió lo que quería.

XVIII.- Fue, sin embargo, nombrado general Nicias contra su voluntad, repugnando no menos el mando que el colega que se le daba: porque juzgaron los Atenienses que se conduciría mejor aquella guerra no dejando el mando absoluto a Alcibíades, sino mezclando con su osadía la circunspección de Nicias: porque el tercer general, Lámaco, aunque hombre de más edad, se había visto en algunos combates que no cedía a Alcibíades en ardor y en arrojo a los peligros. Cuando deliberaban sobre la cantidad y modo de los preparativos, volvió a intentar Nicias el oponerse y paralizar la guerra; mas contradíjole Alcibíades y salió con su intento, escribiendo el orador Demostrato, y persuadiendo, que convenía hacer a los generales árbitros de los preparativos y de la suma de la guerra; lo que así fue decretado por el pueblo. Estando ya todo dispuesto para dar la vela, no se presentaron favorables ni aun los auspicios de las festividades; porque cayeron en aquellos días las de Adonis, en las cuales las mujeres ponían en muchos parajes imágenes semejantes a

los muertos que se llevan a enterrar, y representaban exequias, lastimándose y entonando lamentaciones. Además, la mutilación hecha en una sola noche de todos los Hermes, que amanecieron con todas las partes prominentes del rostro cortadas, causó gran turbación aun a muchos de los que no hacen alto en tales cosas. Díjose que los de Corinto, por amor de los Siracusanos, que era una colonia suya, con la esperanza de que aquel prodigio había de contener a los Atenienses y hacerles desistir de la guerra, fueron los autores del atentado. Mas con todo, a una gran parte no les hicieron fuerza ni esta voz ni las razones de los que decían que nada siniestro había en aquellos portentos, y que no eran más que una de aquellas travesuras que suele llevar consigo la insolencia de la gente joven, propensa después de un banquete a tales desórdenes; porque a un tiempo se irritaron y se llenaron de terror con lo sucedido, atribuyéndolo a alguna conjuración fraguada con grandes miras. Hacíanse, por tanto, pesquisas rigurosas sobre cualquier sospecha por el Senado en repetidas juntas, y por el pueblo, reuniéndose también en pocos días muchas veces.

XIX.- En esto presentó Androcles, uno de los demagogos, algunos esclavos y colonos que acusaban a Alcibíades y a sus amigos de otras mutilaciones de estatuas y de haber en la embriaguez remedado los misterios, diciendo que un tal Teodoro había hecho funciones de proclamador; Polición, las de porta-antorcha; el mismo Alcibíades, las de hierofantes; y que los demás amigos habían sido los concurrentes y participado de los misterios, llamándose “mistas” o

iniciados; así estaba escrito en la delación, siendo Tésalo, hijo de Cimón, quien delataba a Alcibíades de que era impío contra las Diosas. Irritándose con esto el pueblo, y estando muy indispuesto con Alcibíades, todavía le exasperaba más Androcles, que era uno de sus mayores enemigos, por lo que al principio Alcibíades no pudo menos de abatirse; mas advirtiendo luego que todos los marineros que habían de ir a Sicilia le eran muy aficionados, y lo mismo la tropa, que los de Argos y Mantinea, en número de mil, decían abiertamente que sólo por Alcibíades se ofrecían a aquella marítima y lejana expedición, y que si alguno le agraviaba desertarían, entonces cobró ánimo y se aprovechó de aquella oportunidad para defenderse; de manera que por la inversa sus enemigos desmayaron y empezaron a temer no fuera que el pueblo se mostrara blando con él en el juicio, por la consideración de haberlo menester. Maquinaron, por tanto, que de los oradores, los que no eran conocidamente enemigos de Alcibíades, aunque en su corazón no le aborrecieran menos que sus contrarios declarados, se levantaran en la junta y dijeran que era muy fuera de razón, a un general nombrado con plenos poderes para mandar tantas fuerzas, en el momento de tener reunido el ejército y los auxiliares, causarle detención con el sorteo de jueces y medida del agua, haciéndole perder la oportunidad de obrar; navegue, pues, con favorables auspicios y comparezca concluida la guerra a defenderse conforme a las mismas leyes. No dejo Alcibíades de percibir la malignidad que encerraba esta dilación; así replicó, tomando la palabra, que era cosa terrible, pendientes tal causa y tales calumnias, partir adornado de tan brillante

autoridad, y que lo justo era, o morir si no disipaba la acusación, o, en caso de desvanecerla, marchar contra los enemigos sin miedo de calumniadores.

XX.- Mas no habiendo logrado convencerlos, e intimándosele que partiese, dio la vela con sus colegas, llevando muy pocas menos de ciento y cuarenta galeras, cinco mil y cien infantes; entre tiradores de arco, honderos y demás tropa ligera, unos mil y trescientos, y todas las prevenciones correspondientes. Navegando la vuelta de Italia tomaron a Regio, y allí puso a deliberación el modo que había de tenerse en hacer la guerra. Opúsose Nicias a su dictamen; pero habiéndolo aprobado Lámaco, se dirigió a la Sicilia y atrajo a Catana a su partido, sin que hubiese ya podido hacer otra cosa, porque al punto fue llamado para el juicio por los Atenienses. Porque al principio, como dejamos dicho, sólo se propusieron contra Alcibíades algunas frías sospechas y calumnias por esclavos y por colonos; pero sus enemigos, luego que le vieron ausente, tomaron fuerzas contra él y reunieron con el insulto hecho a los Hermes el remedo de los misterios, insinuando que todo era efecto de una misma conjuración para causar un trastorno; y a todos cuantos denunciados pudieron haber a las manos, sin oírlos los encerraron en la cárcel, sintiendo no haber cogido antes a Alcibíades bajo sus votos y sentenciándole por tan graves crímenes; mas la ira que contra él tenían la mostraron ásperamente en cualquiera deudo, amigo o familiar suyo que por desgracia aprehendieron. Tucídides no hizo mención de los denunciadores, pero otros escritores nombran a Dioclides y

a Teucro, citados también en estos versos de Frínico el cómico:

Amado Hermes, cuida no te caigas,
y a ti mismo te lisies, dando margen
a que otro Dioclides que ya tenga
mala intención levante otra calumnia.
Tendré cuidado, pues en modo alguno
al execrable advenedizo Teucro
quiero se dé de la denuncia el premio.

Y no porque los tales denunciadores hubiesen dado pruebas ciertas y seguras; antes, preguntado uno de ellos como había conocido a los mutiladores de los Hermes, respondió que a la claridad de la luna, con la más manifiesta falsedad, porque el hecho había sido el día primero o de la nueva luna. Esto a las gentes de razón las dejó aturdidas, pero nada influyó para ablandar el ánimo de la plebe, que continuó con el mismo acaloramiento que al principio, conduciendo y encerrando en la cárcel a cualquiera que era denunciado.

XXI.- Uno de los presos y encarcelados por aquella causa fue el orador Andócides, a quien Helanico, escritor contemporáneo, hace entroncar con los descendientes de Ulises. Era reputado Andócides por desafecto al pueblo y apasionado de la oligarquía, y, sobre todo, en el crimen de la mutilación le había hecho sospechoso el grande Hermes, ofrenda que la tribu Egeide había consagrado junto a su casa; porque de los pocos que había sobresalientes entre los

demás, éste solo había quedado sano; así, aun ahora se denomina de Andócides, y así lo llaman todos, no obstante que la inscripción lo repugna. Ocurrió asimismo que entre los muchos que por aquel delito se hallaban en la cárcel, trabó Andócides amistad e intimidad con otro preso llamado Timeo, que si no le igualaba en la fama y opinión le aventajaba en penetración y osadía. Persuadió éste a Andócides que se delatase a sí mismo y a algunos otros en corto número; porque al que confesase se había ofrecido la impunidad, y si para todos era incierto el éxito del juicio, para los que tenían opinión de poder era muy temible; por tanto, que era mejor mentir para salvarse que morir con infamia por el mismo delito; y aun atendiendo al bien común, valía más con perder a unos pocos de dudosa conducta, salvar al mayor número y a los hombres de bien de la ira del pueblo. Con estos consejos y exhortaciones convenció Timeo por fin a Andócides, y haciéndose denunciador de sí mismo y de otros, consiguió para sí la inmunidad conforme al decreto; pero los que por él fueron denunciados, a excepción de los que pudieron huir, todos murieron. Para ganarse más crédito, comprendió Andócides en la delación a sus propios esclavos, mas no con esto desfogó el pueblo toda su rabia; por el contrario, libre ya de los mutiladores de Hermes, como con una ira que había quedado ociosa, se convirtió todo contra Alcibíades. Últimamente envió en su busca la nave de Salamina, bien que encargando, no sin gran cautela, que no se le hiciese violencia ni se tocase a su persona, sino que se le hablara blandamente, dándole orden de ir a Atenas para ser juzgado y satisfacer al pueblo, porque temían un tumulto

y una sedición del ejército en tierra extraña, cosa que a Alcibíades, a haber querido, le hubiera sido muy fácil de ejecutar, pues con su ausencia desmayó mucho aquel, temiendo que en las manos de Nicias iría larga la guerra y experimentaría dilaciones fastidiosas faltando el aguijón que todo lo movía, por cuanto, aunque Lámaco era belicoso y valiente, carecía de dignidad y respeto, por su pobreza.

XXII.- Embarcándose, pues, inmediatamente Alcibíades, les quitó a los Atenienses a Mesana de entre las manos, porque, estando prontos los que habían de entregar la ciudad, él, que estaba bien enterado de todo, lo reveló a los amigos de los Siracusanos y deshizo la negociación. Llegado a Turios, bajó de la galera, y ocultándose pudo frustrar la diligencia de los que le buscaban. Hubo alguno que le conoció y le dijo: "¿No te fías, oh Alcibíades, en la patria?"; y él le respondió: "En todo lo demás, sí; pero cuando se trata de mi vida, ni en mi madre, no fuera que por equivocación echase el cálculo negro en lugar de blanco". Oyendo después que la ciudad le había condenado a muerte, "pues yo- repuso- les haré ver que vivo". Consérvase memoria de que la delación estaba concebida en estos términos: "Tésalo, hijo de Cimón Lacíade, denuncia a Alcibíades, hijo de Clinias Escambónide, de haber ofendido a las Diosas Deméter y su hija, remedando los misterios y divulgándolos a sus amigos en su casa, habiéndose puesto el ornamento que lleva el hierofantes cuando celebra los misterios, tomando él mismo el nombre de hierofantes, dando a Lolición el de porta-antorcha y a Teodoro Fegeo el de proclamador, y llamando a sus amigos

iniciados y adeptos, contra lo justo y lo establecido por los Eumólpidas, los proclamadores y los sacerdotes de Eleusis". Condenáronle en rebeldía y confiscaron sus bienes, y mandaron además que todos los sacerdotes le maldijesen, a la cual resolución solamente se opuso, según es fama, Teano, hija de Menón de Agraulo, diciendo que era sacerdotisa para bendecir, no para maldecir a nadie.

XXIII.- Cuando estos decretos y estas condenaciones se pronunciaron estaba detenido en Argos, porque al fugarse de Turios lo primero que hizo fue irse al Peloponeso; pero temiendo a sus enemigos y renunciando del todo a su patria, escribió a Esparta pidiendo que se le ofreciese la impunidad, y dando palabra de que les haría favores y servicios que excedieran con mucho a los daños que antes les había causado. Concediéronselo los Esparcíatas, y recibido benignamente de ellos, luego que pasó allá, el primer servicio que al punto les hizo fue que, andando en consultas y dilaciones sobre dar auxilio a los Siracusanos, los movió y acaloró a que enviasen por general a Gilipo y quebrantasen las fuerzas que allí tenían los Atenienses; fue el segundo hacer que ellos mismos por sí moviesen a éstos guerra, y el tercero y más granado hacerles murar a Decelea, que fue lo que más perjudicó y contribuyó a la ruina de Atenas. Estimado, pues, por sus hechos públicos, y no menos admirado por su conducta privada, atraía y adulaba a la muchedumbre con vivir enteramente a la espartana; pues viéndole con el cabello cortado a raíz, bañarse en agua fría, comer puches y gustar del caldo negro, como que no creían, y antes dudaban fuertemente de

que hubiese tenido nunca cocinero, ni hubiese usado de ungüentos, ni hubiese tocado su cuerpo la ropa delicada de Mileto. Porque entre las muchas habilidades que tenía, era como única y como un artificio para cazar los ánimos la de asemejarse e identificarse en sus afectos con toda especie de instituciones y costumbres, siendo en mudar formas más pronto que el camaleón; y con la diferencia de que éste, según se dice, hay un color, que es el blanco, al que no puede conformarse, pero para Alcibíades ni en bien ni en mal nada había que igualmente no copiase e imitase: así, en Esparta era dado a los ejercicios del gimnasio, sobrio y severo; en la Jonia, voluptuoso, jovial y sosegado; en la Tracia, bebedor y buen jinete; y al lado del sátrapa Tisafernes excedía su lujo y opulencia a la pompa persiana, no porque le fuera tan fácil como parece pasar de un método de vida a otro y admitir toda suerte de mudanza, sino porque conociendo que si usaba de su inclinación natural desagradaría a aquellos con quienes tenía que vivir, continuamente se acomodaba y amoldaba a la forma y manera que éstos preferían. En Lacedemonia, pues, en cuanto a su porte exterior, podía muy bien decirse: “No es éste el hijo de Aquiles, sino el mismo que pudiera haber formado Licurgo”; mas en la realidad cualquiera, según sus afectos y sus obras, hubiera podido gritarle: “Ésa es siempre la mujer de antaño”. Porque a Timea, mujer de Agis, mientras éste estaba ausente en el ejército, de tal manera la sacó de juicio, que de su trato se hizo embarazada, sin negarlo; y como hubiese sido varón el que dio a luz, para los de afuera se llamaba Leotíquidas: pero el nombre que al oído se le daba en casa por la madre entre las

amigas y las confidentes era el de Alcibíades: ¡tan ciega de amor estaba la tal mujer!; y él, con desvergüenza, solía decir que no la había seducido por hacer agravio ni tampoco halagado del deleite, sino para que descendientes suyos reinasen sobre los Lacedemonios. Hubo muchos que denunciaron a Agis estos hechos; pero él principalmente se atuvo al tiempo; porque habiendo habido un terremoto, él, de miedo, saltó del lecho y del lado de su mujer, y después en diez meses no se ayuntó a ella; y como después de este tiempo hubiese nacido Leotíquidas, no le reconoció por hijo suyo; y por esta causa fue después Leotíquidas privado de suceder en el reino.

XXIV.- Después de los desgraciados sucesos de los Atenienses en Sicilia, enviaron a un tiempo embajadores a Esparta los de Quío y Lesbo, y también los de Cícico, para tratar de su defección. Los Beocios hablaban por los de Lesbo, y Farnabazo por los de Cícico; pero a persuasión de Alcibíades prefirieron auxiliar a los de Quío antes de todo; y yendo él mismo en aquel viaje, hizo que se separase de los Atenienses casi puede decirse toda la Jonia, y con estar al lado de los generales Lacedemonios fue muy grande el daño que les causó. Con todo, Agis era siempre su enemigo, a causa de la mujer, por la afrenta recibida, y además le incomodaba también su gloria: porque se había difundido la voz de que todo se hacía por Alcibíades, y a él era a quien se tenía consideración. Sufríanle asimismo de mala gana los de más poder y dignidad entre los Esparcíatas, por la envidia que les causaba. Tuvieron, pues, mano y negociaron con los que en casa quedaron con mando que enviasen a Jonia quien

le diese muerte. Llegó a entenderlo reservadamente y vivía con recelo; por lo que en todos los negocios públicos promovió los intereses de los Lacedemonios, pero huyó de caer en sus manos; y habiéndose entregado por su seguridad a Tisafernes, sátrapa del rey, al punto fue para con él la persona primera y de mayor poder; porque aquella suma destreza suya en plegarse y acomodarse aun al bárbaro, que no era hombre sencillo sino perverso y de malísima inclinación, le causó gran maravilla; y a sus gracias en los entretenimientos cotidianos y en el trato familiar no había costumbres que resistiesen ni genio que no se dejase conquistar; tanto, que aun los que le temían o tenían envidia en tratarle y conversar con él experimentaban placer. Por tanto, con ser Tisafernes entre los Persas uno de los enemigos más declarados de los Griegos, de tal modo se rindió a los halagos de Alcibíades, que llegó a excederle en sus recíprocas adulaciones: así, de los paraísos o jardines que tenía, el más delicioso a causa de sus aguas y praderías saludables, y en el que había además mansiones y retraimientos dispuestos regia y ostentosamente, ordenó que se llamase Alcibíades; y éste fue el nombre y apelación con que en adelante le llamaron todos.

XXV.- Abandonando, pues, Alcibíades el partido de los Lacedemonios por su infidelidad, y teniéndoles ya miedo, comenzó a desacreditar y poner en mal a Agis con Tisafernes, no consintiendo ni que los auxiliase decididamente ni que rompiese del todo con los Atenienses, sino que, prestándose penosamente a sus demandas, los fuese quebrantando y aniquilando con lentitud y por este medio pusiese a

ambos pueblos bajo el poder del rey, debilitados los unos por los otros. Dejóse éste persuadir fácilmente, viéndose bien a las claras que le amaba y tenía en mucho: de modo que de una y otra parte tenían los Griegos puestos los ojos en Alcibíades, arrepentidos ya los Atenienses con sus malos sucesos de la determinación tomada contra él; y él mismo estaba incomodado por lo hecho, y temía no fuera que, destruida del todo la ciudad, viniera a caer en las manos de los Lacedemonios, de quienes era aborrecido. En Samo venía a estar entonces la suma de los intereses de los Atenienses; y partiendo desde allí con sus fuerzas navales, recobraban a unos aliados y conservaban a otros, por ser en el mar superiores a sus enemigos; pero temían a Tisafernes y sus galeras fenicias, que se decía no estar lejos, y eran en número de ciento cincuenta, porque si acertaban a llegar, no le quedaba esperanza alguna de salud a la ciudad. Bien convencido de esto Alcibíades, envió reservadamente a los principales de los Atenienses quien les diese confianza de que les volvería amigo a Tisafernes, no por complacer a la muchedumbre, ni esperando nada de ella, sino en obsequio de los principales ciudadanos, si determinándose a ser hombres esforzados y a contener la insolencia de la plebe tomaban por su cuenta ellos mismos salvar la república y sus intereses. Todos los demás apoyaron con empeño la proposición de Alcibíades; pero uno de los generales, Frínico Diraliota, sospechando lo que era, a saber: que a Alcibíades lo mismo le importaba la democracia que la oligarquía, y que procurando ser rehabilitado de la calumnia que le hizo contraria la muchedumbre, con esta mira lisonjeaba y halagaba a los principales, le hizo

contradicción. Quedó vencido por los demás votos, y hecho ya enemigo descubierto de Alcibíades, lo denunció secretamente a Antíoco, almirante de los enemigos, previniéndole que se guardara y precaviera de Alcibíades como de hombre que quería estar con unos y con otros; mas no sabía que el asunto iba de traidor a traidor: porque haciendo Antíoco la corte a Tisafernes, y viendo que para con él era el todo Alcibíades, manifestó a éste lo que Frínico le había comunicado. Alcibíades mandó al punto a Samo acusadores contra Frínico, dando motivo a que todos se indignaran y sublevaran contra él; y como para ocurrir a aquel peligro no se le ofreciese a éste otro medio, intentó curar un mal con otro mal mayor: porque envió otra vez quien se quejase con Antíoco de haberle descubierto y le avisase de que tenía resuelto hacerle entrega de las naves y del ejército de los Atenienses. Con todo, no trajo daño a éstos la traición de Frínico, por otra traición de Antíoco, que también anunció a Alcibíades esta nueva propuesta de Frínico. Volvió éste en sí, y temiendo segunda acusación de Alcibíades, se anticipó a prevenir a los Atenienses que los enemigos iban a sorprenderlos, exhortándolos a estarse quietos en las naves y atrincherar el ejército. Cuando ya esto se había puesto en ejecución, aunque vinieron otra vez cartas de Alcibíades advirtiéndoles que se guardaran de Frínico, que iba a entregar a los enemigos la armada, no les dieron crédito, imaginándose que Alcibíades, que estaba bien informado de los preparativos e intentos de los enemigos, abusaba de esta noticia para calumniar a Frínico falsamente. Pero más adelante, habiendo uno de los de la guardia de Hermón dado de puñaladas a Frínico en la plaza

y quitándole la vida, formada causa, condenaron los Atenienses a Frínico por traidor después de muerto, y decretaron coronar a Hermón y los de su guardia.

XXVI.- Dominando entonces en Samo los amigos de Alcibíades, enviaron a Pisandro a la ciudad para mudar el gobierno y alentar a los principales a ponerse al frente de los negocios y disolver la democracia, pues con estas condiciones les ganaría Alcibíades a Tisafernes por amigo y aliado: a lo menos éste fue el pretexto y la apariencia de los que establecían la oligarquía. Mas después que tomaron consistencia y se apoderaron del mando los llamados cinco mil, aunque no eran más de cuatrocientos, ya no se curaban gran cosa de Alcibíades, y hacían muy remisamente la guerra; parte por desconfianza que tenían de que aguantaran los ciudadanos aquellas novedades, y parte porque imaginaban que cederían los Lacedemonios, inclinados siempre y afectos a la oligarquía; y la plebe en la ciudad se estuvo, aunque de mala gana, sosegada por entonces, porque habían perecido no pocos de los que se opusieron a los cuatrocientos. Los de Samo cuando lo entendieron, irritados de aquel proceder, pensaron en dar al punto la vela con dirección al Pireo, y llamando a Alcibíades, a quien también nombraron general, le ordenaron que los condujese y acabase con los tiranos; mas éste no se manejó o condescendió como cualquiera otro que repentinamente se hubiera visto en tanta autoridad por el favor de algunos de sus ciudadanos, creyendo que debía complacer en todo y no rehusar nada a los que de fugitivo y desterrado lo habían hecho presidente y general de tantas naves y de

tamañas fuerzas, sino que, como correspondía a un gran caudillo, hizo frente a los que sólo se gobernaban por la ira y los contuvo para no cometer un desacierto; con lo que indudablemente salvó entonces la república. Porque si, haciéndose al mar, se hubiesen restituido a casa, infaliblemente los enemigos habrían quedado dueños sin fatiga de toda la Jonia, del Helesponto y de las Islas; y Atenienses habrían tenido que venir a las manos con Atenienses, trayendo la guerra a su ciudad; lo que Alcibíades sólo impidió sucediese, no precisamente persuadiendo e instruyendo a la muchedumbre, sino yendo en particular a unos con ruegos y a otros con violencia. Sirvióle en esta ocasión Trasíbulo de Estiria con su presencia y sus gritos, pues, según se dice, era el que tenía la voz más fuerte entre todos los Atenienses. Otra segunda acción brillante hubo también entonces de Alcibíades, y fue que, habiendo ofrecido que las naves fenicias que estaban los Lacedemonios esperando, teniéndoselas prometidas el rey, o las atraería en su favor, o a lo menos negociaría que no se uniesen con aquellos, sin dilación navegó con este objeto; y se verificó que Tisafernes, aunque se apareció con las naves hacia Aspendo, no las unió, sino que engañó a los Lacedemonios: habiendo sido Alcibíades la causa de que no estuviese ni con unos ni con otros, y sobre todo de que no estuviese con los Lacedemonios, por haber enseñado al bárbaro que se desentendiera y dejara que los Griegos se destruyeran unos a otros: pues no podía haber duda en que unidas tan poderosas fuerzas a uno de los dos pueblos, éste quitaría enteramente al otro el dominio del mar.

XXVII.- Fue disuelto a poco el gobierno de los cuatrocientos, por haberse agregado con ardor los amigos de Alcibíades a los que estaban por la democracia. Querían los de la ciudad, y habían dado orden para que Alcibíades volviese, mas él creyó que no debía hacerlo con las manos vacías y desocupadas, sino glorioso con alguna ilustre hazaña. Con este objeto navegó al principio por el mar de Cnido y Cos; mas habiendo llegado allí a su noticia que el Esparcíata Míndaro subía al Helesponto con toda su armada, en persecución de los Atenienses, se apresuró a dar auxilio a sus generales; y quiso la fortuna que llegase con sus diez y ocho galeras precisamente en el oportuno momento en que, habiendo caído unos y otros con todas sus naves cerca de Abido, y librándose combate, vencidos en parte y en parte vencedores, permanecieron en la lid cerca del anochecer. Con su aparecimiento en esta sazón hizo a ambos partidos equivocarse, inspirando confianza a los enemigos y miedo a los Atenienses; pero levantando luego insignia amiga en la capitana, cargó repentinamente a los Peloponenses vencedores, que seguían el alcance. Hízolos volver, e impeliéndolos a tierra, destrozó sus naves, hiriendo a muchos que escapaban a nado, sin embargo de que Farnabazo los protegía con infantería, y peleaba por salvarles las naves; finalmente, apresando treinta de los enemigos y conservando las propias, erigieron un trofeo. Con tan brillante y próspero suceso ardía por hacer de él ostentación con Tisafernes, para lo cual, haciendo prevención de presentes y regalos, y llevando el acompañamiento propio de un general, se encaminó allá.

Mas no le salió como esperaba, porque difamado ya de antemano Tisafernes por los Lacedemonios, y temeroso de que por el rey se le hiciera cargo, juzgó que Alcibíades se le presentaba en la mejor coyuntura, y echándole mano, lo puso preso en Sardis, para desvanecer con esta maldad aquella acusación.

XXVIII.- Al cabo de treinta días, habiendo podido Alcibíades proporcionarse un caballo, escapó de la vigilancia de los guardas y huyó a Clazómenas, haciendo correr contra Tisafernes la voz de que él mismo le había puesto en salvo. Navegó de allí al ejército de los Atenienses, y llegando a entender que Míndaro y Farnabazo se hallaban juntos en Cícico, incitó a los soldados y les hizo entender ser preciso que por mar y por tierra, y aun combatiendo muros, peleasen contra los enemigos, pues no podrían procurarse los recursos necesarios, si por todos estos modos no vencían. Armó, pues, las naves, y dando la vela hacia Proconeso, dio orden de que se encerraran y detuvieran dentro de la armada los buques ligeros, para que por ningún medio pudieran presumir los enemigos su marcha. Hizo la casualidad que de repente llovió mucho con truenos, y que vino también en su favor tal oscuridad, que encubrió todo aquel aparato; de manera que no sólo se ocultó a los enemigos, sino a los mismos Atenienses; porque cuando estaban ya desconfiados, dio la orden y partieron, De allí a poco, la oscuridad se disipó, y se divisaron las naves de los Peloponenses, que estaban ancladas delante del puerto de Cícico. Temeroso, pues, Alcibíades, de que viendo antes de tiempo lo grande

de sus fuerzas se retiraran a tierra, dio orden a los otros generales de que navegaran lentamente y se fueran atrasando, y él se presentó, no teniendo consigo más de cuarenta naves, y provocó a los enemigos. Cayeron éstos en el lazo, y mirando con desprecio el que viniesen contra tantas, al punto se fueron para los contrarios y trabaron combate, pero cuando sobrevinieron las demás naves, empezada ya la acción dieron a huir aterrados. Alcibíades entonces, con veinte de las mejores galeras, se metió por medio y encaminó a tierra: y saltando a ella, acometió a los que se retiraban de las naves, dando muerte a muchos. Venció a Míndaro y Farnabazo, que se adelantaron en defensa de éstos, dando muerte a Míndaro, que peleó valerosamente; mas Farnabazo logró fugarse. Fue grande el número de muertos y el de las armas de que se apoderaron; tomaron todas las naves; se hicieron asimismo dueños de Cícico; y huido Farnabazo y destrozados los Peloponenses, no solamente quedaron en segura posesión del Helesponto, sino que alejaron a viva fuerza de aquellos mares a los Lacedemonios. Cogiéronse hasta las cartas en que lacónicamente participaban a los Éforos aquella derrota: “Nuestras cosas están perdidas. Míndaro, muerto. La gente, hambrienta. No sabemos qué hacer”.

XXIX.- Fue tan grande con esto el engreimiento de los soldados de Alcibíades, y salieron tanto de sí, que tenían a menos el reunirse con los demás soldados: ¡con los que muchas veces han sido vencidos- decían- los que son invictos todavía! Porque no mucho antes había sucedido que derrotado Trasilo en las inmediaciones de Éfeso, se había erigido

por los Efesios un trofeo de bronce en oprobio de los Atenienses. Con estas cosas daban en cara los de Alcibíades a los de Trasilo, ensalzándose a sí mismos y a su general, y no queriendo alternar con los otros ni en gimnasios ni en campamentos. Mas cuando Farnabazo vino luego sobre éstos a tiempo que hacían incursión en las tierras de Abido, trayendo mucha caballería e infantería, Alcibíades, corriendo prontamente en su auxilio, puso en fuga a Farnabazo y le siguió al alcance juntamente con Trasilo hasta entrada la noche. Uniéronse ya entonces, y gloriosos y alegres tornaron al campamento, y levantando al día siguiente un trofeo, talaron la región de Farnabazo, sin que nadie se atreviera a resistirlos. Cautivó en aquella acción algunos sacerdotes y sacerdotisas; pero los dejó ir libres sin rescate. Disponíase a sujetar por armas a los de Calcedonia, que se habían rebelado y habían recibido guarnición y comandante de mano de los Lacedemonios: pero al saber que habían recogido cuanto podía ser objeto de botín, y lo habían llevarlo en depósito a los Bitinios, sus amigos, pasó a los términos de éstos con su ejército y les mandó un heraldo con esta queja; mas ellos concibieron miedo, y además de entregarle el botín le pactaron amistad.

XXX.- Barreada Calcedonia de mar a mar, vino Farnabazo para hacer levantar el cerco, e Hipócrates, el gobernador, sacando también de la ciudad sus fuerzas, acometió a los Atenienses: mas Alcibíades, formando contra ambos su ejército, obligó a Farnabazo a huir cobardemente, y a Hipócrates y a muchos de los suyos los destrozó ente-

ramente, alcanzando de ellos una señalada victoria. Navegó en seguida al Helesponto, donde anduvo recogiendo contribuciones, y tornó a Selibria, aventurando su persona sin consideración: porque los que habían de entregarle esta ciudad habían convenido en que levantarían una tea a la media noche: pero se vieron precisados a mostrarla antes de hora por temor de uno de los conjurados, que de repente se les había vuelto. Levantada, pues, la tea cuando la tropa no estaba todavía a punto, tomando consigo como unos treinta, marchó corriendo a la muralla, dejando orden de que los demás le siguiesen prontamente. Abriéronle la puerta cuando a los treinta se habían reunido veinte *peltastas,* o armados de rodela., y, entrando sin detención, percibió que los Selibrios venían de frente hacia él armados. De estarse quieto conoció que no había para él recurso; y el huir, habiendo sido invicto siempre hasta aquel día, no lo tuvo por de su carácter; hizo, pues, seña al trompeta de que impusiera silencio, y a uno de los que con él se hallaban le ordenó que gritase: “Atenienses, no hagáis armas contra los Selibrios”. Esta intimación hizo en unos el efecto de ser más remisos en el pelear, pareciéndoles que estaban dentro todos los enemigos, y en otros el de formar más lisonjeras esperanzas de favorable concierto. Mientras que entre sí conferenciaban sobre lo hacedero, le llegaron a Alcibíades todas las tropas, y conjeturando que las intenciones de los Selibrios eran pacíficas, temió que habían de saquear la ciudad los Tracios, los cuales eran en gran número, y por inclinación y amor a Alcibíades habían tomado las armas con la más pronta voluntad. Hízoles, pues, a todos salir de la población, y en nada

ofendió a los Selibrios, que estaban recelosos, sino que, con haber recogido un impuesto y haber dejado guarnición se retiró.

XXXI.- Los generales que mandaban el sitio de Calcedonia convinieron con Farnabazo, por un tratado, en, que recogerían una contribución, los Calcedonios volverían a la obediencia de los Atenienses y éstos no harían ningún daño en la satrapía de Farnabazo, obligándoles éste a dar a los embajadores de los Atenienses escolta con toda seguridad. Como a la vuelta de Alcibíades desease Farnabazo que él también jurara el tratado, respondió que no lo ejecutaría antes de haber jurado ellos. Prestados que fueron los juramentos, marchó contra los Bizantinos, que se habían rebelado, y circunvaló la ciudad. Ofreciéndole, bajo la condición de salvarla. Anaxilao, Licurgo y algunos otros, que la entregarían, hizo correr la voz de que le llamaban fuera de allí novedades ocurridas en la Jonia, y por el día salió con toda su escuadra; pero, volviendo a la noche, saltó en tierra con la infantería, y resguardándose con las murallas se estuvo allí quedo; pero las naves vinieron sobre el puerto, y acometiendo impetuosamente con grande gritería, alboroto y estruendo, asombraron a los demás Bizantinos por lo inesperado del caso y dieron ocasión a los partidarios de los Atenienses para entregar la ciudad a Alcibíades impunemente, pues todos los habitantes habían corrido hacia el puerto para resistir el ataque de las naves. Mas con todo no fue esta jornada exenta de riesgo, porque los Peloponenses, Beocios y Megarenses que allí se hallaban, a los que descendieron de

las naves los rechazaron y obligaron a reembarcar; y llegando a entender que había Atenienses dentro, formándose en batalla, marcharon juntos contra ellos. Trabado un reñido combate, los venció Alcibíades, mandando él el ala derecha y Teramenes la izquierda: y de los enemigos que les vinieron a las manos tomaron vivos unos trescientos. De los de Bizancio, después del combate, ni se dio muerte ni se desterró a ninguno, porque con esta condición se entregó la ciudad y también con la de que a nada que fuese de ellos se había de tocar. Por esta razón, defendiéndose Anaxilao de la causa sobre traición que se le movió en Lacedemonia, hizo ver en su discurso que no tenía por qué avergonzarse de lo hecho: porque dijo que no siendo Lacedemonio, sino Bizantino, viendo en peligro, no a Esparta, sino a Bizancio, hallándose su ciudad cercada de manera que nadie podía entrar, y consumiendo los Peloponenses y Beocios todos los víveres que había en la ciudad, mientras que los Bizantinos fallecían de hambre con sus mujeres y sus hijos, no le pareció que cometía traición con la entrega, sino que redimía a su ciudad de la guerra y de los males que padecía, imitando en esto a los más ilustres de la Lacedemonia, para quienes sólo es honesto y justo lo que es en provecho de la patria. Los Lacedemonios, a este razonamiento, cedieron con respeto y absolvieron a los acusados.

XXXII.- Alcibíades, teniendo ya deseo de volver a ver a Atenas, y más todavía de ser visto de los ciudadanos, después de haber vencido tantas veces a los enemigos, dio la vela con esta dirección, yendo las galeras áticas adornadas en

derredor con muchos escudos y despojos, llevando a remolque muchas naves tomadas y ostentando en mayor número todavía las banderas de las que habían sido vencidas y echadas a pique, que entre unas y otras no bajaban de doscientas. Mas lo que añade a esto Duris de Samo, que se da por descendiente de Alcibíades, diciendo que Crisógono, coronado en los juegos píticos, les llevaba la cadencia a los remeros con la flauta; que daba las órdenes Calípides, actor de tragedias, adornado de un rico vestido, con el manto real y todo el demás aparato de teatro, y que la capitana entró en el puerto con una vela de púrpura, como si viniera de un convite bacanal, no lo refiere ni Teopompo, ni Éforo, ni Jenofonte; además de que no es de creer que se presentara a los Atenienses con tan insolente lujo, volviendo del destierro, y después de haber pasado tantos trabajos. Antes, entró temeroso, y estando ya en el puerto, no saltó en tierra hasta que, hallándose sobre cubierta, vio que iba a presentársele su primo Euriptólemo y muchos de sus amigos y deudos, que, yendo a recibirle, le estaban llamando. Luego que estuvo en tierra, cuantos iban al encuentro ni siquiera parece que veían a los otros generales, sino que, puesta la vista en él, le aclamaban, le saludaban, le acompañaban, y acercándosele le ponían coronas; los que no podían llegarse a él le miraban de lejos, y los ancianos se lo mostraban a los jóvenes. Con aquel gozo de la ciudad se mezclaron también muchas lágrimas, y la memoria, en tanta prosperidad, de las pasadas desgracias, haciendo cuenta de que ni habrían dejado de tomar la Sicilia, ni les habría salido mal nada de lo que se prometían si hubieran dejado a Alcibíades el mando en aquellas empre-

sas y sobre aquellas fuerzas; pues que aun ahora, tomando a su cargo la ciudad desposeída casi del todo del mar y dueña en la tierra apenas de sus arrabales, dividida además y sublevada contra sí misma, levantándola en tan débiles y apocadas ruinas no solamente le había restituido el imperio del mar, sino que hacía ver que también por tierra doquiera había vencido a sus enemigos.

XXXIII.- Sancionóse primeramente el decreto de su vuelta a propuesta de Cricias hijo de Calescro, como él mismo lo escribió en sus elegías, recordando así a Alcibíades este favor:

Yo el decreto escribí para tu vuelta,
y en junta le propuse: obra fue mía.
Mi lengua fuera quien le impuso el sello.

Reuniéndose entonces el pueblo en junta, se presentó Alcibíades; quejóse y lamentóse de sus desgracias, sin hacer más que culpar ligera y blandamente al pueblo, atribuyéndolo todo a su mala suerte y a algún genio envidioso, y concluyendo con darles grandes esperanzas contra los enemigos e inspirarles aliento y confianzas; lo coronaron con coronas de oro y le nombraron generalísimo sin restricción, juntamente de tierra y de mar. Decretóse asimismo que se le restituyesen sus bienes y que los Eumólpidas y heraldos levantasen las imprecaciones que habían pronunciado de orden del pueblo. Levantáronlas los demás; pero el hierofantes

Teodoro respondió: "Yo ninguna imprecación hice contra él, si en nada ha ofendido a la ciudad".

XXXIV.- Aunque procedían con tan brillante prosperidad las cosas de Alcibíades, a algunos les causó inquietud el momento de la vuelta, porque en el día de su arribo se hacían las purificaciones o lavatorios en honor de la Diosa. Celebran las sacrificantes estas orgías arcanas en el día 25 del mes Targelión, quitando todo el ornato y cubriendo la imagen, por lo que los Atenienses cuentan este día de cesación de todo trabajo entre los más aciagos. Parecía, pues, que la Diosa no recibía con amor y benignidad a Alcibíades, sino que se le encubría y lo apartaba de sí. Sin embargo, habiéndole sucedido todo según su deseo, y hecho equipar cien galeras, que iban a salir otra vez al mar, le asaltó en esto una cierta ambición generosa y le detuvo hasta el tiempo de los misterios, por cuanto desde que se muró a Decelea y los enemigos se apoderaron de los caminos de Eleusis, ningún aparato había tenido la iniciación, siendo preciso ir por mar, y así los sacrificios, los coros y muchas de las ceremonias propias de camino cuando se invoca a Iaco se habían omitido por necesidad. Parecióle, por tanto, a Alcibíades que ganarían en piedad respecto de la Diosa y en gloria respecto de los hombres, dando a la solemnidad la forma antigua, acompañando por tierra la pompa de la iniciación y pasando las ofrendas por entre los enemigos, porque, o haría estarse enteramente quieto a Agis, pasando por esta humillación, o pelearían una guerra sagrada y agradable a los Dioses por las cosas más santas y más grandes a la vista de la patria, tenien-

do a todos los ciudadanos por testigos de su valor. Luego que se decidió por esta idea y dio parte de ella a los Eumólpidas y a los heraldos, puso centinelas en las alturas, y desde el amanecer envió algunos correos. Tomando después consigo a los sacerdotes, a los iniciados y a los iniciadores, y ocultándolos con las armas, los condujo con aparato y sin ruido: dando en esta especie de expedición un espectáculo augusto y religioso, al que daban los nombres de procesión sagrada, propia de los santos misterios, los que estaban exentos de envidia. Ninguno de los enemigos osó oponerse; y habiendo hecho la vuelta con igual seguridad, él mismo se engrió en su ánimo, y llenó de tanto orgullo al ejército, que se miraba como incontrastable e invencible bajo tal caudillo. A los jornaleros y a los pobres se los atrajo de manera que concibieron un violento deseo de que dominara solo, diciéndoselo así algunos y acercándose a él para exhortarle a que, despreciando la envidia, se sobrepusiera a los decretos, a las leyes y a los embelecadores que perdían la ciudad, para poder obrar y manejar los negocios como le pareciese, sin temor de calumniadores.

XXXV.- Cuál hubiese sido su modo de pensar acerca de esta propuesta de tiranía, no puede saberse; pero habiendo los principales ciudadanos concebido miedo, dieron calor a que se embarcara cuanto antes, concediéndole todo lo demás y los colegas que quiso. Partiendo, pues, con las cien galeras, y tocando en Andro, venció, sí, en batalla a los habitantes y a cuantos Lacedemonios allí había, pero no tomó la ciudad; y éste fue el primero de los cargos de que se valie-

ron contra él sus enemigos. Y en verdad que parece haber sido Alcibíades más que otro alguno víctima de su propia gloria y reputación; porque siendo muy grande y muy acreditado de valor y prudencia por tantos prósperos sucesos, lo que no conseguía lo hacía sospechoso de que no ponía eficacia, no queriendo creer que era no haber podido; pues que con la diligencia nada había de desgraciársele; por tanto, esperaba la noticia de que había sujetado a los de Quío y toda la Jonia, y se indignaban de que no se les diese todo concluido con la presteza y celeridad que apetecían, no parándose a considerar su falta de fondos, a causa de la cual, habiendo de hacer la guerra a hombres que tenían al rey por su mayordomo, se veía muchas veces precisado a navegar y abandonar el ejército para asistirle con las pagas y los víveres, porque el último cargo dimanó de la siguiente causa. Enviado Lisandro por los Lacedemonios con el mando de la armada, y dando de paga a los marineros cuatro óbolos en lugar de tres del dinero que tomó de Ciro, Alcibíades, que ya penosamente les acudía con los tres óbolos, tuvo que marchar a Caria a recoger alguna suma. Antíoco, que fue el que quedó con el mando de las naves, era buen marino, pero necio por lo demás y de ningún provecho; y aunque Alcibíades le dejó prevenido que de ningún modo combatiese, aun cuando le buscasen los enemigos, de tal modo se insolentó y tuvo en poco aquella orden, que equipando su galera y una de otro de capitán, se fue la vuelta de Éfeso, y haciendo y diciendo mil sandeces e insultos, se metió por entre las proas de las naves enemigas. Al principio Lisandro, yéndose a él, se puso a perseguirle con pocas naves; pero cuando vinieron en au-

xilio de aquel los Atenienses con todas las suyas, pasando adelante, deshizo al mismo Antíoco, le tomó muchas naves y gente y levantó un trofeo. Luego que Alcibíades oyó lo sucedido, volviendo a Samo, marchó con todas sus fuerzas y provocó a Lisandro; pero éste, contento con su victoria, no quiso hacerle frente.

XXXVI.- Siendo entre los que en el ejército miraban mal a Alcibíades el mayor enemigo suyo Trasíbulo, hijo de Trasón, marchó a Atenas para acusarle; y acalorando a los que allí tenía, hizo entender al pueblo que Alcibíades había desgraciado los negocios de la república y perdido las naves por abusar de la autoridad, dando el mando a hombres que con francachelas y con las fanfarronadas propias de los marinos granjeaban todo su favor, para que él, andando de una parte a otra, pudiera enriquecerse y entregarse a sus desórdenes en el beber y liviandades con sus amigas abidenas y jonias, sin embargo de navegar bien cerca los enemigos. Culpábanle asimismo de la prevención de la muralla que habían hecho construir en Tracia a la parte de Bisanta, para refugio suyo, por no poder o no querer vivir en la patria. Arrastrados de estas inculpaciones los Atenienses, eligieron otros generales, poniendo de manifiesto su encono y malignas ideas contra Alcibíades; el cual, luego que lo entendió, por temor se retiró en un todo del ejército, y haciendo recluta de extranjeros, se dedicó a hacer la guerra por su cuenta a los Tracios, que no reconocían rey, y allegó mucho caudal de los que sojuzgó, poniendo al mismo tiempo a los Griegos establecidos por aquellos contornos en plena seguridad de parte de los

bárbaros. Con todo, más adelante, cuando los generales Tideo, Menandro y Adimanto, que con todas las naves que les habían quedado a los Atenienses estaban en el puerto de Egos Pótamos, solían ir todas las mañanas muy temprano en busca de Lisandro, surto con las naves de los Lacedemonios en Lámpsaco para provocarle, y volviéndose después al mismo puesto, pasaban el día desordenada y descuidadamente como despreciando a éstos, Alcibíades, que se hallaba cerca, no lo miró con indiferencia y abandono, sino que, montando a caballo, advirtió a los generales que estaban mal apostados en un país que carecía de puertos y de ciudades, forzados a hacer provisiones en Sesto, que les caía muy lejos, y teniendo en tanto abandonada la tripulación en tierra, yéndose cada uno y esparciéndose por donde le daba la gana, cuando tenían al frente la escuadra enemiga, acostumbrada a ejecutar sin rebullirse cuanto manda un hombre solo.

XXXVII.- Hízoselo así presente Alcibíades, y les persuadió que trasladaran sus fuerzas a Sesto; pero los generales no le dieron oídos, y aun Tideo le ordenó con expresiones injuriosas que se retirase, porque no era él, sino ellos mismos, quienes tenían el mando; con lo que se retiró Alcibíades, no sin formar de ellos alguna sospecha de traición, y diciendo a los que le acompañaban desde el campamento, por ser sus conocidos, que, a no haber sido tan ignominiosamente despedido por los generales, en breves días hubiera puesto a los Lacedemonios en la precisión de combatir contra su voluntad o de abandonar las naves. Algunos lo

graduaron de jactancia, mas a otros les pareció que iba muy fundado, si su ánimo era llevar por tierra muchos de los soldados tracios, tiradores y de a caballo, y acometer y poner con ellos en desorden el campo enemigo. Por de contado que adivinó y predijo acertadamente los errores de los Atenienses; bien pronto lo acreditó el suceso: porque viniendo sobre ellos repentina e inesperadamente Lisandro, sólo ocho naves se salvaron con Conón; todas las demás, que eran muy cerca de doscientas, cayeron en poder de los enemigos; y de las tropas, a unos tres mil hombres que Lisandro tomó vivos, a todos los pasó al filo de la espada. Tomó también a Atenas de allí a poco, incendió sus naves y destruyó la llamada larga muralla. En vista de esto, temiendo Alcibíades a los Lacedemonios, que dominaban por tierra y por mar, se trasladó a Bitinia, haciendo conducir y llevando consigo inmensa riqueza y dejando todavía mucha más en la ciudad de su residencia. Perdió también después en Bitinia gran parte de sus bienes, robado de los Tracios de aquella parte, por lo que determinó ir a ponerse en manos de Artajerjes, pensando que, si llegaba el caso, haría al rey servicios no inferiores en sí a los de Temístocles y más recomendables en su objeto, porque no se emplearía, como aquel, contra sus ciudadanos, sino que en favor de la patria y contra sus enemigos trabajaría e imploraría el poder del rey. Juzgando, empero, que por medio de Farnabazo sería más seguro su viaje, se encaminó hacia él a la Frigia, donde en su compañía se detuvo, obsequiándole y siendo de él honrado.

XXXVIII.- Era muy sensible a los Atenienses verse despojados del imperio y superioridad; pero después que Lisandro los privó además de la libertad, poniendo la ciudad en manos de los Treinta Tiranos, aquellas reflexiones que no les ocurrieron cuando les habrían servido para su salud las hicieron entonces, cuando todo estaba perdido, con lamentaciones y quejas, trayendo a la memoria sus errores y desaciertos y teniendo por el mayor este segundo encono que habían concebido contra Alcibíades, porque fue depuesto del mando cuando él mismo en nada había faltado y sólo porque se habían incomodado con un subalterno que ignominiosamente había perdido unas cuantas naves, con mayor ignominia habían privado a la ciudad del más esforzado y experimentado de sus generales. Con todo, aun en medio de las calamidades que los rodeaban, entreveían una sombra de esperanza de que del todo no caería la república mientras Alcibíades existiese; porque si antes, cuando fue desterrado, no pudo sufrir el vivir en el ocio y en el reposo, tampoco ahora, a no estar del todo imposibilitado, llevaría con paciencia que los Lacedemonios les hicieran agravios y que los treinta los trataran con vilipendio. Ni era extraño que a estos sueños se entregaran los demás, cuando los mismos treinta no se aquietaban sin pensar e inquirir sobre él y sin mover frecuente conversación de lo que hacía y de lo que pensaba. Últimamente, Cricias hizo entender a Lisandro que, no viviendo en democracia los Atenienses, podía tenerse por seguro el imperio de los Lacedemonios sobre la Grecia, pero que por más sumisos y obedientes que se mostrasen a la oligarquía, mientras Alcibíades viviese no los dejaría permane-

cer quietos en el orden establecido. Sin embargo, para que Lisandro accediese a estas sugestiones, fue al fin preciso que viniera de Esparta una orden por la que se le mandaba que se quitara a Alcibíades del medio, bien fuera porque temiesen su actividad y grandeza de alma, o bien porque quisieran complacer a Agis.

XXXIX.- Cuando Lisandro envió a Farnabazo la orden para la ejecución, y éste la cometió a su hermano Mageo y a su tío Susamitres, hizo la casualidad que Alcibíades se hallaba en cierta aldea de Frigia, teniendo en su compañía a Timandra, que era una de sus amigas. Había tenido entre sueños esta, visión: parecíale que se había adornado con los vestidos de su amiga, y que ésta, reclinando él la cabeza en sus brazos, le adornaba el rostro como el de una mujer, pintándolo y alcoholándolo. Otros dicen que vio en sueños a Mageo y los de su facción que le cortaban la cabeza y quemaban su cuerpo; mas todos convienen en que tuvo la una o la otra visión poco antes de su muerte. Los que fueron enviados contra él no se atrevieron a entrar en la casa, y lo que hicieron fue, apostándose alrededor de ella, pegarle fuego. Sintiólo Alcibíades, y recogiendo muchos vestidos y otras ropas los echó en el fuego, y rodeándose a la mano izquierda su manto, con la diestra desenvainó la espada, y pasando con la mayor intrepidez por encima del fuego antes que se hubiesen encendido las ropas, con sólo presentarse dispersó a los bárbaros, porque ninguno de ellos tuvo valor para aguardarle ni lidiar con él, sino que desde lejos le lanzaban saetas y dardos. Traspasado de ellos cayó finalmente muerto. Des-

pués que los bárbaros se marcharon, Timandra recogió el cadáver, y envolviéndole en las ropas de ella, le hizo el funeral y honrosas exequias que las circunstancias permitían. Dícese que fue hija de ésta la célebre Lais, llamada Corintia, tomada cautiva en Hícaros, aldea de la Sicilia. Otros escritores hay que refieren de diferente modo el acontecimiento de la muerte de Alcibíades, diciendo que no tuvieron la culpa de ella ni Farnabazo, ni Lisandro, ni los Lacedemonios, sino que habiendo el mismo Alcibíades seducido una mozuela de una familia conocida suya y reteniéndola consigo, los hermanos, que sentían vivamente esta afrenta, dieron por la noche fuego a la casa en que vivía Alcibíades y le asaetearon, como se ha dicho, cuando salía por medio de las llamas.

GAYO MARCIO CORIOLANO

I.- Muchos varones ilustres dio a Roma la familia patricia de los Marcios, de cuyo número fue Gayo Marcio, nieto de Numa por su madre, y elegido rey después de Tulo Hostilio. Eran asimismo Marcios Publio y Quinto, que trajeron a Roma el agua mejor y más copiosa, y Censorino, a quien dos veces nombró censor el pueblo y a cuya persuasión después propuso y estableció ley para que a ninguno le fuera permitido obtener dos veces esta magistratura. El Gayo Marcio de quien vamos a escribir, educado por la madre a causa de haber quedado huérfano de padre, hizo ver que, si bien la orfandad trae otros males, no estorba empero que pueda alguno hacerse hombre virtuoso y aventajado a los demás, aunque por otra parte dé motivo de queja y reprensión contra ella a los viciosos, como que es quien por el descuido los echa a perder. Acreditó también este Marcio que aun en aquellos de un natural excelente, por más generoso y bien inclinado que éste sea, si le falta la instrucción, al lado de las buenas cualidades produce otras malas, como en la agricultura un fértil terreno que se deja sin cultivo. Porque aquella resolución y entereza de ánimo para todo produjo grandes y

muy activos conatos; pero el ser, por otra parte, vehemente e irreductible en la ira, le hizo desabrido y poco asequible al trato con los demás hombres; por tanto, al mismo tiempo que admiraban en él su impasibilidad respecto de los placeres, de los trabajos y del atractivo de las riquezas, a la cual le daban los nombres de templanza, justicia y fortaleza, teníanle para las conferencias políticas por altanero, molesto y mal sufrido; porque el mejor fruto que los hombres sacan del trato con las musas es que por medio de la elocuencia y la doctrina se suaviza la natural índole, reduciéndola en todo a la justa medianía y desarraigando lo superfluo. En Roma, en aquella época principalmente, era ensalzada la virtud que sobresale en los hechos de armas y de la milicia, y prueba de ello es que a toda virtud no le dieron sino sola la denominación de la fortaleza, haciendo nombre común del género el que a la fortaleza le era propia y peculiar.

II.- Dominaba entre las demás pasiones de Marcio la de la guerra, y así desde niño empezó a manejar las armas; y, juzgando que de nada les sirven las armas de afuera a los que no tienen bien adiestrada y dispuesta el arma innata e ingénita, que es el cuerpo, de mal modo ejercitó el suyo para toda especie de lid, que en el correr era sumamente ligero, y para tenerse firme en la lucha y en los combates casi invencible; por tanto, los que contendían con él en fortaleza y virtud, siéndole en ellas inferiores, echaban la culpa a la robustez de su cuerpo, que era invencible e incapaz de doblarse con trabajo alguno.

III.- Militó por la primera vez siendo todavía jovencito, cuando Tarquino, el rey de Roma, desposeído ya del trono, después de muchas batallas y derrotas echó, se puede decir, el resto, y vinieron en su auxilio, haciendo causa común contra Roma los más de los Latinos y muchos de los pueblos de Italia, no menos en obsequio de aquel, que por envidia y deseo de contener los progresos de la grandeza romana. En aquella batalla, que por una y otra parte estuvo muy varia e incierta, peleaba Marcio con gran denuedo a la vista del Dictador, y viendo caer a su lado a un romano, no le abandonó, sino que se puso delante de él, y acometiendo al enemigo que lo acosaba, le dio muerte. Después de la victoria, fue uno de los primeros a quienes el general ornó con una corona de encina, porque ésta fue la corona que señaló la ley al que salvaba un ciudadano: bien fuera porque tuviesen en veneración la encina a causa de los Árcades, denominados *comedores de bellotas* por un oráculo del dios, bien porque siempre y en todas partes tienen los que militan copia de encinas, o bien porque siendo de encina la corona de Júpiter social creyesen que ésta era la que más propiamente debía darse por la salvación de un ciudadano. Es además la encina el árbol de más copioso fruto entre los silvestres y el de madera más sólida entre los cultivados. Era también alimento la bellota que de ella proviene, y bebida el melicio; y daba además carne de fieras y de aves, proveyendo de un instrumento para la caza, que es la liga. Dícese que en esta batalla se aparecieron los Dioscuros, y que después de ella se les vio, con los caballos goteando de sudor, dar la noticia en la plaza, en el sitio junto a la fuente donde está edificado su

templo: de donde proviene que en el mes de julio el día de los idus, que es fiesta triunfal, está consagrado a los Dioscuros.

IV.- La nombradía y los honores dispensados a los jóvenes, en los que son de índole ligeramente ambiciosa, vienen a ser, a lo que parece, una cosa temprana que apaga su espíritu y llena pronto su sed, dejándola fácilmente satisfecha; pero a los de ánimo altivo y resuelto los honores los elevan y encienden, impeliéndolos, a manera del viento, a lo que les parece honesto: porque no los reciben como salario, sino que más bien son una nueva prenda que dan de que se avergonzarán de frustrar la esperanza que de ellos se tiene y de no hacerla correr con iguales hechos a los anteriores. Siendo de este carácter Marcio, sólo trataba de emularse a sí mismo en el valor, aspirando a mostrarse cada día nuevo en sus proezas, a merecer premios sobre premios y ganar despojos sobre despojos: yendo a competencia en cuanto a honrarle los últimos generales con los primeros y queriendo excederlos en sus demostraciones, así es que de tantas guerras y lides como las que entonces tuvieron que sostener los Romanos, de ninguna volvió sin corona y sin premio. Para los demás era la gloria el fin de su virtud; Marcio, en cambio, aspiraba a ella para que su madre tuviera de qué regocijarse: por cuanto el que ésta oyese sus alabanzas, el que le viera volver coronado y el abrazarla cuando vertía lágrimas de gozo, le parecía que acrecentaba sus honores y su felicidad. Estos mismos sentimientos se dice por su confesión propia haber sido los de Epaminondas, que tuvo por la mayor de

sus satisfacciones el que su padre y su madre hubiesen visto en vida su generalato y su victoria en la jornada de Leuctras; sino que éste disfrutó el placer de ver a padre y madre alegrarse y congratularse juntos: pero Marcio, creyendo que debía a Volumnia una gratitud doblada, no se aquietó con regocijarla y honrarla, sino que tomó mujer enteramente a su gusto y habitó siempre, aun teniendo ya hijos, en la misma casa con la madre.

V.- Era ya grande por su virtud la fama y el poder de Marcio cuando ocurrió que el Senado, favoreciendo a los ricos, puso en estado de sedición a la plebe, que se quejaba de los muchos e insufribles agravios que los logreros le irrogaban, pues a los medianamente acomodados los despojaban de cuanto tenían, tomándoles prendas y vendiéndolas, y respecto de los enteramente pobres, se apoderaban de las personas, aprehendiendo sus cuerpos cubiertos de cicatrices de las heridas y golpes recibidos en los encuentros y batallas sostenidos por la patria. La última de éstas había sido con los Sabinos, para la cual los ricos habían ofrecido ser en adelante más moderados, y el Senado había designado al cónsul Marcio Valerio por fiador de esta promesa. Mas como después de haber peleado denodadamente en esta batalla y haber vencido a los enemigos, en nada hallasen más equitativos a los logreros, ni el Senado diera muestras de acordarse de lo que estaba convenido, sino que antes viese con indiferencia que los atropellaban y encadenaban, suscitáronse en la ciudad grandes y temibles alborotos. Venida a noticia de los enemigos esta inquietud de la plebe, no se

descuidaron en invadir a hierro y fuego la comarca; y aunque los cónsules dieron la orden de tomar las armas a todos los que se hallaban en edad designada, nadie la obedeció. Dividiéronse con esto otra vez los pareceres de los que servían las magistraturas, siendo unos de dictamen de que se condescendiera con los pobres y se relajara el excesivo rigor de las leyes, y opinando otros muy al contrario, de cuyo número era Marcio, el cual no daba por cierto gran valor a los intereses, pero clamaba por que se contuviera y apagara aquel principio y tentativa de insulto y osadía de una muchedumbre insubordinada a las leyes.

VI.- Celebráronse sobre esto frecuentes senados, y como en ellos nada se concluyese, sublevándose de repente los pobres y excitándose unos a otros, abandonaron la ciudad y se retiraron al monte que ahora se llama Sacro, fijándose junto al río Anio, sin cometer acto alguno de violencia o sedición, y gritando solamente ser antiguo en los ricos el estarlos arrojando de la ciudad, y que el aire, el agua y algunos pies de tierra en que sepultarse, que era lo único que disfrutaban con habitar en Roma, fuera del recibir heridas y la muerte peleando a favor de los ricos, lo hallarían fácilmente en cualquier parte. Llenó esta ocurrencia de recelo al Senado, que por tanto les mandó en embajada a los más moderados y populares entre los Senadores. Llevaba la voz Menenio Agripa, que a un mismo tiempo usó de ruegos con la plebe y habló francamente sobre la conducta del Senado, viniendo a concluir con una especie de fábula su exhortación v amonestamiento. Porque les refirió que en cierta oca-

sión los miembros todos del cuerpo humano se rebelaron contra el vientre, y le acusaron de que, estándose él solo ocioso y sin contribuir en nada con los demás, todos trabajaban y desempeñaban sus respectivos ministerios, precisamente por contenerle y satisfacer sus apetitos; y que el vientre se había reído de su simpleza, porque no echaban de ver que si tomaba para sí todo el alimento, era para distribuirlo después y dar nutrición a los demás. “Pues de esta misma manera, continuó, se conduce con vosotros, oh ciudadanos, el Senado: porque a vosotros refiere cuantos consejos y negocios se ofrecen y con vosotros reparte cuanto hay de útil y provechoso”.

VII.- Reconciliáronse con esto, pidiendo al Senado y concediéndoseles que se eligiesen cinco ciudadanos en defensores suyos, que son los que ahora se llaman tribunos de la plebe. Fueron nombrados los primeros los que los habían acaudillado en el levantamiento, Junio Bruto y Sicinio Beluto. Luego que la ciudad volvió a no ser más que un cuerpo, al punto acudió a las armas la muchedumbre y se presentó a los jefes muy presta y decidida a marchar a la guerra. No estaba contento Marcio con el ventajoso partido que había sacado la plebe, habiendo tenido que ceder la aristocracia, y observaba que como él sentían muchos de los patricios: excitábalos, por lo tanto, a no quedar inferiores a los plebeyos en las lides que peleaban por la patria, sino hacer ver que en la virtud, más bien que en el poder, les hacían ventaja.

VIII.- En la nación de los Volscos, que era contra la que tenían la guerra, la ciudad de Coriolos gozaba de la mayor nombradía; dirigiéndose, pues, contra ella el cónsul Cominio, se alarmaron los demás Volscos y corrieron de todos lados en su auxilio, con la mira de pelear en defensa de la ciudad y de atacar por dos partes a los enemigos. Tuvo Cominio que dividir sus fuerzas, y como marchase en persona contra los Volscos que le cargaban en campo abierto, dejando para mantener el cerco a Tito Larcio, varón muy principal entre los Romanos, tuvieron los Coriolanos en poco las fuerzas que quedaban; por lo que, haciendo una salida y trabando combate, al principio lograron ventajas y persiguieron a los Romanos hasta su campamento. Desde él acudió Marcio con bien poca gente, y arrollando a los que más se le oponían, y haciendo contenerse a los que venían en pos de ellos, llamó a grandes voces a los Romanos: porque era un soldado tal cual lo deseaba Catón, no sólo por la mano y por el golpe, sino también por el tono de la voz y la fiereza del rostro, temible en el encuentro y aterrador del enemigo. Reuniéronsele ya muchos y pusiéronse a su lado, con lo que, acobardados los enemigos, volvieron la espalda; pero él, no dándose por contento, los persiguió y atropelló, llevándolos en desorden hasta las puertas. Puesto ya allí, aunque vio a muchos de los suyos cesar en la persecución por la copia de dardos que lanzaban de las murallas, no cabiéndole a nadie en la imaginación el pensamiento de meterse envueltos con los enemigos en una ciudad llena de hombres aguerridos y que estaban sobre las armas, esto no obstante, él insistía y los alentaba, gritando que la fortuna más bien había abierto

la entrada de la ciudad a los perseguidores que a los perseguidos. Siguiéronle muy pocos, con los que se arrojó a las puertas y se metió por entre los enemigos, no habiendo por lo pronto quien osase resistirle ni sostener su ímpetu. Cuando luego echó, dentro, de ver cuán en corto número eran los que habían de auxiliarle y combatir a su lado, y mezclados confusamente amigos y enemigos, dícese que sostuvo, de acuchillar y herir, de acudir prestamente a todas partes y de mostrar el ánimo más arrojado, una increíble pelea en la ciudad, y que venciendo a cuantos acometía, ahuyentando a unos a los últimos extremos, y obligando a otros a arrojar lar armas, dio oportunidad a Larcio para venir con los Romanos que habían quedado a la parte de afuera.

IX.- Tomada de esta manera la ciudad, los más se entregaron a la rapiña y al saqueo de las casas: indignóse Marcio y los reprendía, pareciéndole cosa intolerable que mientras el cónsul y los ciudadanos que con él se hallaban, quizá venían a las manos y combatían con los enemigos. ellos por codicia los abandonasen, o bajo la especie de enriquecerse se sustrajesen al peligro. Fueron en corto número los que le dieron oídos, y él, tomando consigo a los que quisieron seguirle, marchó por el camino que entendió había llevado el ejército, inflamando unas veces a sus soldados y exhortándolos a no abatirse, y haciendo otras veces plegarias a los Dioses para que no le privasen de la gloria de hallarse en la batalla, y antes le concediesen llegar en la oportunidad de, combatir y partir los riesgos con sus conciudadanos. Tenían entonces la costumbre los Romanos, al formarse para entrar

en acción, de embrazar los escudos, ceñirse la toga y hacer testamentos no escritos, nombrando ante tres o cuatro camaradas su heredero. Cuando en esta disposición se hallaban los soldados, teniendo ya a la vista los enemigos. sobrevino Marcio. Y lo que es al principio dio que temer a algunos, presentándose con unos pocos cubiertos de sangre y de sudor; pero después que prestamente y con semblante alegre se fue hacia el cónsul alargándole la diestra y le dio cuenta de cómo había tomado la ciudad, Cominio le echó los brazos y le saludó con ósculo; y de los demás, a los que se enteraron del suceso les inspiró confianza, y aliento a los que sólo lo conjeturaron; por lo que gritaron todos que se les llevara a los enemigos y se trabara batalla. Preguntó entonces Marcio a Cominio con qué orden estaban dispuestas las diferentes armas de los enemigos y dónde habían colocado las tropas escogidas. Díjole éste que en su entender ocupaban el centro los tercios de los de Ancio, gente muy aguerrida y que a nadie cedía en valor. "Ruégote, pues, le contesto Marcio, y encarecidamente te suplico, que nos coloques frente a ellos"; y el cónsul se lo concedió, admirado de semejante decisión. Apenas comenzaron a herirse con las lanzas, se adelantó contra los enemigos Marcio, y los Volscos que estaban a su frente no pudieron resistirle, sino que la falange, por la parte por donde él acometió, fue al punto rota. Mas como entonces los de uno y otro costado hiciesen una conversión y dejasen a Marcio cerrado entre sus armas, lleno de cuidado el cónsul mandó a los más esforzados en su auxilio, y trabada en rededor de Marcio una recia pelea, en la que en breve fueron muchos los muertos, cargando aquellos con ímpetu y

fuerza rechazaron a los enemigos, en cuya persecución se pusieron luego, rodeando a Marcio, al que veían rendido de cansancio y de heridas, que se retirase al campamento; pero respondiéndoles que nunca se cansa el que vence, cargó también sobre los fugitivos. Todo lo restante del ejército fue igualmente deshecho, siendo grande así el número de muertos como el de prisioneros.

X.- Al día siguiente, habiéndose presentado Marcio y concurrido gran muchedumbre ante el cónsul, subió éste a la tribuna, y hecha de los Dioses la debida conmemoración por tamañas prosperidades, volvió ya a Marcio su discurso. Hizo de él en primer lugar un magnífico elogio, habiendo sido espectador de muchas de sus acciones en la batalla, y habiéndole informado Marcio de las demás; y luego, habiendo sido muy grande la presa en riquezas, en caballos y en hombres, le dio orden de que tomase de cada especie de cosas diez. antes de hacerse la distribución a los demás, y separadamente por prez del valor le regaló un caballo enjaezado. Aprobáronlo los Romanos; pero Marcio, adelantándose, respondió que el caballo lo recibía, y le eran muy gratos los elogios del general: pero en cuanto a las demás cosas, mirándolas más bien como salario que corno honor, las renunciaba, contento con entrar como uno de tantos al reparto: con todo, que una sola gracia especial pedía y les rogaba se la otorgasen. "Tenía, dijo, entre los Volscos un huésped y amigo, hombre de probidad y moderación: éste ha sido ahora hecho prisionero, y de rico y feliz que antes era, ha venido a ser esclavo; mas entre tantos males como le

agobian, de uno sólo es menester aliviarle, que es de ser vendido en la almoneda”. Al oír tal propuesta todavía fue mayor la gritería de todos en loor de Marcio, y muchos los que admiraron más su desprendimiento en punto a intereses, que su ardimiento en los combates: de manera que aun a aquellos en quienes había algo de emulación y envidia por los distinguidos honores que se le tributaban les pareció digno de los mayores premios, por el mismo hecho de rehusarlos; y en más tenían la virtud con que los despreciaba, que no aquella con que los había ganado; porque es más laudable saber usar bien de las riquezas que de las armas, y más glorioso que el usar bien de aquellas el no desearlas ni haberlas menester.

XI.- Luego que entró la muchedumbre cesó el alboroto y la gritería, volvió a tomar la palabra Cominio, y dijo: “En cuanto a esos otros dones, oh camaradas, no hay como precisar a Marcio, si no los admite o rehusa recibirlos: obsequiémosle, pues, con aquel que concedido no pueda desecharle, y resolvamos que tome el nombre de Coriolano, si es que ya su misma hazaña no se le dio”. Y desde entonces tuvo el de Coriolano por el tercero de sus nombres: con lo que se pone más de manifiesto que entre éstos Gayo era el nombre propio, y que el segundo era el de la casa y familia, esto es, el de Marcio. El que usó ya en adelante fue el tercero, que se añadía por una acción, por un acaso, por la figura, o por alguna virtud, al modo que los Griegos por una hazaña imponían el sobrenombre de Sóter y de Calinico; por la figura el de Fiscón y Gripo; por la virtud el de Evérgetes y

Filladelfo, y por la dicha el de Eudemón al segundo de los Batos. En algunos de los reyes los motes mismos pasaron a ser nombres, por los que fuesen conocidos, como en Antígono el de Dosón, y en Tolomeo el de Látiro. Todavía fue más común a los Romanos usar de este género de sobrenombres, llamando Diademado a uno de los Metelos, porque, habiendo tenido por largo tiempo una llaga, salía a la calle con una venda en la frente; y a otro Céler o Pronto, porque dispuso en muy pocos días el dar solemnes juegos en el funeral de su difunto padre, manifestando así la admiración que les causó la prontitud y ligereza de aquellos preparativos. A algunos, por el caso ocurrido en su nacimiento, los llaman aun hoy Próculo al que nace estando su padre ausente; Póstumo cuando el padre ha muerto; y al que habiendo nacido mellizo se le muere el hermano, Vopisco. Por los motes y apodos no sólo dan los sobrenombres de Silas, Nigros, Rufos, sino también los de Cecos y Claudios: acostumbrando muy juiciosamente a no tener por tacha o afrenta la ceguera o alguna otra desgracia y falta corporal, sino a ponerlas por nombre propio del que las sufre. Mas esto pertenece a tratado diferente.

XII.- Terminada la guerra, volvieron los tribunos a suscitar otra vez la sedición, no porque tuviesen nueva causa o motivo justo de queja, sino haciendo que les sirvieran de pretexto contra los patricios los males que necesariamente debieron seguirse a sus primeras inquietudes y disensiones. La mayor parte del terreno se quedó, en efecto, por sembrar e inculto, y no hubo oportunidad con motivo de la guerra

para hacer prevención de trigo forastero. Sobrevino, por tanto, una suma carestía, y viendo los tribunos que la plebe estaba absolutamente falta de abastos, y que aun cuando los hubiese de venta no tenían con qué comprarlos, echaron la calumniosa voz contra los ricos de que por pura malignidad les habían atraído aquella hambre. Entre tanto, vino embajada delos de Veletri, ofreciendo entregar la ciudad y pidiendo se enviasen allá colonos, porque una enfermedad pestilente que los había afligido había hecho tal ruina y destrozo de hombres, que apenas le habría quedado la décima parte de su población. Pareciólesa los hombres de juicio que había venido muy oportuna y sazonadamente esta demanda de los Velitranos en ocasión en que, necesitando de algún alivio a causa de la escasez, concebían la esperanza de calmar la sedición con limpiar la ciudad delo más revuelto y más acalorado de los tribunos, como de una superfluidad nociva e incómoda. Escogiendo, pues, a éstos los cónsules, formaron con ellos la colonia y la enviaron, y a los demás les intimaron la necesidad de militar contra los Volscos; preparando así una distracción de las turbaciones civiles, y pensando que, reunidos con las armas en el campamento y en los comunes combates, los ricos, juntamente con los pobres, y los plebeyos con los patricios, se mirarían recíprocamente entre sí con mayor mansedumbre y dulzura.

XIII.- Oponíanse principalmente los tribunos Sicinio y Bruto, diciendo a gritos que se quería disfrazar la cosa más inhumana con uno de los nombres más benignos, pues era como echar al Tártaro a los pobres, hacerles marchar a una

ciudad llena de un aire enfermizo y de cadáveres insepultos y enviarlos a la mansión de un Genio extranjero y maléfico, y como si esto no fuera bastante, que a unos ciudadanos querían los acabase el hambre, a otros los abandonaban a la peste, y además les suscitaban una guerra del todo voluntaria para que no hubiera calamidad que a la ciudad no alcanzase, porque no se prestaba a vivir en la esclavitud de los ricos. No circulando. pues, entre la plebe otros discursos que éstos, no se presentaba a la revista de los cónsules, y desacreditaba la resolución de enviar la colonia. Veíase en perplejidad el Senado; pero Marcio, que ya estaba lleno de orgullo y tenía la reputación de altivo, haciéndose admirar por esta cualidad, era entre los poderosos el que más abiertamente hacía frente a los tribunos. Enviaron, pues, la colonia, precisando a salir con graves penas a los sorteados, y por lo que hace a la milicia, como enteramente se negasen a ella, Marcio juntó sus clientes y otros a quienes pudo persuadir, recorrió todo el país de los de Ancio, y habiendo encontrado mucho grano, y hecho gran botín de ganados y esclavos, nada tomó para sí, y volvió a Roma con sus soldados, que traían y conducían mucha hacienda: de manera que los demás, pesarosos ya y envidiosos de los que se habían enriquecido, se irritaban con Marcio y miraban con malos ojos su gloria y su poder, como que crecían en daño de la plebe.

XIV.- Presentóse de allí a poco tiempo Marcio pidiendo el consulado, y la mayor parte condescendía, ocupando a la plebe cierta vergüenza para no desairar ni repeler a un varón que, sobresaliendo a todo en linaje y en valor, había alcanza-

do tantos y tan señalados triunfos; porque era costumbre que los que pedían el consulado hablaran y alanzaran la diestra a los ciudadanos, presentádose con sola la toga y sin túnica en la plaza, bien fuera para mostrar mayor sumisión en sus ruegos, o bien para poner de manifiesto los que tenían cicatrices aquellos honrosos testimonios de su valor y fortaleza, pues no era por sospecha de distribución de dinero o de presentes el obligar a que el peticionario se presentara a sus conciudadanos desceñido y sin túnica, porque tarde y muy largo tiempo después fue cuando se introdujo la corrupción y la venta, y cuando el dinero se mezcló en las votaciones de los comicios; y ya desde entonces el soborno, habiendo contaminado los tribunales y los ejércitos, impelió la ciudad hacia el despotismo, cautivando las armas al dinero, pudiéndose asegurar que tuvo mucha razón el que dijo que el primero que disolvió la república fue el que dio banquetes e hizo distribución de dinero al pueblo. Mas este daño parece que se fue deslizando a escondidas y poco a poco, y que no se manifestó de pronto en Roma, puesto que no sabemos quién fue el que primero hizo en aquella ciudad donativos a los tribunales o al pueblo; cuando en Atenas se dice haber sido el primero que dio dinero a los jueces Ánito, el hijo de Antemión, acusado de traición acerca de Pilo, ya hacia el fin de la guerra del Peloponeso, tiempo en que todavía en Roma dominaba en la plaza pública un linaje verdaderamente áureo e incorrupto.

XV.- Mostraba Marcio muchas cicatrices de gran número de combates en que había sido herido en los diez y

siete años seguidos que había militado, lo que hacía mirar con respeto su valor, y unos a otros se habían dado palabra de designarle. Mas venido el día en que había de hacerse la votación, como Marcio se hubiese presentado en la plaza pública acompañándole pomposamente el Senado y pugnando todos los patricios por ponérsele alrededor, demostración que jamás habían hecho con nadie, al punto la muchedumbre depuso la inclinación que le tenía, pasando a mirarle con encono y ojeriza, a los cuales afectos se juntaba, además, el temor de que un hombre tan aristocrático, hecho dueño del mando y teniendo tanto ascendiente con los patricios, pudiera privar enteramente al pueblo de su libertad. Con estas ideas desairaron en la votación a Marcio. Luego que se vio ser otros los cónsules que se publicaron, el Senado lo sintió profundamente, creyendo que el insulto, más que contra Marcio, era contra él mismo; pero aquel no llevó con moderación ni con sosiego lo sucedido, estando por lo común acostumbrado a usar de aquella parte de su carácter que era iracunda y rencillosa, sin que lo dócil y suave que principalmente debe sobresalir en las virtudes políticas se le hubiese en ningún modo inspirado por el discurso y la educación. y sin que supiese que, como dice Platón, al que ha de tomar parte en los negocios públicos y conversar sobre ellos con otros hombres, le conviene ante todo huir la arrogancia, compañera inseparable del aislamiento, y abrazar la paciencia, que suele de algunos ser escarnecida. Así es que, siendo hombre sencillo e inflexible, creído de que el vencer y salirse con todo era obrar con fortaleza, mas no de que el entregarse a la cólera proviene de debilidad y flaqueza, por lo que

sufre y padece el espíritu, del que viene a ser como un tumor la ira, se retiró de la plaza lleno de incomodidad y despecho contra el pueblo. Los jóvenes patricios, que eran en la ciudad, por lo distinguido de su origen, lo más ufano y floreciente, siempre se le habían mostrado sumamente afectos. En esta ocasión, se pusieron de su parte decididamente, e irritados y dolidos como él, exasperaron todavía más su cólera e indignación, porque era, cuando estaban de facción, su guía y su maestro en las cosas de la guerra, y en el hacer que los que se gloriaban de hazañas ilustres excitaran en los demás, no envidia, sino una honrosa emulación.

XVI.- Vino en esta sazón trigo a Roma, en gran parte comprado en Italia y en no pequeña regalado por los Siracusanos, enviándolo al tirano Gelón, con el que muchísimos concibieron lisonjeras esperanzas de que a un mismo tiempo iba la ciudad a verse libre de escasez y de disensiones. Reunido, pues, el Senado, se derramó incontinente por las inmediaciones el pueblo, cercando por la parte de afuera la Curia, en la esperanza de que tendría grano en mucha conveniencia, y que lo regalado se distribuiría de balde; y aun adentro había quien a esto mismo excitase al Senado. Mas levantóse en este punto Marcio y contradijo acaloradamente a los que pensaban en haberse benignamente con la muchedumbre, tratándolos de populares y de traidores de la nobleza, que fomentaban contra sí mismos las semillas, ya prendidas, de osadía e insolencia, que hubiera sido bueno no haber despreciado cuando se esparcían al principio, y no haber dejado a la plebe hacerse poderosa con tan excesiva

potestad: que ya hasta temible se les hacía con querer que en todo se cediera a su voluntad y a nada pudiera precisárseles contra ella, no guardando obediencia a los cónsules, y viviendo en anarquía con tener por caudillos a los que se denominaban magistrados suyos: que con el presente y distribución del grano, que al modo de los Griegos de mejor ordenadas repúblicas decretaban algunos, no se haría otra cosa que dar aire a su desobediencia en ruina del Estado; "pues no pueden reconocer que sea una recompensa por la milicia, de que desertaron, por las escisiones con que abandonaron la patria, o por las calumnias que abrigan contra el Senado, sino que en la inteligencia de que cediendo y lisonjeándolos de miedo les hacemos semejante distribución, y, con la esperanza de salirse con todo, no pondrán a su desobediencia término alguno, ni habrá cómo contenerlos de que armen disensiones y alborotos: así que esto- decía- me parece una locura. Por tanto, si hemos de obrar con prudencia, arranquémosles el tribunado, que es un jirón de la autoridad consular y un rasgón de la república, no una ya como antes, sino de tal manera partida en trozos, que ya no ha de poder en adelante unirse, ni tener concordia, ni dejar nosotros de estar agitados y en continuos alborotos unos con otros".

XVII.- Diciendo Marcio muchas cosas por este término, entusiasmó extraordinariamente a todos los jóvenes y puso de su parte a casi todos los ricos, que decían a gritos no tenía la ciudad otro hombre invencible e incapaz de condescendencias, sino a él sólo. Hacíanles, con todo, oposición algunos de los ancianos, previendo lo que iba a suceder; pe-

ro nada de provecho adelantaron, pues los tribunos que se hallaban presentes, luego que vieron que prevalecía el dictamen de Marcio, corrieron con gritería hacia la muchedumbre, exhortándola a que se les uniese y les diese auxilio. Reunido tumultuariamente el pueblo en junta, y referidas las expresiones en que había prorrumpido Marcio, estuvo muy poco en que, llevada la plebe de la ira, no se arrojase sobre el Senado; pero los tribunos, atribuyéndolo todo a Marcio, lo enviaron a llamar para que se defendiese. Mas como con desprecio hubiese desechado a los lictores que se le enviaron, los mismos tribunos se presentaron trayendo con los prefectos a Marcio por fuerza, habiéndole echado mano, Concurrieron entonces los patricios, e hicieron retirar a los tribunos, y a los prefectos aun les dieron algunos golpes; pero sobrevino la tarde y disolvió aquel alboroto. A la mañana temprano, viendo los cónsules al pueblo sumamente inquieto, que por todas partes corría hacia la plaza pública, temieron por la ciudad, y congregando el Senado exhortaban a que mirase cómo con palabras suaves y con proposiciones ventajosas se podría apaciguar y sosegar a la muchedumbre, pues no eran momentos aquellos de pretensiones ni de contender por la autoridad, si tenían algo de juicio, sino más bien tiempo delicado y de urgencia que exigía un manejo de mucha mansedumbre y mucha humanidad. Convinieron los más, y dirigiéndose los cónsules a la muchedumbre, le hablaron con mucha blandura y procuraron templarla, disipando con agrado las calumnias y absteniéndose lo posible de quejas y reconvenciones, y en cuanto al

precio del grano comprado, dijeron que fácilmente se entenderían entre sí.

XVIII.- Cuando la mayor parte de la plebe se hubo calmado, y se echó de ver en el escuchar con orden y sosiego que se había dejado convencer y ablandar, tomando la palabra los tribunos, ofrecieron que la plebe competiría en moderación y prudencia con el Senado mientras así se la tratase; mas al mismo tiempo ordenaron que Marcio se justificase de haber tratado de inflamar al Senado para trastornar el gobierno y disolver la república, de haber sido rebelde a la citación de ellos mismos y, finalmente, de haber dado golpes e insultado en la plaza pública a los prefectos, promoviendo en cuanto estuvo de su parte la guerra civil y armando a los ciudadanos unos contra otros. Hacían esta propuesta con la intención, o de humillar a Marcio si contra su carácter deponía la altivez, o de encender más la ira contra él si usaba de su genio, que era lo que más esperaban y en lo que ciertamente no se engañaron: porque se presentó como para defenderse, y la plebe le prestó una reposaba atención; mas luego que ante unos hombres que aguardaban un lenguaje sumiso empezó, no sólo a usar de un desenfado chocante y de una acusación más chocante todavía que el desenfado, sino que aun en el tono de voz y en todo su continente dio muestras de un desahogo que no distaba mucho del desdén y del desprecio, la plebe se incomodó y se le veía que le era muy molesto aquel discurso; y de los tribunos, Sicinio, que era el más pronto y arrebatado, habiendo conferenciado brevemente con sus colegas y publicando que Marcio era

condenado a muerte por los tribunos, ordenó a los prefectos que, llevándole a la roca Tarpeya, le arrojasen inmediatamente al barranco que está al pie de ella. Al ir los prefectos a echarle mano, aun a los más de los plebeyos les pareció aquello sumamente duro y mal meditado; y los patricios, levantándose y acudiendo de todas partes, pugnaban con gritería por darle socorro, y unos apartaban a empellones a los que le asían, cogiendo a Marcio en medio de ellos, y otros, levantando las manos, hacían plegarias a la muchedumbre. De nada servían los discursos ni las voces en semejante tumulto y confusión; conferenciando, por tanto, entre sí los amigos y familiares de los tribunos sobre que sería imposible, sin gran mortandad de los patricios, sacar de allí y castigar a Marcio, lograron persuadir a aquellos que desistieran de lo extraño y repugnante de aquel modo de castigo, quitándole la vida por violencia, sin ser juzgado, y antes permitieran al pueblo dar su voto. De sus resultas preguntó Sicinio a los patricios qué era lo que intentaban con sustraer a Marcio de manos de la plebe que quería castigarle. Y como aquellos le preguntasen a su vez: “¿Y qué resolución y presunción es la vuestra de conducir así a uno de los primeros ciudadanos Romanos a un castigo tan feroz e ilegal?”, “No hagáis, pues, contestó Sicinio, que esto sirva de pretexto para una disensión y sublevación contra la plebe, ya que se os concede lo que apetecéis, que es que sea juzgado: y a ti, oh Marcio, continuó, te asignamos el plazo de tres ferias para que comparezcas, y si es que no has delinquido, lo hagas manifiesto a sus conciudadanos, que con sus votos han de juzgarte.”

XIX.- Por entonces contentó mucho a los patricios este desenlace, y se retiraron con Marcio sumamente gozosos. En el plazo de las tres ferias, porque hacen los Romanos sus ferias de nueve en nueve días, dándoles el nombre de *núndinas*, les dio esperanza de buen éxito el tener que levantar ejército contra los de Ancio, pensando que iría largo y ocuparía tiempo, con el que la plebe se haría más dócil, debilitándose el enojo concebido o borrándose del todo con la vuelta, eran frecuentes las juntas de los patricios, temerosos y solícitos por no abandonar a Marcio, ni dar otra vez a los tribunos motivo para conmover la plebe. Tenía opinión Apio Claudio de ser uno de los más opuestos a ésta, y no la desmintió en esta ocasión, diciendo que el Senado sería quien acabase con los patricios y quien disolviese la república, si daba lugar a que la plebe tuviera voto contra los patricios; pero, por el contrario, los más ancianos y más populares eran de dictamen de que la misma autoridad, en vez de más áspera y más insolente, haría a la plebe más dulce y más humana; porque para aquella, que más bien que despreciar al Senado estaba en inteligencia de ser de él tenida en poco, sería de gran honor y consuelo esta facultad de juzgar; de manera que en el acto mismo de tomar las tablas ya habrían depuesto la ira.

XX.- Echando de ver Marcio que el Senado, por amor a él y por miedo a la plebe, estaba en la mayor duda y perplejidad, preguntó a los tribunos qué era de lo que le acusaban y sobre qué crimen le llevaban a ser juzgado por el pueblo. Respondiéndole éstos que la acusación era de tiranía y le

probarían que tiranizar había sido su intento, se levantó prontamente, y de ese modo dijo: "Ahora mismo voy ante el pueblo a defenderme, y no rehuso ningún modo de juicio, ni, si soy vencido, ningún género de pena, con tal que sobre esto sólo sea mi acusación y no engañéis al Senado". Y convenidos en ello, según lo tratado, se entabló el juicio. Congregado el pueblo, ya desde luego hubo la novedad de que se obtuvo a la fuerza por los tribunos que la votación se hiciese, no por curias, sino por tribus, consiguiendo con esto que sobre los hombres acomodados, conocidos y compañeros de Marcio en el ejército, prevaleciera en sufragios una muchedumbre pobre, jornalera y poco cuidadosa del decoro. Después de esto, abandonando el juicio de tiranía, para el que no tenían pruebas, trajeron a discusión el discurso de Marcio en el Senado, cuando se opuso a la disminución del precio del trigo y se empeñó en que se quitara a la plebe el tribunado. Acusáronle también de otro nuevo crimen, que fue la distribución del botín que hizo en la comarca de Ancio, no habiéndolo aportado al erario público, sino repartido a los que militaron con él; que se dice haber producido en Marcio grande trastorno, porque de ningún modo lo esperaba; así cogido de repente, no le ocurrieron razones bastante persuasivas para hablar a la muchedumbre, y antes con hacer el elogio de los que fueron de la expedición indispuso contra sí a los que no se hallaron en ella, que eran en mucho mayor número. Finalmente, dadas las tablas a las tribus, excedieron de tres las que le condenaban, siendo la pena destierro perpetuo. Luego que esto se anunció al pueblo, salió de la plaza con un gozo y una satisfacción cual no había ma-

nifestado nunca después de haber vencido a sus enemigos. Por el contrario, del Senado se apoderó una gran pesadumbre y abatimiento, arrepintiéndose y llevando muy a mal el no haberse expuesto a todo antes que consentir que la plebe los maltratase, autorizada con tan exorbitante facultad: de manera que para distinguirlos no había entonces necesidad de atender al vestido u otras insignias, sino que al instante se echaba de ver que el que estaba contento era plebeyo, y patricio el que se mostraba incomodado.

XXI.- Sólo el mismo Marcio se mostraba sereno e imperturbable en su continente, en sus pasos y en su semblante; y mientras los demás sufrían, él sólo se ostentaba impasible; no por reflexión o apacibilidad, ni porque estuviese resignado a lo que le sucedía, sino más bien agitado de ira y de impaciencia, lo cual engaña a muchos que no comprenden que aquello es otra forma de pesar. Porque cuando éste se convierte en saña, como si diera calentura, entonces se pierde el abatimiento y la inmovilidad, y el iracundo aparece esforzado, al modo que fogoso el calenturiento, como si el alma estuviese alterada, tirante y conmovida. Así es que muy luego dio muestras Marcio de esta disposición; porque entrando en su casa se despidió de su madre y su mujer, a las que encontré muy afligidas y llorosas; y exhortándolas a llevar con valor aquel trabajo, marchó sin detenerse, y se encaminó a las puertas de la ciudad. De allí, adonde le habían acompañado todos los patricios, sin tomar nada ni hacer algún encargo, se puso en camino, no llevando consigo sino tres o, cuatro de sus clientes. Por unos cuantos días estuvo en una de sus posesiones, revolviendo en su ánimo diferen-

tes ideas, cuales el enojo se las sugería, y no pensando nunca cosa buena o conveniente, sino cómo haría a los Romanos arrepentirse, resolvió, por fin, ver el modo de suscitarles una guerra peligrosa y cercana. Encaminóse, pues, antes que a otra parte a tentar a los Volscos, sabedor de que estaban florecientes en gente y en dinero, y teniendo por cierto que con las derrotas poco antes sufridas no se había disminuido tanto su poder, como se habían aumentado su emulación y su encono.

XXII.- Había en Ancio un ciudadano que, por su riqueza, por su valor y por lo ilustre de su linaje, tenía una especie de autoridad regia entre todos los Volscos, y era su nombre Tulo Aufidio. Sabía Marcio que éste le aborrecía más que a ninguno otro de los Romanos, porque muchas veces en los combates se habían hecho amenazas y provocaciones, usando de jactancias en los encuentros, como es propio de la vanagloria y la emulación entre enemigos jóvenes; y así, a la enemistad común habían añadido el odio particular del uno al otro. Mas con todo, conociendo también en Tulo cierta grandeza de ánimo, y que más que ninguno entre los Volscos deseaba hacer daño por su parte a los Romanos si daban ocasión a ello, confirmó la sentencia del que dijo:

Repugnar a la ira es arduo empeño:
cómprase con la vida lo que anhela.

Y así, tomando un vestido y traje en el que, aunque lo vieran, no pudiera ser conocido, a la manera de Odiseo,

En la ciudad se entró de hombres contrarios.

XXIII.- Era la hora de anochecer, y aunque tropezó con muchos, no fue conocido de nadie. Dirigióse, pues, a la casa de Tulo, y entrándose repentinamente al hogar, se sentó sin hablar palabra, y cubriéndose la cabeza, se estuvo quedo. Admiráronse los que allí se hallaban; pero ninguno se atrevió a oponérsele, porque había cierta dignidad en su continente y en su silencio; lo que sí hicieron fue referir a Tulo, que estaba cenando, lo extraorDinario de aquel paso; y éste, levantándose de la mesa, se vino para él y le preguntó quién era, y cuál el objeto de su venida. Entonces Marcio, descubriéndose y parándose un poco, "si aún no me conoces, oh Tulo- dijo-, sino que con estar viéndome todavía dudas, será preciso que yo me haga acusador de mí mismo. Soy Gayo Marcio, que he causado a los Volscos muchos daños, y llevo un nombre que no me permitiría negarlo, llamándome Coriolano, pues de todos mis trabajos y peligros no poseo otro premio que este ilustre nombre, distintivo de mi enemistad contra vosotros; esto es lo único que no se me ha quitado: de todos los demás bienes, por envidia e insolencia de la plebe, y por flojedad y abandono de los que están en los altos puestos, que son mis iguales, de una vez me he visto despojado. Me han echado a un destierro, y me he acogido a tu hogar como suplicante, no de mi inmunidad y seguridad, porque a qué había de venir aquí si temiera morir, sino en solicitud de tomar venganza, la que ya tomo en alguna manera de los que me han desechado, haciéndote dueño de mí.

Por tanto, si anhelas dominar a tus enemigos, aprovéchate, oh hombre generoso, y saca partido de mis desgracias, haciendo que se convierta en dicha vuestra el infortunio de un hombre que tanto mejor peleará en vuestra defensa que contra vosotros, cuanto hacen mejor la guerra los que conocen las cosas de los enemigos que los que las ignoran. Mas si has desistido de aquel intento, ni yo quiero vivir, ni a ti te estaría bien el salvar a un hombre que te es de antiguo contrario y enemigo, y ahora inútil y de ningún provecho". Al oír esto Tulo recibió grandísimo contento, y alargando la diestra, "levántate- le dijo-, oh Marcio, y confía: porque nos traes un gran bien entregándote a ti mismo; y espera todavía mayores cosas de los Volscos". Dio entonces un banquete a Marcio con gran regocijo, y en los días siguientes estuvieron confiriendo juntos entre sí sobre la guerra.

XXIV.- En Roma la ojeriza de los patricios contra la plebe, acrecentada con la condenación de Marcio, causó grande alteración; además, los agoreros, los sacerdotes y los particulares referían muchos prodigios que debían inspirar cuidado. Cuéntase uno de ellos en esta forma: había un Tito Latino, hombre poco conocido, no de la clase jornalera, sino medianamente acomodado, libre de toda superstición y más todavía de ostentación y jactancia. Éste, pues, tuvo un sueño, en el que se le apareció Júpiter y le mandó dijese al Senado que había sido danzante poco diestro y poco agradable el que había prevenido para que fuese delante de su procesión. Cuando tuvo este ensueño, dijo que a la primera vez no hizo caso, y que cuando segunda y tercera lo despre-

ció también, le vino la nueva de la muerte de un hijo muy apreciable, y de repente se le baldó el cuerpo sin poderse valer de él: de todo lo que, habiéndose hecho llevar en hombros, dio cuenta al Senado; y según dicen, no bien lo hubo ejecutado, cuando sintió fortalecido su cuerpo y se retiró andando por su pie. Quedáronse los senadores atónitos e hicieron grandes pesquisas sobre este suceso, que resultó haber pasado así: un amo entregó en manos de los otros a uno de sus esclavos con orden de que lo llevaran por la plaza dándole azotes y después le quitaran la vida. En pos de ellos, cuando así lo cumplían y hostigaban al esclavo, que con el dolor daba mil vueltas y hacía muchos movimientos y contorsiones poco graciosas, acertó por casualidad a ir la rogativa de Júpiter, a cuya vista muchos de los que allí se hallaron sintieron incomodidad, viendo un espectáculo tan triste y aquellas odiosas contorsiones; mas ninguno se interpuso, y sólo se contentaron con decir denuestos e imprecaciones contra el que tan ásperamente castigaba. Trataban entonces a los esclavos con mucha equidad, por trabajar a su lado, y porque viviendo juntos usaban con ellos de gran dulzura y familiaridad: así el mayor castigo de un esclavo descuidado era hacerle que, tomando el palo del carro en que se sostiene el timón, saliese así por la vecindad; porque el que sufría, y era visto de los conocidos y vecinos, quedaba para siempre desacreditado; y a este tal le decían por apodo *Furcifer,* porque llamaban horquilla los Romanos a lo que los Griegos apoyo o sostén.

XXV.- Luego que Latino les refirió esa visión, dudando quién podría ser el poco diestro y poco grato danzante que había precedido a la rogativa de Júpiter, hicieron algunos memoria, por la extrañeza del castigo, de aquel esclavo que azotado había sido conducido por la plaza y después se le había dado muerte. En consecuencia, por dictamen uniforme de los sacerdotes, el señor del esclavo fue castigado, y de nuevo se hicieron en honor del dios la rogativa y los ruegos. En otras muchas cosas se echa de ver que Numa fue un excelente ordenador de las cosas sagradas; pero sobresale principalmente lo que estableció para hacer religiosos a los Romanos; en efecto, cuando los magistrados y sacerdotes se ocupan en las cosas divinas, precede un heraldo, que exclama en alta voz: *hoc age*, expresión que significa "haz esto", prescribiendo a los sacerdotes que presten atención y no interpongan ninguna otra obra o especie de ocupación, como dando a entender que las más de las cosas humanas se hacen por una cierta necesidad, sin intención del que las hace. Por lo que toca a los sacrificios, las procesiones y los espectáculos, suelen los Romanos repetirlos, no sólo por una causa tamaña, sino por otras más pequeñas; pues con que flaquease uno de los caballos que arrastraban las llamadas tensas, o con que un auriga tomase las riendas con la mano izquierda, decretaban que de nuevo se hiciese la rogativa, y aun en tiempos posteriores se hizo hasta treinta veces el mismo sacrificio, porque siempre pareció que había habido alguna falta o se había atravesado algún estorbo; ¡tal era en estas cosas divinas la piedad de los Romanos!

XXVI.- Marcio y Tulo, entre tanto, trataban en Ancio reservadamente con los de mayor poder, y los exhortaban a promover la guerra, mientras los Romanos estaban en disensiones unos con otros; y cuando trabajaban en persuadirlos, porque les oponían la tregua y armisticio de dos años convenido entre los dos pueblos, los Romanos mismos le dieron ocasión y pretexto con haber hecho publicar por pregón, a causa de cierta sospecha, o más bien calumnia, que los Volscos que asistiesen a los espectáculos y juegos debieran salir de la ciudad antes de ponerse el sol. Hay quien diga que esto se hizo por amaño y dolo de Marcio, que envió a Roma quien falsamente acusase a los Volscos de tener meditado sorprender a los Romanos en sus espectáculos e incendiar la ciudad; ello es que aquel pregón a todos los enemistó más y más con los Romanos. Acalorábalos además Tulo, e instigábalos de continuo, hasta que logró persuadirles que enviasen a Roma a intimar la restitución de las tierras y las ciudades que en la guerra se habían tomado a los Volscos. Mas los Romanos, oída la embajada, se llenaron de indignación y dieron por respuesta que los Volscos serían los primeros a tomar las armas, pero los Romanos serían los últimos en deponerlas. Con esto, congregando Tulo al pueblo en junta general, luego que hubieron decretado la guerra, les aconsejó que se llamase a Marcio, no conservando memoria alguna de los males antiguos, sino teniendo por cierto que de auxiliarles haría más bien que mal les había hecho siendo enemigo.

XXVII.- Presentóse al llamamiento Marcio, y habiendo hablado a la muchedumbre, como no menos que por las armas se hubiese mostrado por su elocuencia hombre denodado y guerrero, y aun extraordinario en sus pensamientos y su osadía, se le confirió juntamente con Tulo el absoluto mando para aquella guerra. Mas temeroso de que el tiempo que los Volscos habían de gastar en sus preparativos, que podía ser largo, le arrebatase la oportunidad de obrar, encargó a los principales ciudadanos y a los magistrados que activasen y pusiesen en orden todas las cosas, y él persuadiendo a los más decididos a que voluntariamente les siguiesen sin alistamiento, invadió repentinamente el país de los Romanos, cuando menos lo esperaban. Así es que recogió tan inmenso botín, que los Volscos tuvieron para retener, para llevar y para consumir en el ejército, hasta cansarse. Era con todo la menor mira de aquella expedición el procurarse provisiones y el talar y devastar la comarca; el objeto principal era acrecentar la discordia entre los patricios y la plebe, para lo que, arrasando y destruyendo todo lo demás, en los campos de los patricios no permitió que se hiciera el más leve daño, ni que nadie tomara de ellos cosa alguna. Con efecto, por esta causa fue mayor la disensión y contienda entre ellos, acusando a la plebe los patricios de haber desterrado injustamente a un varón de tan grande importancia y culpando a éstos la plebe de haber llamado por encono a Marcio; a lo que añadía que después le dejarían a ella la guerra, quedándose tranquilos espectadores, por cuanto tenían a la parte de afuera por guarda de su hacienda y de sus bienes a la misma guerra. Hecho esto, con lo que Marcio inspiró a

los Volscos mucho aliento y confianza, se retiró con la mayor seguridad.

XXVIII.- Cuando estuvieron ya reunidas todas las fuerzas de los Volscos, como se hallase ser muchas, determinaron dejar una parte en las ciudades para su guarnición y con la otra marchar contra los Romanos; y en esta ocasión Marcio dio a escoger a Tulo entre los dos mandos. Pero Tulo contestó que conocía bien que Marcio no le cedía en valor, y que en fortuna le había visto ser muy favorecido en todos los hechos de armas; así, que tuviera el mando de las que habían de salir a campaña, quedándose él mismo a defender las ciudades y a facilitar a los del ejército cuanto fuera menester. Cobrando con esto Marcio nuevo ánimo, volvió en primer lugar contra la ciudad de Circeyos, colonia que era de los Romanos; mas como ésta se le entregase espontáneamente, ningún daño le hizo. Desde ella pasó a talar el país de los Latinos, esperando con esto que los Romanos vendrían a empeñar acción en defensa de los Latinos, por ser sus aliados, y porque muchas veces los habían llamado. Mas la muchedumbre había decaído de ánimo, y quedándoles a los cónsules muy poco tiempo de mando, en el que no querían exponerse, por estas causas desatendieron a los Latinos; entonces Marcio marchó contra las ciudades mismas, y sojuzgando por la fuerza a los Tolerinos, Lavicos y Pedanos, y aun a los Bolanos, que le hicieron resistencia, se apoderó, al recoger la presa, de sus personas, y distribuyó sus bienes. A los que voluntariamente se le entregaron, los protegió con esmero para que, sin quererlo él, no recibiesen

daño alguno, aunque estuviera lejos con el ejército y distante del país.

XXIX.- En seguida, tomando por asalto a Bolas, ciudad que no distaba de Roma más de cien estadios, se hizo dueño de gran riqueza y pasó a cuchillo casi a todos cuantos podían por la edad llevar armas. De los Volscos, aun aquellos a quienes no había tocado quedarse en las ciudades no tenían paciencia, sino que se pasaban con sus armas a Marcio, diciendo que a él sólo le reconocían por general y por caudillo. Era por toda la Italia muy sonado su nombre y grande la opinión de su valor, pues que con la mudanza de una sola persona tan extraordinario cambio se había hecho en todos los negocios. En los de los Romanos, ningún concierto había, desalentados como estaban para salir a campaña y no ocupándose diariamente más que en sus altercados y en expresiones de discordia de unos a otros, hasta que les llegó la nueva de estar sitiada por los enemigos la ciudad de Lavinio, donde los Romanos tenían los templos de los Dioses patrios y que era la cuna y principio de su linaje, por haber sido la primera de que Eneas había tomado posesión. Entonces, ya una admirable y común mudanza de modo de pensar se apoderó de la plebe, y otra extraña también enteramente y fuera de razón trastornó a los patricios. Porque la plebe se decidió a abolir la condena de Marcio, y a restituirle a la ciudad, y el Senado, reunido a deliberar sobre aquella determinación, recedió de ella y la contradijo, o porque en todo se hubiese propuesto repugnar a los deseos de la plebe, o porque no quisiese que. Marcio debiera el favor de ésta su res-

titución, o porque ya se hubiese irritado con éste porque a todos hacía daño sin haber sido de todos ofendido, habiéndose declarado enemigo de la patria, en la que la parte principal y de más poder sabía que había tenido que padecer y había sido agraviada juntamente con él. Participada esta resolución a la muchedumbre, la plebe no tenía arbitrio para decretar alguna cosa con sus sufragios y establecerla como ley sin que precediera la autoridad del Senado.

XXX.- Llegó a entenderlo Marcio, e irritado de nuevo levantó el sitio y lleno de enojo marchó contra la ciudad, poniendo sus reales en el sitio llamado las Fosas Clelias, distante de aquellos solamente cuarenta estadios. Viéronle; hízoseles temible, y causando en todos gran turbación calmó por entonces las disensiones, pues nadie, ni magistrados ni Senado, se atrevió ya a contradecir a la muchedumbre acerca de restituir a Marcio, sino que viendo correr por la ciudad a las mujeres, en los templos las plegarias y el llanto y los ruegos de los ancianos, y en todos la falta de osadía y de consejos saludables, convinieron en que la plebe había pensado sabiamente acerca de que se reconciliaran con Marcio, y el Senado había cometido grande error empezando a manifestar enojo y enemiga cuando convenía poner fin a estas pasiones. Determinaron, pues, de común acuerdo enviar a Marcio mensajeros que le ofrecieran la vuelta a la patria y le pidieran pusiese término a la guerra. Los que envió el Senado eran de los amigos de Marcio, y esperaban encontrar a su llegada la más benigna acogida en un amigo y compañero suyo; mas nada de esto hubo, sino que, llevados por medio

del campamento de los enemigos, le hallaron sentado entre una gran comitiva con intolerable severidad. Teniendo, pues, a su lado a los principales de los Volscos, les dio orden de que dijesen qué era lo que tenían que pedir. Hablaron palabras moderadas y humanas, convenientes a su presente situación, y concluido que hubieron, les respondió ásperamente y con enfado por lo tocante a sí y a lo que se le había hecho sufrir; y después, como general, por lo tocante a los Volscos, les puso por condición la restitución de las ciudades y do todo el territorio que habían ocupado por la guerra y quo habían de declarar a los Volscos una igualdad absoluta de derechos, como la disfrutaban los Latinos: pues no podía haber otra reconciliación segura que la que se fundase en igualdad y justicia; concedióles para deliberar un plazo de treinta días, con lo que, despedidos los embajadores, al punto se retiró de aquella comarca.

XXXI.- Éste fue el primer motivo de queja que hicieron valer contra él aquellos de entre los Volscos que ya antes miraban mal y con envidia su grande autoridad, de cuyo número era Tulo, no porque en su persona hubiese sido en ninguna manera ofendido, sino por lo que es la miseria de nuestra condición; Tulo no podía sufrir ver del todo oscurecida su gloria y que ningún caso hacían ya de él los Volscos, en cuya opinión sólo Marcio lo era todo, debiendo contentarse los demás con la parte de poder y mando de que éste quisiera hacerlos participantes. De aquí tomaron origen los primeros cargos que sordamente circulaban, e incomodados murmuraban entre sí, dando a aquella retirada el nombre de

traición; porque si no lo era de muros o de armas, lo era, sin embargo, de la ocasión y oportunidad, con la que estas cosas suelen o ganarse o perderse, concediendo un plazo de treinta días, más que sobrado para que pudieran sobrevenir las mayores mudanzas. Y no porque Marcio pasase ocioso ese tiempo; por el contrario, durante él hizo marchas con que desbarató y disipó a los aliados de los enemigos y les tomó siete ciudades grandes y populosas. Mas los Romanos no se atrevieron a auxiliarlos; sino que sus ánimos estaban poseídos del desaliento, y en cuanto a los peligros de la guerra se parecían a los cuerpos soñolientos y paralizados. Pasado que fue el plazo, como se presentase otra vez Marcio con todas sus fuerzas, enviáronle segunda legación, rogándole que depusiese el enojo, y, retirando a los Volscos del territorio romano, hiciera y propusiera lo que juzgase convendría más a ambos pueblos: en el concepto de que por miedo nada cederían los Romanos: mas si entendía que en alguna cosa pudiera tenerse condescendencia con los Volscos, todo se les otorgaría, deponiendo las armas. A esto contestó Marcio que nada les respondía corno general de los Volscos, pero como ciudadano que todavía era de Roma les aconsejaba y exhortaba que, moderando aquellos orgullosos pensamientos, volviesen de allí a tres días, trayendo decretado lo que se les había propuesto, pues si fuese otra la respuesta no tenían que contar con la inviolabilidad para tornar con palabras vanas a su campo.

XXXII.- Vueltos los embajadores, y oído por el Senado lo que traían, como en una grande tormenta y borrasca de la

república, echó éste por fin el áncora sagrada; ordenó a cuantos sacerdotes había de los Dioses, o ministros y custodios de los misterios, o que poseían de tiempo antiguo la adivinación patria de los sueños, que se encaminasen a Marcio, cada uno con los ornamentos de que por ley debía usar en sus ceremonias y que le hablasen y que exhortasen a que, dando de mano a la guerra, bajo esta condición tratara después de los Volscos con sus conciudadanos. Recibiólos, sí, en el campamento, pero en nada condescendió y nada hizo o dijo en que mostrase mayor dulzura, sino que insistió en que con las condiciones propuestas admitiesen la paz o se decidieran a la guerra. Con este regreso de los sacerdotes resolvieron, por lo pronto, defender con gran fuerza los muros de la ciudad y lanzarse del mismo modo sobre los enemigos, poniendo principalmente su esperanza en el tiempo y en los caprichos de la fortuna; mas desengañáronse luego de que ningún salvamento les quedaba, por más que hiciesen; la turbación, el desaliento y las ideas más desconsoladas se apoderaron ya de la ciudad, hasta que tuvo lugar un suceso muy parecido a aquellos de que frecuentemente habla Homero, aunque no satisfaga a la mayor parte: porque diciéndose éste y exclamando en las grandes y extraordinarias ocasiones

La garza Palas púsole en las mientes

y también:

Cambióle un inmortal el pensamiento;
el que en un solo acalorado pecho
del pueblo puso la gloriosa suerte;

y en otra parte:

O por sí lo pensó, o es que algún numen
le sugirió la provechosa idea;

le vituperan como que con cosas imposibles y con increíbles patrañas trata de quitar al juicio de cada uno el mérito de la determinación propia; cuando Homero no hace semejante cosa, sino que los sucesos ordinarios y comunes que se gobiernan con razón los pone a cuenta de lo que está en nuestro poder; así que dice muchas veces:

Yo lo determiné con grande aliento;

y asimismo:

Apenas dijo, congojóse Aquiles
y revolvió tan inquietante pena
una vez y otra en su alentado pecho

y en otra parte:

Mas mover no logró a Belerefonte,
guerrero cauto que con grande acierto
los más prudentes medios discurría;

y en las ocasiones imprevistas y arriesgadas que piden cierto ímpetu y entusiasmo no pinta al numen como que nos arrebata, sino como que mueve y dirige nuestra determinación; ni como que produce por sí los conatos y esfuerzos sino ciertas apariencias ocasionales de ellos; con las cuales no hace la acción involuntaria, sino que da un principio a lo voluntario con infundir aliento y esperanza; pues tina de dos: o hemos de desechar enteramente el auxilio divino de todas las acciones que llamamos y son nuestras, o si no ¿de qué otro modo auxiliarán los dioses a los hombres y cooperarán con ellos? No ciertamente amoldando nuestro cuerpo, ni

aplicando ellos mismos nuestras manos y nuestros pies, sino despertando con ciertos principios, con ciertas apariencias e inspiraciones la parte activa y electiva de nuestra alma, o, al contrario, desviándola o conteniéndola.

XXXIII.- En Roma, a la sazón, las mujeres hacían sus plegarias, unas en unos templos, y otras en otros; pero las más y las de mayor lustre ante el ara de Júpiter Capitolino. Entre éstas había una hermana del gran Poblícola, que tan señalados servicios hizo a Roma en guerra y en paz, llamada Valeria. Poblícola había muerto antes, como lo referimos al escribir sus hechos, y Valeria tuvo en la ciudad grande honra y reputación, porque en su conducta no desdecía de su linaje. Sintiendo, pues, repentinamente un afecto de los que he dicho, acertando no sin inspiración divina en lo que era conveniente, levantóse de pronto, y haciendo levantar a todas las demás, se encaminó a casa de Volumnia, madre de Marcio. Entra, hállala sentada con la nuera y teniendo a los hijos de Marcio en su regazo: hácese cercar de las demás matronas y "nosotras- dice- ¡oh Volumnia!, y tú ¡oh Vergilia!, venimos unas mujeres en busca de otras mujeres, no por decreto del Senado ni por mandamiento del cónsul, sino que habiendo Júpiter, a lo que parece, oído compasivo nuestros ruegos, nos infundió este impulso de venir acá en vuestra busca a proponeros para nosotras y para los demás ciudadanos el remedio y la salud, y para vosotras, si os dejáis mover, una gloria más brillante todavía que la que alcanzaron las hijas de los Sabinos con haber traído de la guerra a la amistad y la paz a sus padres y a sus esposos. Ea, venid con

nosotras donde está Marcio; emplead vuestros ruegos y dad a la patria el verdadero y justo testimonio de que, con haber sido tan maltratada, ningún daño os ha hecho, ni ninguna determinación ha tomado contra vosotras en su enojo, sino que os entrega en sus manos, aun cuando no haya de recabar ninguna condición equitativa". Dicho esto por Valeria, aplaudieron las demás matronas, y contestó Volumnia: "En los comunes males ¡oh matronas! nos toca a nosotras la parte que a todos, y en particular tenemos la desgracia de haber perdido la gloria y la virtud de Marcio, considerando su persona defendida bajo las armas de los enemigos, pero no salva. Mas con todo, nuestro mayor desconsuelo es que las cosas de la patria hayan venido a tan triste estado que haya tenido que poner en nosotras su esperanza; pues no sé si mi hijo hará algún caso de nosotras, o si no lo hará tampoco de la patria, que él anteponía a la madre, a la mujer y a los hijos. Con todo, valeos de nosotras y conducidnos a su presencia, a lo menos, cuando no sea otra cosa, para poder morir intercediendo por la patria".

XXXIV.- Dicho esto, haciendo levantarse a Vergilia con los hijos y las damas matronas, se encamina hacia el campamento de los Volscos, siendo aquel un lastimoso espectáculo, que a los mismos enemigos les causó confusión e impuso silencio. Hallábase casualmente Marcio sentado en el tribunal, con los demás caudillos, y luego que vio venir a aquellas mujeres se quedó suspenso; mas habiendo conocido a su esposa, que venía la primera, determinó en su ánimo mantenerse obstinado e inexorable en su anterior propósito;

pero vencido al fin de sus afectos y trastornado con semejante vista, no pudo aguantar que le cogieran sentado, sino que bajando más que de paso, y saliendo a recibirlas, primero y por largo tiempo saludó a la madre y después a la mujer y a los hijos, no conteniéndose en el llanto ni en las caricias, sino más bien dejándose como de un torrente arrastrar de sus afectos.

XXXV.- Cuando ya se hubo desahogado cumplidamente, como advirtiese que su madre iba a dirigirle la palabra, llamando la atención de los Volscos más principales, prestó oídos a Volumnia, que habló de esta manera:

"Puedes echar de ver ¡oh hijo!, aun cuando nosotras no lo digamos, coligiéndolo del vestido y de los semblantes, a qué punto de retiro y soledad nos ha traído tu destierro; reflexiona después cómo somos entre todas las mujeres las más desventuradas, puesto que nuestra mala suerte ha hecho que el encuentro, para otras más delicioso, sea para nosotras el más terrible; para mí viendo a un hijo, y para ésta viendo a un marido que amenaza con destrucción a los muros de la patria; y que lo que es para los demás un consuelo en todos sus infortunios y desgracias, que es el orar a los Dioses, sea para nosotras objeto de mucha duda; porque no nos es posible pedir a un mismo tiempo que la patria venza y que tú quedes salvo, sino que nuestros votos se han de parecer a lo que por maldición pudiera desearnos nuestro mayor enemigo; forzoso es que o de la patria o de ti vengan a quedar privados tu mujer y tus hijos. Por lo que a mí toca, la desventura que haya de traer esta guerra no me cogerá viva; pues si

no pudiere persuadirte a que, restableciendo la amistad y la concordia, seas antes el bienhechor de ambos pueblos que la ruina de uno de ellos, ten entendido y está preparado a que no podrás acercarte a combatir la patria sin que primero pases por encima del cadáver de la que te dio el ser; puesto que no debo aguardar aquel día en el que vea que, o triunfan de mi hijo los ciudadanos, o él triunfa de la patria. Y si yo te propusiera que salvaras a ésta con ruina de los Volscos, la prueba sería para ti, oh hijo mío, ardua y difícil, porque el destruir a tus conciudadanos no es honroso, y el, hacer traición a los que de ti se han confiado es injusticia; más ahora la paz que te pedimos es saludable a todos, y más honesta y gloriosa todavía para los Volscos, pues apareciendo superiores, se entenderá que son los que conceden tan grandes bienes, no entrando ellos menos por eso a participar de la paz y de la amistad, de las cuales serás tú el principal autor si se consiguen; y si no se consiguieron, a ti solo te echarán la culpa unos y otros. Y, en fin, siendo la guerra incierta, esto hay de cierto desde luego: que si vences, te está preparado el ser la abominación de tu patria, y si eres vencido, has de tener la opinión de que por sus resentimientos has hecho venir sobre tus amigos y bienhechores las mayores calamidades".

XXXVI.- Escuchó Marcio este razonamiento de Volumnia sin responder cosa alguna; y como aun después de haber concluido se mantuviese en silencio por bastante rato: "¿Por qué callas, hijo?- continuó diciendo- ¿Será cosa honesta concederlo todo al enojo y a la venganza y no lo será

hacer merced a una madre que tan racionalmente pide? ¿O le está bien al hombre grande conservar la memoria de los malos que ha sufrido, y el honrar y reverenciar los beneficios que los hijos reciben de las madres no será propio de un hombre grande y esforzado? Y en verdad que el mostrar reconocimiento, a nadie le estaría mejor que a ti, que tan ásperamente te declaras contra la ingratitud, pues de la patria bien costosa satisfacción tienes tomada: mas a tu madre no hay cosa en que la hayas atendido, cuando nada debía ser tan sagrado como el que yo alcanzara de ti sin premio las cosas tan honestas y justas que te pido; mas, pues que no acierto a moverte, ¿por qué no acudo a la última esperanza?" Y diciendo estas palabras se arroja a sus pies, juntamente con la mujer y los hijos. Entonces Marcio exclama: "¡En qué punto me habéis contenido, oh madre!" Y alzándola del suelo y apretándole fuertemente la mano: "Venciste- le dice-, alcanzando una victoria tan feliz para la patria como desventajosa para mí, que me retiro vencido de ti sola". Dicho esto, habló aparte por breve tiempo con la madre y la mujer, y a su ruego las volvió a mandar a Roma. Pasada la noche, se retiró con los Volscos, que no todos pensaban de él o le miraban de una misma manera; pues unos estaban mal con él mismo y con esta acción, y otros ni con lo uno ni con lo otro, teniendo más dispuesto su ánimo a la concordia y a la paz. Algunos había que, a pesar de estar disgustados con lo ocurrido, no culpaban con todo a Marcio, sino que le creían excusable, por cuanto había sido combatido de afectos tan poderosos. Mas nadie le contradijo, sino que todos le siguieron, más arrastrados de su virtud que de su autoridad.

XXXVII.- El pueblo romano, cuanto fue el miedo y el -peligro mientras le amenazó la guerra, otro tanto sintió de regocijo cuando la vio disipada. Apenas los que estaban en la muralla vieron retirarse a los Volscos, abrieron todos los templos, llevando coronas como en una victoria, y disponiendo sacrificios. Señalábase principalmente la alegría de la ciudad en los honores y obsequios de las mujeres, del Senado y de la muchedumbre, que reconocían y profesaban haber sido éstas la causa cierta de su salud. Decretó, pues, el Senado que lo que en ellas mismas propusieran en reconocimiento y gloria suya, aquello ejecutaran las autoridades: mas ninguna otra cosa pidieron, sino que se construyera un templo a la Fortuna Femenil, haciendo ellas el gasto, y no poniendo la ciudad más que lo relativo a las víctimas y culto que convinieran a los Dioses. El Senado, aunque aplaudió su celo, labró el templo y la efigie a expensas del público; pero no por eso dejaron aquellas de recoger dinero, e hicieron otra segunda estatua, de la que refieren los Romanos que, colocada en el templo, articuló éstas o semejantes palabras: “Con piadosa determinación me dedicasteis vosotras las mujeres”.

XXXVIII.- Corre la fábula de que por dos veces se oyó esta voz, queriéndonos hacer creer cosas tan monstruosas y difíciles; pues aunque no es imposible parezca a la vista que las estatuas sudan y derraman lágrimas, supuesto que las maderas y las piedras a veces contraen cierta suciedad que despide humor, y además descubren colores y reciben tinturas

del mismo ambiente, con las que puede muy bien indicársenos algún prodigio, y aunque es también posible que las estatuas hagan cierto ruido semejante al rechinamiento o al suspiro, proviniendo aquel de una fuerte rotura o despegamiento interior de las partes; con todo, es enteramente incomprensible que en una cosa sin vida se forme voz articulada y una habla tan cierta, tan determinada y tan distinta: cuando ni al alma ni al mismo Dios es dado articular y hablar sin un cuerpo orgánico y dotado de las partes apropiadas al efecto. Así, cuando la historia nos estrecha con muchos y fidedignos testigos, es que se ha ejecutado en la parte imaginativa del alma una cosa semejante a la sensación, y que se tiene por tal, al modo que en el sueño nos parece oír lo que no oímos y ver lo que no vemos; sino que a los supersticiosamente piadosos y religiosos para con los dioses, y que no se atreven a desechar o repugnar nada de tales historias, lo maravilloso mismo les es de gran peso para creer, y la idea que tienen del poder divino, muy superior al nuestro. Porque en nada se mide con la condición humana ni en la naturaleza, ni en la inteligencia, ni en la fuerza, ni debe tenerse por extraño que haga lo que a nosotros nos es negado hacer, o que dé cima a empresas que nosotros no podemos realizar; sino que aventajándonos en todo, en las obras es en lo que menos se nos ha de semejar y en lo que menos hemos de poder serle comparados. Mas, como decía Heráclito, en las cosas divinas la desconfianza es la que más nos estorba el conocerlas.

XXXIX.- En cuanto a Marcio, no bien hubo dado a Ancio la vuelta, cuando Tulo, que por miedo le aborrecía y no le podía sufrir, se propuso quitarle prontamente del medio, porque si ahora escapaba, no volvería otra vez a dar asidero. Concitó y sublevó contra él a otros muchos y le intimó que diera cuentas a los Volscos, deponiendo el mando. Mas aquel, temiendo quedarse de particular bajo la autoridad de Tulo, que siempre conservaba gran poder entre sus conciudadanos, respondió que entregaría el mando a los Volscos si se lo ordenasen, y las cuentas las presentaría a cuantos de éstos quisieran pedirlas. Congregóse, pues, el pueblo, y los agitadores, que se tenían prevenidos, andaban acalorando a la muchedumbre; mas como luego que Marcio se puso en pie hubiesen por respeto cedido los alborotadores, dándole lugar para hablar con tranquilidad, y se viese bien a las claras que los principales entre los Anciates, contentos con la paz, iban a oírle con benignidad y a juzgarle en justicia, Tulo comprendió que iba a ser vencido si aquel se defendía. Porque era hombre que sobresalía en el don de la palabra, y sus anteriores servicios pesaban más que la querella presente, siendo esta misma la mayor prueba de cuánto era lo que se le debía; porque no hubiera llegado el caso de tenerse por agraviados en que no hubiese tomado a Roma teniéndola en la mano, si no se debiera al mismo Marcio el haber estado tan cerca de tomarla. No juzgaron, por tanto, conveniente el detenerse y contar con la muchedumbre, sino que, alzando gritería los más determinados de los conspiradores, diciendo que no había para que escuchar o atender a un traidor que los tiranizaba y que se obstinaba en no dejar el mando, se

arrojaron en gran número sobre él y le acabaron, sin que ninguno de los presentes le socorriese. Mas que esto se ejecutó contra el voto de la mayor parte, lo manifestaron bien pronto, concurriendo de las ciudades a recoger el cuerpo y darle sepultura, adornando con armas y despojos su sepulcro por prez de su valor y de la dignidad de general. Sabida por los Romanos su muerte, ninguna demostración hicieron ni de honor ni de enojo con él; solamente a petición de las matronas les concedieron que le hicieran duelo por diez meses, como era costumbre hiciese duelo cada uno en la muerte del padre, del hijo o del hermano: éste era el término del luto más largo, señalado y prescrito por Numa Pompilio, como en la relación de su vida lo manifestamos. Entre los Volscos muy luego el estado de sus cosas hizo ver la falta que Marcio les hacía: porque primero indisponiéndose por el mando con los Ecuos, sus aliados y amigos, llegó a haber entre ellos heridas y muertes; vencidos después en batalla por los Romanos, en la que murió Tulo, y perdieron lo más florido de sus tropas, tuvieron que someterse con condiciones vergonzosas, prestándose a hacer lo que se les ordenase.

COMPARACIÓN DE ALCIBÍADES Y CORIOLANO

I.- Referidos de estos dos varones aquellos hechos que nos han parecido dignos de expresarse y recordarse, en los militares nada se descubre que pueda inclinar la balanza ni a uno ni a otro lado, porque ambos en esta parte dieron con mucha igualdad en sus mandos repetidas pruebas de valor y denuedo, de industria e inteligencia en las artes de la guerra; a no ser que alguno quiera, a causa de que Alcibíades, en tierra y en mar, salió vencedor y triunfante en muchas batallas, declararle por más consumado capitán. Por lo demás, el haber manifiestamente mejorado las cosas domésticas mientras estuvieron presentes y mandaron, y el haber éstas decaído, más conocidamente todavía, cuando se pasaron a otra parte, fue cosa que se verificó en entrambos. En cuanto a gobierno, en el de Alcibíades los hombres de juicio reprendían la poca formalidad y no estar exento de adulación y bajeza en sus obsequios a la muchedumbre; y el de Marcio, enteramente desabrido, orgulloso y exclusivo, incurrió en el odio del pueblo romano. Así, ni uno ni otro manejo es para ser alabado; pero el de quien se abate a adular al pueblo es menos vituperable que el de aquellos que, por no parecer

demagogos, insultan a la muchedumbre; porque el lisonjear a la plebe por mandar es cosa indecente; pero el dominar haciéndose temible, vejando y oprimiendo, sobre indecente es además injusto.

II.- Pues que Marcio era sencillo y franco en su conducta, y Alcibíades solapado y falso en tratar los negocios públicos, nadie hay que lo ignore; pero en éste lo que sobre todo se acusa es la malignidad y dolo con que engañó, como Tucídides refiere, a los embajadores de Esparta y desvaneció la paz; mas aunque este paso precipitó otra vez en la guerra a la ciudad, hízola más poderosa y más temible con la alianza de los de Mantinea y los de Argos, que el mismo Alcibíades negoció. Y que también Marcio suscitó con dolo la guerra entre los Romanos y Volscos, calumniando a los que concurrían a los espectáculos, nos lo dejó escrito Dionisio, y por la causa vino a ser su acción más censurable, pues no por emulación y por contienda y disputa de mando, como aquel, sino por sólo ceder a la ira, con la que, según sentencia de Dión, nadie se hizo jamás amable, alborotó mucha parte de la Italia, y por sólo el encono contra su patria arruinó muchas ciudades, contra las que no podía haber queja alguna. También Alcibíades fue, por puro encono, causa de muchos males a sus conciudadanos, pero en el momento que los vio arrepentidos, ya los perdonó: y arrojado por segunda vez de la patria, no cedió a los generales que tomaban una errada determinación, ni se mostró indolente al ver su mal acuerdo y su peligro, sino que, así como Arístides es celebrado por lo que hizo con Temístocles, esto mismo fue lo que ejecutó,

avistándose con los que entonces tenían el mando, sin embargo de que no eran sus amigos, e informándolos e instruyéndolos de lo que convenía: mientras que Marcio hacía daño, en primer lugar, a la ciudad toda, no habiendo sido agraviado de toda ella, sino antes habiendo sido injuriada y ofendida con él la parte más principal y poderosa, y además de esto, con no haberse ablandado y cedido a repetidas embajadas que conjuraban su ira y su enfurecimiento, manifestó bien a las claras que no era su ánimo recobrar la patria y procurar su vuelta, sino que para destruirla y arrasarla le movió una guerra cruel o irreconciliable. Cualquiera dirá haberse diferenciado en que Alcibíades, perseguido y acechado por los Esparcíatas, de miedo y odio se pasó a los Atenienses; y en Marcio no estuvo bien el dejar a los Volscos que en todo le tuvieron consideración porque le nombraron su general, y gozó entre ellos de gran confianza y gran poder, no como el primero, que, abusando más bien que usando de él los Lacedemonios. entretenido en la ciudad, y maltratado de nuevo en el ejército, por último tuvo que arrojarse en manos de Tisafernes; a no ser que se diga que andaba contemplando a Atenas para que no fuese del todo destruida, por el deseo que siempre le quedaba de volver.

III.- En cuanto al dinero, de Alcibíades se cuenta haberle tomado muchas veces de los que querían regalarle y haberlo malgastado en lujo y en disoluciones; cuando dándoselo a Marcio con honor los generales, no pudieron convencerle, y por esto mismo se hizo más odioso a la muchedumbre en los altercados que sobre las usuras ocurrieron con la plebe,

como que no por utilidad propia, sino por enemiga y desprecio, era contrario a los pobres. Antípatro, en una carta que escribió sobre la muerte del filósofo Aristóteles, dice, entre otras cosas: “Tuvo este varón hasta el don de llevarse tras sí las gentes”; y en Marcio el faltarle esta gracia hizo sus acciones y sus virtudes poco aceptas a los mismos que eran de él beneficiados, no pudiendo aguantar su altanería y aquel amor propio que, en sentir de Platón, es inseparable del aislamiento. Mas, por el contrario, en Alcibíades, que sabía sacar partido de cuantos se le acercaban, nada extraño era que sus felices hechos alcanzasen una brillante gloria acompañada de benevolencia y honor, cuando no pocas veces algunos de sus yerros encontraron gracia y aplauso. De aquí es que éste, con haber causado no pocos daños ni en ligeras cosas a la ciudad, sin embargo muchas veces fue nombrado caudillo y general, y aquel, con pedir una magistratura muy correspondiente a sus sobresalientes hechos y virtudes, se vio desairado; así, al uno, ni aun cuando recibían daño podían aborrecerle sus conciudadanos; y al otro, aun cuando le admiraban, no podían amarle.

IV.- Marcio, pues, en nada fue útil a su ciudad revestido de mando, sino más bien a los enemigos contra su propia patria, mientras que Alcibíades, ya yendo al mando de otros, ya mandando él, prestó grandes servicios a los Atenienses, y lo que es hallándose presente, dominó como quiso a sus enemigos, no prevaleciendo las calumnias sino en su ausencia. Pero Marcio presente fue condenado por los Romanos, y presente le acabaron los Volscos: verdad es que fue injusta

y abominablemente; mas él mismo les dio armas con que defenderse, por cuanto no habiendo admitido la paz propuesta públicamente, cedió a particulares ruegos de unas mujeres, no deponiendo la enemistad, sino malogrando y destruyendo la sazón oportuna de la guerra que quedó pendiente, pues hubiera sido razón que se hubiese puesto de acuerdo con los que de él se fiaron, si de la justicia que les era debida hubiese hecho alguna cuenta. Mas si en la suya no entraron para nada los Volscos, y sólo con el deseo de saciar su cólera acaloró primero la guerra y después la entibió, no estuvo bien que por la madre perdonase a la patria, sino con ésta también a la madre, puesto que ésta y la esposa eran una parte de la ciudad que sitiaba. Rechazar inhumanamente los ruegos y súplicas de los embajadores y las preces de los sacerdotes, y luego conceder a la madre la retirada, no fue honrar a su madre, sino afrentar a la patria, rescatada por el duelo y el ademán de una sola mujer, como si no fuera por sí misma digna de que se le salvase: gracia que, debió ser mal vista, y que fue en verdad cruel y sin agradecimiento, no habiéndose hecho recomendable ni a los unos ni a los otros, pues que se retiró sin tener condescendencia con los combatidos y sin la aprobación, de los que con él combatían; de todo lo cual fue causa lo intratable y demasiado arrogante y soberbio de su condición; pues siendo ya esto por sí mismo muy incómodo a la muchedumbre, si se junta con la ambición, se hace enteramente desabrido e intolerable; porque los tales no tiran a congraciarse con la muchedumbre, haciendo que no aspiran a los honores, y después se ponen desesperados cuando no los alcanzan. También tuvieron

esta partida de no ser obsequiosos y amigos de adular a la muchedumbre Metelo, Arístides y Epaminondas; pero porque de veras no se les daba nada de aquellas cosas que la plebe es árbitra de darlas o de quitarlas, desterrados muchas veces, desatendidos y condenados, no se enojaron con sus conciudadanos poco reconocidos, y después, cuando los vieron mudados, se mostraron contentos y se reconciliaron con los que los fueron a buscar; porque el que menos tiene de condescendiente con la muchedumbre menos demostrarse ofendido de ella, que el incomodarse, a más de no alcanzar los honores, nace precisamente de haberlos apetecido con más ansia.

V.- Alcibíades, pues, no negaba que le era muy satisfactorio verse honrado y que sentía ser desatendido; procuraba, por tanto, ser afable y halagüeño con cuantos se le presentaban; en cambio, a Marcio no le permitió su orgullo hacer obsequios a los que podían honrarle y adelantarle, y al mismo tiempo la ambición le hizo irritarse y enfadarse cuando le desatendieron. Y esto es lo único que puede mirarse como culpable en tan esclarecido varón, habiendo sido todos los demás hechos suyos sumamente brillantes: y en cuanto a la templanza y desprendimiento del dinero, era digno de que se le comparara con los más excelentes y más íntegros de los Griegos, y no con Alcibíades, sumamente osado en estos puntos, y que hacía muy poca cuenta de la virtud.

TIMOLEÓN

Cuando me dediqué en un principio a escribir por este método las vidas, tuve en consideración a otros; pero en la prosecución y continuación he mirado también a mí mismo, procurando con la Historia, como con un espejo, adornar y asemejar mi vida a las virtudes de aquellos varones: pues lo pasado se parece más que a ninguna otra cosa a la coexistencia en un tiempo y en un lugar; cuando recibiendo y tomando de la historia de cada uno de ellos separadamente, como si vinieran de una peregrinación, vamos considerando "cuáles y cuán grandes eran"; haciendo examen para nuestro provecho de las más principales y señaladas de sus acciones. "Y a fe mía, ¿dónde encontrar motivo de mis dulces alegrías?" ¿Qué medio más poderoso que éste podemos elegir para la reforma de las costumbres? Porque con sentar Demócrito que lo que debíamos desear era que la suerte nos proporcionara imágenes bellas, y que más bien nos vinieran de lo que nos rodea las convenientes y provechosas, que no las malas y siniestras, introdujo en la filosofía un axioma falso, capaz de conducir a interminables supersticiones: cuando nosotros, con ocuparnos en la Historia y acostumbrarnos a

esta clase de escritura, teniendo siempre presentes en nuestros ánimos los monumentos que nos dejaron los varones más virtuosos y aprobados, nos proveemos de medios con que deshacer y borrar lo malo y vicioso que de la necesaria comunicación de los hombres puede pegársenos, convirtiendo nuestra mente tranquila y sosegada a los ejemplos más virtuosos. Continuando, pues, en este propósito, te ponemos ahora en la mano la vida de Timoleón de Corinto y de Emilio Paulo, varones que no sólo se parecieron en sus inclinaciones, sino también en haberles sido próspera la Fortuna, dando motivo a que se dude si tuvo más parte en sus triunfos la buena suerte que la prudencia.

I.- La situación de los Siracusanos antes de que Timoleón fuese enviado a Sicilia era ésta: Dión había conseguido arrojar de Sicilia a Dionisio el Tirano, pero, muerto él mismo con una alevosía, entró la división entre los que con Dión habían libertado a los Siracusanos; y la ciudad, pasando sin intermisión del dominio de uno al de otro tirano, estuvo en muy poco que no se despoblase. En lo restante de la Sicilia, una parte había mudado de forma y quedado sin pueblos a causa de las guerras, y el mayor número de las ciudades estaban en poder de soldados mercenarios y aventureros, abandonándolas fácilmente los que en ellas mandaban. Al año décimo, reuniendo Dionisio algunos extranjeros y lanzando al tirano Niseo, que estaba entonces apoderado de Siracusa, volvió a ponerse al frente de los negocios, y si extraño había sido que con muy pocas fuerzas se le hubiese hecho perder la mayor de las dominaciones que entonces

existían, más extraño fue todavía que de desterrado y abatido hubiese vuelto a hacerse dueño de los que le desecharon. De los Siracusanos, pues, los que se mantuvieron en la ciudad quedaron esclavizados a un tirano que, no siendo de suyo nada benigno, tenía además exulcerado entonces su ánimo con las desgracias; y los principales y más distinguidos, acogiéndose a Hícetes, sobresaliente en autoridad entre los Leontinos, se pusieron enteramente en sus manos y le eligieron caudillo para la guerra, no porque fuese mejor que los que abiertamente se decían tiranos, sino que no tenían otro recurso, y prefirieron dar su confianza a un siracusano de origen, que reunía una fuerza proporcionada contra el tirano.

II.- Como en aquella misma sazón viniesen contra Sicilia con una fuerte armada los Cartagineses, ensoberbecidos con su buena suerte, temerosos los Sicilianos resolvieron enviar embajadores a la Grecia e implorar el auxilio de los de Corinto, no solamente por el deudo de un mismo origen y porque muchas veces habían sido ellos favorecidos en iguales casos, sino por saber que, generalmente, aquella ciudad había sido siempre tan amiga de la libertad como enemiga de los tiranos, y que la mayor parte de sus peligrosas guerras las había sostenido, no por deseo y ambición de mando, sino por la libertad de los Griegos. Hícetes cuya mirada en el mando era la tiranía y no la libertad de los Siracusanos, ya entonces tenía relaciones secretas con los Cartagineses, aunque en público hablaba en favor de los Siracusanos, y había enviado también embajadores al Peloponeso, no porque

quisiera que viniese auxilio de aquella parte, sino con la esperanza de que si los de Corinto no se movían a dar este socorro, como era natural, por las disensiones y contiendas de los Griegos, podría más fácilmente hacer dueños de los negocios a los Cartagineses y tenerlos por aliados y auxiliares contra los Siracusanos o contra el tirano, aunque estas cosas se descubrieron un poco más adelante.

III.- Al arribo de los embajadores, los Corintios, acostumbrados siempre a ser rogados de sus colonias, y especialmente de la de los Siracusanos, como afortunadamente no hubiese entonces entre los Griegos nadie que los incomodase, hallándose en plena paz y sosiego, decretaron socorrerlos con todo empeño. Meditaban sobre el general que enviarían, y escribiendo y proponiendo los magistrados a aquellos que más se esforzaban por sobresalir en la ciudad, levantóse uno entre ellos e indicó a Timoleón, hijo de Timodemo, no porque todavía manejase los negocios públicos o pudiera concebirse en él tal esperanza y tal deseo, sino que fue una casual ocurrencia inspirada quizá por algún dios; ¡tal fue la buena suerte que para la elección siguió al punto a esta propuesta, y tanta la gracia que brilló después en sus acciones, dando grande realce a su virtud! Él era ilustre en la ciudad por sus padres Timodemo y Demaxista; amante de la patria y muy dulce de condición; solamente enemigo irreconciliable de los tiranos y de los malos. Para las cosas de la guerra, recibió de la naturaleza una tan bien templada disposición, que, siendo joven, manifestó mucho juicio, y declinando ya la edad no fue menor su valor en las ocasiones.

Tuvo un hermano mayor llamado Timófanes, que en vez de serle parecido era temerario y se había dejado alucinar del deseo de la tiranía por malos amigos y por soldados extranjeros, que tenía siempre consigo, siendo, por otra parte, según parecía, intrépido y despreciador de los peligros en la milicia, que era por lo que habiendo ganado entre los ciudadanos fama de hombre activo y buen militar, se había hecho nombrar para el mando. Aun en esto le servía de mucho Timoleón, ocultando siempre sus yerros o haciéndolos parecer menores, y dando brillantez e incremento a las buenas calidades que recibió de la naturaleza.

IV.- En la batalla que los Corintios tuvieron con los Argivos y Cleoneos, a Timoleón le cupo pelear con la infantería, y a su hermano, que mandaba la caballería, le sobrevino un repentino peligro: derribóle el caballo, cayendo herido a la parte de los enemigos; de sus camaradas, unos se dispersaron al punto sobrecogidos de miedo, y otros, aunque no abandonaron el puesto, peleando pocos contra muchos, con dificultad se defendían. Timoleón, pues, luego que entendió lo sucedido, corrió en su auxilio, y oponiendo el escudo del rendido Timófanes, acosado con los dardos y con los golpes que de cerca se dirigían contra su cuerpo y contra las armas, ahuyentó, no sin gran trabajo, a los enemigos y salvó al hermano. A poco, los de Corinto, temerosos no les sucediese lo que antes de parte de sus aliados, que fue perder la ciudad, decretaron mantener cuatrocientos extranjeros, y nombraron caudillo de ellos a Timófanes; mas éste, olvidado de toda honestidad y justicia, inmediatamente empezó a traba-

jar por reducir la ciudad a su dominación, y quitando del medio sin forma ninguna de juicio a muchos de los ciudadanos más principales, se erigió abiertamente en tirano. Sentíalo extraordinariamente Timoleón, y mirando como su mayor desgracia la perversidad del hermano, procuró hablarle y exhortarle a que, desistiendo de la locura e infelicidad de semejante proyecto, viera el modo de enmendar el yerro cometido contra sus conciudadanos. Oyóle aquel con indignación y desprecio, y él, entonces, tomando consigo de los de la familia a Esquilo, que era hermano de la mujer de Timófanes, y de los amigos a un agorero, llamado Sátiro, según Teopompo, y Ortágoras, según Éforo y Timeo, después de haber pasado algunos días, subió de nuevo a ver al hermano, y rodeándole los tres, le rogaban, y con razones le persuadían, a que se arrepintiera de su propósito; mas como Timófanes al principio les respondiese con mofa, y después se irritase y enfadase con ellos, Timoleón se retiró a un lado, y cubriéndose con su ropa, lloraba su desgracia; pero los otros, desenvainando las espadas, dieron muy pronto cuenta de él.

V.- Divulgóse el hecho, y los Corintios de más juicio celebraban en Timoleón su aversión a lo malo y su grandeza de alma, por cuanto, siendo hombre bueno y recto, antepuso la patria a su casa, y lo honesto y lo justo a lo útil, salvando al hermano mientras se distinguió en defensa de la patria, y concurriendo a su muerte cuando trató de oprimirla y esclavizarla; pero los que no pueden vivir en la democracia, acostumbrados a estar pendientes del semblante de los po-

derosos, al paso que fingían haberse alegrado con la muerte del tirano, desacreditaban a Timoleón como autor de un hecho impío y atroz, con lo que le hicieron caer en desaliento. Supo luego que la madre también se había indignado y había prorrumpido contra él en execraciones terribles y espantosas, y como yendo a aplacarla no hubiese aquella consentido ni siquiera verle, y antes hubiese mandado cerrarle la puerta, contristado entonces hasta lo sumo, y saliendo de juicio, resolvió quitarse la vida con rehusar tomar alimento; pero no perdiéndole de vista los amigos y agotando con él todo ruego y todo medio de contenerle, determinó vivir retirado huyendo del bullicio, y enteramente se apartó del gobierno, tanto, que en los primeros tiempos ni siquiera venía a la ciudad, sino que pasaba una vida infeliz e inquieta en las más desiertas soledades.

VI.- De esta manera los juicios, si no dominan a las acciones, tomando seguridad y fuerza de la razón y de la filosofía, fluctúan y son fácilmente trastornados por cualesquiera alabanzas o reprensiones, destituidos del fundamento del discurso propio; no basta en verdad que la acción sea honesta y justa, sino que es menester que el dictamen según el cual se emprende sea firme e incontrastable, para que obremos con meditada resolución; y no suceda que, así como los glotones se abalanzan con repentino apetito a los manjares que tienen a la vista, fastidiándolos luego que se han hartado, de la misma manera nosotros, ejecutadas las acciones, nos desalentamos por debilidad, marchitada ya entonces la opinión y apariencia de la virtud. Porque el arre-

pentimiento hace indecoroso lo más honestamente ejecutado, mientras que la determinación apoyada en la ciencia y el raciocinio nunca se muda, aunque los efectos no correspondan. Por eso Foción el Ateniense, que se había opuesto a los proyectos de Leóstenes, cuando apareció que éste había salido con ellos y vio a los Atenienses que hacían sacrificios y estaban muy hinchados con la victoria, dijo que bien quisiera que por él se hicieran aquellas demostraciones, pero que no mudaba de consejo: siendo aún más decisivo lo ocurrido con Arístides Locrio, uno de los amigos de Platón, el cual, habiéndole pedido Dionisio el mayor a una de sus hijas por mujer, respondió: “Más quisiera ver muerta a mi hija que casada con un tirano”; y después, habiendo hecho Dionisio al cabo de poco tiempo dar muerte a sus hijos, y preguntándole por insulto si estaba todavía en el mismo propósito en cuanto a la concesión de la hija, le contestó que, aunque sentía mucho lo sucedido, no se arrepentía de su anterior respuesta: mas estos rasgos quizás son de una virtud más elevada y más perfecta.

VII.- Timoleón, de resultas de lo sucedido con el hermano, bien fuese de pesar por su muerte, o bien de rubor a causa de la madre, quedó tan quebrantado y decaído de ánimo, que en unos veinte años no tomó parte en negocio ninguno público o de alguna consecuencia; mas llegado el caso de ser propuesto y de recibirlo bien el pueblo e interponer su autoridad, Teleclides, que entonces sobresalía en la ciudad, en poder y nombradía, se levantó en la junta y exhortó a Timoleón a mostrarse varón recto y generoso en sus ac-

ciones; "porque si te conduces bien- dijo-, juzgaremos que fue a un tirano a quien concurriste a dar la muerte; pero si te conduces mal, a tu hermano". Ocupábase Timoleón en disponer el embarque y reunir tropas, cuando llegaron a los Corintios cartas de Hícetes que daban indicios de su mudanza y su traición; pues apenas envió los embajadores, trató abiertamente con los Cartagineses, conviniendo con ellos en que arrojaran a Dionisio de Siracusa y él quedara de tirano; y temiendo no fuera que si llegasen antes las tropas y el general de Corinto descompusieran sus planes, dirigió a los de Corinto una carta, en que les decía no haber necesidad de que se incomodaran e hicieran gastos navegando a Sicilia y corrieran peligros, puesto que los Cartagineses se oponían y harían resistencia a sus fuerzas con gran número de naves, y él, por su tardanza, se había visto en la precisión de hacer con aquellos alianza contra el tirano. Leída esta carta, si antes había habido entre los Corintios algunos que mirasen con frialdad la expedición, entonces el enojo contra Hícetes los acaloró a todos, de manera que con el mayor empeño habilitaron a Timoleón y le ayudaron, con todo lo necesario, a realizar el embarque.

VIII.- Prontas ya las naves, y provistos los soldados de cuanto necesitaban, parecíales a las sacerdotisas de Proserpina haber visto entre sueños que las Diosas se disponían para una romería, y haberles oído decir que se proponían acompañar a Timoleón a Sicilia, por lo cual, aparejando los Corintios una nave sagrada, la llamaron la de las dos Diosas. Timoleón pasó a Delfos, donde hizo sacrificio al dios, y

cuando bajaba al lugar de los oráculos ocurrió un prodigio: porque, desprendiéndose y volándose de entre las ofrendas que allí estaban suspendidas una venda, en que había bordadas coronas y victorias, vino a caer sobre la cabeza de Timoleón, como dando a entender que era enviado a la expedición coronado por la mano del dios. Teniendo, pues, siete naves corintias, dos de Corcira, y dando los Leucadios la décima nave, hízose con ellas a la vela; y hallándose a la noche en alta mar llevado de favorable viento, pareció que de repente se rasgó el cielo, enviando sobre la nave una gran columna de fuego resplandeciente, y que alzada en alto una antorcha semejante a las de los misterios, y siguiendo el mismo curso, vino a fijarse en el punto de Italia hacia el que dirigían el rumbo los timoneros. Los adivinos declararon que aquella visión concordaba con los sueños de las sacerdotisas, y que el fuego del cielo significaba que las Diosas protegían la expedición, por cuanto la Sicilia estaba consagrada a Proserpina, teniéndose por cierto que allí se había ejecutado el rapto y que aquella isla se le había dado en dote al tiempo de sus bodas.

IX.- Lo que es de parte de los Dioses inspiraron estas cosas grande confianza a la expedición; por lo que, navegando presurosamente, aportaron a Italia: mas las noticias que vinieron de Sicilia pusieron a Timoleón en graves dudas y causaron desaliento en los soldados. Hícetes, habiendo vencido en batalla a Dionisio y tomando la mayor parte de los puestos de los Siracusanos, tenía sitiado y circunvalado a aquel, habiéndole obligado a refugiarse en el alcázar y en lo

que llamaban la Isla, y había ordenado a los Cartagineses que estuvieran a la mira de que Timoleón no aportara a Sicilia, puesto que, retirados éstos, podrían con sumo reposo repartirse entre sí la Isla. Los Cartagineses, pues, enviaron a Regio veinte galeras, en las que iban embajadores de Hícetes a Timoleón con propuestas acomodadas a lo sucedido: pues que venían a ser arterías y apariencias muy bien disimuladas con dañados intentos, prestándose a admitir al mismo Timoleón, si quería pasar cerca de Hícetes, y tener parte con él en todos los consejos y en todos los negocios; mas con la condición de que las naves y los soldados los había de despachar a Corinto, como que de una parte faltaba muy poco para que la guerra estuviese acabada, y de la otra se hallaban los Cartagineses en ánimo de impedir el desembarco y pelear contra los que hiciesen resistencia. Los Corintios, pues, cuando llegados a Regio se hallaron con semejante embajada, y vieron que los Fenicios estaban surtos por aquellas inmediaciones, se indignaron de ser escarnecidos, y en todos se suscitó enojo contra Hícetes y miedo que los infelices Siracusanos, conociendo bien que se los reducía a ser galardón y premio, para Hícetes, de su traición, y para los Cartagineses, de su tiranía. Parecióles, sin embargo, no ser factible vencer a las naves de los bárbaros ancladas allí cerca, que eran en doble número y a las tropas de Hícetes, con las que contaban haber hecho en unión la guerra.

X.- No obstante todo esto, presentándose Timoleón a los embajadores y a los caudillos de los Cartagineses, les contestó sosegadamente que se prestaría a lo que tenían

acordado- ¿ni que hubiera adelantado con oponerse?-; pero que quería que se trataran estas cosas por demandas y respuestas, ante una ciudad griega amiga de unos y otros, como era Regio, y después se retiraría, lo cual le convenía a él mucho para su seguridad, y a ellos les daría mayor firmeza en lo que proponían acerca de los Siracusanos, teniendo a todo un pueblo por testigo del convenio. Ésta fue una añagaza que les preparó para el desembarco, y en ella le auxiliaban todos los generales de los Reginos, quienes temían que los Corintios dominaran en la Sicilia y tener por vecinos a los bárbaros. Congregáronse, por tanto, en junta pública, y cerraron las puertas, como para impedir que los ciudadanos se distrajesen a otros negocios; y como para ganar a la muchedumbre emplearon discursos muy largos, tratando uno después de otro el mismo asunto, no con más objeto que el de dar tiempo a que anclasen las naves de los Corintios, y detener en la junta, sin causarles sospechas, a los Cartagineses; y más, que hallándose presente Timoleón les dio idea de que se levantaría y hablaría en ella. Mas como en esto llegase uno que le anunció estar ya ancladas todas las demás galeras, y que sola la suya quedaba esperándole, penetrando por entre la muchedumbre, y haciéndole espaldas los Reginos que estaban cerca de la tribuna, se encaminó al mar, y desembarcando con gran presteza, tomaron la vía de Tauromenio de Sicilia, recibiéndolos, y aun teniéndolos llamados de antemano con la mejor voluntad, Andrómaco, a quien estaba encomendada la ciudad, y que tenía en ella el mayor poder. Era éste padre de Timeo el Historiador; y con haber alcanzado en aquella sazón mayor autoridad que cuantos dominaban

en la Sicilia, a sus ciudadanos los gobernaba en ley y justicia, y a los tiranos era notorio que los miraba con aversión y desagrado; así es que entonces ofreció su ciudad como refugio a Timoleón, y a sus ciudadanos los persuadió a que hicieran causa común con los de Corinto y juntos dieran la libertad a la Sicilia.

XI.- Los Cartagineses que quedaron en Regio, visto que se había retirado Timoleón y disuelto la junta, estaban muy sentidos de que con otra estratagema se hubiesen burlado las suyas; con lo que dieron ocasión a que los Reginos los insultaran un poco, diciéndoles: "¿Cómo siendo Fenicios os incomodáis de lo que se hace con engaño?" Enviaron, pues, a Tauromenio un embajador en una de sus galeras, el cual, habiendo hablado largamente con Andrómaco, extendiéndose acalorada y groseramente sobre que era preciso despidiese sin la menor detención a los Corintios, por último, mostrándole la mano primero por la palma, y después por el otro lado, le amenazó que siendo su ciudad de esta manera la volvería de la otra. Andrómaco, echándose a reír, nada absolutamente le respondió, sino que, extendiendo como él la mano, primero por la palma y luego por la otra parte, le intimó que se fuera cuanto antes, si no quería que siendo su nave de esta manera la pusiese de la otra. Mas Hícetes, luego que supo el desembarco de Timoleón, cobró miedo y llamó cerca de sí muchas de las galeras de los Cartagineses, con lo que sucedió que los Siracusanos desconfiaron completamente de su salvación, viendo a los Cartagineses apoderados del puerto, a Hícetes dueño de la ciudad, a Dionisio defendido en el alcázar, y que Timoleón apenas tocaba a la

Sicilia por medio de un hilo delgado, que era el pueblezuelo de los Tauromenios, con muy débil esperanza y muy escasas fuerzas, pues fuera de mil soldados y los víveres precisos para ellos, nada más tenía. Ni las ciudades se confiaban tampoco, estando agobiadas de males, e irritadas contra todos los generales de ejército, principalmente por la infidelidad de Calipo y Fárax, de los cuales el uno era Ateniense, y el otro, Lacedemonio; y diciendo ambos que venían a trabajar en su libertad y a destruir a los monarcas, hicieron ver a la Sicilia que eran oro los trabajos que habían padecido en la tiranía, y que debían ser tenidos por más dichosos los que habían muerto en la esclavitud que los que alcanzaron la independencia.

XII.- Desconfiando, pues, de que el Corintio fuese mejor que ellos, sino que les vendría también con los mismos sofismas y los mismos atractivos, lisonjeándolos con buenas esperanzas y con proposiciones llenas de humanidad, para inclinarlos a la mudanza de nuevo dueño, empezaron a sospechar y a estorbar el fruto de las exhortaciones de los Corintios; a excepción únicamente de los Adranitas que, habitando una ciudad , aunque pequeña, consagrada a Adrano, cierto dios muy venerado en toda la Sicilia, discordaron entre sí, implorando unos a Hícetes y los Cartagineses, y llamando otros a Timoleón. Sucedió, pues, por pura casualidad, que, acelerándose éste y aquellos, en un mismo punto de tiempo concurrieron al llamamiento unos y otros, trayendo Hícetes cinco mil hombres y no teniendo Timoleón entre todos más que unos mil y doscientos, con los cuales

salió de Tauromenio para Adrano, que distaba unos trescientos y cuarenta estadios. Y en el primer día, habiendo andado poca parte del camino, hizo alto; mas al siguiente, marchando sin reposo y venciendo pasos escabrosos y difíciles, cuando comenzaba a declinar el día, oyó que Hícetes acababa de llegar a la ciudad y se había acampado en las inmediaciones. Los jefes y capitanes de los Cuerpos empezaban a acampar también a los que llegaron primero, pareciéndoles que pelearían con más ardor después de haber tomado alimento y haber descansado; mas sobreviniendo Timoleón, les hizo presente no ejecutasen semejante cosa, sino que marcharan prontamente y cayeran sobre los enemigos, que andarían desordenados, como era regular sucediese, estando descansando de una marcha y descuidados en las tiendas y en los ranchos; dicho esto, embrazó el escudo y guió el primero como a una victoria cierta. Siguiéronle denodadamente los demás, hallándose de los enemigos a menos de treinta estadios, los que anduvieron muy luego, y dieron sobre éstos, que se desordenaron y huyeron a la primera noticia que tuvieron de su venida; así es que sólo mataron unos trescientos, y fueron más que doblados los que cautivaron, tomándoles también el campamento. Los Adranitas, abriendo las puertas de la ciudad, se unieron con Timoleón, refiriéndole con asombro y susto que, no bien se había empezado el combate, cuando por sí mismas se habían abierto las puertas sagradas del templo, y habían advertido que la lanza del dios se blandió por la punta y su semblante estaba bañado de copioso sudor.

XIII.- Tales prodigios, a lo que parece, no significaron solamente esta victoria, sino también los posteriores sucesos de que aquel combate fue un feliz preludio. Porque las ciudades, enviando embajadores, inmediatamente se unieron a Timoleón, y Mamerco, tirano de Catana, hombre guerrero y sobrado de medios, le ofreció su alianza. Mas lo mayor de todo fue que el mismo Dionisio, perdida ya toda esperanza, y estando a punto de tener que rendirse, mirando con desprecio a Hícetes, que se había dejado vencer cobardemente, y admirando a Timoleón, envió a tratar con éste y con los Corintios, poniéndose en sus manos y entregándoles el alcázar. No despreciando Timoleón tan inesperada dicha, mandó inmediatamente al alcázar a los ciudadanos corintios Euclides y Telémaco, y además trescientos soldados, no todos juntos ni de modo que se conociera, cosa imposible por estar el puerto en poder de los enemigos, sino disimuladamente divididos en paquetes. Tomaron, pues, los soldados el alcázar y los palacios, con todas las provisiones y efectos de guerra, porque había no pocos caballos, toda especie de máquinas y gran copia de dardos; de armas había unas setenta mil depositadas de largo tiempo, y tenía consigo Dionisio unos dos mil soldados, que puso con todo lo demás a disposición de Timoleón. El mismo Dionisio, tomando su caudal y no muchos de sus amigos, hizo la travesía sin ser notado de Hícetes, y llevado al campamento de Timoleón, entonces por primera vez se le vio reducido y humillado a la condición de particular; y se dispuso fuese llevado a Corinto en una sola nave con poca parte de su hacienda; habiendo sido nacido y criado en la tiranía más afamada y poderosa de

todas, la que conservó diez años, habiendo pasado los doce restantes, después de la expedición de Dión, en continuas guerras y combates; pero a lo que hizo en la tiranía excedió en mucho lo que padeció arrojado de ella; porque vio las muertes de sus hijos ya crecidos y los estupros de sus hijas doncellas; y a la que era su hermana y mujer a un tiempo sufrir todavía viva en su cuerpo los más torpes insultos de sus enemigos, y que después le dieron violentamente muerte juntamente con sus hijos y la arrojaron al mar. Mas de estas cosas hemos dado razón más circunstanciada en la vida de Dión.

XIV.- Llegado Dionisio a Corinto, no había Griego ninguno que no deseara verle y hablarle, con la diferencia de que unos, alegrándose de sus desgracias, por odio se llegaban a él contentos, como para conculcar al que había derribado la fortuna, y otros, aplacados ya con la mudanza y compadeciéndole en la fragilidad manifiesta de las cosas humanas, veían el gran poder de otras causas ocultas y divinas, pues aquella edad no ostentó prodigio ninguno de la naturaleza o del arte igual a aquella obra de sola la fortuna que mostraba al que poco antes era tirano de la Sicilia, reducido a habitar en Corinto en casa de una bodegonera, o sentado en el mostrador de un perfumador bebiendo la zupia de los taberneros, o alternando con mujerzuelas que hacían tráfico de su belleza, o enseñando a las cantoras sus cantinelas, moviendo con ellas disputas sobre la armonía del canto. Unos creían que Dionisio tenía esta conducta porque, además de ser de aquellos que fácilmente se exaltan, era por naturaleza

muelle y disoluto; mas otros juzgaban que para que no se hiciera atención en él y no inspirar miedo a los Corintios ni dar sospechas de que llevaba mal la mudanza de vida y el no tener parte en los negocios, de intento se esforzaba a mostrarse fuera de su naturaleza extravagante y medio simple en el modo de consumir su ocio.

XV.- Refiérese también de él algunos dichos de los que se puede inferir que no dejaba de acomodarse con dignidad a las cosas presentes. Como, por ejemplo: habiendo pasado a Léucade, ciudad fundada por los Corintios, igualmente que la de Siracusa, dijo le sucedía lo mismo que a aquellos jóvenes que han caído en faltas; porque al modo que éstos se acogen gustosos a los hermanos y de vergüenza huyen de casa de los padres, de la misma manera, avergonzándose él de residir en la metrópoli, habitaba allí contento con los Leucadios. Otro ejemplo: reconviniéndole en Corinto un forastero con groserías sobre sus conferencias con los filósofos en las que parecía complacerse cuando reinaba, y preguntándole últimamente de qué le había servido la sabiduría de Platón: “¿Te parece, le dijo, que no nos sirvió Platón de nada cuando ves cómo llevamos esta mudanza de fortuna?” Al músico Aristóxeno y algunos otros que le preguntaron cuál era y de dónde provenía la querella que había tenido con Platón, les respondió que, estando la tiranía rodeada siempre de grandísimos males ninguno era comparable con el de no atreverse a hablarle claro los que se venden por amigos, y que éstos eran los que le habían privado del aprecio de Platón. Queriendo dárselas uno de gracioso y zaherir

a Dionisio, sacudió la capa al tiempo de entrar a verle, como para notarle de tirano; y él, volviéndole la burla, le dijo sería mejor lo hiciese al tiempo de salir de su casa, para no llevarse nada de lo que había en ella. Dejándose caer Filipo el de Macedonia en un convite ciertas expresiones irónicas acerca de las poesías y tragedias que Dionisio el mayor dejó escritas, haciendo como que dudaba en qué tiempo pudo tener vagar para estas tareas, le salió oportunamente al encuentro Dionisio, diciéndole: "En aquel que tu, yo y los demás que pasamos por felices gastamos en francachelas". Platón no alcanzo a ver a Dionisio en Corinto, porque ya había muerto, pero Diógenes de Sinope, la primera vez que se acercó a él: "Indignamente vives, le dijo, oh Dionisio"; y respondióle éste: "Te agradezco, oh Diógenes, que te compadezcas de mi infortunio"; "¿Cómo, replicó Diógenes, piensas que me compadezco, cuando más bien me irrito de que siendo un tan vil esclavo, digno de morir de viejo, como tu padre, en la tiranía, veo que estás aquí divirtiéndote y solazándote con nosotros?" De manera que cuando comparo con estas respuestas las exclamaciones que Filisto emplea compadeciendo a las hijas de es por haber descendido de los grandes bienes de la tiranía a un pasar estrecho y miserable, gradúo a éstas por lamentaciones de una mujerzuela que echara menos los alabastros, la púrpura y el oro. Creernos que estas cosas no entran mal en esta clase de escritos y que no son inútiles para lectores que no estén de prisa ni escasos de tiempo.

XVI.- Pues si la desdicha de Dionisio debió parecer extraña, no fue menos de admirar la dicha de Timoleón, porque a los cincuenta días de haber desembarcado en Sicilia tomó el alcázar de los Siracusanos y despachó a Dionisio al Peloponeso. Alentados con estos sucesos los Corintios, envíanle dos mil infantes y doscientos caballos, los cuales, llegados a Turios, considerando arriesgada aquella travesía, por tener los Cartagineses obstruido el mar con muchas naves, precisados a detenerse allí esperando oportunidad, sacaron al fin partido de aquel ocio para una acción provechosa. Porque de los Turios, los que habían peleado contra los Brecianos, tomando esta ciudad y teniéndola como patria, la guardaron con leal y fiel custodia. Hícetes, que, como se ha visto, tenía sitiado el alcázar de Siracusa, impedía que a los Corintios les llegasen los víveres por mar; y respecto de Timoleón, habiendo sobornado a dos extranjeros para que a traición le diesen muerte, los envió a Adrano, donde, además de que aquel no solía usar guardia alguna para su persona, confiado en el dios, se entretenía todavía con menos cuidado y recelo en medio de los Adranitas. Supieron por casualidad los sobornados que iba a hacer un sacrificio, y dirigiéndose al templo con puñales encubiertos debajo de la ropa se metieron entre los que estaban junto al ara, y poco a poco se le fueron acercando más. No faltaba ya otra cosa sino que se diera la voz para la acometida, cuando uno de los circunstantes hiere con el puñal en la cabeza a uno de los dos, que cayó muerto; y entonces, ni se detuvo el que dio el golpe ni el que había ido con el herido, sino que aquel, de la misma manera como estaba con el puñal en la mano, dio a

huir y se subió a una piedra muy alta; y este otro, asiéndose al ara, pedía a Timoleón que le indultase bajo la condición de descubrirlo todo. Concediósele, y reveló contra sí y contra el muerto que habían sido enviados para asesinarle. En esto, ya otros traían al de la piedra, que venía gritando no haber cometido delito alguno, sino que con justicia había dado muerte a aquel hombre para vengar la de su padre, a quien antes la había dado aquel en Leoncio. Hubo entre los presentes algunos que lo atestiguaron, maravillándose al mismo tiempo de la destreza con que la Fortuna mueve unas cosas por medio de otras, y reuniéndolas y combinándolas todas, desde lejos se sirve de las que parece estar más distantes y no tener nada de común entre sí, haciendo que el fin de las unas sea el principio de las otras. Los Corintios premiaron a este hombre con diez minas, porque parece prestó una indignación justa al Genio que velaba sobre Timoleón; y aquella ira que tanto tiempo hacía abrigaba en su pecho no la gastó antes, sino que con el motivo de su particular encono la reservó íntegra para salud de aquel por disposición de la fortuna. Sirvióles este favor presente de la suerte para formar esperanzas sobre lo futuro, viendo que debían respetar y conservar a Timoleón como a un hombre sagrado, venido para ser por voluntad de los Dioses el vengador de la Sicilia.

XVII.- Hícetes, cuando vio que había errado el golpe, y que eran muchos los que se pasaban a Timoleón, se reprendió a sí mismo de que, siendo tantas las fuerzas de los Cartagineses, parecía que se había avergonzado de usar de ellas, y sólo como a escondidas y a hurtadillas se había valido

de su auxilio. Envió, pues, a llamar a Magón su general, con todo el cuerpo de sus tropas, el cual, por lo pronto, impuso miedo presentándose y tomando el puerto con ciento cincuenta naves, y conduciendo sesenta mil infantes que hizo acampar dentro de la ciudad de Siracusa: de manera que todos creían ser ya venida sobre la Sicilia aquella barbarie tan decantada y esperada de antemano, por cuanto nunca antes habían logrado los Cartagineses, a pesar de haber peleado mil veces en Sicilia, tomar a Siracusa, mientras entonces, admitiéndolos Hícetes, y entregándosela, había venido aquella ciudad a ser un campamento de los bárbaros. En tanto, los Corintios que ocupaban el alcázar no se sostenían sino con gran dificultad y trabajo, no recibiendo todavía víveres suficientes, antes escaseándoles por estar bien guardados los puertos, y teniendo que estar en continuos combates y peleas, ya defendiendo las murallas y ya teniendo repartida su atención en las máquinas y en todos los medios e instrumentos de un sitio.

XVIII.- Con todo, Timoleón no se olvidaba de socorrerlos, enviándoles de Catana víveres en barquillos de pescadores y en pequeños transportes, que principalmente en los momentos de tormenta se escabullían entre las galeras de los bárbaros, mientras a éstas las tenían separadas el oleaje y la borrasca. Echándolo de ver Magón e Hícetes, determinaron tomar a Catana, de donde los sitiados se surtían de lo necesario, y reuniendo la parte más aguerrida de sus fuerzas, dieron la vela desde Siracusa. Mas el corintio Neón, que éste era el nombre del que mandaba a los sitiados, observando desde el alcázar que los que habían quedado de los enemigos

estaban con poca vigilancia y cuidado, cargó de improviso sobre ellos en ocasión de hallarse desunidos, y dando muerte a unos, y obligando a otros a retirarse, tomó y ocupó el punto llamado Acradina, parte la más fuerte de la ciudad de Siracusa, la cual parece en alguna manera compuesta y formada de muchas poblaciones. Provisto, pues, de víveres y de dinero, no abandonó aquel sitio ni se acogió de nuevo al alcázar, sino que, fortificando la circunferencia de la Acradina, y juntándola por medio de obras avanzadas con aquella ciudadela, la tuvo en custodia. Alcanzó en esto un soldado de a caballo de los de Siracusa a Magón e Hícetes, que ya estaban cerca de Catana, y les refirió la pérdida de la Acradina. Aturdiéronse con semejantes nuevas y se retiraron precipitadamente, sin tomar la ciudad a que se encaminaban, y sin conservar la que poseían.

XIX.- Todavía estos sucesos dan a la prudencia y a la virtud algún asidero para contender con la fortuna; mas los que después sobrevinieron parece que enteramente fueron obra de la buena dicha. Los soldados corintios detenidos en Turios, temiendo por una parte a las galeras de los Cartagineses que les estaban en acecho bajo el mando de Anón, y viendo por otra que el mar estaba agitado del viento hacía muchos días, tomaron la determinación de hacer a pie su marcha por el país de los Brecianos; y ora usando de persuasión y ora de fuerza con aquellos bárbaros, arribaron a Regio, cuando todavía el mar permanecía alborotado. En tanto, al jefe de la escuadra cartaginesa, que no aguardaba a los Corintios, creyéndolos en la inacción, le vino la ocurrencia de

que era preciso que discurriese algún engaño a la manera de los generales sabios y astutos: mandó, pues, con esta idea a sus marineros ponerse coronas; y adornando las galeras con escudos griegos y fenicios, marcha la vuelta de Siracusa; y moviendo grande alboroto, pasa con algazara y risa por delante de la ciudadela, gritando que venía de haber vencido y cautivado a los Corintios, a los que había sorprendido en el mar, a fin de infundir con esto desaliento a los sitiados. Mas cuando él usaba de estas imposturas y embelecos, los Corintios, que por los Brecianos habían bajado hasta Regio, como no los observase nadie, y el viento calmado contra toda esperanza les proporcionase una travesía tranquila y apacible, embarcándose sin detención en los transportes y barcas de pesca que tuvieron a mano bogaron y se dirigieron a la Sicilia, tan seguramente y con tal serenidad, que llevaban los caballos del diestro nadando junto a las embarcaciones.

XX.- Hecha la travesía, y reunidos con Timoleón, tomó éste inmediatamente a Mesina; y ordenado su ejército partió para Siracusa, más confiado en su buena suerte y favorables sucesos que en sus fuerzas: porque las que tenía consigo no pasaban de cuatro mil hombres. Noticiado a Magón su arribo, no dejó de concebir inquietud y temor, y además entró en sospechas con el motivo siguiente. En las charcas inmediatas a la ciudad, donde se recoge mucha agua potable de fuentes y mucha también de los lagos y ríos que corren al mar, se cría abundancia de anguilas, y los que lo intenten pueden siempre hacer copiosa pesca; así, los asalariados de uno y otro ejército, estando en ocio y tregua, se dedicaban a

este ejercicio. Eran todos Griegos, y no teniendo entre sí motivo particular de enemiga, aunque en los combates peleaban denodadamente, en el tiempo de tregua se reunían v conferenciaban unos con otros; y entonces, entreteniéndose en la común ocupación de la pesca, trababan conversación, ponderando la apacibilidad del mar y la belleza de aquellos contornos. En una de estas ocasiones dijo uno de los que militaban con los Corintios: “¿Es posible que una ciudad como ésta, tan grande y tan abastada de bienes, habéis de querer barbarizarla vosotros siendo Griegos y establecer cerca de nosotros a esos malvados e inhumanos Cartagineses, respecto de los cuales habíamos de desear que mediaran muchas Sicilias entre ellos y la Grecia? ¿O acaso imagináis que habiendo movido su ejército desde las columnas de Heracles y el mar Atlántico, no han de haber venido aquí sino a exponerse para el establecimiento de Hícetes? El cual, si pensara como buen general, no desecharía a los de su metrópoli, ni atraería sobre la patria a los que no pueden menos de ser sus enemigos; sino que alcanzaría cuanto honor y poder le estuviese bien, haciéndose recomendable a los Corintios y a Timoleón”. Difundieron los soldados estas especies en el campamento, y con ellas hicieron concebir sospechas a Magón de que se trataba de venderle, cabalmente cuando hacía tiempo que buscaba pretextos para retirarse; así fue que por más que Hícetes le rogó se detuviese, y le hizo ver cuán superiores eran a los enemigos, reputando allá dentro de sí que era más lo que en virtud y fortuna le aventajaba Timoleón, que lo que él le excedía en fuerzas, levó repentinamente anclas y navegó al África, dejando que se le fuese

de entre las manos la Sicilia de un modo vergonzoso y contrario a toda humana prudencia.

XXI.- Presentóse al día siguiente Timoleón en orden de batalla, y habiendo los Siracusanos entendido la fuga, al ver el puerto desamparado, les causó risa la cobardía de Magón, y discurriendo por la ciudad hacían pregonar premios para el que dijese dónde se les había ido la escuadra cartaginesa. Con todo, Hícetes todavía se obstinaba en pelear, y no abandonaba la presa de la ciudad, sino que se rehacía en los puntos que conservaba, que eran fuertes y difíciles de tomar; entonces, Timoleón dividió sus fuerzas y acometió en persona por donde corre el Anapo, que era la parte de mayor resistencia; a otros, a quienes mandaba Isias de Corinto, les ordenó hiciesen una salida de la Acradina, y a la tercera división la dirigieron contra el punto llamado Epípolas Dinarco y Demáreto, que habían venido con los últimos socorros de Corinto. Hecha, pues, esta acometida a un tiempo por todas partes, y volviendo la espalda en precipitada fuga las tropas de Hícetes, el que se tomara la ciudad con el alcázar, quedando todo prontamente sujeto con la fuga de los enemigos, justo es que se atribuya al valor de los combatientes y a la pericia del general: pero el que no muriera, ni aun siquiera fuese herido, ninguno de los Corintios, obra fue precisamente de la fortuna de Timoleón, como si ésta contendiera con su virtud, para que los que lo entendiesen admiraran más su dicha que sus loables prendas; pues la fama no solamente corrió al punto por toda la Sicilia y por toda la Italia, sino que en breves días se difundió el eco de este admirable

triunfo por la Grecia; de manera que cuando en Corinto se dudaba si la armada había aportado, a un tiempo recibieron la noticia del arribo y de la victoria; ¡tan prósperamente corrieron los sucesos y tanto se complació la Fortuna en añadirla presteza a la brillantez de aquellas hazañas!

XXII.- Apoderado de la ciudadela, no le sucedió lo que a Dion, ni guardó respeto a aquel sitio por su belleza y por lo costoso de sus edificios, sino que, evitando la sospecha con que primero se calumnió a aquel, y después se le perdió, hizo echar pregón de que aquel de los Siracusanos que quisiera se presentara con su piqueta y tomara parte en la destrucción de aquellos baluartes de la tiranía. Como todos hubiesen concurrido, tomando como principio seguro de la libertad el pregón aquel y aquel día, no sólo destruyeron y derribaron el alcázar, sino también las casas y monumentos de los tiranos. En seguida hizo limpiar e igualar el suelo, y edificó allí los tribunales, congraciándose así más con los ciudadanos, y sobreponiendo la democracia el despotismo. Advirtió, luego de tomada la ciudad, que carecía de ciudadanos, habiendo perecido unos en las guerras y tumultos, y habiendo huido otros de las sucesivas tiranías; así la plaza pública de Siracusa había criado, por la falta de concurrencia, tanta y tan espesa maleza, que se apacentaban en ella los caballos, teniendo la hierba por cama los palafreneros. Las demás ciudades, a excepción de muy pocas, se habían hecho refugio de ciervos y jabalíes, y en las inmediaciones, al pie mismo de las murallas, cazaban muchas veces los aficionados a este ejercicio; y los que habitaban en los fuertes y pre-

sidios ninguno acudía a los llamamientos ni bajaba a la ciudad, sino que todos miraban con horror y odio la plaza, el gobierno y tribuna, de donde les habían brotado los más de los tiranos. Determinaron, pues, Timoleón y los de Siracusa escribir a los Corintios para que de la Grecia enviaran habitantes a aquella ciudad, puesto que su país no temía ser perturbado, y a ellos, de parte del África, les amenazaba una cruda guerra, habiendo entendido que los Cartagineses habían puesto en una cruz el cadáver de Magón, que se había dado muerte a sí mismo, en odio de su mal gobierno, y que venían con grandes fuerzas para pasar a Sicilia en aquel verano.

XXIII.- Llevadas estas cartas de parte de Timoleón, y llegando también embajadores de los Siracusanos, que les rogaban atendieran a aquella colonia y se hicieran por segunda vez sus fundadores, no se valieron los Corintios de esta ocasión para saciar su codicia, ni se apropiaron aquella ciudad, sino que. en primer lugar, se dirigieron a los juegos sagrados de la Grecia y a las grandes concurrencias, anunciando por pregón que los Corintios, que en Siracusa habían destruido la tiranía y habían lanzado de allí al tirano, llamaron a los Siracusanos y a los demás de Sicilia que quisieran habitar en aquella ciudad, para que, como libres e independientes, se repartieran por suertes el país con igualdad y con justicia; enviaron después mensajeros al Asia y las islas donde sabían haberse establecido muchos de los desterrados, invitándolos a todos a pasar a Corinto, donde tomarían a su cargo enviarlos con escolta, con buques y generales a sus

propias expensas a Siracusa. Con semejantes pregones se ganó Corinto la más justa y apreciable alabanza y la envidia de otros pueblos por haber libertado de tiranos, haber salvado de los bárbaros y haber entregado a sus propios ciudadanos aquella región. No considerándose en bastante número los que concurrieron a Corinto, hicieron diligencias para que se les agregaran más colonos del mismo Corinto y del resto de la Grecia, y cuando hubo como unos diez mil, se embarcaron para Siracusa. También de la Italia y de Sicilia se habían reunido ya muchos a Timoleón, llegando, según refiere Atanis, a sesenta mil, a los cuales les repartió el terreno y les vendió las casas en mil talentos, haciendo a los antiguos Siracusanos la gracia de que pudieran comprar las suyas y, proporcionando al mismo tiempo abundancia de fondos al pueblo, tan gastado con los demás males y con la guerra, que fue preciso vender las estatuas, votándose sobre cada una y entablándose un juicio, como cuando a los empleados se les piden cuentas; en tales términos, que se refiere haber conservado los Siracusanos, cuando daban sentencia contra las otras estatuas, la del tirano Gelón el mayor, guardándole este honor y respeto por la victoria que en Hímera ganó a los Cartagineses.

XXIV.- Enriquecida y repoblada la ciudad de esta manera por acudir a ella ciudadanos de todas partes, quiso Timoleón poner en libertad a las demás ciudades y acabar enteramente con las tiranías de la Sicilia; marchando, pues, con las tropas a sus capitales, redujo a Hícetes a la necesidad de separarse de los Cartagineses y de convenir por un tratado

en destruir las ciudades y vivir como particular en Leoncio: a Léptines, que tenía tiranizada a Apolonia y otros muchos pueblos, y que cuando se vio en peligro de ser hecho prisionero si entraba en lid, se le rindió a discreción, lo trató con indulgencia y lo hizo conducir a Corinto, teniendo por cosa gloriosa para la metrópoli el que los Griegos vieran a los tiranos de la Sicilia vivir en el destierro y la humillación. Queriendo, por otra porte, que los estipendiarios vivieran de la milicia y no estuvieran ociosos, aunque él se restituyó a Siracusa para atender al establecimiento del gobierno, ayudándose para lo más principal y delicado de estas tareas de Céfalo y Dionisio, legisladores que habían venido de Corinto, envió contra las posesiones de los Cartagineses a Dinarco y Demáreto; los cuales, sacando muchas ciudades del poder de los bárbaros, no sólo consiguieron vivir en la abundancia, sino que con el botín recogieron fondos para la guerra.

XXV.- Dirígese en tanto la armada de los Cartagineses al Lilibeo, conduciendo sesenta mil hombres de tropa, doscientas galeras y mil barcos, que traían a bordo máquinas y carros con víveres abundantes y todas las demás provisiones, no ya para hacer parcialmente la guerra, sino para arrojar a los Griegos de toda la Sicilia, siendo aquella fuerza suficiente para sojuzgar a los Sicilianos, aun cuando no estuvieran debilitados y gastados con sus mutuas contiendas; y cuando entendieron que su territorio había sido devastado, encendiéronse en ira contra los Corintios, siendo sus caudillos Asdrúbal y Amílcar. Llegada esta nueva velozmente a Siracusa, de tal manera se acobardaron los Siracusanos a la

vista de tan desmedidas fuerzas, que de tan grande número de ciudadanos apenas tres mil tuvieron ánimo para tomar las armas y juntarse con Timoleón. Los estipendiarios eran cuatro mil, y aun de éstos unos mil desertaron de miedo en la marcha, dándose a entender que Timoleón no estaba en su acuerdo, sino que deliraba por la edad, yendo con cinco mil infantes y mil caballos contra setenta mil enemigos y desviando sus fuerzas de Siracusa el camino de ocho días, con lo que ni los que huyesen tendrían salvamento ni los que muriesen sepulcro. Mas Timoleón reputó a ganancia el que éstos hubiesen manifestado su cobardía antes de la ocasión, y alentando a los otros los condujo a marchas forzadas al río Crimeso, adonde oyó haberse dirigido también los Cartagineses.

XXVI.- Iba subiendo a un collado, vencido el cual habían de descubrirse el ejército y todas las fuerzas de los enemigos, cuando llegaron a ellos unas acémilas cargadas de apios; a los soldados les ocurrió que era mala señal, porque tenemos la costumbre de coronar por piedad con apio los monumentos de los muertos, y de aquí nació el proverbio que dice, respecto del que se halla peligrosamente enfermo, que aquel está ya pidiendo apio. Queriendo, pues, apartarlos de semejante superstición y disipar su desconfianza, parando la marcha, les habló Timoleón en los términos que el caso pedía, y les dijo: “Que antes de la victoria la corona por sí misma se les venía a la mano, porque los Corintios coronan con apio a los que vencen en los Juegos Ístmicos, teniendo a esta planta por una insignia sagrada y propia de su país”.

Pues ya entonces era de apio la corona de los Juegos íst-micos, como lo es ahora de los Nemeos, y no mucho antes había sido de pino. Hablando, pues, Timoleón a los soldados en la forma que hemos dicho, y tomando unas hojas de apio, se coronó el primero: después de él lo hicieron los jefes, y luego la tropa. Divisaron entonces los adivinos dos águilas que por allí pasaban, de las cuales la una llevaba un dragón despedazado entre las garras, y la otra en su vuelo daba grandes y descompasados chillidos; mostráronlas, pues, a los soldados, y todos se movieron a hacer votos y plegarias a los Dioses.

XXVII.- Era entonces la estación del verano, a fines del mes Targelión, cuando ya el tiempo tocaba en el solsticio; y formando el río una densa niebla, al principio cubría con su oscuridad la ribera y nada podía verse

enemigos; solamente llegaba al collado un eco indeterminado y confuso, causado a lo lejos por un ejército tan numeroso. Mas luego que los Corintios acabaron de allanar el collado, y que dejando los escudos empezaron a tomar aliento, levantándose ya el Sol y alzando del suelo los vapores, espesado y condensado el aire en la parte superior, cubrió las alturas, quedando libres los terrenos bajos; descubrióse entonces el Crimeso, y se vio que le estaban pasando los enemigos, primero con los carros ordenados en batalla de un modo terrible, y en pos de ellos con diez mil infantes cuyos escudos eran blancos. Conjeturóse que éstos eran Cartagineses por la brillantez de sus arreos y por el apiñamiento y orden de su marcha. Agolpábanse luego todas las demás na-

ciones y emprendían el paso en desorden y confusión; lo que advertido por Timoleón conoció al punto que el río le proporcionaba tomar de la muchedumbre de los enemigos aquellos con quienes quisiera pelear. Ordenó, pues, que sus soldados que miraran la falange de los enemigos dividida por la corriente, habiendo pasado unos y estando otros por pasar, y mandó a Demáreto que con la caballería acometiese a los Cartagineses y desordenara su formación antes de verificarse. Bajó entonces al llano y encomendó a otros Sicilianos el mando de las dos alas, poniendo en cada una de ellas unos cuantos extranjeros; en el centro, tomando él mismo a los Siracusanos y lo más escogido de los estipendiarios, se paró por un breve instante para notar las operaciones de la caballería; mas viendo que los carros que discurrían delante de las filas no la dejaban venir a las manos con los Cartagineses, sino que muchas veces para no desordenarse la precisaban a hacer rodeos y dar en esta forma frecuentes acometidas, embrazando el escudo y gritando a los infantes que le siguiesen con denuedo, pareció que su voz fue mucho más fuerte y penetrante que de ordinario, bien fuese porque en aquel conflicto y con aquel calor se acrecentase efectivamente la voz, o porque algún Genio, según entonces lo creyeron muchos, le ayudase a gritar y gritase con él. Contestando aquellos inmediatamente al grito, y pidiéndole que los guiase y no se detuviese, hizo señal a la caballería para que acometiese por fuera de la línea de los carros y cargara por el ala a los enemigos; y él, cerrando la vanguardia, que se cubrió con los escudos, y dando orden de tocar a los trompetas, marchó para los Cartagineses.

XXVIII.- Sostuvieron éstos con valor el primer encuentro, y con tener defendido el cuerpo con corazas de hierro y morriones de bronce, y oponer unos anchos escudos pudieron esquivar los golpes de lanza. Mas cuando la pelea vino a las espadas, obra ya no menos de la destreza que la pujanza, repentinamente empezaron a desprenderse de los montes terribles truenos y encendidos relámpagos, y descendiendo al lugar de la contienda la nube desde los collados y alturas, trayendo consigo lluvia, viento y granizo, a los Griegos les daba por la espalda, mas a los bárbaros heríalos en la cara y deslumbrábales la vista, siendo continua la lluvia borrascosa y las llamaradas que partían de las nubes; cosas que de mil maneras afligían, especialmente a los bisoños. Incomodaba también no menos que los truenos el ruido de las armas, heridas de la espesa lluvia y los granizos, por cuanto impedía que se oyesen las órdenes de los caudillos. Además, yendo los Cartagineses nada ligeros en cuanto al armamento, sino de sobra defendidos, como hemos dicho, estorbábales el barro, y los senos de las túnicas llenos de agua les impedían manejarse con presteza en el combate, cuando los Griegos estaban muy listos para ofenderlos; y si caían, les era absolutamente imposible levantarse del lodo, a causa de las armas. El Crimeso también, desbordado ya con los que pasaban, se había aumentado con las lluvias; y la llanura inmediata, teniendo muchas desigualdades y hoyos, estaba llena de arroyuelos que corrían fuera de cauce, con los que, detenidos los Cartagineses, con dificultad podían salvarse. Por último, continuando la tormenta, y habiendo los

Griegos deshecho la primera línea, que era de unos cuatrocientos hombres, todo el ejército se entregó a la huída. Muchos, alcanzados todavía en la llanura, allí perecieron; a otra gran parte, tropezando con los que todavía se hallaban pasando el río, los arrebató y destruyó su corriente; y a los más, que se encaminaban a las alturas los persiguieron y deshicieron las tropas ligeras. Dícese que de diez mil muertos, tres mil eran Cartagineses: grande luto para aquella ciudad, porque ningunos otros les hacían ventaja, ni en origen, ni en riquezas, ni en reputación y no había memoria de que en una sola acción hubieran muerto jamás tantos Cartagineses, pues que echando comúnmente mano de Africanos, de Españoles y Númidas, la pérdida en sus derrotas era siempre ajena.

XXIX.- Advirtieron también los Griegos en los despojos la distinción de los vencidos, deteniéndose poco los que los despojaban en el bronce y el hierro: ¡tan abundante andaba la plata, y en tanta copia era el oro! Pues pasando el río cogieron el campamento con todas las brigadas. Muchos de los cautivos fueron ocultados por los soldados; pero aun presentaron en total hasta cinco mil, y también se cogieron doscientos carros. Mas lo que hacía una hermosa y magnífica vista era la tienda de Timoleón, alrededor de la cual estaban amontonados despojos de toda especie, entre ellos mil corazas primorosas por la materia y por la obra, y diez mil escudos. Siendo pocos para despojar a muchos, y hallándose con ricas presas, apenas al tercero día después de la batalla pudo erigirse el trofeo. Con la noticia de la victoria envió

Timoleón a Corinto las más hermosas armaduras de las del botín, queriendo que su patria excitase en todos los hombres una gloriosa emulación al ver en sola aquella ciudad de la Grecia los más magníficos templos, no adornados con despojos griegos, ni enriquecidos con indecorosos monumentos de ofrendas que hubieran sido fruto de la muerte de los de un mismo origen y una misma familia, sino con presas hechas a los bárbaros, cuyas inscripciones acreditaban a un tiempo el valor y la justicia de los vencedores, diciendo que los Corintios y Timoleón, su general, haciendo libres de los Cartagineses a los Griegos que habitaban en la Sicilia, habían hecho a los Dioses aquella ofrenda.

XXX.- Dejando en seguida en el ejército a los estipendiarios para correr y molestar la provincia de los Cartagineses, se encamino a Siracusa, y a aquellos mil estipendiarios que le abandonaron antes de la batalla les mandó por pregón salir de Sicilia, obligándolos a estar fuera de Siracusa antes de ponerse el sol. Navegaron, pues, a Italia, donde perecieron a mano de los Brecianos contra la fe de los tratados, imponiéndoles así algún Genio la justa pena de su traición. Mamerco, tirano de Catana, e Hícetes, fuese por envidia de las victorias de Timoleón, o por temerle como hombre de quien nada debían esperar, y que ningún trato quería tener con los tiranos, hicieron alianza con los Cartagineses y les enviaron a decir mandaran fuerzas y un general, si no querían ser absolutamente arrojados de la Sicilia. Vino, pues, Giscón trayendo sesenta galeras y soldados Griegos estipendiarios, siendo así que nunca antes los Cartagineses habían

echado mano de los Griegos; mas entonces tenían de ellos la más alta opinión, juzgándolos por los más invencibles y valientes de todos los hombres. Reunidos de común acuerdo en la Mesenia, dieron muerte a cuatrocientos de los estipendiarios de Timoleón que habían sido enviados en su auxilio; y en la provincia de los Cartagineses, habiéndose armado asechanzas cerca del pueblo llamado Ietas a los estipendiarios mandados por Éutimo Leucadio, todos perecieron: con lo que la dicha de Timoleón adquirió aún mayor nombradía: porque habían sido de los que con Filomelo de Focea y con Onomarco habían tomado a Delfos, haciéndose participantes de su sacrilegio. Aborrecidos, por tanto, y abominados de todos, andando errantes por el Peloponeso, fueron acogidos por Timoleón a falta de otros soldados; venidos con él a Sicilia, en todas las batallas en que a su lado se hallaron, hubieron la victoria; mas luego que tuvieron fin aquellos grandes y reñidos combates, enviados a dar auxilio a diferentes puntos, murieron o cayeron en cautiverio, no todos a la vez, sino por partes: atestiguando este modo de su castigo que en él intervenía la buena suerte de Timoleón, para que del castigo de los malos ningún daño resultase a los buenos. De esta manera vino a suceder que no menos resplandeció la benevolencia de los Dioses para con Timoleón en las cosas que pareció serle adversas, que en aquellas en que salió triunfante.

XXXI.- Los más de los Siracusanos estaban incomodadísimos de verse a cada momento denostados por los tiranos. Especialmente Mamerco, muy ufano con que com-

ponía poemas y tragedias, y engreído con haber vencido a los estipendiarios, al hacer a los Dioses la consagración de los escudos, había puesto por inscripción un dístico elegíaco muy afrentoso, de este tenor:

Estas rodelas que relumbran tanto
con púrpura, marfil, electro y oro,
con escudos de a palmo las tomamos.

Después de estos sucesos, habiendo Timoleón pasado con sus fuerzas a la Calabria, invadió Hícetes a Siracusa, donde tomó un rico botín, haciendo grandes daños y ofensas, y en seguida se encaminó también a la Calabria, no haciendo cuenta de Timoleón, que tenía poca gente. Dejóle éste adelantarse, y luego se puso en su persecución con la caballería y las tropas ligeras. Entendiólo Hícetes, y habiendo pasado el río Damiria, se paró al otro lado en actitud de defenderse, contribuyendo a darle osadía la dificultad del paso y lo escarpado del terreno por la una y otra orilla. Detuvo la batalla una disputa y contienda extraña entre los capitanes de Timoleón, porque ninguno quería ser el último en acometer a los enemigos, sino que cada uno aspiraba a ser el primero; así el paso se hizo en desorden, empujándose y atropellándose unos a otros. Quiso Timoleón que echaran suertes, para lo que tomó un anillo de cada uno, echólos todos en una punta de su manto, y habiéndolos revuelto, se halló que el primero tenía grabado por sello un trofeo, y luego que los jóvenes lo observaron, alzando con aquel gozo grande gritería, ya no esperaron otra suerte, sino que pasando precipitadamente el río por el orden en que estaban cayeron con ímpetu sobre los enemigos, los cuales no sos-

tuvieron el choque, sino que dieron a huir, abandonando todos las armas, y en el alcance murieron como unos mil de ellos.

XXXII.- Marchando de allí a poco con su ejército Timoleón al territorio de los Leontinos, tomó vivo a Hícetes, a su hijo Eupólemo y al general de la caballería, Éutimo, que fueron aprehendidos por sus propios soldados y conducidos a su presencia; Hícetes y su hijo sufrieron la muerte, que tenían merecida, como tiranos y traidores. Éutimo, sin embargo de ser hombre de valor para los combates y distinguido por su arrojo, no alcanzó compasión, por una expresión injuriosa contra los Corintios, de la que era acusado; porque se refería que cuando los Corintios movieron contra ellos, arengando a los Leontinos, les había dicho que nada había que debiera causar miedo o espanto en que:

Hubieran las mujeres de Corinto
salido o no salido de sus casas.

Así es que los más sufrimos peor las malas palabras que las malas obras, porque es más difícil de llevar el desprecio que la pérdida; y el vengarse con obras se permite como necesario a los enemigos; pero los dichos injuriosos parece que nacen de sobrado rencor y sobrada malicia.

XXXIII.- Vuelto Timoleón, los Siracusanos, formados en junta pública para este juicio, condenaron a muerte a la mujer e hijas de Hícetes; de todos los hechos de Timoleón es éste el que menos favor le hace; pues parece que si lo hubiese querido impedir, no se habría impuesto tal pena a

aquellas mujeres. Mas se cree que no se mezcló en ello, abandonándolas al encono de los ciudadanos, que tomaban en ellas venganza por Dión, el que expulsó a Dionisio; fue, en efecto, Hícetes el que arrojó vivos al mar a la mujer de Dión, Áreta; a su hermana, Aristómaca, y a su hijo, todavía pequeño; de lo que hemos hablado en la vida de Dión.

XXXIV.- Marchando después de esto con su ejército a Catana contra Mamerco, que le aguardó en orden de batalla junto al arroyo Ábolo, le venció y derrotó con muerte de unos dos mil, de los cuales eran no pequeña parte los Fenicios, enviados como auxilio por Giscón. De resulta de esto, le pidieron los Cartagineses la paz, y se vino en ella con las condiciones de quedar a Siracusa todo el terreno dentro del río Lico; que serían libres, todos los que quisiesen, de ir a establecerse a Siracusa, entregándoseles sus bienes y familias, y que se apartarían de la alianza con los tiranos. Mamerco, desalentado ya en sus esperanzas, navegaba a Italia para concitar a los de Luca contra Timoleón y los Siracusanos. Mas habiendo cambiado de rumbo con sus naves los que iban con él, y dirigídose a Sicilia, donde hicieron a Timoleón entrega de Catana, se vió en la precisión de acogerse a Mesana, buscando el amparo de Hipón, tirano de aquella ciudad. Vino contra ellos Timoleón y les puso sitio por tierra y por mar, e Hipón, al querer huir en un buque, fue apresado y puesto en manos de los Mesenios, los cuales convocaron a los muchachos de las escuelas para que vieran como el más agradable espectáculo el castigo de un tirano; le condujeron al teatro, y allí le azotaron hasta quitarle la vida. Mamerco se

entregó a Timoleón para ser juzgado por los Siracusanos, bajo la condición de que Timoleón no le acusase. Conducido a Siracusa, se presento al pueblo, e intentó pronunciar un discurso que tenía compuesto de antemano; pero siendo interrumpido y observando que de la junta no podía esperar nada favorable, arrojando la capa en medio del teatro, dio a correr, y con aquel ímpetu fue a estrellarse de cabeza en uno de los asientos para quitarse la vida; mas no consiguió que fuese aquella su muerte, sino que se le alcanzó todavía con vida y se le hizo sufrir la pena de los salteadores.

XXXV.- Desarraigó, pues, Timoleón las tiranías y dio fin a las guerras del modo que se ha referido. En cuanto a la isla toda, que la encontró irritada con sus males y mirada con tedio de sus habitantes, de tal manera la aplacó e hizo apetecible, que vinieron otros habitantes a un punto del que antes se habían retirado sus propios ciudadanos; porque entonces se repoblaron Agrigento y Gela, ciudades grandes que hicieron los Cartagineses abandonar con motivo de la guerra ática; viniendo a habitar la una Megelo y Feristo desde Elea, y la otra Gorgo, desde Ceo, trayendo consigo a los antiguos ciudadanos. Así, procurando no solamente seguridad y reposo después de tales agitaciones a los que en ellas se establecían, sino proporcionándoles todavía otras muchas cosas, y dándoles aliento, fue de sus ciudadanos mirado y venerado como fundador. Los mismos eran los sentimientos de todos los demás hacia él, y ni en la terminación de una guerra, ni en la formación de una ley, ni en el establecimiento de una colonia, ni en el arreglo de un gobierno, parecía haberse acertado si él no intervenía, y si como perfeccionador de la

obra no contribuía a exornarla, añadiéndole cierta gracia sobresaliente y como divina.

XXXVI.- Muchos Griegos había habido antes de él que se habían hecho ilustres y que habían ejecutado grandes cosas, de cuyo número son Timoteo, Agesilao, Pelópidas y aquel a quien más se propuso imitar Timoleón, Epaminondas; mas las hazañas de éstos presentan lo brillante confundido con cierta violencia y esfuerzo, tanto, que en algunas tuvo lugar la reprensión y el arrepentimiento, mientras que cuando en todos los hechos de Timoleón, si ponemos fuera de cuenta el estrecho en que se vio respecto del hermano, ninguno hay al que no le convenga, como dice Timeo, aquella exclamación de Sófocles:

¿Qué Afrodita o Amores, sacros Dioses,
han puesto aquí su poderosa mano?

Porque así como la poesía de Antímaco y los cuadros de Dionisio, ambos Colofonios, en que hay fuerza y valentía, tienen el aire de cosas hechas con esfuerzo, y muy trabajadas, y en las pinturas de Nicómaco y en los versos de Homero al vigor y gracia se agrega el parecer que están hechos con gran soltura y facilidad, de la misma manera, comparados los generalatos de Epaminondas y Agesilao, servidos con dificultad y grande esfuerzo con el generalato de Timoleón, en el que hubo tanta facilidad como esplendor, no le parecerá éste, al que bien le advierta, obra de la Fortuna, sino de una virtud afortunada. Con todo, él atribuyó siempre a la Fortuna sus buenos sucesos, y tanto escribiendo a sus amigos de Corinto como arengando a los Siracusanos dijo

muchas veces daba gracias a Dios porque, teniendo determinado salvara la Sicilia, había sobrepuesto su nombre de él en este decreto. Edificó asimismo al lado de su casa un templo al *Acaso*, en que hizo sacrificio, y la casa misma la consagró al sagrado Genio. Era ésta la que los Siracusanos le habían regalado por premio de su acertado mando, juntamente con un terreno de lo más agradable y delicioso, en el que se recreaba la mayor parte del tiempo, habiendo hecho venir de Corinto a su mujer y sus hijos; pues ya no volvió allá, ni se mezcló en las turbaciones de la Grecia, ni tampoco quiso incurrir en la envidia por gobernar, en que suelen estrellarse los más de los generales por la insaciable ansia de honores y mando, sino que pasó allí su vida, gozando de los bienes que él mismo había proporcionado, de los cuales era el mayor ver tantas ciudades y tantos millares de hombres que por él eran dichosos.

XXXVII.- Mas como a la cogujada no puede faltarle moño, según Simónides, ni tampoco al gobierno popular calumniador, tomaron por su cuenta a Timoleón estos dos alborotadores Lafistio y Deméneto. Pedía Lafistio que diese fianzas en cierta causa, y él no permitió a los ciudadanos que se alborotaran y se lo impidieran, diciendo que había llevado con gusto tantos trabajos y peligros para poner a los Siracusanos en estado de que el que quisiera pudiera usar de las leyes. Deméneto le acusaba en la junta pública de muchos capítulos por cosas de su mando; mas nada le contestó, y solamente dijo que estaba muy reconocido a los Dioses por ver a los Siracusanos en posesión de la libertad que tanto les

había deseado. Obró, pues, sin contradicción más grandes e ilustres hazañas que ninguno de los Griegos antes de él; no hubo quien le aventajase en aquellas acciones a cuya práctica suelen los sofistas excitar en sus panegíricos a los Griegos: de los males que en lo antiguo afligieron a la Grecia, debió a su fortuna el que le hubiese sacado puro y sin mancha: a los bárbaros y a los tiranos les hizo experimentar su valor y su pericia, como a los Griegos, y a todos sus amigos su justicia y su mansedumbre: erigió a sus ciudadanos muchos trofeos de otros tantos combates, que no les costaron lágrimas ni lloros; y en ocho años aún no cabales entregó la Sicilia a sus habitantes, libre de sus envejecidos y como nativos males. Entonces, ya siendo anciano, empezó a decaer de la vista, que del todo perdió de allí a poco, no porque hubiese dado causa a ello embriagado con su fortuna, sino, a lo que parece, por una enfermedad de familia que con la edad concurrió a este accidente; pues se dice que no pocos de los que eran sus deudos por linaje perdieron del mismo modo la vista, acortándoseles por la vejez. Atanis refiere que fue en el campamento, durante la guerra contra Hipón y Mamerco en Milas, donde empezó a acortársele la vista, no dudándose ya de que iba a perderla: mas que con todo no por eso alzó el sitio, sino que continuó la guerra hasta apoderarse de los tiranos; y que luego que volvió a Siracusa, depuso inmediatamente el mando, pidiendo la relevación a los ciudadanos, en vista de que ya los negocios habían sido llevados al más feliz término.

XXXVIII.- El que hubiese llevado sin pesadumbre este infortunio no será quizá de grande admiración; mas lo que sí debe causarla es el honor y veneración que estando ya ciego le manifestaron los Siracusanos, haciéndole frecuentes visitas y llevando a su casa y a su propiedad a los viajantes forasteros para que viesen a su bienhechor, contándoles con reconocimiento el que hubiese preferido quedarse con ellos a pasar sus días sin hacer caso de la gloriosa vuelta a la Grecia, que sus admirables sucesos le habían preparado. Hicieron y determinaron en su honor muchas y muy señaladas demostraciones, entre las que no cede a ninguna la de haber decretado que el pueblo siracusano, siempre que se le ofreciere guerra contra extranjeros, hubiera de valerse de general corintio. También era cosa digna de verse lo que, cuando concurría a las juntas públicas, se hacía en su honor: porque las cosas pequeñas las determinaban por sí: mas para los negocios de importancia le llamaban: venía, pues, en carroza, y por la plaza se dirigía al teatro, e introducido su carruaje, en el que iba sentado, el pueblo le saludaba, nombrándole todos a una voz. Correspondíalos, y dando algún tiempo a los obsequios y a las alabanzas, inquiría luego qué era de lo que se trataba, y manifestaba su dictamen. Sancionado que era, sus ministros sacaban otra vez la carroza del teatro, y los ciudadanos, despidiéndole con voces de júbilo y alegría, despachaban después por sí lo que restaba de los negocios públicos.

XXXIX.- Envejeciendo, pues, en medio de tanto honor y benevolencia como padre común de todos, con muy pe-

queña ocasión, que agravó su edad, vino por fin a fallecer. Diéronse algunos días a los Siracusanos para disponer su entierro y a los circunvecinos y forasteros para concurrir a él. Dispusiéronse coros brillantes, y jóvenes señalados de antemano por un decreto llevaron el féretro, ricamente adornado, pasándolo por los alcázares tiránicos de los Dionisios, entonces asolados. Acompañáronle millares de millares de hombres y mujeres, que hacían una perspectiva muy decorosa, como en una solemnidad, llevando todos coronas y vestidos de fiesta; mas los gritos y lágrimas, mezclados con los elogios del muerto, lo que demostraban era, no un oficio de honor ni unas exequias ordenadas de antemano, sino un dolor justo y el reconocimiento que inspira un amor verdadero. últimamente, puesto el féretro en la pira, Demetrio, que era de los heraldos el que tenía más voz, publicó este pregón que llevaba escrito: “El pueblo de los Siracusanos ofrece doscientas minas para el entierro de Timoleón, hijo de Timodemo, natural de Corinto, y decreta honrarle perpetuamente con combates músicos, ecuestres y gimnásticos, porque, habiendo deshecho a los tiranos, vencido a los bárbaros y repoblado muchas ciudades desiertas, dio leyes a los Sicilianos”. Púsose su monumento en la plaza, y cercándole más adelante con pórticos y edificando palestras, formaron para los jóvenes un gimnasio, que llamaron Timoleoncio: y ellos, disfrutando del gobierno y leyes que les estableció, por largo tiempo vivieron prósperos y felices.

PAULO EMILIO

I.- Convienen los más de los historiadores en que en Roma la casa de los Emilios era de las patricias y de las más antiguas; pero en cuanto a que el primero de ellos, que dejó a la familia este apellido, hubiese sido Mamerco, hijo del sabio Pitágoras, dándosele el nombre de Emilio por su elegancia y gracia en el decir, esto sólo lo refieren algunos de los que atribuyen a Pitágoras la educación del rey Numa. Los individuos de esta casa que alcanzaron gran renombre, y fueron muchos, debieron su gloria y prosperidad a la virtud, por la que siempre trabajaron; y aun la desventura de Lucio Paulo en la jornada de Canas acreditó su prudencia y su valor, pues cuando vio que no podía reducir a su colega a que no diese la batalla, aunque contra su voluntad, entró a participar con él del combate: mas no participó de la fuga, sino que, abandonado el peligro aquel que le provocó, él, firme y peleando con los enemigos, acabó su vida. La hija de éste, Emilia, casó con Escipión el mayor, y su hijo Paulo Emilio, cuya vida escribimos, habiendo nacido en un época brillante por la gloria y la virtud de los hombres más ilustres y excelentes, sobresalió, sin embargo, con todo de no emular los

ejercicios de los jóvenes entonces más acreditados, ni seguir desde el principio la misma senda: porque no ejercitó la elocuencia en las causas, y se dejó enteramente de las salutaciones, de los halagos y de los cumplimientos a que se dedicaban los más distinguidos de ellos para ganar popularidad, haciéndose serviciales y obsequiosos, no obstante que no le faltaba para todo esto habilidad, sino que prefirió como más apreciable la gloria que acompaña al valor, a la justicia y a la lealtad, virtudes en que muy pronto se aventajó a todos los de su tiempo.

II.- El cargo primero que pidió, de los más distinguidos en la república, fue el de edil, para el que fue preferido a doce concurrentes, que todos se dice haber sido después cónsules. Criado para el sacerdocio de los llamados Augures, a los cuales tienen los Romanos por inspectores y celadores de la adivinación por las aves y los prodigios, de tal modo observó las costumbres patrias y emuló la piedad de los antiguos en las cosas de la religión, que este sacerdocio, que hasta entonces no había parecido más que un honor, apetecido precisamente por cierta gloria y opinión, compareció entonces como una de las artes más perfectas, viniendo a coincidir con el sentir de aquellos filósofos que habían definido la piedad ciencia del culto de los Dioses; porque todo lo hizo con ensayo y con esmero, no ocupándose en otra cosa cuando de éstas se trataba, ni omitiendo o innovando nada, sino conferenciando siempre e instruyendo a sus colegas hasta en las cosas más pequeñas, de manera que si alguno podía tener por leve y muy disculpable el faltar en estos

objetos religiosos, él hacía ver que era peligrosa para la ciudad la remisión y negligencia en ellos. Porque ninguno empieza de pronto a trastornar el gobierno con un gran crimen, sino que abren camino para destruir la guarda de las cosas mayores los que descuidan del celo y esmero en las pequeñas. Por el mismo término se ostentó maestro y celador de las costumbres militares, no con hacerse popular en el mando, ni aspirando, como muchos entonces, a los segundos grados con hacerse obsequioso y blando a los súbditos, sino con observar las costumbres de la milicia como un sacerdote las ceremonias más tremendas, y haciéndose temible a los desobedientes y transgresores: así es como hizo prosperar a la patria, teniendo casi por secundario el vencer a los enemigos respecto del instruir a sus ciudadanos.

III.- Tenían que sostener entonces los Romanos la guerra suscitada con Antíoco el Grande , y mientras marchaban contra él los generales más acreditados, se movió otra nueva guerra en el Occidente por los grandes alborotos ocurridos en España. Envióse a ella a Emilio, con el cargo de pretor, el cual no se mostró con solas seis fasces, que era el número concedido a los pretores, sino que tomó otras tantas; de manera que su mando en la dignidad se hizo consular. Venció, pues, dos veces en batalla campal a los bárbaros, exterminando hasta treinta mil; esta victoria parece que fue puramente obra del general, por haber sabido elegir los puestos y haberla hecho fácil a los soldados con el paso de cierto río. Tomó en consecuencia posesión de doscientas cincuenta ciudades que voluntariamente le abrieron las puertas,

y, dejando en paz y concordia la provincia, se restituyó a Roma; no habiéndose hecho más rico con este mando ni en un maravedí. Porque, generalmente, era poco cuidadoso de su hacienda y nada escaso en el gasto con proporción a lo que tenía, que no era mucho, pues debiéndose pagar después de su muerte la dote de su mujer, apenas hubo lo preciso.

IV.- Casóse con Papiria, hija de Masón, varón consular, y después de haber vivido en su compañía largo tiempo, disolvió aquel matrimonio, no obstante haber tenido de ella una ilustre sucesión, pues que dio a luz al célebre Escipión y a Fabio Máximo. Causa escrita de este repudio no ha llegado a nuestra edad, pero quizá fue uno de aquellos que hicieron cierta una especie que corre acerca del divorcio. Había un Romano repudiado a su mujer, y le hacían cargo sus amigos, preguntándole: “¿No es honesta? ¿No es hermosa? ¿No es fecunda?” Y él, mostrando el zapato, al que los Romanos llaman *calceo*, les dijo: “¿No me viene bien? ¿No está nuevo? Pues no habría entre vosotros ninguno que acertase en qué parte del pie me aprieta”. Y en verdad que por grandes y conocidos yerros se separaron algunos de sus mujeres; pero los tropiezos, aunque pequeños, continuos, de genio y diferencia de costumbres, éstos se ocultan a los de afuera, y engendran, sin embargo, con el tiempo, en los que viven juntos, desazones insufribles. Separado por este término Emilio de Papiria, casáse con otra, y habiendo tenido en ella dos hijos varones, a éstos los mantuvo a su lado, y a los otros los introdujo en las primeras casas y en los linajes más ilustres; al

mayor, en la de Fabio Máximo, que fue cinco veces cónsul, y al menor le adoptó el hijo de Escipión Africano, de quien era primo, prestándole su nombre de Escipión. De las hijas de Emilio, con la una casó el hijo de Catón, y con la otra Elio Tuberón, varón de singular probidad, que de todos los Romanos fue el que manifestó mayor decoro en la pobreza. Porque eran diez y seis de un origen, Elios todos; y entre tantos no tenían sino una casita sumamente pequeña y un campo que proveía a todos, no manteniendo más que un solo hogar, con muchos hijos y muchas mujeres. Entre éstas se contaba la hija de Emilio, que fue dos veces cónsul, y triunfó otras dos, sin que se avergonzase de la pobreza de su marido, sino que más bien veneraba su virtud, por la que era pobre. Ahora los hermanos y demás de un origen, si al repartir lo que era común no lo separan con regiones enteras, con ríos y con elevadas cercas, y si no ponen en medio entre unos y otros un dilatado terreno, no cesan de altercar. Estas cosas las conserva la Historia para que los que quieran sacar provecho las consideren y examinen.

V.- Emilio, designado cónsul, marchó con ejército contra los Ligures del pie de los Alpes, a los algunos llaman Ligustinos, gente belicosa y soberbia, que con el ejercicio habían aprendido de los Romanos a hacer la guerra a causa de la vecindad, porque ocupan la última extremidad de la Italia enlazada con los Alpes, y aun aquella parte de estos montes que baña el Mar Tirreno y está opuesta al África, mezclados con los Galos y con los Españoles de las costas. Habíanse dado también entonces al mar con barcos de piratas, con los

que estorbaban y despojaban al comercio, extendiendo su navegación hasta las columnas de Hércules. Cuando se dirigió contra ellos Emilio reuniéronse hasta cuarenta mil en número para hacerle frente. No tenía éste más que ocho mil, y con ser ellos cinco veces doblados, trabó combate. Desbaratólos, y cerrándolos dentro de los muros les hizo proposiciones humanas y admisibles, por cuanto no entraba en las miras de los Romanos acabar con la gente de los Ligures, que era como un vallado y antemural puesto para contener los movimientos de los Galos, que amenazaban siempre caer sobre la Italia. Fiándose, pues, de Emilio, pusieron a su disposición las naves y las ciudades; y él, no ofendiendo en nada a éstas, se las volvió con sólo arruinar las murallas; mas por lo que hace a las naves, se apoderó de todas y no les dejó ni aun una lancha que fuera de más de tres remos. Los cautivos, aprisionados por tierra y por mar, los restituyó salvos, habiendo hallado entre ellos muchos forasteros y romanos. Y éstos son los hechos señalados que tuvo este consulado. Después se presentó muchas veces queriendo volver a ser elegido, y aun se mostró candidato; pero viéndose desairado y desatendido, se mantuvo en el retiro, ocupado solamente en lo relativo a su sacerdocio y atendiendo a la educación de sus hijos, dándoles la del país, que podía mirarse como patria, del modo que él la había recibido; pero poniendo más empeño en la educación griega: porque no solamente puso, al lado de aquellos jóvenes, gramáticos, sofistas y oradores, sino también escultores, pintores, adiestradores de caballos y de perros y maestros de cazar; y el padre, si no había cosa pública que se lo impidiese, presenciaba siem-

pre sus estudios y sus ejercicios, mostrándose entre los Romanos el más amante de sus hijos.

VI.- Era aquella, en punto a los negocios públicos, la época en que, haciendo la guerra a Perseo, rey de los Macedonios, habían sido acusados los generales de que, por impericia y cobardía, se habían conducido mal y vergonzosamente, siendo más que el daño hecho a los enemigos el que ellos habían recibido. Y es que habiendo poco antes echado más allá del Tauro a Antígono llamado el Grande, haciéndole abandonar todo lo demás del Asia, y encerrándole en la Siria, de manera que se dio por muy contento con obtener la paz a costa de quince mil talentos; y habiendo de allí a poco deshecho a Filipo, libertado a los Griegos del poder de los Macedonios, y vencido a Aníbal, con el que ningún rey era comparable en arrojo ni en poder, no podían llevar en paciencia el combatir sin sacar ventajas, como con un rival de Roma, con Perseo, que hacía ya mucho tiempo que les hacía la guerra con las reliquias de las derrotas de su padre. Olvidábanse para esto de que, habiendo visto Filipo mucho más quebrantado el poder de los Macedonios, lo había hecho más fuerte y belicoso; de lo cual habré de dar razón brevemente, tomando la narración de más arriba.

VII.- Antígono, que entre todos los sucesores y generales de Alejandro fue el que alcanzó mayor poder, adquirió para sí y para su familia el título de rey, y tuvo por hijo a Demetrio, de quien lo fue Antígono, por sobrenombre Gonatas, y de éste otro Demetrio, que habiendo reinado no largo tiem-

po, falleció, dejando un hijo, todavía niño, llamado Filipo. Temerosos de la anarquía, los próceres macedonios dieron la autoridad a Antígono, primo del difunto, y uniendo con él en matrimonio a la madre de Filipo, primero le llamaron tutor y general, y después, habiéndole hallado benigno y celoso del bien común, le dieron el título de rey, apellidándole por sobrenombre Dosón , como muy prometedor y poco cumplidor de sus promesas. Reinó después de éste Filipo, recomendándose como el que más de los reyes, a pesar de ser todavía mancebo; y ya se le atribuía la gloria de que restableciera a la Macedonia en su antigua dignidad, y que sería él sólo quien contuviese el poder romano que amenazaba a todos; mas, vencido en un gran batalla cerca de Escotusa por Tito Flaminino, entonces bajó la cabeza e hizo entrega de todo cuanto tenía a los Romanos, dándose por muy contento con que no se le exigiera más. Hallóse luego mal con este estado, y creyendo que el reinar por merced de los Romanos más era propio de un esclavo atento sólo al vientre, que no de un hombre adornado de prudencia y de pundonor, volvió su consideración a la guerra, y empezó a disponerla encubiertamente y con gran destreza. Porque desatendiendo y dejando debilitarse y yermarse las ciudades de carretera, y las inmediatas al mar, como si las tuviese en poco precio, fue congregando muchas fuerzas; y llenando las aldeas, las fortalezas y las ciudades mediterráneas de armas, de provisiones y de hombres robustos, preparaba así la guerra y la tenía como encerrada y encubierta: de armas en buen estado había treinta mil; de trigo entrojado en casa, ochocientas mil fanegas, y un acopio de provisiones bastante a

mantener diez mil estipendiarios por diez años para defender el país. Mas no llegó el caso de que éste promoviera y adelantara la guerra, por haberse dejado morir de pesar y abatimiento, a causa de que descubrió que había hecho morir injustamente a su otro hijo Demetrio, por una calumnia del que valía menos. El que le sobrevivió, llamado Perseo, heredó con el reino el odio a los Romanos, aunque no era capaz de hacerles frente por su bajeza de alma y la perversidad de sus costumbres; en las que, no obstante que entraban diferentes pasiones y malos afectos, dominaba, sin embargo, la avaricia, y aun se decía que ni siquiera era legítimo, sino que la mujer de Filipo lo recogió recién nacido, habiéndolo dado a luz una costurera de Argos, llamada Gnatenia, y ocultamente se lo dio a aquel por hijo. Y ésta se cree haber sido la principal causa por la que de miedo hizo dar muerte a Demetrio, no fuese que, teniendo la casa heredero legítimo, viniese al cabo a descubrirse su bastardía.

VIII.- Mas con todo de ser desidioso y de bajo espíritu, arrastrado del ímpetu de los mismos negocios, se decidió a la guerra, y contendió largo tiempo, habiendo derrotado a generales de los Romanos que habían sido cónsules, y grandes y poderosos ejércitos, y aun de algunos alcanzó victoria. Porque a Publio Licinio, cuando iba a invadir la Macedonia, lo rechazó con su caballería, con muerte de dos mil y quinientos hombres escogidos, haciendo a otros tantos prisioneros, y hallándose la escuadra romana anclada cerca de Oreo , marchó inesperadamente contra ella y tomó veinte galeras con sus cargamentos, echando a pique las demás, que

contenían provisiones. Apoderóse también de cuatro naves de cinco órdenes de remos, y ganó segunda batalla, en que humilló a Hostilio, también consular, obligándole a retirarse por Elimia; provocándole a batalla cuando marchaba sin querer ser sentido por la Tesalia, logró ahuyentarle. Miró después como una distracción de la guerra el marchar contra los Dárdanos, haciendo que desdeñaba a los Romanos y los dejaba descansar, y destrozó a diez mil de aquellos bárbaros, tomando grandes despojos. Acometió también a los Galos establecidos cerca del Istro, conocidos con el nombre de Bastarnas, nación poderosa en caballería y ejercitada en la guerra. Excitó asimismo a los Ilirios, por medio de su rey Gentio, a que le auxiliaran en la guerra, y hay fama de que, ganados por él estos bárbaros con la soldada, cayeron sobre la Italia por la parte del Adriático.

IX.- Sabidos estos sucesos de los Romanos, pareciólesería bueno dejarse en la designación de generales del favor y la condescendencia, y llamar al mando a un hombre de juicio que supiera conducirse en los negocios arduos. Éste era Paulo Emilio, adelantado sí en edad, pues tenía unos sesenta años, pero fuerte todavía y robusto, y de gran influjo por sus clientes, sus hijos jóvenes y el gran número de amigos y parientes poderosos en la república, los cuales todos le inclinaban a que se prestase a los votos del pueblo que le llamaba al consulado. Al principio recibió mal a la muchedumbre, y desdeñó su celo y su ansia de honrarle, como quien no necesitaba de tal mando; mas, presentándosele todos los días a sus puertas rogándole que concurriese a la plaza y aclamán-

dole, se dejó por fin convencer; y mostrándose entre los que pedían el consulado, pareció no que iba a recibir el mando, sino que llevaba ya la victoria y el triunfo de la guerra, y que daba facultad a los ciudadanos para celebrar los comicios: ¡tanta fue la esperanza y seguridad que inspiró a todos! Nombráronle, pues, segunda vez cónsul, no dejando que se echaran suertes sobre el mando de las provincias, como era de costumbre, sino decretándole desde luego el mando de la guerra macedónica. Cuéntase que retirándose a su casa con brillante acompañamiento, luego que fue proclamado cónsul por todo el pueblo, encontró muy llorosa a su hija Tercia, todavía muy pequeña, y que saludándola le preguntó qué era lo que le afligía; y ella, llorando y echándosele al cuello, le respondió: "¿Pues no sabes, padre, que se me ha muerto Perseo?" diciéndolo por un perrillo que había criado y tenía este nombre, y que el padre le dijo: "En buen hora, hija, y admito el agüero". Refiere este suceso Cicerón el orador en sus libros de la *Adivinación.*

X.- Era costumbre que los elegidos cónsules, para mostrar su agradecimiento, saludaran al pueblo con semblante risueño desde la tribuna; mas Emilio, congregando en junta a los ciudadanos, les dijo que él había pedido el primer consulado apeteciendo el mando, y el segundo porque ellos buscaban un general; por tanto, que ninguna gratitud les debía, y que si pensaban que otro conduciría mejor las cosas de la guerra, se desistía del mando; mas si confiaban en él, que en nada se mezclaran ni anduvieran alborotando, sino que con silencio se ayudaran a preparar lo necesario para la ex-

pedición, pues si querían mandar al que los mandaba, se harían más ridículos de lo que eran en las cosas de la guerra. Con este discurso causó gran vergüenza a los ciudadanos, inspirándoles al mismo tiempo gran confianza en el éxito; estando todos muy contentos con no haber hecho caso de los aduladores y haber elegido un general de tanta franqueza y prudencia. ¡Hasta este punto se sacrificaba el pueblo romano por la virtud y la honestidad cuando se trataba de dominar y ser el primero de todos!

XI.- El que Emilio Paulo, marchando a aquella campaña, hubiera llegado al ejército con mucha prontitud y seguridad, haciendo su navegación felizmente y sin tropiezo, téngolo desde luego por cosa prodigiosa, y por lo que hace a la guerra misma y los sucesos de ella, parte atribuyo a lo pronto de su decisión, parte a su buen consejo, y parte también a la diligencia de sus amigos; mas al ver que todo se hizo en virtud de intrepidez en los peligros y de gran firmeza en las determinaciones, obra tan señalada y gloriosa como ésta no considero que deba atribuirse, como respecto de otros generales, a la buena, dicha de este insigne varón; a no ser que se quiera llamar buena dicha de Emilio la avaricia de Perseo, la cual, temiendo por el dinero, echó por tierra y aniquiló las grandes y brillantes esperanzas que en aquella guerra tenían fundadas los Macedonios. Porque a su ruego acudieron a él los Bastarnas, diez mil de a caballo y diez mil de relevo, todos a sueldo, hombres que no entendían de labrar la tierra, ni de navegar, ni de vivir pastoreando ganado, sino que estaban dados a una sola obra y a un solo arte, que era el de,

hacer siempre la guerra y vencer a sus contendores. Luego, pues, que llegaron a acamparse cerca de Médica , mezclados con los soldados del rey aquellos hombres altos en su estatura, ágiles en los ejercicios del cuerpo, altivos y vanagloriosos en sus amenazas contra los enemigos, infundieron a los Macedonios la opinión y confianza de que los Romanos no los aguardarían, sino que se asustarían al ver sus semblantes y movimientos extraños y espantosos. Después que Perseo había dispuesto así los ánimos, y llenándolos de tamañas esperanzas, cuando le pidieron mil áureos por cada uno de los capitanes, irresoluto y fuera de tino con la demanda de tanto dinero, por codicia desechó y abandonó el socorro que se le ofrecía, como si fuera mayordomo y no enemigo de los Romanos, y como si hubiera de dar una cuenta exacta de los gastos de la guerra a aquellos con quienes combatía, cuando éstos le mostraban lo que había de hacer, con tener, como tenían, sobre todo el demás repuesto, cien mil hombres reunidos y prontos para lo que fuera menester; mas él, teniendo que contrarrestar tales fuerzas y tal guerra, en la que era inmenso lo que había de expenderse, andaba midiendo y escaseando el dinero, temiendo tocarlo como si fuese ajeno; y esto lo hacía, no uno que venía de los Lidios o de los Fenicios, sino uno que remedaba por el linaje la virtud de Alejandro y de Filipo, los cuales, con pensar que los sucesos se habían de comprar con el dinero, y no el dinero con los sucesos, alcanzaron cuanto se propusieron; pues se decía que no era Filipo quien tomaba las ciudades de los Griegos, sino el oro de Filipo; y Alejandro, al emprender la expedición de la India, viendo que los Macedonios arrastraban con trabajo

el gran botín que tomaron a los Persas, lo primero que hizo fue poner fuego a sus carros, y después persuadió a los demás que hicieran otro tanto, para marchar ágiles a la guerra, como desembarazados de un estorbo. Mas Perseo, anteponiendo el oro a sí mismo, a sus hijos y al reino, no quiso salvarse a costa de un poco de dinero, sino ir cautivo al igual que otros muchos, como un rico esclavo, a hacer ver a los Romanos cuánta era la riqueza que avaro y escaso les había reservado.

XII.- Pero no solamente despidió a los Galos con embustes, sino que habiendo solevantado a Gentio, el rey de Iliria, ofreciéndole trescientos talentos para que le auxiliara en la guerra, llegó sí a contarles el dinero a los que vinieron de su parte, y se lo presentó para que lo sellaran; mas luego, como Gentio, en la inteligencia de tener seguro lo que había pedido, hubiese ejecutado una acción impía y execrable, que fue prender y poner en cadenas a los embajadores que le enviaron los Romanos, entonces, echando ya cuenta Perseo con que no era necesario el alargar dinero para que Gentio hiciese la guerra, pues había dado pruebas bien seguras de enemistad y por sí mismo se había empeñado en ella con semejante injusticia, privó a aquel infeliz de los trescientos talentos, y miró con indiferencia que en pocos días hubiera sido con la mujer y los hijos arrojado del reino, como de un nido, por el pretor Lucio Anicio, que había sido enviado con tropas contra él. ¡Éste era el contrario con quien marchaba Emilio! Así, aunque a él le despreciaba, sus preparativos y sus fuerzas no dejaron de sorprenderle; porque los de a ca-

ballo eran cuatro mil y pocos menos de cuarenta mil los infantes que formaban la falange. Retiróse con este aparato a las orillas del mar, por las faldas del Olimpo, a sitios que no tenían entrada, y que además habían sido defendidos por él con fosos y con vallados de madera; por lo que estaba sin sobresalto, creyendo que con el tiempo y los excesivos gastos arruinaría a Emilio. Éste en su ánimo no estaba ocioso, sino que revolvía en él toda especie de ideas y tentativas; y como viese que los soldados con la anterior disciplina llevaban mal la inacción y se propasaban a indicar cosas impracticables, los reprendió sobre ello y les intimó que no se metieran ni pensaran en otra cosa que en ver cómo cada uno se prepararía a sí mismo y sus armas para el tiempo del combate, cómo usaría de la espada al modo romano, que la oportunidad el general la indicaría: mandando también que las guardias de noche las hicieran sin lanza, para estar más atentos y defenderse mejor del sueño, ante el temor de no poder rechazar los ataques del enemigo.

XIII.- Por lo que los soldados andaban mas alborotados era por la falta de agua, pues la poca y mala que tenían manaba a la orilla del mismo mar. Reparó entonces Emilio que el monte Olimpo, tan elevado, estaba poblado de árboles; y conjeturando por el verdor de ellos que no podía menos de contener raudales que corrieran a la parte baja, les hizo abrir respiraderos y pozos en la misma falda. Llenáronse éstos al punto de agua clara, que corría por su peso e ímpetu del terreno que la estrechaba y como exprimía al sitio vacío. Con todo, no falta quien sostenga que hay fuentes de agua ya

formada y escondida en los lugares de donde aquellas manan, y que su salida no es ni descubrimiento ni rotura, sino formación y reunión en aquel punto de materia que se liquida, y que esto sucede porque con la aglomeración y el frío se liquida el vapor húmedo, cuando comprimido a la parte más baja fluye y se hace corriente; pues tampoco los pechos de las mujeres se han de considerar como odres que estén llenos de leche ya formada, sino que, transformando dentro de sí la comida, elaboran y cuelan la leche; de esta misma manera los lugares fríos y abundantes en fuentes no contienen agua oculta, ni son reservatorios que arrojen de sí los grandes raudales de los caudalosos ríos, como de un principio pronto y permanente, sino que comprimiendo el viento y el aire, con el apretarlo y espesarlo lo vuelven en agua; y las excavaciones que se hacen en aquellos terrenos conducen y contribuyen mucho para esta especie de compresión, liquidando y haciendo fluidos los vapores, como los pechos de las mujeres para la lactancia; por el contrario, aquellos terrenos que están muy apretados no son a propósito para la formación del agua, porque no tienen el movimiento que la elabora.

Mas los que tales cosas profieren, como que se complacen en acertijos, pues dicen también que los animales no tienen sangre dentro del cuerpo, sino que se forma, al ser heridos, de un cierto aire, o con la mudanza de las carnes, que es la que obra su salida y su licuación. Pero a éstos los refutan los ríos que se dirigen a lo más profundo de los lugares subterráneos y de las minas, no formándose poco a poco, como había de suceder si tomaran su origen de un re-

pentino movimiento de la tierra, sino siendo ya en sí abundantes y caudalosos; así vemos también que, desgajándose una piedra, corre un gran caudal de agua y después se para. Mas baste de estas cosas.

XIV.- Estuvo Emilio en reposo por algunos días, y se dice que, hallándose al frente uno de otro ejércitos tan poderosos, jamás se vio una inquietud semejante; mas empezó luego a hacer tentativas y esfuerzos por todas partes, y como llegase a entender que un solo punto se había quedado sin fortificar por la parte de Perrebia, hacia el templo de Apolo y la Roca, trató este negocio en consejo, dándole mayor esperanza el no estar defendido aquel sitio que temor su aspereza y fragosidad, que era por las que lo habían dejado sin custodiar. Entre los que se hallaban presentes, Escipión, llamado Nasica, yerno de Escipión Africano, y que más adelante tuvo mucha autoridad en el Senado, fue el primero que se ofreció a tomar el mando para encaminarse al punto designado, y después de él se presentó con grande ardimiento Fabio Máximo, el hijo mayor de Emilio, que todavía era muy mozo. Contento, pues, Emilio, les dio no tantas fuerzas como refiere Polibio, sino las que el mismo Nasica dice haber llevado consigo en carta escrita a un rey sobre estos sucesos. Los italianos, que no eran de la tropa de línea, subían a tres mil, y el ala izquierda, a cinco mil; y tomando con éstos Nasica ciento y veinte caballos y doscientos hombres de los Tracios y Cretenses, que mezclados estaban a las órdenes de Hárpalo, marchó por el camino que conducía al mar, y se acampó cerca de Heraclea, como si hubiese de

embarcarse en las naves y cercar el ejército de los enemigos. Mas luego que los soldados comieron el rancho y sobrevinieron las tinieblas, descubriendo a los capitanes el verdadero, intento, caminó de noche en dirección opuesta al mar, y haciendo alto, dio descanso a la tropa bajo el templo de Apolo. Por esta parte, la altura del Olimpo pasa de diez estadios, como lo acredita una inscripción del que la midió, que dice así:

Desde el templo de Apolo hasta la cumbre
es del excelso Olimpo la medida
- perpendicularmente fue tomada-
de estadios una década, y sobre ella
un peletro , al que pies le faltan cuatro.
Fue el medidor Xenágoras de Eumelo
Salve ¡oh rey, y feliz suceso tengas!

Es opinión de los geómetras que ni la altura de los montes ni la profundidad del mar pasan de diez estadios; pero Xenágoras parece que hizo esta medición, no a la ligera, sino por reglas y con los instrumentos convenientes.

XV.- Pasó allí Nasica la noche, y cuando Perseo, que veía a Emilio al frente en suma quietud, estaba distante de pensar en lo que sucedía, le llegó un tránsfuga cretense, que vino corriendo a noticiarle la marcha de los Romanos. Sobresaltóse con esta nueva, y aunque no movió el ejército, poniendo a las órdenes de Milón diez mil extranjeros estipendiarios y dos mil Macedonios, le envió a que sin dilación ocupase los pasos. Polibio dice que los Romanos sorprendieron a

estas tropas estando todavía dormidas; pero Nasica refiere que en las alturas hubo un reñido encuentro, y que él mismo dio la muerte a un Tracio que le vino a las manos, hiriéndole en el pecho con la lanza, con lo que el enemigo cedió; y como Milón hubiese dado a huir vergonzosamente en túnica y sin armas, siguió el alcance con seguridad y condujo a lo llano sus soldados. Con estos sucesos levantó Perseo a toda prisa el campo, y hubo de retirarse sobrecogido ya de miedo y muy decaído de sus esperanzas. Érale, sin embargo, indispensable, o aguardar delante de Pidna y aventurar una batalla, o recibir al enemigo con un ejército dispersado por las ciudades, pues una vez descendido a lo llano no podía ser arrojado sino con gran mortandad y carnicería, mientras allí sus fuerzas eran grandes y el ardor de los soldados no podía menos de anunciarse peleando por la defensa de sus hijos y sus mujeres, a presencia del rey, y tomando éste parte en los peligros, que fue con lo que dieron ánimo a Perseo sus amigos. Formó, pues, su ejército y se apercibió a la pelea, reconociendo los sitios y distribuyendo los mandos, como para salir de sorpresa al encuentro de los Romanos en su misma marcha. El sitio tenía una llanura acomodada a la formación de la falange, que necesitaba de terreno igual, y había collados seguidos que favorecían las acometidas y retiradas de los cazadores y tropas ligeras. Corrían en medio los ríos Esón y Leuco, que, aunque no muy caudalosos entonces por ser el fin del verano, parecía, sin embargo, que oponían a los Romanos algún obstáculo.

XVI.- Reunióse en esto Emilio con Nasica, y descendió en orden contra los enemigos; mas luego que vio su formación y su número, suspendió, maravillado, la marcha, como para hacer entre sí algunas consideraciones. Ardían por venir a las manos los caudillos jóvenes, y cercándole le rogaba que no se detuviese; sobre todo Nasica, que había adquirido confianza por lo bien que le había salido su expedición del Olimpo. Sonriósele Emilio, y le dijo: "Muy bien si yo tuviera tu edad; pero las muchas victorias, que me han hecho conocer los errores de los vencidos, me impiden el que en la marcha trabe batalla contra una falange ordenada y descansada". En seguida dio orden para que las primeras tropas que estaban a la vista de los enemigos, quedando en escuadras, presentaran el aire de una formación, y que los de la retaguardia, mudando de posición, pusieran el valladar para acamparse: de esta manera, yéndose quedando por orden los que estaban delante para los últimos, no se advirtió que había deshecho la formación y que todos se habían colocado sin desorden en los reales. Al hacerse de noche, y cuando después del rancho se iban a dormir y descansar, la luna, que estaba en su lleno y bien descubierta, empezó de pronto a ennegrecerse, y desfalleciendo su luz, habiendo cambiado diferentes colores, desapareció. Los Romanos, como es de ceremonia, la imploraban para que les volviese su luz, con el ruido de los metales, y alzando al cielo muchas luces con tizones y hachas; mas los Macedonios a nada se movieron, sino que el terror y espanto se apoderó del campo, y entre muchos corrió secretamente la voz de que aquel prodigio significaba la destrucción de su rey. No era Emilio hombre

enteramente nuevo y peregrino en las anomalías que los eclipses producen, los cuales a tiempos determinados hacen entrar la luna en la sombra de la tierra y la ocultan, hasta que pasando de la sombra vuelve otra vez a resplandecer con el sol. Mas con todo, siendo muy dado a las cosas religiosas, e inclinado a los sacrificios y a la adivinación, apenas vio a la luna enteramente libre, le sacrificó once toros; no bien se hizo de día, ofreció nuevo sacrificio de la misma especie a Hércules, no parando hasta veinte, y al primero y al vigésimo se observaron prodigios que dijo adjudicaban la victoria a los que se defendiesen. Hizo, pues, voto al mismo dios de otros cien bueyes y de juegos sagrados, mandando a los caudillos ordenar el ejército para la batalla; mas aguardó con todo a la inclinación y desvío del resplandor, para que el sol, desde el oriente, no los deslumbrara en la pelea dándoles de cara, por lo que estuvo dando tiempo, sentado en su tienda, la que tenía abierta por la parte de la llanura y del campo de los enemigos.

XVII.- Hacia la entrada de la tarde, dicen algunos que, con designio de preparar Emilio que fuese de los enemigos la acometida, dio orden de que los Romanos soltaran por aquella parte un caballo sin freno, y que, yendo en su persecución, éste fue el principio de la pelea; mas otros sostienen que al retirarse con forraje los bagajes de los Romanos los acometieron los Tracios, mandados por Alejandro; que en defensa de aquellos salieron corriendo setecientos Ligures, y que acudiendo muchos al socorro de unos y otros, así fue como de ambas partes se trabó la pelea. Emilio, conjeturan-

do, como un buen piloto, por el repentino ímpetu y movimiento de los ejércitos, lo arriesgado de aquella lucha, salió de la tienda y recorrió las filas de la infantería, infundiéndoles aliento; Nasica, que se había dirigido a las tropas ligeras, reparó en que faltaba muy poco para que estuviese ya trabado el combate con todas las fuerzas enemigas. Venían los primeros los Tracios, cuyo aspecto se dice ser muy fiero, hombres de procerosa estatura, con escudos blancos y relucientes, y botas de armadura, vestidos de túnicas negras, llevando pendientes del hombro derecho espadas largas de grave peso. Seguían a los Tracios los estipendiarios, con armas muy diversas, y con ellos venían mezclados los de la Peonia. El tercer orden era de las tropas escogidas de los Macedonios, los más sobresalientes en robustez y edad, deslumbrando con armas de oro y con ropas de púrpura. Colocados éstos en formación, sobrevinieron del campamento las falanges con bronceados escudos, llamadas calcáspidas, llenando el campo del resplandor del hierro y de la brillantez del metal, y haciendo resonar por los montes la vocería y confusión de los que mutuamente se animaban; habiéndose hecho con tal arrojo y prontitud esta embestida, que los primeros cadáveres cayeron a dos estadios del campamento de los Romanos.

XVIII.- Trabada la pelea, se presentó Emilio, y llegó a tiempo en que ya los primeros Macedonios, enristradas las lanzas, herían en los escudos de los Romanos, que no podían ofenderlos en lo vivo con sus espadas. Mas cuando después, desprendiendo del hombro los demás Macedonios

las adargas, y recibiendo también a una sola señal con las lanzas en ristre a los legionarios Romanos, vio la fortaleza de la formación y la presteza del ataque, no dejó de sorprenderse y concebir temor, por no haber visto nunca un espectáculo tan terrible; así es que hacía mención frecuente de aquella sensación y de aquel espectáculo. Ostentóse entonces a sus combatientes con rostro sereno y placentero, recorriendo a caballo las filas sin yelmo y sin coraza. Mas el rey de los Macedonios, lleno de miedo, según dice Polibio, luego que se comenzó la batalla, huyó a caballo a la ciudad, pretextando que iba a sacrificar a Herades, que no recibe sacrificios tímidos de los cobardes ni acepta votos injustos: pues no es justo en ninguna manera que el que no tira al blanco lleve el premio, ni que venza el que no resiste, ni que salga bien el que nada hace, ni, finalmente, que tenga buena suerte el hombre malo. Por el contrario, a los ritos de Emilio se prestó grato el dios, pues peleando rogaba la victoria y buen éxito de la guerra, y combatiendo llamaba al dios en su auxilio. Con todo, un escritor llamado Posidonio, que se dice haber coincidido en aquellos tiempos y en aquellos sucesos, el cual compuso la historia de Perseo en muchos libros, dice que no se retiró por miedo ni a causa del sacrificio, sino que en el principio de la batalla le sucedió ya que un caballo lo dio una coz en un muslo, y en la batalla misma, no obstante que se hallaba muy incomodado, y que lo contenían los amigos, hizo que del bagaje le trajeran un caballo; que montando en él se colocó en la falange sin coraza, y que tirándose de una y otra parte muchas armas arrojadizas, le alcanzó un dardo todo de hierro, el cual no le dio de punta,

sino que el golpe se corrió por el costado izquierdo; mas con todo, con el ímpetu de la marcha se le abrió la túnica y se vio la carne enrojecida con una gran contusión que por mucho tiempo conservó la señal del golpe; así es como Posidonio hace la apología de Perseo.

XIX.- No pudiendo los Romanos romper la falange cuando llegaron a embestirla, Salio, comandante de los Pelignos, echó mano de la insignia de sus soldados y la arrojó contra los enemigos, por lo que, corriendo los Pelignos hacia aquel sitio, pues no es lícito ni aprobado entre los Italianos el abandonar la insignia, se vieron hechos y sucesos terribles en aquel encuentro de una y otra parte. Porque los unos procuraban con sus espadas apartar las lanzas, defenderse de ellas con los escudos o retirarlas cogiéndolas con la mano, y los otros asegurando el golpe con entrambas y apartando con las mismas armas a los que los acometían, como no bastasen ni el escudo ni la coraza para contener la violencia de la lanza, derribaban de cabeza los cuerpos de los Pelignos y Marrucinos, que, desatentados, corrían encolerizados como fieras a los golpes contrarios y a una muerte cierta. Mientras así eran molestados los de la vanguardia, no se contuvieron en su lugar los que formaban en pos de ellos, sin que esto fuese una fuga, sino una retirada al monte llamado Olocro: de manera que Emilio rasgó, según dice Posidonio, sus vestiduras al ver que éstos cedían y que los demás Romanos evitaban la falange, en la que no podían hacer mella, pues con la espesura de las lanzas, como con un vallado, se les presentaba por todas partes invencible. Mas como ad-

virtiese, por ser luego el terreno desigual y no poder la fila mantener firme la reunión de los escudos, que la falange de los Macedonios empezaba a tener muchas interrupciones y muchos claros, como es preciso que suceda en los ejércitos grandes y en los encuentros diferentes de los que pelean, deteniéndose en unas partes y adelantándose en otras, recorrió repentinamente y dividió sus escuadrones, dándoles orden de que metiéndose por los claros y vacíos de los enemigos, y trabándose con ellos, no lidiaran una sola batalla contra todos, sino muchas e interpoladas por partes. Luego que Emilio enteró de esto a los jefes, y los jefes a los soldados, dividiéndose éstos y metiéndose dentro de la formación, acometieron a unos por los costados que no tenían defensa, y cayeron con ímpetu sobre otros, pues ya rota la falange, su fuerza y su acción, unida enteramente, se había desvanecido; y, como en estos combates singulares y contra pocos los Macedonios hiriesen con sus cortos alfanjes en unos escudos firmes y muy anchos, y resistiesen mal con sus endebles adargas a las espadas de aquellos que por su pesadez y la firmeza de los golpes pasaban por entre toda la armadura hasta la carne, se entregaron a la fuga.

XX.- Grande era la contienda contra éstos; y en ella Marco, el hijo de Catón, yerno de Emilio, que había dado pruebas del mayor valor, perdió la espada. Como era propio de un joven instruido en muchas ciencias, y que a su gran padre era deudor de hechos correspondientes a una gran virtud, teniendo por la mayor afrenta que vivo él quedara una prenda suya en poder de los enemigos, corre la línea y

donde ve algún amigo o deudo le refiere lo que le ha sucedido y le pide auxilio. Reúnensele muchos de los más esforzados, y rompiendo con ímpetu por entre los demás, bajo la guía del mismo Marco, se arrojan sobre los contrarios. Retirándolos con muchas heridas, y dejando el sitio desierto y despejado, se dedican a buscar la espada. Aunque con gran dificultad, halláronla por fin escondida bajo montones de armas y de cadáveres, con lo que alegres y triunfantes cargan con mayor denuedo sobre aquellos enemigos que aún resistían. Finalmente, los tres mil escogidos, manteniendo su puesto y peleando siempre, todos fueron deshechos; hízose en los demás que huían terrible carnicería, tanto, que el valle y la falda de los montes quedaron llenos de cadáveres, y los Romanos, al pasar al día siguiente de la batalla el río Leuco, vieron sus aguas teñidas todavía en sangre. Dícese que murieron más de veinticinco mil; de los Romanos perecieron, según dice Posidonio, ciento, y según Nasica, ochenta.

XXI.- Tuvo esta gran batalla una terminación muy pronta, porque habiéndose comenzado a la novena hora, antes de la décima habían ya alcanzado la victoria. Lo que restaba del día lo emplearon en seguir el alcance, persiguiéndolos hasta ciento y veinte estadios; de manera que ya se retiraron entrada la noche. Saliéronlos a recibir los criados con antorchas, y con gran regocijo y algazara los condujeron a las tiendas, que estaban iluminadas y adornadas con coronas de hiedra y laurel; mas el general recibió una terrible pesadumbre, porque militando en su ejército dos de sus hijos, no parecía por ninguna parte el más joven de ellos, que era

al que más amaba, y al que veía sobresalir por su natural inclinación a la virtud entre sus hermanos. Siendo de un ánimo arrojado y pundonoroso, y todavía de edad muy tierna, tenía por cierta su pérdida, creyendo que por la inexperiencia se habría metido entre los enemigos en lo recio de la pelea. Con esta incertidumbre daba extremadas muestras de dolor; lo que, sentido por todo, el ejército, se pusieron en movimiento, dejando los ranchos, y empezaron a marchar con luces, unos a la tienda de Emilio, y otros a buscarle delante del campamento entre los primeros cadáveres, fue sumo el disgusto del ejército y el ruido que se promovió por aquella llanura, llamando todos a Escipión, porque a todos les pareció desde el principio a propósito para el mando y el gobierno, y moderado en sus costumbres tanto como el que más de sus deudos. Era ya muy tarde, y casi se había perdido toda esperanza, cuando se le vio retirarse del alcance con dos o tres de sus amigos, lleno todavía de sangre de los contrarios, porque como cachorro de generosa raza se había ido muy adelante, entusiasmado desmedidamente con el gozo de la victoria. Este el aquel Escipión que más adelante destruyó a Cartago y Numancia, y fue con mucha ventaja el primero por su virtud y el de mayor poder entre los Romanos de su edad. Dilatóle a Emilio la Fortuna para otro tiempo el acíbar de este triunfo, dándole entonces llenamente el sabroso placer de la victoria.

XXII.- Perseo marchó huyendo de Pidna a Pela, habiéndose salvado de la batalla casi todos los de a caballo; mas como los alcanzase la infantería, empezólos a denostar por cobardes y traidores, derribándolos de los caballos y dándo-

les de golpes; por lo que, temeroso de aquel alboroto, sacó el caballo del camino, y quitándose la ropa de púrpura para no ser conocido, la puso en la grupa, y la diadema la tomó en sus manos; y habiendo hablado a sus amigos sin parar de andar, echó pie a tierra y tomó el caballo del diestro. De aquellos, uno empezó a fingir que se aseguraba el zapato que se le había desatado; otro, que daba de beber al caballo; otro, que tenía sed, y yéndole dejando de esta manera, a toda prisa lo abandonaron, no tanto por temor de los enemigos, como de su crueldad. Agitado con tantos males, procuraba echar a todos, apartándola de sí, la culpa de aquella derrota. Entró, ya llegada la noche, en Pela; y como al recibirle Eucto y Euleo, que eran los encargados del tesoro, le hicieran algunas reconvenciones sobre lo sucedido, y le hablaran y aconsejaran tan franca como inoportunamente, montó en cólera y dio por sí mismo muerte a ambos con su espada; con lo que nadie quedó a su lado, fuera de Evandro de Creta, Arquedamo de Etolia y Neón de Beocia. De los soldados siguiéronle los Cretenses, no tanto por afición como por golosina de sus riquezas, al modo que las abejas a los panales. Porque era mucho lo que llevaba y lo que presentó a la codicia de los Cretenses para robarlo, en vasos, fuentes y demás vajilla de plata y oro, hasta la suma de cincuenta talentos. Pasó primero a Anfípolis, y de allí después a Galepso, y como se le hubiese desvanecido un poco el miedo recayó nuevamente en el más antiguo de sus vicios, que era la avaricia; quejóse, pues, con sus amigos, de que neciamente había abandonado a los Cretenses algunas de las brillantes alhajas de Alejandro el Grande, exhortando a los que las tenían, no

sin ruegos y lágrimas, a que las cambiaran por dinero. Los que le conocían bien no dudaron que aquello era cretizar con los Cretenses; mas ellos cayeron en el lazo, y entregándolas, se quedaron sin nada, porque no les dio el dinero; y aun tomó prestados de los amigos treinta talentos, los mismos que de allí a poco habían de ocupar los enemigos y con aquellos navegó a Samotracia, donde, fugitivo, se acogió al templo de los Dioscuros.

XXIII.- Habían tenido siempre fama los Macedonios de ser amantes de sus reyes, pero entonces, abatidos todos como cuando de pronto falta el apoyo, se entregaron a Emilio, al que en dos días hicieron dueño de toda la Macedonia; este hecho parece conciliar mayor crédito a los que atribuyen todos estos sucesos a un especial favor de la Fortuna. Pero aún es más maravilloso lo que acaeció en el sacrificio: pues sacrificando Emilio en Anfípolis, en el acto mismo cayó un rayo en el ara, el que abrasó las víctimas y perfeccionó la ceremonia. Con todo, aun sube de punto sobre este prodigio y sobre la dicha de Emilio la rapidez de la fama, pues al día cuarto de haber alcanzado de Perseo esta victoria de Pidna, estando en Roma el pueblo viendo unas carreras de caballos, repentinamente corrió la voz en los primeros asientos del teatro de que Emilio, habiendo vencido a Perseo en una gran batalla, había subyugado toda la Macedonia, y de allí se difundió luego la misma voz por toda la concurrencia; con lo que en aquel día, fue grande el gozo que con algazara y regocijo se apoderó de la ciudad. Mas como luego se viese que aquel rumor vago no tenía apoyo u origen seguro, por

entonces se desvaneció y disipó; pero tenida a pocos días la noticia positiva, se pasmaron todos de aquel anticipado anuncio, que pareciendo falso dijo la verdad.

XXIV.- Dícese que de la batalla de los Italianos junto al río Sagra se tuvo noticia en el mismo día en el Peloponeso, así como en Platea de la de Mícale contra los Medos; y cuando los Romanos vencieron a los Tarquinos y a los del Lacio sus auxiliadores, de allí a muy poco llegaron dos mensajeros, varones de gran belleza y estatura, que trajeron el aviso, y se conjeturó que eran los Dioscuros. El primero que tropezó con ellos en la plaza, cuando junto a la fuente estaban dando de beber a sus caballos cubiertos de sudor, se quedó pasmado con el anuncio de esta victoria: ellos después se dice que le cogieron con la mano la barba sonriéndosele blandamente, y como al punto la barba negra se volviese roja, este suceso concilió crédito a la noticia, y a aquel hombre el apellido de Enobarbo, que viene a ser el de la barba bronceada. También ha ganado crédito a todas estas relaciones lo sucedido en nuestros días, porque cuando Antonio se rebeló contra Domiciano se esperaba enconada guerra de parte de la Germanía; y siendo grande la turbación en Roma, de repente y por sí mismo difundió el pueblo la fama de una victoria, corriendo por toda Roma la voz de que el mismo Antonio había sido muerto, y de que, derrotado su ejército, ni señal había quedado de él. Esta noticia adquirió tal certeza y seguridad, que muchos de los principales ofrecieron sacrificios. Inquirióse luego sobre el primero que lo refirió, y como no aparecía nadie, sino que el rumor co-

rriendo de unos en otros se desvaneció, viniendo a lo último a parar en nada arrojado en una muchedumbre confusa como en un piélago inmenso, sin que se le diese origen ninguno cierto, aquella fama se borró del todo en la ciudad. Mas cuando ya Domiciano había marchado con su ejército a la guerra, le encontró en el camino la noticia, y cartas en que se le daba cuenta de la victoria, y se halló que el día de la fama fue el mismo que el del suceso, habiendo de distancia de un punto a otro más de veinte mil estadios: cosa que de los de nuestra edad no ignora nadie.

XXV.- Gneo Octavio, colega de Emilio en el mando, que aportó a Samotracia, respetó para con Perseo el asilo en honor de los Dioses, pero le cerró la salida y la fuga por el mar: con todo, pudo a escondidas ganar a un tal Oroandes de Creta, que tenía un barquichuelo, para que le admitiese en él con sus riquezas; mas éste, usando de las artes cretenses, tomó de noche todo su caudal, y diciéndole que a la siguiente fuese al puerto Demetrio con los hijos y la familia precisa, se hizo a la vela al mismo anochecer. Pasó en esta ocasión Perseo por angustias bien miserables, habiendo tenido que salvar la muralla por una estrecha tronera él, sus hijos y su mujer, no estando todavía hecho a riesgos y trabajos: así, lanzó un lamentable suspiro, cuando andando perdido en la playa se llegó a él uno y le dijo haber visto que Oroandes había salido apresuradamente al mar. Porque clareaba ya el alba, y destituido de toda esperanza se retiró corriendo hacia la muralla, no sin ser de los Romanos observado; mas con todo logró adelantarse a ellos con su mujer.

Los hijos, tomándolos por la mano, los había entregado a Ion, y éste, que antes había sido el favorito de Perseo, se convirtió entonces en traidor; lo que principalmente contribuyó a que aquel desgraciado, como fiera que ha perdido sus cachorros, se viera en la precisión de dejarse prender y entregar su persona a los que ya se habían apoderado de sus hijos. Tenía su principal confianza en Nasica, y por éste preguntaba; mas como no pareciese, lamentando su suerte, y sujetándose a la necesidad, se puso como cautivo en manos de Gneo, manifestando bien a las claras que era en él un vicio más ruin que el de la avaricia el de la cobardía y apego a la vida, por el cual se privó del único bien que la Fortuna no puede arrebatara los caídos, que es la compasión. Porque habiendo rogado que le llevaran a la presencia de Emilio, éste, como debía hacerse con un hombre de tanta autoridad sobre quien había venido una ruina tan terrible y desgraciada, levantándose de su asiento salió a recibirle con sus amigos, derramando lágrimas, y él, poniendo el rostro en el suelo, que era un vergonzoso espectáculo, y abrazándole las rodillas, prorrumpió en exclamaciones y ruegos indecentes, que Emilio no pudo escuchar con paciencia, sino que, mirándole con rostro enojado y severo: “Miserable- le dijo- ¿Por qué libras a la Fortuna de uno de sus mayores cargos, haciendo cosas por las que se ve que si eres desgraciado lo tienes merecido, y que no es de ahora sino de siempre haber sido indigno de ser dichoso? ¿Por qué echas a perder mi victoria y apocas mi triunfo, haciendo ver que no eras un enemigo noble y digno de los Romanos? La virtud alcanza para los desgraciados gran parte de reverencia aun entre los

enemigos, pero la cobardía, aun cuando sea afortunada, es para los Romanos la cosa más despreciable".

XXVI.- Con todo, levantándole y dándole la diestra, lo encomendó a Tuberón, y reuniendo después fuera de la tienda a sus hijos y yernos, y a los más jóvenes de los que tenían mando, estuvo largo rato pensativo entre sí con gran silencio, tanto, que todos estaban admirados; mas comenzando luego a disertar sobre la fortuna de los sucesos humanos: ¿Habrá hombre- exclamó- que en la presente prosperidad crea que le es dado engreírse y envanecerse de que ha sojuzgado una nación, una ciudad o un reino? La Fortuna, poniéndonos a la vista esta mudanza como un ejemplo en el que todo conquistador contemple la común flaqueza, nos amonesta que nada debemos considerar como estable y seguro; porque ¿cuál será el tiempo en que pueda el hombre vivir confiado, cuando el dominar a los otros obliga a estar más temeroso de la Fortuna, y la idea de que la suerte revuelve y acarrea por veces iguales desastres, ahora a unos y luego a otros, debe infundir recelos al que se huelga como más favorecido? ¿Acaso viendo que la herencia de Alejandro, cuyo poder y dominación llegó al grado más alto que se ha conocido, en menos de una hora la habéis humillado bajo vuestros pies, y que unos reyes, que poco ha imperaban a tantas legiones de infantería y a tantos escuadrones de caballería, reciben ahora la comida y bebida diaria de manos de los enemigos, podéis pensar que vuestras cosas han de tener una consistencia que pueda prevalecer contra el tiempo? ¿No será más razón que, dando de mano a ese orgullo y a

esa vanidad de la victoria, reprimáis vuestros ánimos, estando siempre atentos a lo futuro, para ver qué fin prepara el hado a cada uno de vosotros en contrapeso de tamaña felicidad?" Pronunciadas estas y otras semejantes razones, se dice que despidió Emilio a aquellos jóvenes, y que los dejó muy corregidos de su vanagloria y altanería, conteniéndolos como un freno con aquella alocución.

XXVII.- Dio después de esto descanso al ejército, y tomó para sí por tarea y por honroso y humano recreo el visitar la Grecia; porque recorriendo y tomando bajo su amparo los pueblos, confirmó su gobierno y les hizo donativos, a unos de granos y a otros de aceite; pues se cuenta haber sido tan grande el repuesto que se encontró, que antes faltó a quién darlo y quién lo pidiese, que agotarse lo que se tenía prevenido. Habiendo visto en Delfos un gran pedestal construido de piedras blancas, sobre el que había de colocarse una estatua de oro de Perseo, mandó que en vez de aquella se pusiese la suya, pues era razón que los vencidos cediesen su puesto a los vencedores. Y en Olimpia se refiere que profirió aquel dicho tan celebrado: *Que Fidias había esculpido el Zeus de Homero.* Al llegar de Roma diez mensajeros, restituyó a los Macedonios su tierra y sus ciudades libres e independientes, mas con el tributo a favor de Roma de cien talentos, menos de la mitad de aquello con que contribuían a los reyes; ordenó espectáculos y juegos de todas especies y sacrificios a los Dioses, y dio cenas y banquetes, gastando con profusión de la despensa real; pero en el orden y aparato, en las salutaciones y demás cumplidos, en la distribución del

lugar y honor que a cada uno le era debido, manifestó un conocimiento tan diligente y cuidadoso, que se maravillaron los Griegos de que para tales desahogos no le faltase atención, sino que, con ejecutar tan grandes hazañas, aun las cosas pequeñas las pusiese tan en su punto. Estaba también muy complacido por advertir que entre tanta prevención y tanto brillo él era el más dulce recreo y espectáculo para los que con él asistían. A los que mostraban maravillarse de su desvelo respondía que a un mismo ingenio pertenecía disponer bien un ejército y un banquete: aquel para hacerle el más terrible a los enemigos, y éste el mas grato a los convidados. Ni era menos celebrada de todos su liberalidad y grandeza de ánimo; pues con haber encontrado amontonado mucho oro y mucha plata en los tesoros del rey, ni siquiera quiso verlo, sino que lo puso a disposición de los cuestores para el erario. Solamente a aquellos de sus hijos que eran dados a las letras les permitió escoger entre los libros del rey, y al distribuirlos premios del valor dio a Elio Tuberón, su yerno, una copa de peso de cinco libras. Este es aquel Tuberón de quien dijimos vivía con once parientes suyos en una misma casa, manteniéndose todos con el producto de un campo muy pequeño. Dícese que esta fue la primera plata que entró en la casa de los Elios, ganada con la virtud y el valor, y que fuera de esta alhaja, nunca ni ellos ni sus mujeres usaron cosa de oro o plata.

XXVIII.- Habiendo ordenado convenientemente todos sus negocios, se despidió de los Griegos, y exhortando a los Macedonios a que tuvieran en memoria la libertad recibida de los Romanos, y a que la conservasen con las buenas leyes

y la concordia, se retiró a Epiro, por haber recibido un decreto del Senado, en el que se le prescribía que de aquellas ciudades tomara con qué socorrer a los soldados que bajo sus órdenes habían peleado en la batalla contra Perseo. Propúsose que se cayera sobre todos repentinamente y cuando nadie lo esperase, para lo que hizo comparecer a diez hombres de los principales de dicha ciudad, y les dio orden de que cuanta plata y oro hubiese en las casas y en los templos la recogiesen para el día señalado; dio a cada diputación, como si fuera para aquel objeto, una escolta de soldados y un caudillo, el cual había de aparentar que buscaba y recogía el dinero. Llegado el día, a una y en un mismo momento se entregaron todos a la persecución y saqueo de los enemigos; de manera que en sola una hora hicieron cautivos a ciento cincuenta mil hombres y arrasaron setenta ciudades, y no vino a recibir cada soldado en donativo arriba de once dracmas, con haber sido tal la destrucción y ruina: horrorizando a todos el fin de esta guerra, viendo que tan poca era la utilidad y ganancia que a cada uno había resultado del destrozo de toda una nación.

XXIX.- Emilio se vio en la precisión de ordenarlo muy contra su naturaleza, que era benigna y apacible; y una vez ejecutado bajó a Orico, de donde, hecha la travesía para la Italia con sus tropas, subió luego por el río Tíber en una galera real de diez y seis remos, adornada con armas de las cogidas a los enemigos y con ropajes de grana y de púrpura; de modo que los Romanos, que por las orillas concurrían como a un espectáculo triunfal, gozaron anticipadamente de su

pompa, llegando bien adelante, por cuanto la corriente apenas daba paso a la embarcación. Repararon entonces los soldados en el inmenso botín, y como, no les había tocado lo que deseaban, incomodáronse dentro de sí mismos por esta causa, quedando muy irritados contra Emilio; pero en público se quejaron de que los había tratado dura y despóticamente, y con este pretexto no hicieron gran empeño para que se le decretara el triunfo. Llególo a entender Sergio Galba, enemigo de Emilio, que había sido tribuno bajo sus órdenes, y se presentó a sostener decidida y manifiestamente que no debía concedérsele. Levantándole, pues, entre la turba militar muchas calumnias, y atizando el encono con que ya le miraban, pidió a los tribunos de la plebe otro día, porque aquel no podía bastar para la acusación, no quedando ya sino cuatro horas. Mas los tribunos le prescribieron que dijese lo que tuviera que decir, y él, empezando de muy lejos y haciendo un discurso lleno de toda especie de dicterios, consumió todo el tiempo; y como, por haberse hecho de noche, los tribunos disolviesen la junta, los soldados se unieron a Galba, tomando con éste bríos, y animándose unos a otros se volvieron a presentar muy de mañana en el Capitolio: porque allí habían de tener los tribunos la nueva junta.

XXX.- Hízose la votación luego que fue de día, y la primera tribu votó contra el triunfo. Difundióse la noticia por la ciudad, y llegó a conocimiento del pueblo y del Senado. La plebe veía con disgusto el que se afrentase a Emilio, sobre lo que prorrumpía en inútiles quejas; pero los principales del Senado, diciendo a gritos que era insufrible lo que pasa-

ba, se incitaban unos a otros para hacer frente al desacato y temeridad de los soldados, que si no se le opusiese resistencia se propasaría a todo desorden y violencia, saliéndose con privar a Emilio de los honores de la victoria. Penetraron, pues, por entre la muchedumbre, y, subiendo en gran número, intimaron a los tribunos que suspendiesen la votación hasta que manifestasen al pueblo cuáles eran sus deseos. Contuviéronse todos, e impuesto silencio, se levantó Marco Servilio, varón consular, que en desafío había muerto a veintitrés enemigos, y "ahora conozco- dijo- cuán grande general es Paulo Emilio, viendo que con un ejército, en que no se advierte sino indisciplina y maldad, ha podido ejecutar tan grandes y tan singulares hazañas, y me maravillo de que el pueblo, que tanto se honra con los triunfos alcanzados de los Ilirios y de los Ligures, no quiera hacer demostración por haberse tomado vivo con las armas romanas al rey de los Macedonios y haber sido traída en cautiverio la gloria de Alejandro y de Filipo. Porque ¿no será cosa extraña que se diga que a la primera voz, todavía incierta, de esta victoria, esparcida por la ciudad, sacrificasteis a los Dioses, haciendo votos por ver cuanto antes cumplido aquel rumor, y que cuando el general viene con la certeza de la victoria privéis a los Dioses de su debido honor y a vosotros mismos del regocijo que es propio, como si temieseis que se manifestase la grandeza de tan admirable suceso, como si tuvieseis miramiento con el rey cautivo? Y en caso, menos malo sería que el triunfo se negase por compasión a éste, que no por envidia al general. Pero la malignidad ha tomado tanto ascendiente entre vosotros, que un hombre jamás herido y de

cuerpo garboso y adamado, como criado a la sombra, se atreve en materia de mando militar y de triunfo a llevar la voz ante vosotros mismos, amaestrados con tantas heridas a discernir entre la virtud y la inutilidad de los generales”. Y al decir esto, desabrochándose la ropilla, mostró en el pecho una multitud increíble de cicatrices; pasó después a descubrir ciertas partes del cuerpo, que no parece decente desnudar ante el pueblo, y volviéndose a Galba: “Tú, sin duda, le dijo, te burlas de estas señales, mas yo las ostento con vanidad a mis conciudadanos, pues por ellos, no bajando del caballo ni de día ni de noche, las he recibido; pero vamos, llévalos a votar, que yo bajaré y los seguiré a todos, y con esto conoceré quiénes son los malos y desagradecidos y los que en la guerra quieren más alborotar que obedecer a guardar disciplina”.

XXXI.- Dícese que de tal modo quebrantó y sorprendió a la gente de guerra este discurso, que después, por las otras tribus, le fue a Emilio decretado el triunfo. Ordenóse luego, según la memoria que ha quedado, de esta manera: el pueblo, habiéndose levantado tablados en los teatros para las carreras de los caballos, que se llaman circos, y en las inmediaciones de la plaza, y en todos los parajes por donde había de pasar la pompa, la vio desde ellos, yendo toda la gente vestida muy de limpio; los templos todos estaban abiertos y llenos de coronas y perfumes; muchos alguaciles y maceros, apartando a los que indiscretamente corrían y se ponían en medio, dejaban libre y desembarazada la carrera. La ceremonia toda se repartió en tres días, de los cuales en el primero,

que apenas alcanzó para el botín de las estatuas, de las pinturas y de los colosos, tirado todo por doscientas yuntas, esto mismo fue lo que hubo que ver. Al día siguiente pasaron en muchos carros las armas más hermosas y acabadas de los Macedonios, brillantes con el bronce o el acero recién acicalado. La colocación, dispuesta con artificio y orden, parecía fortuita y como hecha por sí misma; los yelmos sobre los escudos; las corazas junto a las canilleras; las adargas cretenses, las rodelas de Tracia, las aljabas mezcladas con los frenos de los caballos, a su lado espadas desnudas, y junto a éstas, las lanzas macedonias, habiéndose dejado huecos proporcionados entre todas estas armas, con lo que en la marcha, dando unas con otras, formaban un eco áspero y desapacible, que aun con provenir de armas vencidas hacía que su vista inspirase miedo. En pos de estos carros de armas marchaban tres mil hombres, conduciendo la moneda de plata en setecientas y cincuenta esportillas de a tres talentos, y a cada uno de éstos le acompañaban otros cuatro. Seguían luego otros, que conducían salvillas, vasos, jarros y tazas de plata, muy bien colocadas todas estas piezas para que pudieran verse, y primorosas en sí, y por lo grandes y dobles que aparecían.

XXXII.- En el día tercero, muy de mañana, abrieron la pompa trompeteros, que tocaban, no una marcha compasada y propia del caso, sino aquella con que se incitan los Romanos a sí mismos en medio de la batalla; y en seguida eran conducidos ciento veinte bueyes cebones, a los que se les habían dorado los cuernos, y que habían sido adornados

con cintas y coronas. Los jóvenes que los llevaban, ceñidos con fajas muy vistosas, los guiaban al sacrificio, y con ellos otros más mocitos con jarros de plata y oro para las libaciones. Venían luego los que conducían la moneda de oro, repartida en esportillas de a tres talentos, como la de plata, y éstas eran al todo setenta y siete. Tras éstos seguían los que conducían el ánfora sagrada, que Emilio había hecho guarnecer con pedrería de hasta diez talentos, y los que iban enseñando las antigónidas, las seléucidas, las tericleas y demás piezas de la vajilla que usaba Perseo en sus banquetes. En pos iba el carro de Perseo y sus armas, y la diadema puesta sobre las armas. Después, con algún intervalo, eran conducidos como esclavos las hijos del rey, y con ellos una turba de camareros, de maestros y de ayos, bañados en lágrimas, y que tendían las manos a los espectadores, adiestrando a los niños a pedir y suplicar. Eran éstos dos varones y una hembra, poco atentos a la magnitud de sus desgracias a causa de la edad, y por lo mismo esta simplicidad suya en semejante mudanza los hacía más dignos de compasión; de manera que estuvo en muy poco el que Perseo se les pasase sin ser visto, tan fija tenían los Romanos la vista por compasión sobre aquellos inocentes. A muchos les sucedió caérseles las lágrimas, y entre todos no hubo ninguno para quien en aquel espectáculo no estuviese mezclado el pesar con el gozo hasta que los niños hubieron pasado.

XXXIII.- No venía muy distante de los hijos y de su servidumbre el mismo Perseo, envuelto en una mezquina capa, calzado al estilo de su patria y como embobado y entonteci-

do con el exceso de sus males; seguíanle inmediatamente muchos amigos y deudos, anegados sus rostros en llanto, y manifestando a los espectadores con mirar incesantemente a Perseo, y llorar, que era la suerte de aquel por la que se dolían, teniendo en muy poco la propia desventura. Habíase dirigido antes a Emilio, pidiéndole que no le llevasen en la pompa y que le excusara el triunfo; mas éste, escarneciéndole, a lo que parece, por su cobardía y apego a la vida; "pues esto- respondió- en su mano ha estado, y lo está todavía sí quiere", dando a entender que, pues, por cobardía no había tenido valor para sufrir la muerte antes que la afrenta, seducido con lisonjeras esperanzas, esto era lo que había hecho que fuera contado entre sus despojos. Venían en pos inmediatamente cuatrocientas coronas de oro, que las ciudades habían enviado con embajadas a Emilio por prez de la victoria. Finalmente, venía él mismo, conducido en un carro magníficamente adornado; varón que, aun sin tanta autoridad, se atraía las miradas de todos. Vestía un ropaje de diversos colores, bordado de oro, y con la diestra alargaba un ramo de laurel. Iguales ramos llevaba el ejército que iba en pos del carro del general, formado por compañías y batallones, cantando ya canciones patrióticas, serias y jocosas, y ya himnos de victoria y alabanzas de los sucesos, encaminadas principalmente a Emilio, mirado y acatado de todos, y sin dar envidia a ninguno de los hombres de bien, sino que debe de haber algún mal Genio que tenga por oficio apocar las grandes y sobresalientes felicidades y aguar la vida de los hombres, para que ninguno la tenga exenta y pura de males, sino que parezca que aquel sale bien librado,

según la sentencia de Homero, en cuyos sucesos alternativamente use de sus mudanzas la Fortuna.

XXXIV.- Así es que, teniendo Emilio cuatro hijos, dos trasladados a otras familias, como ya dijimos, a saber, Escipión y Fabio, y dos en la edad de la puericia, que los mantenía en casa, nacidos de la segunda mujer, de éstos el uno falleció cinco días antes de triunfar el padre, en la edad de catorce años, y el otro murió de doce, tres días después de la misma ceremonia; de manera que no hubo Romano a quien no alcanzase aquella pesadumbre: y antes todos se horrorizaron de tal crueldad de la Fortuna, que no tuvo reparo en derramar tanto luto sobre una casa abastada de respeto, de júbilo y de fiestas, mezclando los lamentos y las lágrimas con los himnos de victoria y los triunfos.

XXXV.- Por lo que hace a Emilio, teniendo bien considerado que los hombres han menester valerse de la fortaleza y osadía, no sólo contra las armas y las lanzas, sino también contra todos los casos de la Fortuna, se preparó y dispuso de tal manera para esta mezcla de sucesos, que, compensándose lo adverso con lo próspero y lo doméstico con lo público, en nada se apocó la grandeza o se oscureció el esplendor de su victoria. Por tanto, luego que dio sepultura al primero de sus hijos, celebró el triunfo como hemos dicho; y muerto el segundo, después de aquella solemnidad, congregó a los Romanos en junta pública y les dirigió un razonamiento propio, no de un hombre que necesitaba consuelo, sino de quien se proponía consolar a sus conciudada-

nos afligidos con sus propios infortunios. “Nunca temí nada- les dijo- en las cosas humanas; mas en las superiores, recelando siempre de la Fortuna como de la cosa más instable y varia, al ver que más principalmente en esta guerra, como un viento favorable, había precedido a mis negocios, no dejé de esperar alguna mudanza y contrariedad. Porque atravesando desde Brindis al Mar Jonio, en un día aporté a Corcira, y estando allí al séptimo en Delfos sacrificando a Apolo, en otros cinco me reuní con el ejército; y hecha la ceremonia de su purificación, según costumbre, dando principio a las operaciones de guerra, en otros quince días le di el complemento más glorioso. Desconfiado, pues, de la Fortuna por el curso tan próspero de los sucesos, pues que fue grande la seguridad y ninguno el peligro de parte de los enemigos, entonces más particularmente empecé a temer para el regreso por mar la mudanza de algún Genio, habiendo vencido con feliz suerte tan numeroso ejército y trayendo despojos y reyes cautivos.

vosotros, y encontrando la ciudad rebosando júbilo, en aplausos y en fiestas, todavía no dejé de sospechar de la Fortuna, sabiendo que no lisonjea en las cosas grandes a los hombres con nada que sea cierto y sin desquite; nunca mi alma depuso este miedo, agitada siempre y en observación de lo futuro, hasta que me hirió en mi casa con tamaña desventura, teniendo que celebrar unos en pos de otros, en los días más festivos y solemnes, los funerales de los dos más amables hijos que había reservado para que fuesen mis herederos. Considérome, pues, ahora, fuera de todo grave peligro, y aun conjeturo y pienso que para mí mismo ha de

permanecer ya la Fortuna inocente y segura, pues parece que se ha valido para mi castigo de males tan grandes como han sido mis prosperidades: no siendo menos evidente el ejemplo que da de la humana miseria en el triunfador que en el conducido triunfo, y aun con la diferencia de que Perseo, vencido, conserva sus hijos, y el vencedor Emilio ha perdido los suyos".

XXXVI.- Este fue el magnífico y noble razonamiento que con sencilla y verdadera prudencia se dice haber dirigido Emilio al pueblo en aquella sazón. En cuanto a Perseo, aunque aquel tuvo ánimo de manifestar compasión por la mudanza de su suerte y prestarle auxilios, nada más se sabe sino que fue trasladado de la que los Romanos llaman cárcel a un lugar más decente, en el que, se le trató con más humanidad; pero custodiado siempre en él, según la opinión del mayor número de escritores, se quitó a sí mismo la vida, negándose a tomar alimento. Más con todo, hay algunos que señalan otra causa particular y extraña de su muerte; pues dicen que estando incomodados e irritados con él los soldados encargados de custodiarle, como no pudiesen ofenderle ni molestarle en otra cosa, le despertaban del sueño, estando siempre atentos a que no se durmiese y a desvelarle por todos medios, hasta tanto que con esta especie de mortificación acabó sus días. Murieron también dos de sus hijos, y del tercero llamado Alejandro, se dice que fue primoroso y de grande ingenio en el cincelar y tornear; y que habiendo aprendido las letras y la lengua romana, fue amanuense de los primeros magistrados, por haberse visto que era muy diestro y elegante en este ejercicio.

XXXVII.- Entre estos brillantes sucesos de la guerra macedónica, lo que concilió a Emilio mayor aprecio entre todos fue haber puesto en el erario tal cantidad de dinero, que no hubo necesidad de que contribuyera el pueblo hasta los tiempos de Hircio y Pansa, que fueron cónsules hacia la primera guerra de Antonio y César; pero lo más particular y admirable en Emilio fue que con ser muy venerado y honrado del pueblo, se mantuvo siempre, sin embargo, en el partido aristocrático, no diciendo ni haciendo nunca nada por complacer a la muchedumbre, sino uniéndose siempre en las cosas de gobierno con los más distinguidos y principales de la república, que fue con lo que más adelante reconvino Apio a Escipión Africano. Porque siendo ambos entonces de los más principales de la ciudad, pidieron a un tiempo la dignidad censoria: aquel, teniendo de su parte al Senado y a los más principales, manejo que en los Apios era hereditario, y éste, aunque grande de por sí, favorecido siempre con el celo y amor de la muchedumbre. Pues como al entrar en la plaza Escipión le viese Apio llevar a su lado a hombres ruines y de condición servil, libertos y propios para concitar la muchedumbre y violentarlo todo con atropellamiento y gritería, alzando la voz: "¡Oh Paulo Emilio- le dijo-, gime debajo de tierra al ver que Emilio el pregonero y Licinio Filonico promueven a la censura a tu hijo!" Así Escipión, favoreciendo al pueblo, se ganó su benevolencia; y Emilio, con ser del partido aristocrático, no fue por esto menos amado de la muchedumbre que el que pudiera parecer más demagogo y más dedicado a lisonjear al pueblo. Vióse esto en que

le tuviesen por digno de otros cargos, y del de la misma censura, que es el más sagrado de todos y el de mayor autoridad para otras cosas y para el examen del modo de vivir de cada uno. Porque tienen los censores facultad para excluir del Senado al que vive desarregladamente, para nombrar al de mayor probidad y para castigar a los jóvenes privando de la dignidad ecuestre al que es disipador. Tócales también el investigar la hacienda de cada uno y celebrar el lustro; y en su tiempo se halló ser el censo de Roma trescientos treinta y siete mil cuatrocientos cincuenta y dos hombres, dio asimismo el primer lugar en el Senado a Marco Emilio Lépido, que ya cuatro veces había obtenido esta preferencia; expelió de él a tres senadores de los de menos nombre, y tanto él mismo como su colega Marcio Filipo se condujeron con mucha moderación en el examen de los escritos en el orden ecuestre.

XXXVIII.- Llevados a cabo muchos y grandes negocios, fue acometido de una enfermedad peligrosa al principio, pero después sin riesgo, aunque trabajosa y de desesperada curación. Persuadiéronle los médicos que pasase a Elea de Italia [Velia], donde permaneció largo tiempo en países litorales, en que gozaba de la mayor quietud; pero los Romanos deseaban verle, y en los teatros se habían dejado oír muchas voces que indicaban este deseo; por lo que, como fuese preciso un solemne sacrificio y se sintiese con alivio, regresó a Roma. Celebró, pues, el indicado sacrificio con los demás sacerdotes, concurriendo mucho pueblo, y manifestándose muy contento, y al día siguiente sacrificó él mismo a los

Dioses otra vez por su salud. Cumplida esta segunda ceremonia, volvió a su casa y se acostó; y sin advertir o conocerse novedad, cayó en un accidente que le privó de todo sentido, y murió al tercero día, sin que en vida hubiese podido echar de menos nada de cuanto los hombres creen que conduce para la felicidad. Hasta la solemnidad de su enterramiento fue de gran aparato y digna de verse, correspondiendo a la virtud de tal varón sus magníficos y concurridos funerales. No se echaban de ver en éstos el oro ni el marfil, ni los exquisitos y preciosos adornos de tal pompa, sino la benevolencia, el respeto y el amor, no solamente de parte de los ciudadanos, mas aun de los enemigos; pues cuantos se hallaron presentes de los Españoles, los Ligures y los Macedonios, si eran jóvenes y robustos, echaban- mano al féretro y le conducían sobre sus hombros; y los más ancianos iban en rededor de él, aclamando a Emilio por bienhechor y salvador de su respectiva patria. Porque no solamente los trató a todos blanda y humanamente mientras los gobernó, sino que por toda la vida les hizo cuanto bien pudo y cuidó de ellos como si fueran sus familiares y deudos. Su hacienda dicen que apenas ascendió a trescientos setenta mil denarios, de la que dejó por herederos a sus hijos; pero Escipión el menor dejó que toda la llevase su hermano, habiendo él pasado por adopción a una casa muy rica, como lo era la de Africano. Tal se dice haber sido las costumbres y la vida de Paulo Emilio.

COMPARACIÓN DE TIMOLEÓN Y EMILIO

I.- Habiendo sido tales, según la Historia, estos dos varones, es claro que el cotejo no ha de encontrar muchas diferencias y desigualdades: las guerras en que mandaron ambos fueron contra los más ilustres enemigos; la del uno contra los Macedonios, y la del otro contra los Cartagineses; sus victorias fueron asimismo sumamente celebradas, habiendo tomado el uno la Macedonia y extinguido la sucesión de Antígono en el séptimo rey, y arrancado el otro todas las tiranías de la Sicilia y dado a esta isla libertad e independencia: como no quiera alguno alegar en favor de Emilio que vino a las manos con Perseo cuando estaba en su mayor poder y acababa de vencer a los Romanos, siendo así que Timoleón acometió a Dionisio cuando ya estaba desalentado y quebrantado del todo, y a la inversa, en favor de Timoleón, que venció a muchos tiranos y las poderosas fuerzas de los Cartagineses, con el ejército que a suerte pudo recoger; no como Emilio, con hombres ejercitados en la guerra y prontos a obedecer, sino con soldados mercenarios sin disciplina y acostumbrados a no oír otra voz que la de su vo-

luntad: así es que se da la gloria a uno y otro general de haber conseguido iguales triunfos con medios desiguales.

II.- Fueron uno y otro íntegros y justos en el manejo de los negocios; pero Emilio parece como que naturalmente se formó de esta manera en virtud de las leyes patrias, mientras que Timoleón lo debió todo a sí mismo; la prueba de esto es que los Romanos en aquel tiempo todos sabían igualmente la táctica, estaban acostumbrados a obedecer y respetaban las leyes y la opinión de sus ciudadanos, y de los Griegos no hubo capitán o caudillo alguno en la misma época que no hubiese dado mala idea de sí en la Sicilia, fuera de Dión: y aun de éste muchos llegaron a sospechar que aspiraba a la monarquía y que traía en la imaginación un cierto reinado a la Espartana. Timeo refiere que los Siracusanos despidieron ignominiosa y afrentosamente a Filipo, por abominar de su codicia e insaciabilidad durante el mando; y muchos han escrito de las injusticias y tropelías que Fárax el Esparcíata y Calipo el Ateniense pusieron por obra, aspirando a dominar en Sicilia; ¿y qué hombres eran éstos, o cuáles sus hazañas, para tales esperanzas, cuando el uno había adulado a Dionisio ya en decadencia, y Calipo era uno de los extranjeros asalariados por Dión? Mas Timoleón, enviado por general a los Siracusanos que le habían pedido y suplicado, y que no buscaba mando, sino que le era debido el que admitió de los que voluntariamente lo pusieron en sus manos, con la destrucción de déspotas injustos puso término y fin a su generalato y autoridad. Lo que en Emilio hay de más admirable es que, a pesar de haber destruido un reino tan poderoso,

no hizo mayor su hacienda ni una dracma y ni siquiera vio y tocó unos caudales de los que dio e hizo presentes a otros. No digo con todo que Timoleón merezca nota por haber admitido una casa y tierras, porque el admitir en tales ocasiones no es indecoroso; pero es mejor el no recibir nada, y el colmo de la virtud cuando se puede manifestar que de nada se necesita. Además, como en el cuerpo que puede aguantar el frío y el calor se reconoce su mejor constitución en estar bien dispuesto para ambas mudanzas, de la misma manera se manifiesta en el alma el vigor y fortaleza, cuando ni la prosperidad la conmueve y saca de quicio con el orgullo, ni las desgracias la abaten; en esto aparece más perfecto Emilio, porque en la adversa fortuna y en la gran pesadumbre que le ocasionaron los hijos, no se le vio con mayor abatimiento o menor dignidad que en medio de sus prosperidades. No así Timoleón, que, habiéndose portado dignamente cuando lo del hermano, ya después su razón no se sostuvo contra la pesadumbre, sino que, abatido con el arrepentimiento y la pena, en veinte años no pudo vencerse a ver la tribuna o la plaza pública, y si es bien que se huya y se tema lo que es indecoroso, el ceder fácilmente a toda especie de ilota podrá muy bien ser de un varón recto y sencillo, mas no de un ánimo grande y elevado.

PELÓPIDAS

I.- Catón el mayor, como algunos celebrasen desmedidamente a un hombre de arrojado y atrevido en las cosas de la guerra, les advirtió que había gran diferencia entre tener en mucho la virtud y tener en poco el vivir; perfectísimamente a mi entender. Militaba con Antígono un varón muy resuelto, pero endeble y flaco de cuerpo; preguntóle, pues, el rey la causa de estar descolorido, y le confesó que padecía una enfermedad oculta. El rey, manifestándole su aprecio, dio orden a los médicos para que no omitiesen nada en su asistencia y remedio; pero curado por esta diligencia aquel valiente, ya no era arrojado ni pronto en los combates, tanto, que Antígono se lo echó en cara, admirándose de semejante mudanza; él no le negó la causa, diciéndole: "Tú ¡oh rey! eres quien me has hecho menos determinado librándome de aquellos males por los que menospreciaba la vida". A este mismo propósito dijo un Sibarita, hablando de los Esparcíatas, que no hacían mucho en morir en la guerra para salir de tanto trabajo y de tan mal trato como se daban. Mas si entre los Sibaritas, ennoblecidos con el regalo y el deleite, de los que por celo y amor de la virtud no temían la muerte

podía decirse con razón que aborrecían la vida, para los Lacedemonios era acto de virtud el vivir y el morir con ánimo alegre, según aquel epicedio:

Porque, según se dice, mueren éstos
no reputando un bien la vida o muerte;
sino el que la virtud presida a entrambas:

pues ni el evitar la muerte es reprensible, cuando no se quiere vivir afrentosamente, ni el exponerse a ella es laudable, si se hace por tener en poco el vivir. Así, Homero, a los varones osados y belicosos, los hace siempre salir bien armados y defendidos a los combates, y los legisladores de los Griegos castigan al que pierde el escudo y no al que, arroja la espada y la lanza; enseñando con esto que primero es no recibir daño que causarlo a los enemigos, y que esto es lo que cada uno debe tener presente; pero en especial el que manda en una ciudad o en un ejército.

II.- Porque si, como discurría Ifícrates, las tropas ligeras dicen semejanza con las manos, la caballería con los pies, el grueso del ejército con el pecho y el torso todo, y el general con la cabeza, arriesgándose éste temerariamente no parecería que se olvidaba de sí mismo solamente, sino de todos, que tienen en él librada su salud, y al contrario. Así, Calicrátidas, aunque hombre grande en todo lo demás, no tuvo razón en la respuesta que dio al Agorero; rogábale éste que se guardara de la muerte que le denunciaban las víctimas, y él le contestó que no pendía Esparta de uno solo: pues, peleando, navegando y siendo mandado, Calicrátidas no era más que uno; pero de general, tomando sobre sí la

suerte de todos, ya no era uno sólo aquel con quien tan grandes intereses iban a perderse. Mejor lo hizo Antígono el mayor cuando, al trabarse el combate naval cerca de Andro, diciéndole uno que eran muchas más las naves de los enemigos, “pues qué- le replicó-, ¿no te haces cargo que yo valgo por muchas?” ¡Grande ornamento del mando quien con destreza y virtud hace lo que se ha propuesto, y cuya atención primera es salvar al que ha de salvarlo todo! Por tanto, juiciosamente, Timoteo, como Cares mostrase un día a los Atenienses algunas cicatrices en su cuerpo y el escudo pasado de una lanzada, “pues yo- les dijo- estoy muy avergonzado de que cuando tenía sitiada a Samo me hubiese caído muy cerca un dardo, porque me conduje más juvenilmente de lo que correspondía a un general que tenía bajo su mando tantas tropas”. Porque cuando va un grande interés en que se arriesgue el general, entonces está muy bien que trabaje y lo ponga todo en el tablero sin ningún miramiento, enviando noramala a los que le vengan con el refrán de que el buen general debe morirse de vejez, o a lo menos morir viejo; pero cuando es de poca importancia lo que se ha de sacar del vencimiento, y todo se pierde si el general cae, entonces nadie debe pretender de éste una hazaña peligrosa, que sería más bien de un soldado raso. Me ha parecido oportuno empezar por estas advertencias cuando voy a escribir las vidas de Pelópidas y Marcelo, varones eminentes, pero que perecieron por inconsideración; pues con ser ambos muy denodados en el pelear, ornamento uno y otro de su patria por sus brillantes mandos, y opuestos a los más terribles contendores, siendo

éste, según se dice, el primero que quebrantó a Aníbal, y habiendo aquel vencido en batalla campal a los Lacedemonios que dominaban en tierra y en mar, expusieron su vida con temerario arrojo por no haber tenido de sí mismos la debida cuenta, precisamente en el momento en que más necesidad había de su conservación y de su mando, que es por lo que, llevados de esta semejanza, hemos puesto en cotejo las vidas de ambos.

III.- La familia de Pelópidas, hijo de Hipoclo, era, como la de Epaminondas, de las más ilustres de Tebas. Crióse con las mayores conveniencias, y, entrando todavía joven en la administración de una casa opulenta, se dedicó desde luego a dar socorros a los necesitados que contemplaba dignos, para ser verdaderamente dueño y no esclavo de las riquezas, pues la mayor parte de los hombres, como dice Aristóteles, o no usan de las riquezas, por avaricia, o abusan por desarreglo, y así como éstos se ve que son esclavos del regalo y los deleites, aquellos lo son de la vigilancia y el cuidado. Los socorridos, pues, se valieron con reconocimiento de la liberalidad y humanidad que en Pelópidas encontraban; sólo de Epaminondas no pudo recabar que disfrutase de su riqueza, sino que, a la inversa, él participó de la escasez de éste en lo pobre del vestido, en la frugalidad de la mesa y en la tolerancia de los trabajos, complaciéndose en su propia sencillez al frente del ejército, a la manera del Capaneo de Eurípides, que, con tener muchos bienes, no hacía alarde de su opulencia, sino que se hubiera avergonzado de dar indicios de que para su persona hacía más gasto que el menos favoreci-

do de la Fortuna entre los Tebanos. Pues con serle ya a Epaminondas familiar y hereditaria la pobreza, hízola todavía más tolerable y ligera, entregándose a la filosofía y eligiendo desde luego el estado de célibe; Pelópidas, aunque había hecho una boda brillante y tenía hijos, no por eso dejó de distraerse del cuidado de su hacienda, con lo que, y con ocupar todo el tiempo en la causa pública, disminuyó su patrimonio; como los amigos se lo reprendiesen, diciéndole que hacía mal en mirar con abandono una cosa tan precisa como el tener caudal, "sí, a fe mía- les respondió-, para aquel infeliz de Nicodemo", mostrándoles a uno que era cojo y ciego.

IV.- Eran formados de un mismo modo para toda especie de virtud, sino que Pelópidas era más dado a los ejercicios de la palestra, y Epaminondas a los de la doctrina: así, en los ratos de ocio, aquel se empleaba en la lucha y en la caza, y éste en oír a los sabios y formarse para serlo. Mas entre tantos títulos para la gloria como concurrieron en ambos, ninguno reputan los hombres de juicio por tan admirable como el que en medio de tantos combates, de tantas expediciones y de tantos negocios de república, su amistad desde el principio hasta el fin se hubiese conservado siempre sin desazón y sin quiebra. Porque si se fija la vista en el gobierno de Aristides y Temístocles, de Cimón y Pericles, de Nicias y Alcibíades, que siempre adolecía de enemistades, discordias y celos de unos con otros, y se atiende después al amor y respeto con que miró Pelópidas a Epaminondas, con razón y justicia se tendrá a éstos por verdaderos colegas en

el gobierno y en la milicia, en comparación de aquellos que toda la vida contendieron más entre sí que con los enemigos. La causa cierta de esta unión fue la virtud, por la cual no buscaban con sus hechos aplausos o riquezas, cosas a las que por naturaleza es inherente una porfiada y rencillosa envidia, sino que, amándose recíprocamente desde el principio con un amor sagrado, dirigían de común acuerdo sus conatos y sus triunfos al placer de ver a su patria elevada por ambos a la mayor grandeza y esplendor. Aunque algunos opinan que esta amistad tan íntima tuvo principio en la expedición de Mantinea, en la que militaron con los Lacedemonios, que todavía les eran amigos y aliados, con motivo de haber la ciudad de Tebas enviándoles socorros. Porque colocados juntos entre la infantería y peleando contra los Árcades, cuando vio el ala derecha de los Lacedemonios que les estaba opuesta, y se desbandó la mayor parte, formando ellos galápago hicieron frente a cuantos los embistieron. Al cabo de poco, Pelópidas, que había recibido cara a cara siete heridas, vino a caer entre multitud de cadáveres de amigos y enemigos, y entonces Epaminondas, no obstante tenerle por muerto, para proteger su persona y sus armas siguió la pelea y el riesgo, solo contra muchos, teniendo por mejor morir en la demanda que abandonar a Pelópidas caído: hasta que, hallándose ya él mismo en el peor estado, herido de una lanzada en el pecho y de una estocada en un brazo, vino en su auxilio de la otra ala Agesípolis, rey de los Espartanos, y contra toda esperanza los recobró a entrambos.

V.- De allí a algún tiempo, aunque los Espartanos todavía afectaban ser amigos y aliados de los Tebanos, en realidad miraban ya con ceño su altivez y su poder, y, sobre todo, no estaban bien con el partido de Ismenias y Androclides, al que pertenecía Pelópidas, por parecerles demasiado liberal y democrático. En esta situación, Arquias, Leóntidas y Filipo, oligarquistas y ricos, que aspiraban a mandar, persuadieron al Espartano Fébidas que, cayendo repentinamente con su ejército, se apoderara de la ciudad de Cadmea, y, arrojando de la ciudad a los que se opusieran, arreglara un gobierno de pocos, al modo del de los Lacedemonios, y dependiente de él. Entró aquel en el plan, y sorprendiendo a los Tebanos, bien ajenos de tal intento, mientras celebraban las Tesmoforias, se hizo dueño de la ciudadela. En cuanto a Ismenias, hiciéronle preso, y llevado a Esparta, a poco tiempo le quitaron la vida: Pelópidas, Ferenico y Androclides huyeron y fueron proscritos; mas Epaminondas permaneció tranquilo y olvidado en el país, teniéndolo por poco inquieto a causa de su filosofía y por de ningún poder a causa de su pobreza.

VI.- Los Lacedemonios privaron, es verdad, a Fébidas del mando y le multaron en cien mil dracmas; pero no por eso dejaron de conservar en su poder la ciudadela: determinación de cuya inconsecuencia se admiraron todos los Griegos, pues que castigaban al autor y confirmaban lo mal hecho. En tanto, a los Tebanos, que habían perdido su propio gobierno, quedando esclavizados a Arquias y Leóntidas, ni siquiera les era dado esperar algún término de una tiranía

que había sido introducida por la fuerza militar de los Espartanos y no podía desatarse si no había quien arrancase a éstos su superioridad e imperio por mar y por tierra; y sin embargo, sabedor Leóntidas de que los desterrados se hallaban en Atenas amados de la muchedumbre y honrados de los hombres virtuosos y rectos, trató de armarles escondidas asechanzas, para lo cual se valió de unos hombres desconocidos, que con engaños dieron muerte a Androclides, librándose de sus, manos los demás. Enviáronse también cartas por los Lacedemonios a los Atenienses, en que les ordenaban que no recibiesen ni auxiliasen en sus intentos a los desterrados, sino que los hiciesen salir como pregonados por enemigos públicos de toda la federación. Mas los Atenienses, en quienes parece ingénito el ser humanos, correspondiendo a los de Tebas, que fueron la principal causa de que volviesen a su patria, y que dieron un decreto para que, si algún Ateniense llevase armas contra los tiranos por la Beocia, ningún natural de ella hiciese demostración de que lo veía o lo entendía, ni en lo más mínimo ofendieron a los Tebanos.

VII.- Pelópidas, aunque todavía muy joven, fue de uno en uno alentando a los desterrados, y aun en común les manifestó en un discurso que no era justo ni puesto en razón dejar a la patria en esclavitud y con guarnición extranjera, y no pensar ellos en otra cosa que en vivir y conservarse pendientes de los decretos de los Atenienses, y haciendo obsequios a los que eran diestros en el decir y manejaban a la muchedumbre según sus arbitrios; sino que debían arriesgar-

se a las mayores empresas, proponiéndose, por ejemplo, la virtud y resolución de Trasibulo: para que así como éste, partiendo de Tebas, destruyó en Atenas a los tiranos, de la misma manera ellos, volviendo desde Atenas, restituyesen a Tebas la libertad. Persuadiólos con estas razones, e inmediatamente enviaron a Tebas, con la conveniente reserva, quien manifestara a los amigos que allí habían quedado lo que tenían resuelto. Convinieron éstos en ello, y Carón, sin embargo de ser muy principal, se prestó a ofrecer su casa, y Fílidas vio modo de hacerse secretario de Arquias y Filipo, que eran Polemarcos. Epaminondas ya muy de antemano tenía inflamados a los jóvenes, porque en los gimnasios los hacía que asiesen de los Lacedemonios y luchasen con ellos; y luego, viéndolos muy ufanos de que los vencían y quedaban encima, les hacía cargo de que era una vergüenza que por cobardía estuvieran sujetos a aquellos a quienes tanto aventajaban en esfuerzo.

VIII.- Señalóse día para la empresa, y convinieron los desterrados en que Ferenico, tomando bajo sus órdenes a la mayor parte, aguardaría en la aldea de Triasio, y unos cuantos de los más jóvenes tomarían sobre sí el peligro de adelantarse a la ciudad, bajo el concierto de que, si éstos diesen en manos de los enemigos, los restantes se encargarían de que ni sus hijos ni sus padres careciesen de lo necesario. Suscribióse el primero para este hecho Pelópidas, y en pos de él Melón, Damoclides y Teopompo, todos de las principales casas, y para lo demás unidos en fiel amistad entre sí, pero, en cuanto a gloria y valor, competidores acérrimos.

Eran entre todos unos doce, y saludando a los que se quedaban, lo primero que hicieron fue enviar un mensajero a Carón, siguiendo después ellos con ropaje corto y llevando perros y bastón de caza, para que aun cuando alguno los encontrase en el camino no cayera en sospecha, y antes se creyera que ocupados en bien diferente cosa discurrían por el campo cazando. Cuando el mensajero enviado a Carón se avistó con él, le dijo que ya estaban en camino; éste, sin embargo de ver tan cerca el trance, en nada mudó de propósito sino que, como hombre de probidad, ofreció del mismo modo su casa. Uno llamado Hiposténidas, que no era de mal proceder, y, antes bien, amaba a la patria y estaba en buena correspondencia con los desterrados, mas a quien faltaba aquella resolución que la oportunidad y la proyectada hazaña requerían, como que desmayó al ver el tamaño de la contienda en que se habían metido, sin que cupiese en su imaginación cómo podían agitar en sus ánimos el pensamiento de trastornar en cierta manera el imperio de los Lacedemonios, y destruir el poder que allí tenían, fiados únicamente en esperanzas inciertas y propias de hombres desterrados; por tanto, retirándose a su casa sin decir palabra, envió uno de sus amigos a Melón y Pelópidas, advirtiéndoles que lo dilataran por entonces, esperando mejor ocasión, y que otra vez se volvieran a Atenas. Llamábase Clidón éste de quien se valió, el cual se dirigió con toda diligencia a su casa, y sacando el caballo andaba buscando el freno. No sabía qué hacerse la mujer, porque no lo tenía en casa, mas al fin dijo que lo había dado a uno de sus conocidos, por lo que primero empezaron a altercar, y después pasaron a las malas palabras,

tanto, que la mujer llegó a echarle maldiciones sobre el viaje a él y a los que le enviaban, viniendo a parar en que Clidón perdió gran parte del día con esta riña, y, agorando mal además con motivo de lo sucedido, dejó enteramente el viaje y se puso a hacer otra cosa. ¡En tan poco estuvo el que las más grandes y excelentes hazañas se hubiesen desgraciado en su principio, malográndose la oportunidad!

IX.- Pelópidas y los que con él venían se disfrazaron luego con ropas de labradores, y, separados unos de otros, entraron unos por una parte y otros por otra en la ciudad, siendo aún de día. Nevaba además con ventisca, habiendo empezado a empeorase el tiempo, con lo que fue más oculta su venida, habiéndose retirado casi todos a su casa por el frío. Los que estaban encargados de atender a lo que se tenía tratado cuidaron de buscar a los recién llegados y conducirlos a casa de Carón. Con los desterrados eran éstos al todo cuarenta y ocho. Vamos ahora a lo que pasaba con los tiranos. Fílidas el secretario concurría, como hemos dicho, a la ejecución de todo, estando de acuerdo con los desterrados; y para aquel día había dispuesto de antemano para Arquias y los suyos una reunión con merienda y concurso de mujeres, preparándolos así a que, relajados con los placeres y bien bebidos, fueran más fácil presa de los que contra ellos venían. Cuando ya no les faltaba mucho para estar beodos, les vino una denuncia contra los desterrados, no falsa en verdad, pero dudosa y sin gran certeza, de que estaban ocultos en la ciudad. Procuró Fílidas desvanecer el aviso; mas con todo envió Arquias a uno de los ministros a casa de Carón

con orden de que compareciera allí al punto. Era entrada la noche, y Pelópidas y demás confederados estaban adentro disponiéndose, puestas ya las armaduras y tomadas las espadas. Llamóse de repente a la puerta, y corriendo uno de los de casa le enteró el ministro que Carón era llamado de parte de los Polemarcos, lo que anunció a los de adentro con sobresalto. Todos concibieron que el negocio estaba descubierto y que iban a perecer sin haber hecho nada digno de los hombres virtuosos. Con todo, tuvieron por conveniente que Carón obedeciese y quitara toda sospecha a los magistrados; y él, aunque era de suyo varonil y firme en los riesgos, entonces se quedó confuso y apesadumbrado, no se levantase contra él alguna sospecha de traición y perecieran a un tiempo tantos y tan ilustres ciudadanos. Mas teniendo al fin que partir, tomó en la habitación de las mujeres a su hijo, que todavía era muy jovencito, y en la belleza y robustez sobresalía entre los de su edad, y le entregó a Pelópidas, para que si llegasen a entender de él algún engaño o traición le trataran como a enemigo sin conmiseración alguna. A muchos de ellos se les cayeron las lágrimas con semejante escena y semejante resolución, y todos se mostraron ofendidos de que se creyera que podía haber entre ellos alguno tan tímido o tan perturbado con aquellos acontecimientos que concibiera la menor sospecha o produjese la más leve queja, rogándole que no pusiera entre ellos al hijo, y antes lo reservase de lo que podía ocurrir para que en él creciera el vengador de la ciudad y de sus amigos, salvándose y sustrayéndose al rigor de los tiranos. Mas Carón no condescendió en que su hijo se libertase, diciendo que no podía haber para él vida

o salud más gloriosa que morir libre de afrenta con su padre y con tales amigos. Haciendo, pues, plegarias a los Dioses, y abrazando y confortando a todos, marchó con el cuidado de componer el semblante y el tono de la voz, de manera que no apareciese indicio de lo que pensaba ejecutar.

X.- Llegado que hubo a la puerta, le salieron al encuentro Arquias y Fílidas, diciéndole: “Hemos oído ¡oh Carón! que han venido algunos que están ocultos en la ciudad y que son auxiliados por algunos de los ciudadanos”. Turbóse Carón al principio, mas como preguntase quiénes eran los que habían venido y quiénes los que los tenían ocultos, y viese que Arquias no respondía cosa cierta, comprendiendo que la denuncia no había sido hecha por ninguno de los que estaban en el secreto: “Mirad, les dijo, no sea que algún rumor vano os cause sobresalto: con todo, yo inquiriré, porque en esta materia nada debe despreciarse”. Fílidas, que también se hallaba presente, le decía que tenía razón; y con esto se llevó a Arquias, y procuró que se desmandara más en la bebida, haciéndosela más regocijada con las esperanzas que le daba de que vendrían las mujeres. Luego que Carón volvió a casa y que los halló prevenidos, no como hombres que esperasen una victoria o su propia salud, sino como resueltos a morir gloriosamente y con gran mortandad de sus enemigos, lo que había de cierto en el negocio no lo descubrió sino a Pelópidas; a los demás les ocultó la verdad, diciendo que Arquias le había hablado de otros asuntos. Mas apenas se había disipado esta tempestad, la Fortuna sustituyó inmediatamente otra, porque vino uno de Atenas de parte de Arquias

el hierofantes a Arquias su tocayo, que era también su huésped y su amigo, trayéndole una carta en la que ya no se daba noticia vana o fraguada, sino que se referían exactamente todas las cosas concertadas, según después se supo. Llegóse, pues, a Arquias, que ya estaba beodo, el portador de la carta, y al entregársela le dijo: "El que me la dio me encargó mucho que se leyera al punto, porque trata de un negocio sumamente urgente"; a lo que sonriéndose contestó Arquias: "Pues los negocios urgentes, para mañana". Y tomando la carta la puso debajo de la almohada, y continuó con Fílidas la conversación que traían. La respuesta aquella, puesta en forma de proverbio, dura todavía como tal entre los Griegos.

XI.- Pareciéndoles, pues, que se estaba en la ocasión oportuna de la empresa, se decidieron a ella, repartiéndose de este modo: Pelópidas y Damoclidas, contra Leóntidas e Hípates, que vivían cerca uno de otro, y Carón y Melón contra Arquias y Filipo, ajustándose por disfraz ropas mujeriles sobre las corazas, y poniéndose frondosas coronas de abeto y pino que les oscurecían el rostro. Paráronse a la puerta del banquete, e hicieron ruido y bulla, con lo que se pudo creer serían las mujerzuelas que rato había se aguardaban. Mas como luego hubiesen recorrido con la vista cuidadosamente todo el banquete, haciéndose cargo con atención de cada uno de los convidados, y hubiesen echado mano a las espadas, arrojándose por entre las mesas sobre Arquias y Filipo, se vio entonces a las claras quiénes eran. A algunos de los concurrentes pudo contenerlos Fílidas, diciéndoles

que se estuviesen quedos: los demás se levantaron para defender a los Polemarcos; pero en el estado de embriaguez en que se hallaban fue fácil acabar con ellos. Más arduo fue el desempeño para Pelópidas y los que le siguieron, porque también se las hubieron de haber con Leóntidas, hombre cuerdo y muy denodado. Hallaron, además, cerrada la puerta, porque ya se había recogido; y habiendo llamado largo rato, nadie les respondía. Sintiólos ya tarde un esclavo, que salió de adentro, y descorrió el cerrojo, y en el momento mismo de moverse y ceder las puertas, se arrojaron de tropel, y pasando por encima del esclavo corrieron al dormitorio. Leóntidas, por el ruido y el modo de correr, conjeturó lo que era, y levantándose tomó la espada; mas no le ocurrió apagar las luces, con lo que en las tinieblas se habrían batido unos con otros; así, estando todo iluminado, fue de ellos visto. Adelántase hacia la puerta del dormitorio, y a Cefisodoro, que fue a entrar el primero, lo deja en el sitio. Caído éste, traba pelea con el segundo, que era Pelópidas, siendo ésta embarazosa por la angostura de la puerta y por el cadáver de Cefisodoro, que también estorbaba; vence al fin Pelópidas, y habiendo dado cuenta de Leóntidas, marcha corriendo con los suyos en busca de Hípates. Trataron de introducirse del mismo modo en su casa; pero lo sintió, y dio al punto a correr hacia las casas vecinas: siguiéronle sin detención, y, alcanzándole, también le dieron muerte.

XII.- Hechas estas cosas, y reunidos con Melón y sus asociados, enviaron al Ática a llamar a aquellos desterrados que allí quedaron; y en la ciudad excitaban a la libertad a los

habitantes, armando a los que encontraban, para lo que quitaban de los pórticos las armas traídas en triunfo y se metían por los obradores de los lanceros y espaderos que allí había. Vinieron asimismo con armas en su auxilio Epaminondas y Górgidas, que habían ya reunido no pocos jóvenes, y de los ancianos los de mayor reputación. Ya toda la ciudad estaba conmovida y era grande el alboroto; se veían luces en todas las casas, y se corría de unas a otras; sin embargo, todavía la muchedumbre no hacía pie, sino que estaban aturdidos con los sucesos, y, no sabiendo nada de positivo, aguardaban el día. De aquí nació la censura contra los Lacedemonios, que tenían allí el mando, por no haberse adelantado a combatirlos, siendo así que la guarnición era de mil quinientos y que muchos se les pasaban; pero contenidos con el miedo que causaban el ruido, las luces y la muchedumbre que rodaba por todas partes, se estuvieron quedos, contentándose con guardar el alcázar. Al rayar el día sobrevinieron los desterrados en estado también de pelea, y el pueblo concurrió en inmenso número a la junta pública. Introdujeron en ésta Epaminondas y Górgidas a Pelópidas y los suyos, rodeados de los sacerdotes, que les presentaban coronas y exhortaban a los ciudadanos a venir en auxilio de la patria y de los Dioses. La junta toda, a este espectáculo, se puso al punto en pie con algazara y regocijo, recibiéndolos como a sus tutelares y libertadores.

XIII.- Fue desde luego Pelópidas elegido Beotarca juntamente con Melón y Carón, y lo primero que hizo fue circunvalar la ciudadela y empezar a combatirla por todas par-

tes, dándose prisa a arrojar de ella a los Lacedemonios y dejar libre la Cadmea, antes que de Esparta pudieran venir tropas. En lo que se adelantó tan a punto, dejándolos salir en virtud de capitulación, que al llegar a Mégara los alcanzó ya Cleómbroto, que venía sobre Tebas con grandes fuerzas. Los Espartanos, de tres que eran los prefectos que había en Tebas, a Herípidas y Orsipo les hicieron causa y los condenaron a muerte; y al tercero, que era Lisanóridas, como lo multasen en una crecida suma, él mismo se desterró del Peloponeso. Tan brillante empresa, que en el valor de los que la ejecutaron y en el buen suceso con que la coronó la Fortuna se dio la mano con la de Trasibulo, fue de hermana de ésta calificada entre los Griegos, pues no es fácil designar otros que, sojuzgando con sola la osadía y arrojo los pocos a los muchos y los desvalidos a los poderosos, hubiesen sido causa para su respectiva patria de mayores bienes: aunque a ésta le concilió mayor gloria el extraordinario cambio que produjo en los negocios de la Grecia: por cuanto la guerra que acabó con la grandeza de Esparta, y a los Lacedemonios los privó de su superioridad y dominio por mar y tierra, puede decirse que tuvo principio en aquella noche, en que Pelópidas, no con tomar una fortaleza, una plaza o una ciudadela, sino sólo con ser uno de los doce que volvieron, desató y cortó, si nos es permitido usar de esta metáfora, los lazos de la dominación lacedemonia, tenidos por indisolubles e indestructibles.

XIV.- Vinieron con esta ocasión los Lacedemonios con grandes fuerzas contra la Beocia, e intimidados los Ate-

nienses desahuciaron de todo auxilio a los Tebanos; y a los que *beotizaban*- esto es, se mostraban sus partidarios-, delatándolos al tribunal, a unos los condenaron a muerte, a otros los desterraron y a otros les impusieron crecidas multas, pareciendo que las cosas de los Tebanos iban malamente, no habiendo nadie que les diese socorro. Pues como esto así pasase, Pelópidas y Górgidas, que con él era a la sazón Beotarca, armaron una celada, y para indisponer de nuevo a los Atenienses con los Lacedemonios recurrieron a este artificio: El Espartano Esfodrias, hombre apreciable y de reputación en las cosas de la guerra, pero casquivano y henchido de ambición y de necias esperanzas, había quedado con algunas fuerzas en Tespias para recibir y proteger a los que se habían rebelado a los Tebanos. Hizo, pues, Pelópidas que con reserva se dirigiese a él un mercader amigo suyo, al que proveyó de dineros y consejos, aunque con éstos fue con los que principalmente lo persuadió, para que le hiciese entender que debía emprender cosas grandes y tomar el Pireo, cayendo de improviso sobre los Atenienses, que estaban descuidados en su guardia: pues nada podía ser más grato a los Lacedemonios que ocupar a Atenas; y más que los Tebanos, que estaban mal con ellos, y los tenían por traidores, de ningún modo los auxiliarían. Por fin, Esfodrias se dejó vencer, y tomando sus tropas se metió de noche por el Ática, llegando hasta Eleusis. Allí los soldados empezaron a recelar, y hubo de descubrirse; con lo que, y con llegar a prever que suscitaba a los Espartanos una guerra peligrosa y difícil, se retiró otra vez a Tespias.

XV.- Con este motivo, los Atenienses volvieron con nuevo ardor a su alianza con los Tebanos, saliendo al mar y recorriendo los pueblos de la Grecia con el fin de amparar a los que daban muestras de defección. Con esto, los Tebanos, habiéndolas a solas con los Lacedemonios y riñendo combates, no grandes en sí, pero que eran causa de gran atención y ejercicio, iban elevando sus ánimos y endureciendo sus cuerpos, adquiriendo juntamente experiencia y aliento con la continuación de aquellas lides. Por esto es fama que el Espartano Antálcidas dijo a Agesilao en ocasión de retirarse herido: "¡Mira qué premio te dan los Tebanos por haberlos enseñado a lidiar y pelear contra su voluntad!" Y su maestro en verdad no era Agesilao, sino los que oportunamente y con mucha cuenta lanzaban a los Tebanos como unos cachorros contra los enemigos para acostumbrarlos y hacerles gustar y tener placer con victorias no muy arriesgadas; de lo que Pelópidas se llevó la principal gloria: pues desde la vez primera que lo eligieron general, todos los años le conferían el mando supremo, y, o bien como caudillO de la cohorte sagrada, o bien como Beotarca, presidió siempre a los negocios hasta su muerte. Así, en Platea y en Tespias sufrieron por él los Lacedemonios sus derrotas y sus retiradas, en una de las que falleció Fébidas, aquel que se apoderó de la ciudadela cadmea; y en Tanagra, habiendo hecho huir a muchos, dio muerte al prefecto Pantedes: combates que, si bien a los vencedores les inspiraban aliento y osadía, todavía no alcanzaban a deprimir el ánimo de los vencidos. Porque no hubo una batalla campal ni un combate ordenado y de cierto aparato, sino que con hacer correrías,

retiradas y alcances a tiempo, en esta casta de lides fue en las que salieron vencedores.

XVI.- El combate de Tegiras fue ya como un ensayo de la batalla de Leuctra, y contribuyó mucho para la gloria de Pelópidas, no dejando en cuanto a la victoria duda entre él y los demás jefes, ni pretexto alguno a los enemigos en cuanto al vencimiento. Hacía tiempo que estaba en observación de la ciudad de los Orcomenios, que había abrazado el partido de los Espartanos y admitido dos batallones de éstos por seguridad; y no aguardaba más que la ocasión. Habiendo, pues, oído que aquella guarnición hacía una expedición a la Lócride, con la esperanza de tomar a Orcómeno desmantelada, marchó allá, llevando consigo la cohorte sagrada y algunos caballos. Cuando ya estaba para llegar a la ciudad, se halló con que había llegado de Esparta el relevo de la guarnición, y hubo de retroceder con su tropa nuevamente por Tegiras, que era por donde únicamente había camino, rodeando la falda del monte, pues todo el demás terreno que mediaba lo hacía intransitable el río Melas, que inmediatamente, y en su mismo origen, se reparte en balsas y lagos navegables. Poco más abajo de estos lagos hay un templo de Apolo Tegireo, y un oráculo de poco acá abandonado, pero que estuvo en gran crédito hasta la guerra de los Medos, siendo Equécrates el que daba las respuestas. La fábula dice que allí fue donde el dios nació, y lo que es el monte que está allí cerca se llama Delo, y junto a él terminan las divisiones del río Melas. A la espalda del templo nacen dos fuentes de aguas admirables por su abundancia, su dulzura y su frial-

dad, de las cuales a la una la llaman *Palma* y a la otra *Olivo* hasta el día de hoy, deduciéndose que la Diosa tuvo su parto, no entre dos árboles, sino entre dos arroyos. También está cerca el Ptoo, donde dicen que se asustó por haberse aparecido de repente el macho de cabrío; y lo que hace a la serpiente Pitón y a Ticio, también los lugares concurren a atestiguar el nacimiento del dios, sino que dejamos ya aparte todos los demás indicios, por cuanto las relaciones del país no colocan a este dios entre los héroes que de mortales por mudanza hubiesen pasado a ser inmortales, como Heracles y Baco, que con esta especie de cambio perdieron por su virtud lo mortal y pasivo, sino que es uno de los sempiternos y no nacidos; si es que hemos de formar algún juicio sobre estas cosas por lo que han referido los más sensatos y más antiguos.

XVII.- Al llegar, pues, los Tebanos a Tegiras, volviendo de la Orcomenia, al mismo tiempo sobrevinieron los Lacedemonios por la parte opuesta, por haber partido de la Lócride. Apenas les dieron vista los que empezaban a pasar las gargantas, cuando corriendo uno hacia Pelópidas le dijo: “Hemos dado en los enemigos”; y replicando él: “¿Pues por qué no éstos en nosotros?”, mandó a la caballería que pasara de la retaguardia como para adelantarse a embestir, y formó muy apiñados a los infantes, que eran pocos, con la esperanza de cortar mejor por donde acometiesen a los enemigos, que le excedían en número. Eran los Lacedemonios dos de sus *moras* o batallones; Éforo dice que cada mora era de quinientos hombres, Calístenes de setecientos, y otros, de no-

vecientos, entre ellos Polibio. Los comandantes de los Esparcíatas, Gorgoleón y Teopompo, marcharon audazmente contra los Tebanos; y trabada principalmente la refriega entre los caudillos, con gran cólera y violencia de una y otra parte, muy luego murieron los comandantes de los Lacedemonios, batiéndose con Pelópidas; y heridos y muertos después los que estaban junto a ellos, cayó gran miedo sobre la tropa; y Pelópidas la partió en dos trozos, como si quisiese que los Tebanos fuesen adelante y pasasen por allí; mas cuando estuvieron en medio, los incitó contra los enemigos, que se estaban parados, y los acosó con gran mortandad, de manera que luego dieron todos a huir en desorden. No se les persiguió, con todo, por largo tiempo, a causa de que los Tebanos temían a los Orcomenios, que estaban cerca, y también al relevo de los Lacedemonios. Mas lo cierto fue que vencieron de poder a poder, y que por fuerza se abrieron paso por en medio de toda la tropa vencida. Erigieron, pues, un trofeo, y despojando a los muertos se retiraron a casa muy ufanos; pues, a lo que parece, en tantas guerras sostenidas entre Griegos y con los bárbaros, nunca antes los Lacedemonios, siendo más en número, fueron vencidos por los que eran menos, ni aun cuando en batalla se habían batido con iguales fuerzas. Así, hasta entonces fue intolerable su altanería, y con su gloria acobardaban a sus contrarios, de modo que ellos mismos no se creían capaces de competir con los Espartanos con iguales fuerzas, y rehusaban venir con ellos a las manos. Pero esta batalla fue la primera que enseñó a los demás Griegos que no era el Eurotas, ni el sitio entre *Babica y Cnación*, el que producía hombres valientes y

guerreros; sino que si los jóvenes se avergüenzan de lo indecoroso, tienen resolución para lo bueno, y huyen más de la reprensión que de los riesgos, éstos dondequiera se hacen temibles a sus enemigos.

XVIII.- La cohorte sagrada se dice haber sido Górgidas el primero que la formó de trescientos hombres escogidos, a los que la ciudad les daba cuartel y ración en la ciudadela, por lo que se llamaba asimismo la cohorte cívica; pues, a lo que parece, los de aquel tiempo daban también el nombre de ciudades a los alcázares. Algunos son de opinión que este cuerpo se compuso de amadores y de amados, conservándose en memoria cierto chiste de Pámenes: porque decía que el Néstor de Homero no se había acreditado de táctico cuando ordenó que los Griegos formasen por tribus y por curias,

A su curia se agregue cada curia,
y con su tribu se una cada tribu.

pues lo que se debía mandar era que el amante tomase formación junto al amado; porque en los riesgos, los de la misma curia o tribu no hacen mucha cuenta unos de otros mientras que la unión establecida por las relaciones de amor es indisoluble e indivisible; pues, temiendo la afrenta, los amantes por los amados, y éstos por aquellos, así perseveran en los peligros los unos por los otros. No debe tenerse esto por extraño, cuando se teme más la afrenta que puede venir de los amantes no presentes que la de cualesquiera otros testigos, como se vio en aquel que estando caído, y para recibir el último golpe de su contrario, le rogó que le pasara la

espada por el pecho, para que si su amado le veía muerto no tuviera motivo de avergonzarse, creyéndole herido por la espada. Refiérese asimismo que siendo Yolao amado de Heracles participó también de sus trabajos y le asistió en ellos, y dice Aristóteles que en su tiempo todavía hacían sobre el sepulcro de Yolao sus mutuas promesas los amados y amadores. Era razón, pues, que la cohorte se llamara sagrada, cuando Platón llama al amante amigo divino. Dícese, además, que esta cohorte permaneció invicta hasta la batalla de Queronea, después de la cual, reconociendo Filipo los cadáveres, se paró en el sitio donde habían caído los trescientos que frente a frente se habían opuesto en paraje estrecho a las armas enemigas; y hallólos amontonados entre sí, lo que le causó extrañeza, y cuando supo que aquella era la cohorte de los amadores y los amados, se echó a llorar, y exclamó: "Vayan noramala los que hayan podido pensar que entre semejantes hombres haya podido haber nada reprensible".

XIX.- Por fin, a esta intimidad de los amantes no dio origen entre los Tebanos, como lo dicen los poetas, el desgraciado suceso de Layo , sino los legisladores, quienes, queriendo mitigar y suavizar desde la juventud lo que había en su carácter altivo e indócil, en toda ocupación y juego quisieron que interviniese la flauta, conciliando a la música honor y consideración; y en las palestras procuraron mantener este amor tan provechoso, para templar con él las costumbres de los jóvenes. Por lo mismo, como que concedieron con razón el derecho de ciudad a aquella diosa que se finge nacida de Ares y Afrodita , para que lo pendenciero y belicoso se

uniese con lo que participa más especialmente de la persuasión y de las gracias y resultase un gobierno que fuese el más solícito y más arreglado, arreglándolo todo la armonía. Esta cohorte sagrada Górgidas la repartió en la primera fila y la distribuyó por toda la falange entre la infantería, con lo que oscureció la virtud de aquellos varones, y no empleó su fuerza para que obrase en común, pues que estaba como disuelta y confundida con los que eran inferiores; mas Pelópidas, luego que restableció la virtud de aquellos en Tegiras, habiéndolos visto combatir denodadamente a su lado, ya no la dividió o diseminó, sino que, empleando el cuerpo reunido, lo puso delante en los más arriesgados combates. Pues así como los caballos corren con mayor velocidad en los carruajes que solos, no porque en mayor número rompan más fácilmente el aire, sino porque enardece su aliento la reunión y la competencia de unos con otros, creía que de la misma manera los hombres valerosos, tomando entre sí emulación para las acciones brillantes, se hacían más útiles y más ardientes para lo que tenían que hacer en común.

XX.- Ajustaron paces los Lacedemonios después de estos sucesos con todos los Griegos, y activaron la guerra contra solos los Tebanos, invadiendo el rey Cleómbroto la Beocia con diez mil infantes y mil caballos. Ya el riesgo de éstos era mucho mayor que antes: oíanse ya las amenazas de los contrarios y las noticias de estar decretada la dispersión de la raza; el miedo era cual nunca lo había tenido la Beocia: de modo que al salir Pelópidas de su casa y despedirle la mujer, le rogó ésta con encarecimiento y con lágrimas que

procurara salvarse; a lo que contestó: "Eso, mujer mía, que está muy bien encargarlo a los particulares, a los que mandan debe encargárseles que salven a los demás". Marchó, pues, al ejército, en el que, como hubiese diversidad de opiniones entre los Beotarcas, fue el primero en adherirse al dictamen de Epaminondas, que había votado se marchara a dar batalla a los enemigos; y sin embargo de que no se hallaba nombrado Beotarca, aunque sí comandante de la cohorte sagrada, los atrajo a su parecer: consideración debida a un hombre que tantas prendas había dado para la libertad. Después de resuelto el dar batalla, y que en las inmediaciones de Leuctra se pusieron los reales en oposición a los de los Lacedemonios, tuvo Pelópidas entre sueños una visión, que le puso en grande sobresalto. Es de tener presente que en el territorio de Leuctra existe el sepulcro de las hijas de Escedaso, a las que llaman las Léuctridas, por razón del sitio: por cuanto habiendo sido violentadas por unos forasteros espartanos, se les dio allí sepultura. De resulta de esta terrible e injusta acción, el padre, como no hubiese alcanzado en Lacedemonia condigno castigo, hizo contra los Espartanos las más horribles imprecaciones, y luego se dio a sí mismo la muerte sobre el sepulcro de las doncellas. Tuvieron los Espartanos frecuentemente oráculos y respuestas sobre que se precavieran y guardaran del castigo léuctrico; pero muchos no lo entendían, y se quedaban confusos acerca del sitio, por cuanto hay también una aldea de la Laconia a la parte del mar llamada Leuctro; y en las cercanías de Megalópolis de Arcadia hay también otro sitio del mismo nombre: bien que el suceso de arriba era más antiguo que estas Leuctras.

XXI.- Durmiendo, pues, Pelópidas en el campamento, le pareció estar viendo a aquellas jóvenes llorar sobre sus sepulcros y hacer imprecaciones contra los Espartanos, y que Escedaso le prevenía que sacrificase allí en honor de sus hijas una virgen rubia, si quería alcanzar victoria de sus enemigos. Por más que el mandato le pareció duro e injusto, se levantó y fue a proponerlo a los agoreros y a los caudillos. Unos decían que no era cosa de despreciarlo o de no creerlo, recordando los ejemplos de Meneceo, hijo de Creón; de Macaria, hija de Heracles; más adelante el de Ferecides el sabio, a quien los Lacedemonios dieron muerte, y cuya piel, según cierto vaticinio, estaba confiada a la custodia de sus reyes; el de Leónidas, que, cumpliendo con el oráculo, se ofreció en cierta manera en sacrificio por la salud de la Grecia; y también el de los que fueron inmolados por Temístocles a Baco Omesta o el terrible, antes de darse el combate naval de Salamina; de todos los cuales dan testimonio las mismas víctimas. Por el otro extremo, habiendo pedido la Diosa a Agesilao, al modo que a Agamenón cuando hacía la guerra en los mismos lugares que éste y contra los mismos enemigos, que le ofreciese en víctima su hija, visión que tuvo en Áulide entre sueños; como por ternura no hubiese hecho semejante ofrenda, tuvo que disolver el ejército, retirándose sin gloria ni utilidad. Otros, al contrario, sostenían que a la naturaleza excelente y superior a nosotros no podía serle agradable tan bárbaro e injusto sacrificio, pues que no estamos sujetos al imperio de aquellos Titanes o aquellos Gigantes, sino al del padre de todos los Dioses y los hombres; y el

creer que hay Genios maléficos que se complacen en la carnicería y la sangre de los hombres debe probablemente tenerse por absurdo, mas, aunque los haya, debemos no hacer caso de ellos, como que nada pueden; pues que la impotencia y la perversidad de ánimo van naturalmente unidas a los irracionales y malignos deseos.

XXII.- Estando los principales en esta conferencia, y Pelópidas sumamente dudoso, de pronto una yegua nuevecita se escapó de la manada corriendo por entre las armas, y llegando donde aquellos estaban se paró. A todos dio que observar el color de la crin resplandeciente como el fuego, su ufanía y la suavidad y apacibilidad de su relincho; pero el agorero Teócrito, habiendo reflexionado un poco, dirigió la voz a Pelópidas, y exclamó: “La víctima ¡oh bienhadado! se te ha venido a la mano: no esperemos ya otra virgen; sírvete de aquella que Dios te ha presentado”. Echaron entonces mano a la yegua, la llevaron a la sepultura de las doncellas, donde haciendo plegarias y poniéndole coronas la degollaron alegres, e hicieron correr por el ejército la voz del ensueño de Pelópidas y del sacrificio.

XXIII.- En la batalla, Epaminondas marchó oblicuamente con la infantería, y fue dilatando su ala izquierda, para llevar lo más lejos posible de los demás Griegos la derecha de los Espartanos, y para rechazar con ímpetu y a viva fuerza a Cleómbroto, que la mandaba. Los enemigos advirtieron lo que pasaba y empezaron a hacer mudanza en su formación, extendiendo y encorvando la derecha, como para en-

volver y encerrar a Epaminondas con su muchedumbre. En esto, Pelópidas, acelerando el paso y haciendo una conversión con sus trescientos, se adelanta corriendo antes que Cleómbroto desplegue su ala, o que la vuelva a su estado cerrando la formación, y cae sobre los Lacedemonios cuando no estaban a pie firme, sino en cierta confusión y desorden. Es el caso que, siendo los Espartanos los más aventajados artífices y maestros en las cosas de la guerra, en nada ponían más cuidado ni se ejercitaban más que en no separarse ni confundir o desordenar la formación, y antes hacer todos de tribunos y cabos, para poder, donde los cogiese la pelea y el riesgo, cargar y combatir con mayor unión; pero entonces la dirección de Epaminondas con la falange contra aquellos solos, pasando de largo por los demás, y el haber sobrevenido Pelópidas con increíble rapidez y ardimiento, de tal manera desconcertó sus planes y toda su ciencia, que hubo de parte de los Espartanos una fuga y una matanza cuales nunca se habían visto. Así sucedió que igual parte de gloria que a Epaminondas, Beotarca y general de todas las tropas, cupo por victoria y triunfo tan señalados al que no era Beotarca ni mandaba sino a muy pocos.

XXIV.- Invadieron ambos Beotarcas el Peloponeso, y atrayendo a su partido la mayor parte de los pueblos, separaron de los Lacedemonios a Elis, Argos, toda la Arcadia y aun la mayor parte de la Laconia. Sucedió esto en el mismo trópico del invierno, al acabarse ya el último mes, del que faltaban muy pocos días, y era preciso que otros magistrados tomaran el mando al entrar el primer mes, o sufrir pena de

muerte los que no lo depusiesen. Los otros Beotarcas, por temor de esta ley, y por guardarse de la mala estación, solían apresurarse a volver en ella el ejército a casa; mas entonces Pelópidas fue el primero que, adhiriéndose al voto de Epaminondas y acalorando a los ciudadanos, guió para Esparta, pasó el Eurotas, les tomó muchas ciudades y taló el país hasta el mar, acaudillando setenta mil soldados Griegos, de los que no eran los Tebanos ni una duodécima parte; sólo que la gloria de tales varones, aun prescindiendo de la opinión y resolución común, hacía que siguiesen tranquilamente los aliados cuando éstos los mandaban; porque la primera y más poderosa ley de todas da el mando, sobre el que tiene necesidad de salud, al que puede salvarlo: a la manera que los navegantes mientras hay serenidad, o caminan por la costa, tratan con desdén y aun con altanería a los pilotos; pero luego que aparece la tormenta y el peligro, a éstos vuelven los ojos y en ellos ponen toda su confianza. Así es que los Argivos, los Eleatas y los Árcades, que en los congresos contendían y altercaban con los Tebanos por el mando, en los combates y en los apuros espontáneamente se sometían sujetándose al mando de sus generales. En aquella expedición redujeron a un solo imperio toda la Arcadia; y ocupando la provincia de Mesena, de la que estaban en posesión los Espartanos, llamaron y restituyeron a ella a los antiguos Mesenios, volviendo a poblar a Itoma. Al retirarse a casa por Cencrea, vencieron a los Atenienses, que trataron de oponérseles en las gargantas e impedirles el paso.

XXV.- Con tales hechos todos estaban tan complacidos de su virtud como admirados de su buena suerte; pero la envidia, inseparable de las ciudades capitales, y que crece en proporción de la gloria de los hombres grandes, no les tenía dispuesto el mejor ni el más conveniente recibimiento; en efecto: ambos a su vuelta tuvieron que defenderse en causa capital, porque, previniendo la ley que en el primer mes, al que dan el nombre de Bucacio, entregasen a otros la Beotarquía, la habían retenido por otros cuatro meses íntegros, que fue en los que no dejaron de la mano las empresas de Mesena, de la Arcadia y la Laconia. El primero llamado a juicio fue Pelópidas, y por lo mismo fue también el que estuvo más expuesto; aunque al cabo ambos fueron absueltos. En la injusta prueba de esta acusación, Epaminondas mostró mucha serenidad, sabiendo que en las cosas políticas la paciencia es una gran parte de la fortaleza y de la magnanimidad; mas Pelópidas, que de suyo era menos sufrido, y además se veía incitado por los amigos a que por aquella persecución se vengase de sus contrarios, no omitió aprovechar la siguiente ocasión. Meneclidas el orador había sido uno de los que con Pelópidas y Melón se habían reunido en casa de Carón; mas porque no habían hecho los Tebanos tanto caso de él, a causa de que, si bien no podía negársele su habilidad en el decir, era por otra parte desarreglado y de mala conducta, empleaba su talento en suscitar toda especie de acusaciones y calumnias a los más distinguidos, no dándose por vencido aun después de la mencionada causa. Y a Epaminondas logró excluirlo de la Beotarquía, y por largo tiempo lo tuvo fuera de los negocios; a Pelópidas no pudo

desconceptuarlo con el pueblo; mas a falta de esto procuró indisponerle con Carón; y es que como todos los envidiosos hallan consuelo, ya que ellos no puedan ganarse más aprecio, en hacer que se rebaje el de los otros, ponía gran conato en ensalzar ante el pueblo las hazañas de Carón y en celebrar sus expediciones y sus victorias. Con esta mira trató de que la expedición de Platea, en la que los Tebanos antes de la jornada de Leuctra alcanzaron alguna ventaja yendo Carón de caudillo, se fijara un público monumento por este término. Andrócides de Cícico había recibido de la ciudad el encargo de pintar en un cuadro otra distinta batalla, y estaba en Tebas mismo trabajando en él; mas como luego hubiese ocurrido aquella rebelión, y sobrevenido la guerra cuando ya estaba muy cerca de concluirse, los Tebanos se quedaron con el cuadro. Pues éste era el que Meneclidas trataba de que se consagrase a la memoria de Carón, haciendo poner en él su nombre para marchitar la gloria de Pelópidas y Epaminondas. Era empeño muy necio con batallas y triunfos tan señalados querer poner en contienda un oscuro encuentro y dar valor a una victoria en la que, fuera de la muerte de un Geradas, de poco nombre entre los Espartanos, y las de otros cuarenta, no hay memoria de que se hubiese hecho cosa que mereciese atención. Pelópidas salió al encuentro de este proyecto de decreto, y lo notó de injusto, apoyándose en que entre los Tebanos no estaba recibido que el honor se atribuyera privadamente a un hombre solo, sino que el nombre y el honor de la victoria quedase íntegro para la patria. Y lo que es a Carón le elogió constante y profusamente en su discurso, pero haciendo ver el desarreglo y la maligni-

dad de Meneclidas, preguntó si creían que no había hecho nada en servicio de la ciudad. Con lo que consiguió que a Meneclidas se le multase en una suma muy crecida; y como no pudiese pagarla, últimamente intentó alterar o trastornar el gobierno. Esto también pertenece al examen de estas vidas que escribimos.

XXVI.- Hacía a la sazón la guerra Alejandro, tirano de Feras, a las claras a muchos de los Tésalos; pero en la intención y con asechanzas a todos; por lo que las ciudades enviaron mensajeros a Tebas, pidiendo un general y tropas; como Pelópidas viese a Epaminondas ocupado en proseguir las empresas del Peloponeso, se escogió a sí mismo, y como que se repartió para el auxilio de los Tésalos; no sufriendo, por una parte, tener ociosos sus conocimientos y sus fuerzas, y no creyendo, por otra, que donde estaba Epaminondas hiciese falta otro general. Apenas se encaminó a Tesalia con algunas fuerzas, tomó inmediatamente a Larisa, y como Alejandro viniese a él con ruegos, trató de transformarle, y de tirano convertirle en un monarca benigno y justo para los Tésalos. Mas él era insufrible y feroz, y además se le atribuía mucha crueldad, mucha insolencia y avaricia; por lo que, como Pelópidas se irritase e incomodase con él, se retiró a toda prisa con los de su guardia, Pelópidas, habiendo proporcionado a los Tésalos gran seguridad de parte del tirano y gran unión y concordia entre sí mismos, partió para la Macedonia, por cuanto haciendo la guerra Tolomeo a Alejandro, que reinaba sobre los Macedonios, ambos le llamaban para que entre ellos fuese un árbitro y un juez, y un aliado

auxiliar del que pareciese había sufrido injusticia. Llegado allá, compuso sus diferencias, y restituyendo a los desterrados, recibió en rehenes a Filipo, hermano del rey, y a otros treinta jóvenes de los más principales, los que condujo a Tebas, haciendo ver a los Griegos a qué grado de consideración habían subido las cosas de los Tebanos por la opinión de su poder y por la confianza en su justicia. Éste es el mismo Filipo que después hizo la guerra a los Griegos contra su libertad, el cual todavía joven entonces pasó en Tebas su vida en casa de Pámenes. Ya desde aquella época parece que se hizo imitador de Epaminondas, llegando quizá a alcanzar su actividad en las cosas de la guerra y en las campañas, que era la parte menos principal de las virtudes de este héroe; pero de su tolerancia, de su justicia, su magnanimidad y su mansedumbre, en las que era verdaderamente grande, no pudo Filipo participar nada, ni por naturaleza ni por imitación.

XXVII.- Como de allí a poco volviesen los Tésalos a quejarse de que Alejandro de Feras vejaba a las ciudades, fue Pelópidas enviado por mensajero juntamente con Ismenias, y se presentó sin llevar tropas de Tebas, y sin ir apercibido para la guerra, siéndole preciso valerse de los mismos Tésalos para lo que pudiera ofrecerse. Turbáronse también otra vez a este mismo tiempo las cosas de Macedonia, porque Tolomeo dio muerte al rey, apoderándose de la autoridad, y los amigos de éste llamaron a Pelópidas, el cual quería intervenir en aquellos negocios; mas no teniendo tropas propias, tomó allí mismo algunos estipendiarios, y con éstos marchó sin detenerse contra Tolomeo. Luego que estuvieron cerca

uno de otro, Tolomeo corrompió con algunas sumas a estos estipendiarios, logrando que se le pasasen; pero, al mismo tiempo, temiendo la gloria y el nombre de Pelópidas, le salió al encuentro como superior, le dio la diestra y le hizo ruegos, conviniendo en que conservaría la autoridad real a los hermanos del muerto y en que con los Tebanos tendría a unos mismos por amigos y por enemigos, entregando en rehenes para el cumplimiento a su hijo Filóxeno y cincuenta de sus amigos. Envió a éstos Pelópidas a Tebas, y conservando el resentimiento por la traición de los estipendiarios, como supiese que la mayor parte de sus riquezas, sus hijos y sus mujeres los tenían en Farsalo, de manera que con apoderarse de éstos tomaría bastante satisfacción de su ultraje, reunió algunos Tésalos y marchó con ellos a Farsalo; mas, a poco de haber llegado, se presentó Alejandro el tirano con sus tropas. Pensó Pelópidas que venía a darle excusas, y no tuvo inconveniente en dirigirse a él, pues, aunque era cruel y asesino, por respeto a Tebas y a su misma autoridad y gloria, no temía que nada malo pudiera sucederle. Mas éste, viendo que iba sólo y sin armas, al punto le echó mano y se apoderó de Farsalo. Infundió esto sumo terror y susto a los que le obedecían, como que después de semejante injusticia y arrojo ya a nadie perdonaría, sino que, según las ocurrencias, se portaría en los negocios y con los hombres como quien por desesperación había echado enteramente el pecho al agua.

XXVIII.- Irritáronse los Tebanos con estas nuevas, y al punto decretaron la formación de un ejército; pero, por

cierto enfado con Epaminondas, nombraron otros generales. El tirano, en tanto, hizo conducir a Feras a Pelópidas, permitiendo al principio que le hablaran los que quisieran, creyendo que los trabajos le harían apacible y humillarían su ánimo; pero como Pelópidas exhortase a los Tésalos que lamentaban su suerte a que no desconfiasen, pues entonces era más cierto que el tirano tendría su merecido, y a éste mismo lo enviase a decir era cosa muy extraña que continuamente estuviese dando tormentos y la muerte a miserables ciudadanos que en nada le ofendían, y que a él le dejase, cuando debía conocer que había de ser el primero a castigarle, si tenía medio de huir, maravillado de semejante entereza e impavidez: "¿Por qué- exclamó- se empeña Pelópidas en apresurar su muerte?" Y habiéndolo éste entendido, respondió: "Para que tú perezcas más pronto y más en la ira de los Dioses". Con este motivo prohibió que nadie de los de fuera de casa pudiera hablarle. Teba, hija de Jasón y mujer de Alejandro, sabedora por los que custodiaban a Pelópidas de su firmeza y de la elevación de sus sentimientos, deseó conocerle y trabar con él conversación. Fue, pues, a verle, y, como mujer, no advirtió al primer aspecto la entereza que conservaba en medio de su triste estado; antes, considerando por el desaseo de su cabello y barba, por su gastada ropa y por el modo con que se le trataba, que se le hacía pasar por lo que no correspondía a la autoridad de su persona, se echó a llorar. A Pelópidas, que no sabía quien fuese aquella mujer, le causó admiración; mas luego que lo supo, la saludó por su nombre de familia, por ser amigo íntimo de Jasón; y como aquella le dijese: "¡Cuánto compadezco a tu mujer!"

"Yo también a ti- le respondió-, porque estando sin prisiones aguantas a Alejandro". Por este término se insinuó en el ánimo de Teba, que no podía efectivamente sufrir la crueldad y las maldades del tirano, el cual había llegado en ellas hasta el extremo de haber hecho sufrir la última afrenta al más mocito de los hermanos de la misma Teba. Así es que frecuentemente visitaba a Pelópidas, y franqueándose con él sobre lo que padecía, su ánimo se llenó de ira, de encono y de despecho contra Alejandro.

XXIX.- Los generales tebanos, habiendo invadido la Tesalia, por impericia y algún casual descalabro, se retiraron sin haber contribuido en nada al objeto de la expedición; y la ciudad, después de haber multado a cada uno de ellos en mil dracmas, confió a Epaminondas el mando del ejército. Al punto, pues, hubo grandes alteraciones entre los Tésalos, alentados con la fama del general, y las cosas del tirano se pusieron en estado de no ser necesario gran poder para echarlas por tierra: ¡tal fue el miedo que sobrecogió a sus generales y sus amigos! ¡tal el ansia que nació en sus súbditos de abandonarle! y ¡tal el gozo por lo que esperaban!, pareciéndoles estar ya en el momento de ver al tirano expiar sus crímenes. Pero Epaminondas, prefiriendo a su propia gloria el salvar a Pelópidas, y temiendo no fuera que, si las cosas se revolvían, Alejandro en un acceso de desesperación se convirtiese a la manera de las fieras, contra aquel, iba conllevando la guerra y como tomando rodeos; así, con las disposiciones y la vigilancia hizo también que el tirano se preparara y estuviese en inquietud, mas de manera que no se debilitara

su confianza y engreimiento, ni se inflamara su cólera y aspereza. Porque sabía llegar a tanto su crueldad y su desprecio de lo honesto y de lo justo, que a unos hombres los hacía enterrar vivos y a otros los cubría con pieles de jabalíes y osos, y azuzaba contra ellos perros de caza para que los despedazasen; o les lanzaba dardos, entreteniéndose con esta diversión. En las ciudades de Melibea y Escotusa, amigas y protegidas por tratados, cercándolas en el acto de celebrar sus juntas públicas, dio muerte a todos los habitantes, y la lanza con que traspasó a su tío Polifrón la consagró y coronó y le hizo sacrificios como a un dios, llamándole *Ticón.* Habiendo visto en cierta ocasión a un actor representar *Las Troyanas*, de Eurípides, se salió a toda prisa del teatro, y envió a decir al representante que estuviese con tranquilidad y nada malo sospechase de aquel hecho; pues no se había retirado por hacerle desprecio, sino por no sufrir ante los ciudadanos la vergüenza de que, no habiendo mostrado compasión por ninguno de tantos como había hecho matar, le vieran llorar por los infortunios de Hécuba y Andrómaca. Mas con todo, sobrecogido con la gloria y el nombre de Epaminondas y con todo el aparato de su expedición,

Dobló este gallo como esclavo el ala,

y envió bien pronto quien con aquel le pusiese en buen lugar. Epaminondas no condescendió con que por parte de los Tebanos se hiciese paz y amistad con un hombre semejante; pactó sólo treguas de treinta días, y, recobrando a Pelópidas e Ismenias, hizo su retirada.

XXX.- Noticiosos los Tebanos de que los Lacedemonios y los Atenienses habían enviado embajadores al gran Rey para negociar una alianza, mandaron también por su parte a Pelópidas, con muy buen consejo, a causa de su gran nombradía. Ya desde el principio, al pasar por las provincias del rey, fue muy considerado e hizo gran ruido, porque no cundió tibiamente o como rumor vago por el Asia la fama de los encuentros sostenidos contra los Lacedemonios, sino que, apenas se divulgó la voz de la batalla de Leuctra, aumentada e impelida cada día con algún nuevo triunfo, se extendió hasta los países más remotos. Así, cuando llegó al palacio, apenas le vieron los Sátrapas, los de la guardia y los generales, comenzaron con admiración a decirse: "Éste es el que derribó el imperio de la tierra y del mar, de que estaban apoderados los Lacedemonios, y el que contuvo entre el Taigeto y el Eurotas aquella Esparta que poco antes había hecho la guerra al gran rey y a los Persas, llevándola hasta Suza y Ecbátana por medio de Agesilao". A Artajerjes le habían sido de gran placer estos sucesos; así mostró admirar a Pelópidas aun más allá de su fama, y quiso hacer ostentación de que le honraba y obsequiaba sobre cuantos habían merecido su estimación. Túvole todavía en más luego que vio su figura y que oyó sus razonamientos, más enérgicos que los de los Atenienses, y más sencillos que los de los Lacedemonios, y, como sucede ordinariamente a los reyes, no disimuló su aprecio hacia tan singular varón, ni se ocultó a los otros embajadores que le trataba con mayor distinción. Entre todos los Griegos, parece haber sido el Lacedemonio Antálcidas quien de él había recibido más señalado honor, cual fue

el haberle enviado, bañada en esencias, la corona que mientras bebía ornaba su cabeza. A Pelópidas no le hizo un regalo igual; pero le envió presentes ricos y del mayor valor, y condescendió con sus proposiciones: "que fuesen independientes todos los Griegos y se repoblase Mesena; y que los Tebanos fuesen tenidos por amigos hereditarios del rey". Recibida esta respuesta, y de los dones sólo los que pudieran ser una muestra de aprecio y benevolencia, se restituyó a su patria, con lo que todavía quedaron más desacreditados los otros embajadores. Así, los Atenienses, puesto en juicio Timágoras, le condenaron a muerte; si fue por el exceso de los dones, justísimamente; pues no sólo admitió oro y plata, sino un lecho de grandísimo precio y esclavos que lo preparasen, como si los Griegos no supiesen este ministerio; y, además de esto, ochenta vacas con sus vaqueros, porque necesitaba tomar la leche para cierta enfermedad. Finalmente, fue conducido en silla de manos hasta el mar, siendo el rey quien pagó a los mozos el jornal. Mas no parece haber sido este soborno lo que principalmente irritó a los Atenienses, ya que a Epícrates el Cosario, que no negaba haber recibido regalos del rey, y que se atrevió a presentar un proyecto de decreto para que cada año, en lugar de los nueve arcontes, se nombrasen nueve embajadores cerca del rey, tomados entre los plebeyos y pobres, a fin de que volvieran ricos, el pueblo se lo tomó a risa; por tanto, su principal encono fue porque todo se hizo en consideración a los Tebanos, sin reflexionar que la gloria de Pelópidas era de más influjo que los discursos y las palabrerías para con un hom-

bre que siempre se ponía de parte de los que en las armas eran superiores.

XXXI.- Concilió esta embajada no pequeña consideración a Pelópidas en su vuelta, tanto por la repoblación de Mesena como por la independencia de todas las ciudades griegas. En tanto, Alejandro de Feras había descubierto otra vez su carácter, destruyendo, no pocas ciudades de la Tesalia y poniendo guarniciones en la Ftiótide, en la Acaya y por toda la Magnesia; noticiosas las demás ciudades del regreso de Pelópidas, enviaron al punto embajadores a Tebas, pidiendo tropas, y a éste por caudillo. Decretóse así sin tardanza, y hechos prontamente todos los preparativos, cuando el general estaba para partir, hubo un eclipse de sol, y en medio del día quedó la ciudad en tinieblas. Pelópidas, viéndolos a todos consternados con este accidente, creyó que no convenía violentarlos en su terror y desaliento, ni tampoco aventurar en la empresa las vidas de siete mil ciudadanos; así, ofreciéndose por sí solo a los Tésalos, y tomando únicamente consigo trescientos extranjeros de a caballo que voluntariamente le siguieron, partió, contra la opinión de los agoreros y el deseo de los demás ciudadanos, a quienes parecía que aquella señal del cielo no se hacía sino por un varón ilustre. Él, por otra parte, estaba muy acalorado contra Alejandro por las ofensas que le había hecho, y esperaba también encontrar su misma casa indispuesta y enconada contra él por las conversaciones que había tenido con Teba. Mas lo que sobre todo le atraía era lo brillante de la acción: pues cuando los Lacedemonios habían enviado a Dionisio,

el tirano de Sicilia, generales y gobernadores, y cuando los Atenienses recibían sueldo del mismo Alejandro y le habían puesto una estatua de bronce como a bienhechor, entonces mismo se afanaba él y aspiraba al honor de hacer ver a los Griegos que solos los de Tebas hacían la guerra a los tiranos y quebrantaban en la Grecia los poderíos violentos e injustos.

XXXII.- Luego que llegó a Farsalo, reunió sus tropas y marchó sin dilación contra Alejandro, el cual, viendo pocos Tebanos al lado de Pelópidas, y que él tenía más que doble infantería de Tésalos, le salió al encuentro junto al templo de Tetis; y como alguno le dijese a Pelópidas que el tirano venía con mucha gente: “Mejor- respondió;- con eso serán más los que venzamos”. Extiéndense hacia el medio de las llamadas Cinocéfalas varios collados de bastante inclinación y altura, y unos y otros se dirigieron a ocuparlos con la infantería; al propio tiempo, Pelópidas mandó a los suyos de a caballo, que eran muchos y excelentes, que se batiesen con la caballería enemiga. Vencieron éstos y bajaron a la llanura en persecución de los fugitivos; mas se vio que Alejandro había tomado las alturas y que, acometiendo a la infantería tesaliana, que se había rezagado y se encaminaba a los puntos más fuertes y elevados, dio muerte a los primeros, y los demás, siendo ofendidos, nada hacían por su parte. Advertido, pues, esto por Pelópidas, llamó a los de a caballo y les dio orden de que corriesen contra lo más apiñado de los enemigos; él mismo, embrazando el escudo, marchó de carrera a unirse con los que peleaban en los collados, y penetrando por la

retaguardia hasta los primeros, infundió en todos tal valor y aliento, que aun a los mismos enemigos les pareció ser aquellos otros hombres en el cuerpo y en el espíritu; y si bien éstos rechazaron dos o tres choques, al ver que todavía volvían con ímpetu y que la caballería dejaba el alcance, cedieron por fin y se retiraron. Pelópidas, desde la eminencia, viendo toda la hueste de enemigos, no puesta en fuga, pero sí ya en gran confusión y desorden, se detuvo un poco a mirar, en busca del mismo Alejandro; y cuando observó que estaba en el ala derecha animando y ordenando a sus estipendiarios, no hizo uso de la razón para refrenar la ira, sino que, inflamado con su vista, y abandonando a la cólera su persona y el mando, se adelantó a todos los demás, clamando y llamando a gritos al tirano, el cual estuvo bien distante de sostener el ímpetu y de, aguantar, sino que, dando a correr hacia los estipendiarios, se escondió. Y los primeros de éstos que hicieron oposición fueron rechazados por Pelópidas, y aun algunos heridos y muertos; pero los demás, hiriéndole de lejos con las lanzas, acabaron con él, mientras que los Tésalos venían a carrera desde los collados en su auxilio. Cuando ya había muerto, acudieron también los de a caballo y pusieron en huída todo el ejército, persiguiéndole gran trecho, y llenaron aquella llanura de cadáveres, tanto, que fueron más de tres mil a los que dieron muerte.

XXXIII.- Que los Tebanos presentes a la muerte de Pelópidas cayesen en el mayor desconsuelo, llamándole padre, salvador y maestro de los mayores y más apreciables bienes, nada tiene de extraño; pero el que los Tésalos pasasen con

sus decretos la raya de cuanto honor puede dispensarse a la humana virtud, esto fue lo que principalmente manifestó en sus demostraciones el aprecio y gratitud con que le miraban. Porque se dice que al saber su muerte cuantos concurrieron a aquella batalla, ni se quitaron la coraza, ni desensillaron los caballos, ni se curaron las heridas, sino que corriendo como se hallaban adonde estaba el cadáver, como si hubiera de sentirlo, pusieron alrededor de su cuerpo, en montón, los despojos de los enemigos, cortaron las crines a los caballos y se cortaron también el cabello, y muchos, yendo después a las tiendas, ni encendieron fuego ni se sentaron a comer, sino que el silencio y la pesadumbre se difundió por todo el campamento, como si no hubieran alcanzado la mayor y más completa victoria sino que más bien hubiesen sido vencidos y esclavizados por el tirano. De las ciudades, luego que corrió la nueva, vinieron las autoridades, y con ellas los mancebos, los muchachos y los sacerdotes, para recibir el cuerpo, trayendo para adornarle trofeos, coronas y armaduras de oro. Llegado el momento de haberse de conducir el cadáver, adelantándose los Tésalos de más provecta edad, pidieron a los Tebanos que les permitieran darle sepultura; y uno de ellos habló de esta manera: “Os pedimos ¡oh aliados nuestros! una gracia que nos ha de servir de honor y de consuelo; pues no hacen la corte los Tésalos a Pelópidas, todavía vivo, ni en tiempo que pueda sentirlo le retribuyen los correspondientes honores, sino que con sernos permitido tocar su cadáver, hacerle las debidas exequias y sepultar su cuerpo, parecerá que debe creérsenos si decimos que esta calamidad es mayor para nosotros que para los Tebanos,

pues que vosotros sólo habéis perdido un excelente general, cuando nosotros, además de esta pérdida, hemos sido privados de la libertad. ¿Y cómo ya nos atreveremos a pediros otro general, no restituyéndoos a Pelópidas?” Condescendieron, pues, los Tebanos con sus ruegos.

XXXIV.- Ciertamente que no habrá habido exequias más magníficas que éstas, a juicio de los que no colocando lo magnífico en el marfil, en el oro y en la púrpura, se distinguen de Filisto, que cantó y engrandeció el enterramiento de Dionisio, haciéndolo el desenlace teatral de su tiranía, como si fuera el de una gran tragedia. También Alejandro el Grande, muerto Hefestión, no sólo esquiló las crines de los caballos y de las acémilas, sino que quitó las almenas de los muros, para dar a entender que las ciudades lloraban, habiendo tomado aquel aspecto lúgubre y humilde en lugar de su antigua belleza. Mas todos éstos no son sino preceptos de tiranos, impuestos por necesidad, para envidia de aquellos en favor de quienes se expiden, y en más odio de los que para ellos emplean la fuerza; lejos de ser expresiones de gratitud y honor, no lo son sino de un fausto bárbaro y de ostentación y molicie de hombres que gastan su caudal en cosas vanas, indignas de imitarse. Por el contrario, el que un hombre popular, muerto en tierra extraña, sin hallarse presentes su mujer, sus hijos o sus deudos, sin que nadie lo exija y menos lo mande, sea honrado en sus exequias por tantas ciudades y pueblos reunidos, que llevan y coronan su féretro, esto debe con justa razón parecer el complemento de la felicidad; porque no es la más triste, como Esopo dijo, la muerte del

hombre dichoso, sino antes la más bienaventurada, por haber puesto ya en lugar seguro sus buenas acciones y haberse quitado del alcance de las mudanzas de Fortuna. Por tanto, mejor lo entendió aquel Lacedemonio que a Diágoras, triunfador en Olimpia, que alcanzó a ver a sus hijos coronados en los juegos, y nietos de hijos e hijas, le saludó diciéndole: "Muérete ¡oh Diágoras!, pues que no has de subir a otro Olimpo". Pues todas las victorias olímpicas y píticas juntas no creo que hubiese quien las comparase con uno de los combates de Pelópidas, el cual, habiendo reñido muchas lides, vencedor en todas, y habiendo pasado la mayor parte de su vida en el honor y la gloria, últimamente en su décimatercia beotarquia, después de haber alcanzado el prez del valor sobre muerte de un tirano, dio su vida por la libertad de la Tesalia.

XXXV.- Si su muerte causó mucho pesar a los aliados, todavía les fue de mayor provecho, porque los Tebanos, luego que tuvieron noticia del fallecimiento de Pelópidas, no poniendo dilación ninguna en el castigo, dispusieron inmediatamente una expedición de siete mil infantes y ochocientos caballos, bajo el mando de Malcites y Diogitón, los cuales, llegando a tiempo en que Alejandro todavía estaba escaso y debilitado de fuerzas, le obligaron a que restituyese a los Tésalos las ciudades que les había tomado; a que dejase en paz a los de Magnesia, de la Ftiótide y de la Acaya, retirando las guarniciones, y a que pactase con ellos en un tratado que, adondequiera que los Tebanos le condujesen o mandasen, allá los seguiría; siendo esto con lo que los Teba-

nos se dieron por satisfechos. Ahora referiremos cuál fue la venganza que los Dioses tomaron de Alejandro, a causa de Pelópidas. Ya éste había antes enseñado a Teba, como arriba dijimos, a no mirar con miedo la brillantez y aparato exterior de la tiranía, que interiormente se sostenía sólo con algunas armas y algunos tránsfugas; además, recelosa siempre de su infidelidad e indignada de su fiereza, trató y convino con sus hermanos, que eran tres, Tisífono, Pitolao y Licofrón, El deshacerse de él de esta manera. Todo el resto de la casa estaba al cuidado de aquellos guardias a quienes tocaba custodiarle por la noche; pero del dormitorio en que solía acostarse, que estaba en alto, era único centinela, puesto delante de él, un perro atado, temible a todos menos a ellos dos y al esclavo que le daba de comer. Al tiempo concertado para el hecho, Teba, desde antes de la noche, tenía ocultos a los hermanos en una habitación vecina: entró sola, como lo tenía de costumbre, al cuarto de Alejandro, que ya estaba dormido; salió de allí a poco, y mandó al esclavo que se llevara afuera el perro, porque aquel quería reposar con el mayor sosiego; inmediatamente, para precaver que la escalera hiciese ruido al subir los hermanos, tendió lana por toda ella; trajo luego a los hermanos armados, y, dejándolos a la puerta, entró al dormitorio y sacó la espada que Alejandro tenía colgada sobre el lecho, siendo ésta la seña que se tenían dada para entender que éste dormía y que era el momento de sorprenderle. Como entonces se acobardasen aquellos jóvenes y se detuviesen, empezó a motejarlos y amenazarlos con que despertaría a Alejandro y le descubriría el designio; entonces, entre avergonzados y medrosos, los introdujo y

los colocó alrededor del lecho, llevando luz. Sujetóle el uno por los pies, y el otro le tomó la cabeza por los cabellos, y el tercero le pasó con la espada; muriendo, atendida la celeridad del hecho, quizá más pronto de lo que fuera razón; y sólo en haber sido el primer tirano muerto por su mujer, y en la afrenta que sufrió su cadáver, siendo arrojado al suelo y hollado por los de Feras, puede decirse que tuvo el fin debido a sus maldades.

MARCELO

I.- Es opinión que Marco Claudio, el que fue en Roma cinco veces cónsul, era hijo de otro Marco, y que entre los de su casa empezaron a llamarle Marcelo, lo que se interpreta Marcial, según nos dejó escrito Posidonio. Era realmente guerrero en el ejercicio y los conocimientos; en su cuerpo, robusto; en las manos, ágil, y en su índole, muy inclinado a la guerra; y si bien en los combates se mostraba intrépido y fiero, en todo lo demás era prudente y humano, y aficionado a la literatura y escritos de los Griegos, hasta apreciar y admirar a los que en aquella sobresalían; aunque por sus ocupaciones no le fue dado aprender y ejercitarse en ella según sus deseos. Porque si Dios a algunos hombres, como dice Homero,

De juventud hasta la edad cansada
les concedió acabar sangrientas lides

esto se verificó también con los principales Romanos de aquella edad, los cuales, de jóvenes, hicieron la guerra a los Cartagineses en Sicilia, en la edad varonil a los Galos por defender la Italia, y en la vejez otra vez a Aníbal y los Cartagineses, no pudiendo tener, como otros, reposo en sus últi-

mos años, sino siendo llamados continuamente a los ejércitos y a los mandos, según su generosa índole y su virtud.

II.- En todo género de lid era Marcelo diestro y ejercitado; pero en los duelos y desafíos parece que aún se excedía a sí mismo; así, no hubo desafío que no aceptase, y en ninguno dejó de dar muerte a sus contrarios. En Sicilia salvó a su hermano Otacilio, que estaba para perecer, protegiéndolo con su escudo y dando muerte a los que le habían acosado: acción por la que, siendo todavía mozo, obtuvo de los generales coronas y premios. Como hubiese adelantado en la pública estimación, el pueblo le nombró edil, una de las más brillantes dignidades, y los sacerdotes, Agorero, que es una especie de sacerdocio, al que la ley concedió la investigación y conservación de la adivinación por las aves. Siendo edil, se vio en la necesidad de seguir una causa muy repugnante. Tenía un hijo de su mismo nombre, dotado de singular belleza y a mismo tiempo muy estimado de los ciudadanos por su modestia e instrucción, y Capitolino, colega de Marcelo hombre vicioso y disoluto, le requirió de amores. El joven, al principio, guardó dentro de su pecho aquel mal intento; mas como aquel hubiese repetido y él lo hubiese revelado a su padre, indignado Marcelo acusó a su colega ante el Senado. Puso el denunciado por obra toda especie de subterfugios y enredos, pidiendo la intercesión de los tribunos, y, como se excusasen de prestarla, se defendía con la negativa. No podía producirse testigo ninguno de la seducción, por lo que se resolvió hacer comparecer al joven en el Senado; y traído que fue, con ver su rubor y sus lágrimas, y que en su

aspecto con la vergüenza resplandecía una ardiente ira, no necesitaron de más conjeturas para condenar a Capitolino y multarlo en una crecida suma, con la que Marcelo hizo labrar un lebrillo de plata, que consagró a los Dioses.

III.- Sucedió que, fenecida la primera Guerra Púnica al año vigésimosegundo, amenazaron a Roma principios de nuevas disensiones con los Galos: porque los Insubres, habitantes de la parte de Italia que está al pie de los Alpes- pueblo también galo-, ya de gran poder por sí mismos, allegaban otras fuerzas, convocando a los que de los Galos sirven a soldada, los cuales se llaman Gesatas: habiendo sido cosa prodigiosa y de gran dicha para Roma que esta guerra céltica no hubiese concurrido con la africana, sino que los Galos, como si entraran de sustitutos, no se hubieran movido mientras duraba aquella contienda y después tratasen de acometer a los vencedores y de provocarlos cuando ya estaban ociosos.

No dejó, con todo, el país mismo de ser gran parte para que viniese temor en los Romanos, conmovidos con la idea de una guerra de la misma región, ya por la vecindad, y ya también por el antiguo renombre de los Galos; los cuales se ve haber sido muy formidables a los Romanos, que por ellos fueron desposeídos de su ciudad, pues que de resulta de este suceso establecieron por ley que los sacerdotes fuesen exentos de la milicia, a no que sobreviniera otra guerra con los Galos. Daban también indicio de este miedo mismos preparativos- porque se pusieron sobre las armas tantos millares de hombres cuantos nunca se vieron a la vez ni antes

ni después- y las novedades que se hicieron en orden a los sacrificios: pues siendo así que nada admitían de los bárbaros ni de los extranjeros, sino que siguiendo principalmente las opiniones de los Griegos eran píos y humanos en las cosas de la religión, al estar ya próxima la guerra se vieron en la necesidad de obedecer a unos oráculos de las Sibilas, y según ellos, a enterrar vivos, en la plaza que llaman de los Bueyes, a dos Griegos, varón y hembra, y del mismo modo a dos Galos: por los cuales Griegos y Galos hacen aún hoy en el mes de noviembre ciertas arcanas e invisibles ceremonias.

IV.- Los primeros combates alternaron entre victorias y descalabros, sin que condujesen a un término seguro; mientras los cónsules Flaminio y Furio hacían la guerra con poderosos ejércitos a los Insubres, se vio que el río que atraviesa la campiña Picena corría teñido en sangre, y se dijo asimismo que hacia Arímino habían aparecido tres lunas. Además, los sacerdotes, que tienen a su cargo observar las aves, anunciaron que los agüeros de éstas al tiempo de los comicios consulares habían sido contrarios a los cónsules: por todo lo cual al punto se enviaron cartas al ejército citando y llamando a éstos para que, restituidos a Roma, abdicaran cuanto antes y nada se apresuraran a hacer como cónsules contra los enemigos. Recibió las cartas Flaminio, y no quiso abrirlas sin haber antes entrado en acción con los bárbaros, a los que puso en fuga y les corrió la tierra. Regresó luego a Roma con muchos despojos, pero el pueblo no salió a recibirle; y por no haber cumplido así que fue llamado ni haberse mostrado obediente a las cartas, estuvo en muy po-

co que no perdiese la votación del triunfo; por tanto, no bien acabada la solemnidad de éste, le redujo a la clase de particular, precisándole, a renunciar al consulado juntamente con su colega: ¡tanta era la piedad de los romanos en referirlo todo a los Dioses! Así- es que aun presentando en cambio los más prósperos acontecimientos, no aprobaban el desdén de los agüeros recibidos, creyendo que para la salud de la patria conducía más el que los magistrados reverencias en las cosas de la religión que el que vencieran a los enemigos.

V.- Por este término, hallándose cónsul Tiberio Sempronio, varón que por su valor y probidad era de los Romanos tenido en el mayor aprecio, declaró por sus sucesores a Escipión Nasica y Gayo Marcio; y cuando ya estaban éstos en sus respectivas provincias, registrando los apuntes sobre ritos religiosos, halló por casualidad que se le había pasado una de las prevenciones trasmitidas por los mayores, que era ésta: cuando el general para tomar los agüeros fuera de la población ocupaba casa o tienda arrendada, y después por algún motivo tenía que volver a la ciudad sin haber obtenido señales ciertas, era preciso que dejara aquella mansión arrendada y tomara otra para empezar en ella la ceremonia desde el principio. Esto era justamente lo que Tiberio había ignorado, y tomó dos veces los agüeros en un mismo punto para declarar cónsules a los que dejamos dicho. Advirtió por fin su error, y lo hizo presente al Senado, el cual no miró con desprecio esta falta, aunque pequeña, sino que escribió a los cónsules, y éstos, dejando las provincias, se apresuraron a

volver a Roma e hicieron dimisión de su dignidad: aunque esto sucedió más adelante. Mas por aquellos mismos tiempos, a dos sacerdotes de los más distinguidos se les privó del sacerdocio: a Cornelio Cetego, por no haber distribuido por el orden prescrito las entrañas de las víctimas, y a Quinto Suplicio, porque en el acto de estar sacrificando se le cayó de la cabeza el bonete que llevan los llamados Flámines. También estando el dictador Minucio nombrando por maestre de la caballería a Gayo Flaminio, porque en el acto se oyó el rechinamiento de un ratón, retiraron sus votos a entrambos y nombraron otros. Mas aunque tanta exactitud ponían en estas cosas que parecen pequeñas, no por eso tenía parte superstición ninguna en no alterar ni omitir nada de las prácticas heredadas.

VI.- Hecha la abdicación por Flaminio y su colega, fue designado cónsul Marcelo por los que llaman interreyes, y luego que entró en posesión de su cargo, le dieron por colega a Gneo Cornelio. Dícese que como los Galos diesen muchos pasos hacia la reconciliación, y también el Senado se inclinase a la paz, Marcelo irritó al pueblo para que apeteciese la guerra; y aun sin embargo de que llegó a hacerse la paz, los Galos mismos parece que obligaron a la guerra, pasando los Alpes y alborotando a los Insubres; porque siendo unos treinta mil, se unieron a éstos, que les excedían mucho en número, y llenos de altanería marcharon sin detención contra Acerra, ciudad fundada a las orillas del Po; de allí salía el rey de los Gesatas, Virdómaro, con unos diez mil hombres, y talaba todo el país por donde discurre este río. Luego que

esto llegó a los oídos de Marcelo, dejando a su colega por la parte de Acerra con toda la infantería, toda la tropa de línea y el tercio de la tropa de línea y el tercio de la de a caballo, y tomando consigo lo restante de la caballería y de las tropas más ligeras, hasta unos seiscientos hombres, movió sus reales y aceleró la marcha, sin aflojar ni de día ni de noche, hasta que alcanzó a los diez mil Gesatas hacia el pueblo llamado Clastidio, caserío otro tiempo de los Galos, que hacía poco habían entrado en la obediencia de los Romanos. No le fue dado rehacerse y dar algún reposo a su tropa, porque pronto tuvieron los bárbaros antecedentes de su venida, y la miraron con desprecio, por ser muy poca la infantería y no dar los Celtas a su caballería importancia ninguna: pues sobre ser tenidos por diestrísimos y sobresalientes en este modo de combatir, con mucho excedían también en el número a Marcelo. Por tanto, para llevársele de calle, marcharon sin dilación contra él con gran ímpetu y terribles amenazas, precediéndoles el rey. Marcelo, para que no se le adelantaran y envolvieran viéndole con tan pocos llevó con prontitud a bastante distancia sus escuadrones de caballería, y adelgazando su ala la extendió mucho, hasta que se puso cerca de los enemigos. En el acto mismo de lanzarse contra estos, sucedió que su caballo, inquietado con los relinchos de la caballería contraria, volvió grupa para llevar hacia atrás a Marcelo. Él entonces, temiendo que este accidente diese motivo a alguna superstición de los Romanos, hizo uso del freno y volvió repentinamente el caballo frente a los enemigos, adorando al Sol; como que no por acaso sino de intento y con aquel mismo objeto había hecho a su caballo dar

vuelta, porque girando en torno es como los Romanos acostumbran a adorar a los Dioses, y al tiempo de embestir a los enemigos se dice haber hecho voto a Júpiter Feretrio de consagrarle las más hermosas armas de los enemigos.

VII.- En esto le echó de ver el rey de los Gesatas, y conjeturando por las insignias que aquel era el general, picó a su caballo y se adelantó mucho a los demás, provocándole a grandes voces y, blandiendo su lanza; era superior a los demás Galos y sobresalía entre ellos por su talla y por toda su armadura, en que brillaban el oro, la plata y la variedad de los colores, con lo que venía a ser como rayo de luz entre nubes. Llevaba Marcelo su vista por toda la hueste enemiga, y como al descubrir aquellas armas le pareciesen las más hermosas de todas y se le ofreciese que con ellas había de cumplir su voto, arremetiendo contra su dueño le atravesó con la lanza la coraza y con el encuentro del caballo le hizo perder la silla y caer al suelo todavía con vida; pero repitiéndole segundo y tercer golpe acabó luego con él. Apeóse en seguida, y luego que tomó en la mano las armas del caído, alzando los ojos al cielo, exclamó: “¡Oh Júpiter Feretrio, tú que registras los designios y las grandes hazañas de los generales en las guerras y en las batallas, tú eres testigo de que con mi propia mano he traspasado y dado muerte a este enemigo, siendo general, a otro general, y siendo cónsul, a un rey; conságrote, pues, estos primeros y excelentísimos despojos; tú concédeme para lo que resta una ventura igual a estos principios!” En esto acometió la caballería, peleando, no con la caballería separada, sino también con la infantería

que allí se agolpó, y alcanzó un especial, glorioso e incomparable triunfo, pues no hay memoria de que tan pocos de a caballo hubiesen vencido jamás a tanta caballería e infantería juntas. Dióse muerte a un gran número, y cogiendo muchas armas y despojos, volvió a unirse con su colega, que combatía desventajosamente con los Celtas, junto a la ciudad mayor y más populosa de los Galos. Llámase Milán, y los Celtas la reconocen por metrópoli; por lo cual, peleando con particular denuedo en su defensa, habían conseguido sitiar al sitiador Cornelio. Volviendo en esta sazón Marcelo, los Gesatas, luego que entendieron la derrota y muerte de su rey, se retiraron; Milán fue tomada, y los Celtas espontáneamente entregaron las demás ciudades y se sometieron con todas sus cosas a los Romanos, que les concedieron la paz con equitativas condiciones.

VIII.- Decretado por el Senado el triunfo solamente a Marcelo, apareció éste en la pompa, si se atiende a la brillantez, riqueza y copia de los despojos, y al número de los cautivos, magnífico y admirable como los que más; pero el espectáculo más agradable y nuevo era ver que él mismo conducía al templo de Júpiter la armadura del bárbaro, para lo cual había hecho cortar el tronco de una frondosa encina, y disponiéndolo como trofeo puso ligadas y pendientes de él todas las piezas, acomodándolas con cierto orden y gracia; y al marchar el acompañamiento púsose al hombro el tronco, subió a la carroza, y como estatua de sí mismo, adornada con el más vistoso de los trofeos, así atravesó la ciudad. Seguía el ejército con lucientes armas, entonando odas e him-

nos triunfales en loor del dios y del general. De esta manera continué la pompa, y, llegada al templo de Júpiter Feretrio, subió a él e hizo la consagración, siendo el tercero y el último hasta nuestra edad, porque Rómulo fue el primero que trajo iguales despojos, de Acrón, rey de los Ceninenses; el segundo Cornelio Coso, de Tolumio, Etrusco, y después de estos Marcelo, de Virdómaro, rey de los Galos, y después de Marcelo, nadie. Dase al dios a quien se hizo la ofrenda el nombre de Júpiter Feretrio, según unos, por habérsele llevado el trofeo en un féretro, como derivado de la lengua griega, muy mezclada entonces con la latina; según otros, ésta es denominación propia de Júpiter Fulminante, porque al herir o lisiar los Latinos le llaman *ferire*. Otros, finalmente, dicen que se tomó el nombre del mismo golpe o acto de herir en la guerra, porque en las batallas, cuando persiguen a los enemigos, repitiendo la palabra "hiere", se excitan unos a otros. Al botín comúnmente le llaman despojos; pero a los de esta clase les dicen con especial denominación *opimos*; y se refiere que en los comentarios de Numa Pompilio se hace mención de opimos primeros, segundos y terceros; mandando que los primeros que se tomaban se consagrasen a Júpiter Feretrio; los segundos, a Marte, y los terceros, a Quirino; y que por prez del valor recibían el primero trescientos ases, doscientos el segundo, ciento el tercero; acerca de las cuales cosas prevalece además la opinión de que entre aquellos sólo son honoríficos los que se toman los primeros en batalla campal, dando muerte el un general al otro; mas baste ya de este punto. Los Romanos tuvieron en tanto esta victoria y el modo con que se terminó esta guerra, que de los

rescates enviaron en ofrenda a Apolo Pitio una salvilla de oro, y de los despojos, además de partir largamente con las ciudades confederadas, regalaron asimismo considerable porción a Hierón, tirano de Siracusa, que era también amigo y aliado.

IX.- Cuando Aníbal invadió la Italia había sido Marcelo enviado a Sicilia con una armada. Sucedió luego la calamidad de Canas, muriendo muchos millares de Romanos en aquella batalla y retirándose a Canusio aquellos pocos que habían podido salvarse. Como se temiese que Aníbal acudiría, al punto a tomar a Roma con la facilidad con que había deshecho lo más robusto de sus tropas, Marcelo fue el primero que desde las naves envió a Roma para su guarnición mil y setecientos hombres. Comunicósele luego una orden del Senado, y, pasando en su virtud a Canusio, recogió las que allí se habían refugiado y los sacó fuera de muros, para no dejar a discreción el país. De los Romanos, los varones propios para el mando y de opinión en las cosas de la guerra, los más habían muerto en las acciones, y en Fabio Máximo, que era el que gozaba de mayor autoridad por su justificación y su prudencia, culpaban el detenimiento en las determinaciones, para no arriesgarse a descalabros, notándole de inactivo e irresoluto. Juzgando, pues, que si bien éste era cual les convenía para consultar a su seguridad, no era el general que también necesitaban para ofender a su vez, volvieron los ojos a Marcelo, y contraponiendo y como mezclando su osadía y arrojo con la moderación y previsión de aquel, los fueron nombrando, ora cónsules a ambos y ora

cónsul al uno y procónsul al otro. Refiere Posidonio a este propósito que a Fabio le llamaban escudo, y a Marcelo, espada, y el mismo Aníbal solía decir que a Fabio le temía como a ayo, y a Marcelo, como a antagonista; porque de aquel era contenido para que no hiciese daño, y de éste lo recibía.

X.- En primer lugar, como en el ejército por las mismas victorias de Aníbal se hubiese introducido mucha insubordinación e indisciplina, a los soldados separados de los reales que corrían el país los destrozaba, debilitando por este medio sus fuerzas. Después, yendo en auxilio de Nápoles y de Nola, a los Napolitanos los alentó y confirmó, porque de suyo eran amigos seguros de Roma, y entrando en Nola, los encontró en sedición, porque el Senado no podía reducir ni gobernar al pueblo que *anibalizaba* o se mostraba del partido de *Aníbal*, y es que había en aquella ciudad un hombre de los principales en linaje, y muy ilustre por su valor, llamado Bandio, el cual, en Canas, había peleado con extraordinario valor, habiendo dado muerte a muchos Cartagineses, a la postre se le había encontrado entre los *cadáveres* traspasado su cuerpo de muchos dardos, de lo que admirado Aníbal, no sólo le dejó ir libre sin rescate, sino que le dio dádivas, y le hizo su amigo y huésped. Correspondiendo, pues, Bandio, agradecido a este favor, era uno de los que anibalizaban con más ardor, y, como tenía influjo, incitaba al pueblo a la deserción. No tenía Marcelo por justo deshacerse de un hombre a quien la fortuna había distinguido tanto y que había tenido parte con los Romanos en sus más memorables batallas, y como además fuese por su carácter dulce y humano

en el trato, e inclinado a excitar en los hombres sentimientos de honor, habiéndole en una ocasión saludado Bandio, le preguntó quién era, no porque no le conociese mucho tiempo había, sino para buscar algún principio y motivo de entrar en conversación. Cuando le respondió “soy Lucio Bandio”, mostrando alegrarse y maravillarse: “¡Cómo!- le respondió.- ¿Tú eres aquel Bandio de quien tanto se ha hablado en Roma, con motivo de la batalla de Canas, diciéndose haber sido tú el único que no abandonó al cónsul Paulo Emilio, sino que aún esperaste y recibiste en tu propio cuerpo los dardos que contra aquel se lanzaban?” Contestándole Bandio y mostrando además algunas de sus heridas, “pues teniendo- continuó Marcelo- tales señales de amistad hacia nosotros, ¿por qué no te has presentado al instante? ¿O crees que nos sabemos recompensar la virtud de unos amigos que vemos acatados de nuestros contrarios?” Además de halagarle y atraerle de esta manera, le regaló un caballo hecho a la guerra y quinientas dracmas.

XI.- Desde entonces Bandio fue para Marcelo el compañero y auxiliar de mayor confianza y el más temible denunciador y acusador de los que eran de contrario partido; había muchos, y tenían meditado, cuando los Romanos saliesen contra los enemigos, robarles el bagaje. Por tanto, Marcelo, formando sus tropas dentro de la ciudad, colocó junto a las puertas todo el carruaje, e intimó a los Nolanos que no se aproximasen a las murallas; notábanse éstas desiertas de defensores, y esto indujo a Aníbal a marchar con poco orden, pareciéndole que los de la ciudad estaban tu-

multuados. Entonces Marcelo, dando orden de abrir la puerta que tenía próxima, hizo una salida, llevando a sus órdenes lo más brillante de la caballería, y dio de frente sobre los enemigos; a poco salieron por otra puerta los de infantería con ímpetu y algazara, y después de éstos, mientras Aníbal dividía sus fuerzas, se abrió la tercera puerta, y por ella salieron los restantes, y por todas partes hostigaron a unos hombres sobrecogidos con lo inesperado del caso, y que se defendían mal de los que ya tenían entre manos, por los que últimamente habían sobrevenido. Y ésta fue la primera ocasión en que las tropas de Aníbal cedieron a los Romanos, acosadas de éstos con gran mortandad y muchas heridas hasta su campamento, pues se dice que perecieron sobre cinco mil, no habiendo muerto de los Romanos más de quinientos. Livio no confirma el que hubiese sido tan grande la derrota ni tanta la mortandad de los enemigos; pero sí conviene en que de resultas de esta acción adquirió Marcelo gran renombre, y a los Romanos se les infundió mucho aliento, como que no peleaban contra un enemigo invicto o irresistible, sino contra uno que ya, decían, estaba sujeto a descalabros.

XII.- Por esta causa, habiendo muerto uno de los cónsules, llamó el pueblo para que le sucediese a Marcelo, que se hallaba ausente, dilatando la elección contra la voluntad de los demás magistrados hasta que regresó del ejército. Fue, pues, nombrado cónsul por todos los votos; pero al celebrarse los comicios hubo truenos, y los sacerdotes no tuvieron por faustos los agüeros, sino que no se atrevieron a di-

solver la Junta por temor del pueblo; mas él mismo hizo dimisión de su dignidad. Con todo, no por esto rehusó el mando del ejército, sino que con el nombramiento de procónsul volvió otra vez al campamento de Nola, donde causó graves daños a los que habían tomado el partido del Cartaginés. Sobrevino éste repentinamente contra él, y como le provocase a batalla campal, no tuvo entonces por conveniente el empeñarla, con lo que aquel destinó a merodear la mayor parte de su ejército; cuando menos pensaba en batalla, se la presentó Marcelo, que había dado a su infantería lanzas largas, como las que usaban en los combates navales, y la había enseñado a herir de lejos a los Cartagineses, que no eran tiradores, y sólo usaban de dardos cortos con que herían a la mano. Así, en aquella ocasión volvieron la espalda a los Romanos cuantos concurrieron, y se entregaron a una no disimulada fuga, con pérdida de unos cinco mil hombres muertos, y cuatro elefantes muertos asimismo, y otros dos que se cogieron vivos. Pero lo más singular de todo fue que al tercer día, después de la batalla, se le pasaron de los Iberos y Númidas de a caballo más de trescientos, cosa nunca antes sucedida a Aníbal, que con tener un ejército compuesto de varias y diversas gentes, por mucho tiempo lo había conservado en una misma voluntad; éstos, después, permanecieron siempre fieles a Marcelo y a los generales que le sucedieron.

XIII.- Nombrado Marcelo cónsul por tercera vez, se embarcó para la Sicilia a causa de que los prósperos sucesos de Aníbal habían vuelto a despertar en los Cartagineses el deseo de recobrar aquella isla, con la oportunidad también de andar alborotados los de Siracusa, después de la muerte

de Jerónimo, su tirano; los Romanos, por los mismos motivos, habían también enviado antes algunas fuerzas al mando de Apio. Al encargarse de ellas Marcelo, se le presentaron muchos Romanos, que se hallaban en la aflicción siguiente: de los que en Canas pelearon contra Aníbal, unos huyeron y otros fueron cautivados, en tal número, que pareció no haber quedado a los Romanos quien pudiera defender las murallas, y con todo conservaron tal entereza y magnitud, que, restituyéndoles Aníbal los cautivos por muy corto rescate, no los quisieron recibir, sino que antes los desecharon, no haciendo caso de que a unos les dieran muerte y a otros los vendieran fuera de Italia, y a los que volvieron de su fuga, que fueron muchos, los hicieron marchar a la Sicilia, bajo la condición de no volver a Italia mientras se pelease contra Aníbal. Éstos, pues, se presentaron en gran número a Marcelo, y echándose por tierra le pedían con gritería y lágrimas que los admitiese en el ejército, prometiéndole que harían ver con obras haber sufrido aquella derrota, más por desgracia que no por cobardía. Compadecido Marcelo, escribió al Senado pidiéndole el permiso para completar con ellos las bajas del ejército. Disputóse sobre ella en el Senado, y su dictamen fue que los Romanos, para las cosas de la república, ninguna necesidad tenían de hombres cobardes; con todo, que si Marcelo quería servirse de ellos, a ninguno se habían de dar las coronas y premios que los generales conceden al valor. Esta resolución fue muy sensible a Marcelo, y cuando después de la guerra de Sicilia volvió a Roma, se quejó al Senado de que en recompensa de sus grandes servi-

cios no le hubiesen permitido mejorar la mala suerte de tantos ciudadanos.

XIV.- En Sicilia lo primero que entonces le ocurrió fue haber sido calumniado por Hipócrates, gobernador de los Siracusanos, que, a fin de congraciarse con los Cartagineses, y también para negociar en su favor la tiranía de aquel pueblo, había hecho perecer a muchos Romanos cerca de Leontinos. Tomó, pues, Marcelo esta ciudad a viva fuerza, y lo que es a los Leontinos en nada los ofendió, pero a todos los tránsfugas que pudo haber a la mano los hizo azotar y quitarles la vida. En consecuencia de esto, la primera noticia que Hipócrates hizo llegar a Siracusa fue que Marcelo hacía degollar sin compasión a todos los Leontinos, y cuando por esta causa estaban en la mayor agitación vino sobre la ciudad y se apoderó de ella. Marcelo, con esta ocasión, se puso en marcha con todo su ejército con dirección a Siracusa, y sentando sus reales en los alrededores envió mensajeros que pusieran en claro lo ocurrido con los Leontinos; mas no habiendo adelantado nada ni logrado desengañar a los Siracusanos, porque el partido de Hipócrates era el que dominaba, acometió a la ciudad por tierra y por mar a un tiempo, mandando Apio el ejército y él mismo en persona sesenta galeras de cinco órdenes, llenas de toda especie de armas, manuales y arrojadizas. Había formado un gran puente sobre ocho barcas ligadas unas con otras, y llevando sobre él una máquina se dirigía contra los muros, muy confiado en la muchedumbre y excelencia de tales preparativos y en la gloria que tenía adquirida; de todo lo cual hacían muy poca cuenta

Arquímedes y sus inventos. No se había dedicado a ellos Arquímedes ex profeso, sino que le entretenían, y eran como juegos de la geometría a que era dado. En el principio fue el tirano Hierón quien estimuló hacía ellos su ambición, persuadiéndole que convirtiese alguna parte de aquella ciencia de las cosas intelectuales a las sensibles, y que, aplicando sus conocimientos a los usos de la vida, hiciese que le entrasen por los ojos a la muchedumbre. Fueron, es cierto, Eudoxo y Arquitas los que empezaron a poner en movimiento el arte tan apreciado y tan aplaudido de la maquinaria, exornando con cierta elegancia la geometría, y confirmando, por medio de ejemplos sensibles y mecánicos, ciertos problemas que no admitían la demostración lógica y conveniente; como por ejemplo: el problema no sujeto a demostración de las dos medias proporcionales, principio y elemento necesario para gran número de figuras, que llevaron uno y otro a una material inspección por medio de líneas intermedias colocadas entro líneas curvas y segmentos. Mas después que Platón se indispuso e indignó contra ellos, porque degradaban y echaban a perder lo más excelente de la geometría con trasladarla de lo incorpóreo e intelectual a lo sensible y emplearla en los cuerpos que son objeto de oficios toscos y manuales, decayó la mecánica separada de la geometría y desdeñada de los filósofos, viniendo a ser, por lo tanto, una de las artes militares. Arquímedes, pues, pariente y amigo de Hierón, le escribió que, con una potencia dada, se puede mover un peso igualmente dado; y jugando, como suele decirse, con la fuerza de la. demostración, le aseguró que si le dieran otra Tierra movería ésta después de pasar a aquella.

Maravillado Hierón, y pidiéndole que verificara con obras este problema e hiciese ostensible cómo se movía alguna gran mole con una potencia pequeña, compró para ello un gran transporte de tres velas del arsenal del rey, que fue sacado a tierra con mucho trabajo y a fuerza de un gran número de brazos; cargóle de gente y del peso que solía echársele, y sentado lejos de él, sin esfuerzo alguno y con sólo mover con la mano el cabo de una máquina de gran fuerza atractiva lo llevó así derecho y sin detención, como si corriese por el mar. Pasmóse el rey, y convencido del poder del arte, encargó a Arquímedes que le construyese toda especie de máquinas de sitio, bien fuese para defenderse o bien para atacar; de las cuales él no hizo uso, habiendo pasado la mayor parte de su vida exento de guerra y en la mayor comodidad; pero entonces tuvieron los Siracusanos prontos para aquel menester las máquinas y al artífice.

XV.- Al acometer, pues, los Romanos por dos partes, fue grande el sobresalto de los Siracusanos y su inmovilidad a causa del miedo, creyendo que nada había que oponer a tal ímpetu y a tantas fuerzas; pero poniendo en juego Arquímedes sus máquinas ocurrió a un mismo tiempo el ejército y la armada de aquellos. Al ejército, con armas arrojadizas de todo género y con piedras de una mole inmensa, despedidas con increíble violencia y celeridad, las cuales no habiendo nada que resistiese a su paso, obligaban a muchos a la fuga y rompían la formación. En cuanto a las naves, a unas las asían por medio de grandes maderos con punta, que repentinamente aparecieron en el aire saliendo desde la mu-

ralla, y, alzándose en alto con unos contrapesos, las hacían luego sumirse en el mar, y a otras, levantándolas rectas por la proa con garfios de hierro semejantes al pico de las grullas, las hacían caer en el agua por la popa, o atrayéndolas y arrastrándolas con máquinas que calaban adentro las estrellaban en las rocas y escollos que abundaban bajo la muralla, con gran ruina de la tripulación. A veces hubo nave que suspendida en alto dentro del mismo mar, y arrojada en él y vuelta a levantar, fue un espectáculo terrible hasta que estrellados o expelidos los marineros, vino a caer vacía sobre los muros, o se deslizó por soltarse el garfio que la asía. Llamábase sambuca la máquina que Marcelo traía sobre el puente, por la semejanza de su forma con aquel instrumento músico; mas cuando todavía estaba bien lejos de la muralla, se lanzó contra ella una piedra de peso de diez talentos, y luego segunda y tercera, de las cuales algunas, cayendo sobre la misma máquina con gran estruendo y conmoción, destruyeron el piso, rompieron su enlace y la desquiciaron del puente; con lo que, confundido y dudoso Marcelo, se retiró a toda prisa con las naves y dio orden para que también se retirasen las tropas. Tuvieron consejo, y les pareció probar si podrían aproximarse a los muros por la noche, porque siendo de gran fuerza las máquinas de que usaba Arquímedes, no podían menos de hacer largos sus tiros, y puestos ellos allí serían del todo vanos, por no tener la proyección bastante espacio. Mas, a lo que parece, aquel se había prevenido de antemano con instrumentos que tenían movimientos proporcionados a toda distancia, con dardos cortos y no largas lanzas, teniendo además prontos escorpiones que por muchas y

espesas troneras pudiesen herir de cerca sin ser vistos de los enemigos.

XVI.- Acercáronse, pues, pensando no ser vistos, pero al punto dieron otra vez con los dardos, y eran heridos con piedras que les caían sobre la cabeza perpendicularmente; y como del muro también tirasen por todas partes contra ellos, hubieron de retroceder; y aun cuando estaban a distancia, llovían los dardos y los alcanzaban en la retirada, causándoles gran pérdida y un continuo choque de las naves unas con otras, sin que en nada pudiesen ofender a los enemigos, porque Arquímedes había puesto la mayor parte de sus máquinas al abrigo de la muralla. Parecía, por tanto, que los Romanos repetían la guerra a los Dioses, según repentinamente habían venido sobre ellos millares de plagas.

XVII.- Marcelo pudo retirarse, y, motejando a sus técnicos y fabricantes de máquinas: "¿No cesaremos- les decía- de guerrear contra ese geómetra Briareo, que usando nuestras naves como copas las ha arrojado al mar y todavía se aventaja a los fabulosos centimanos, lanzando contra nosotros tal copia de dardos?" Y en realidad todos los Siracusanos venían a ser como el cuerpo de las máquinas de Arquímedes, y una sola alma la que todo lo agitaba y ponía en movimiento, no empleándose para nada las demás armas, y haciendo la ciudad uso de solos aquellos para ofender y defenderse. Finalmente, echando de ver Marcelo que los Romanos habían cobrado tal horror, que, lo mismo era ponerse mano sobre la muralla en una cuerda o en un madero,

empezaban a gritar que Arquímedes ponía en juego una máquina contra ellos, y volvían en fuga la espalda, tuvo que cesar en toda invasión y ataque, remitiendo a sólo el tiempo el término feliz del asedio. En cuanto a Arquímedes, fue tanto su juicio, tan grande su ingenio y tal su riqueza en teoremas, que sobre aquellos objetos que le habían dado el nombre y gloria de una inteligencia sobrehumana no permitió dejar nada escrito; y es que tenía por innoble y ministerial toda ocupación en la mecánica y todo arte aplicado a nuestros usos, y ponía únicamente su deseo de sobresalir en aquellas cosas que llevan consigo lo bello y excelente, sin mezcla de nada servil, diversas y separadas de las demás, pero que hacen que se entable contienda entre la demostración y la materia; de parte de la una, por lo grande y lo bello, y de parte de la otra, por la exactitud y por el maravilloso poder; pues en toda la geometría no se encontrarán cuestiones más difíciles y enredosas, explicadas con elementos más sencillos ni más comprensibles; lo cual unos creen que debe atribuirse a la sublimidad de su ingenio, y otros, a un excesivo trabajo, siendo así que cada cosa parece después de hecha que no debió costar trabajo ni dificultad. Porque si se tratara de inventarlas, no sería dado a cualquiera acertar por sí solo con la demostración, y en aprendiéndolas, al punto nace en cada uno la opinión de que las habría hallado: ¡tanto es lo que facilitan y abrevian el camino para la demostración! Así, no hay cómo no dar crédito a lo que se refiere de que, halagado y entretenido de continuo por una sirena doméstica y familiar, se olvidaba del alimento y no cuidaba de su persona; y que llevado por fuerza a ungirse y bañarse, formaba figuras

geométricas en el mismo hogar, y después de ungido tiraba líneas con el dedo, estando verdaderamente fuera de sí, y como poseído de las musas, por el sumo placer que en estas ocupaciones hallaba. Habiendo, pues, sido autor de muchos y muy excelentes inventos, dícese haber encargado a sus amigos y parientes que después de su muerte colocasen sobre su sepulcro un cilindro con una esfera circunscrita en él, poniendo por inscripción la razón del exceso entre el sólido continente y el contenido.

XVIII.- Siendo, pues, Arquímedes tal cual hemos manifestado, se conservó invencible a sí mismo, e hizo invencible a la ciudad en cuanto estuvo de su parte. Marcelo, durante el sitio, tomó a Mégara, una de las ciudades más antiguas de los Sicilianos, y se apoderó, cerca de Acilas, del campamento de Hipócrates, con muerte de más de ocho mil hombres, sorprendiéndolos en el acto de poner el valladar. Corrió además la mayor parte de la Sicilia, separando las ciudades del partido de los Cartagineses, y venció en batalla a todos cuantos se atrevieron a hacerle frente. Sucedió en el progreso del sitio haber hecho cautivo a un Espartano llamado Damasipo, que salió por mar de Siracusa; y como los Siracusanos deseasen recobrarle por rescate, y con este motivo se hubiesen tenido diferentes conferencias, puso en una de estas ocasiones la vista en una torre que estaba mal conservada y defendida, en la que podría introducir soldados ocultamente, siendo además el muro de fácil subida por aquella parte. Habíase hecho cargo con exactitud de la altura de éste en sus frecuentes idas y venidas a conferenciar por la

parte de la torre, y tenía ya prevenidas las escalas; viendo, pues, que los Siracusanos, con motivo de celebrar una fiesta de Diana, estaban entregados al vino y a la diversión, no solamente tomó la torre sin ser sentido, sino que antes de hacerse de día había coronado de gente armada toda la muralla y quebrantado los Hexápilos. Cuando los Siracusanos llegaron a entenderlo, todo fue confusión y desorden, y como Marcelo mandase hacer señal con todas las trompetas a un tiempo, dieron a huir sobrecogidos de miedo, creyendo que nada les quedaba por tomar a los enemigos. Faltaba, sin embargo, la parte más bella, de más resistencia y extensión (que se llama la Acradina), porque su muralla separa la ciudad de afuera, de la cual a una parte dan el nombre de ciudad nueva , y a otra el de Tica.

XIX.- Tomadas también éstas, al mismo amanecer marchó Marcelo por los Hexápilos, dándole el parabién todos los caudillos que estaban a sus órdenes; mas de él mismo se dice que al ver y registrar desde lo alto la grandeza y hermosura de semejante ciudad, derramó muchas lágrimas, compadeciéndose de lo que iba a suceder, por ofrecerse a su imaginación qué cambio iba a tener de allí a poco en su forma y aspecto, saqueada por el ejército. En efecto, ninguno de los jefes se atrevía a oponerse a los soldados, que habían pedido se les concediese el saqueo, y aun muchos clamaban por que se le diese fuego y se la asolase. En nada de todo esto convino Marcelo, y sólo por fuerza y con repugnancia condescendió en que se aprovecharan de los bienes y de los esclavos, sin que ni siquiera tocaran a las personas li-

bres, mandando expresamente que no se diese muerte, ni se hiciese violencia, ni se esclavizase a ninguno de los Siracusanos. Pues con todo de dar órdenes tan moderadas, concibiólo que iba a padecer aquella ciudad; y en medio de tan grande satisfacción, se echó de ver lo que padecía su alma al considerar que dentro de breves momentos iba a desaparecer la brillante prosperidad de aquel pueblo, diciéndose que no se recogió menos riqueza en aquel saqueo que la que se allegó después en el de Cartago; porque habiéndose tomado por traición de allí a poco tiempo las demás partes de la ciudad , todo lo saquearon, a excepción de la riqueza de los palacios del tirano, la cual fue adjudicada al erario público. Mas lo que principalmente afligió a Marcelo fue lo que ocurrió con Arquímedes: hallábase éste casualmente entregado al examen de cierta figura matemática, y, fijos en ella su ánimo y su vista, no sintió la invasión de los Romanos ni la toma de la ciudad. Presentósele repentinamente un soldado, dándole orden de que le siguiese a casa de Marcelo; pero él no quiso antes de resolver el problema y llevarlo hasta la demostración; con lo que, irritado el soldado, desenvainó la espada y le dio muerte. Otros dicen que ya el Romano se le presentó con la espada desnuda en actitud de matarle, y que al verle le rogó y suplicó que se esperara un poco, para no dejar imperfecto y oscuro lo que estaba investigando; de lo que el soldado no hizo caso y le pasó con la espada. Todavía hay cerca de esto otra relación, diciéndose que Arquímedes llevaba a Marcelo algunos instrumentos matemáticos, como cuadrantes, esferas y ángulos, con los que manifestaba a la vista la magnitud del Sol, y que dando con él los soldados,

como creyesen que dentro llevaba oro, le mataron. Como quiera, lo que no puede dudarse es que Marcelo lo sintió mucho, que al soldado que le mató de su propia mano le mandó retirarse de su presencia como abominable, y que habiendo hecho buscar a sus deudos los trató con el mayor aprecio y distinción.

XX.- Para los de afuera tenían, sí, opinión los Romanos de ser terribles en la guerra y cuando se venía a las puñadas; pero no habían dado nunca ejemplos de indulgencia, de humanidad y de las demás virtudes políticas; y entonces por la primera vez hizo Marcelo ver a los Griegos que eran más justos los Romanos. Porque se portó de modo con los que tuvieron que entender con él, e hizo tanto bien a las ciudades, que si con los de Ena, los Megarenses o los Siracusanos intervino algún hecho de inmoderación, más deberá echarse la culpa a los que lo padecieron que a los que se vieron en la precisión de ejecutarlo. Haremos mención, entre muchos, de uno sollo de sus actos de bondad. Hay en Sicilia una ciudad llamada Engío, aunque pequeña, muy antigua y celebrada por la aparición de las Diosas a las que dicen las Madres, habiendo tradición de que el templo fue obra de los Cretenses; en él enseñan ciertas lanzas y ciertos yelmos de bronce, con inscripciones unos de Meríones y otros de Odiseo, consagrado todo en honor de las Diosas. Era esta ciudad de las más decididas de los Cartagineses, y Nicias, uno de los ciudadanos más principales, intentaba traerla al partido de los Romanos, hablándoles con la mayor claridad en las juntas y tratando con aspereza a los que le contradecían; pero estos,

que temían su opinión y su influjo, concibieron el designio de echarle mano y entregarle a los Cartagineses. Llególo a entender Nicias, y se resguardó, andando con cautela; pero sin reserva hizo correr opiniones poco piadosas acerca de las Madres, y ejecutó cosas que daban a entender que no creía y se burlaba de la aparición, con lo que se pusieron muy contentos sus enemigos, pareciéndoles que esto era dar armas contra sí mismo para lo que tenían meditado. Cuando iban a ponerlo por obra, había junta pública de los ciudadanos; en ella Nicias empezó a hablar y persuadir al pueblo, y en medio de esto, repentinamente se tiró al suelo, estando un poco desmayado; sucedió a esto, como es natural, un gran silencio y admiración, y entonces, levantando y moviendo la cabeza, con voz trémula y profunda empezó a articular, aumentando por grados el eco. Cuando vio que todo el pueblo estaba poseído de un mudo terror, arrojando el manto y rasgando la túnica dio a correr medio desnudo hacia la salida de la plaza, gritando que las Madres lo arrebataban. Nadie osaba acercársele y menos detenerle, por un temor supersticioso, sino que antes se apartaban, y así pudo encaminarse a todo correr hacia las puertas, sin omitir ninguno de los gritos y contorsiones que son propios de los endemoniados y poseídos. La mujer, que estaba en el secreto, y entraba a la parte en esta maquinación, tomando por la mano a sus hijos, empezó por postrarse delante del templo de las Diosas, y después, haciendo como que iba en busca de su marido perdido y desesperado, se marchó del pueblo sin que nadie se lo estorbase, y con toda seguridad, dirigiéndose ambos, salvos por este medio, a Siracusa a presentarse a Marcelo. Éste,

que había recibido muchas ofensas y agravios de los Engíos, marchó allá e hizo encadenarlos a todos para tomar venganza; mas entonces Nicias acudió a él, y empleando los ruegos y las lágrimas, asiéndole de las manos y las rodillas, le pidió por sus ciudadanos, empezando por sus enemigos; apiadado Marcelo, los dejó libres a todos, sin haber causado a la ciudad la menor vejación, y a Nicias le hizo concesión de mucho terreno y le dio grandes presentes. Este hecho, es Posidonio el filósofo quien nos lo dejó escrito.

XXI.- Por llamamiento de los Romanos volvió Marcelo a la guerra prolongada y doméstica, trayendo la mayor y más rica parte de las ofrendas votivas de los Siracusanos, para que sirviesen de recreo a su vista en el triunfo y a la ciudad de ornato; porque antes no había ni se conocía en ella objeto exquisito y primoroso, ni se veía nada que pudiera decirse gracioso, pulido y delicado, estando llena de armas de los bárbaros y de despojos sangrientos, que no hacían una vista alegre y exenta de temor y miedo propia de espectadores criados con regalo, sino que, como Epaminondas llamaba orquesta de Ares al territorio de la Beocia, y Jenofonte a Éfeso arsenal de la guerra, de la misma manera parece que cualquiera daría a Roma, según el lenguaje de Píndaro, la denominación de campo consagrado al belicoso Marte. Por esta causa Marcelo, que adornó la ciudad con objetos vistosos y agradables, en que se descubría la gracia y elegancia griega, se ganó la benevolencia del pueblo; pero Fabio Máximo, la de los ancianos, porque no recogió esta clase de objetos, ni los trasladó de Tarento cuando la tomó, sino que

los otros bienes y las otras riquezas los extrajo; pero se dejó las estatuas, pronunciando aquella sentencia tan conocida: "Dejemos a los Tarentinos sus Dioses irritados". Reprendían, pues, a Marcelo, lo primero porque había concitado odio y envidia a la ciudad, llevando en triunfo no sólo hombres, sino Dioses, cautivos, y lo segundo, porque al pueblo, acostumbrado a pelear y labrar, distante del regalo y la holgazanería, y que era a semejanza del Heracles de Eurípides.

Nada artero en el mal, para el bien recto

le llenó de ocio y de parlanchinería sobre las artes y los artistas, haciéndose placero y consumiendo en esto la mayor parte del día. Con todo, él hacía gala, aun entre los Griegos, de haber enseñado a los Romanos a apreciar y tener en admiración las preciosidades y primores de la Grecia, que antes no conocían.

XXII.- Oponíanse los enemigos de Marcelo a que se le decretase el triunfo, porque todavía se había quedado algo que hacer en Sicilia, y porque concitaba envidia el tercer triunfo; mas convínose con ellos en que el triunfo grande y perfecto lo tendría fuera, yendo la tropa al monte Albano, y en la ciudad tendría el menor, al que llaman aclamación los Griegos y ovación los Romanos. En éste el que triunfa no va en carroza de cuatro caballos, ni se le corona de laurel, ni se le tañen trompas, sino que marcha a pie con calzado llano, acompañado de flautistas en gran número y coronado de mirto, como para mostrarse pacífico y benigno, más bien que formidable: lo que para mí es la señal más cierta de que en lo antiguo no tanto se distinguían entre sí ambos triunfos

por la grandeza de las acciones como por su calidad; porque los que en batalla vencían de poder a poder a los enemigos, gozaban a lo que parece de aquel triunfo marcial, y, digámoslo así, imponedor de miedo, coronando profusamente con laurel las armas y los soldados, como se acostumbraba en las lustraciones de los ejércitos, y a los generales que, sin necesidad de guerra, con las conferencias y la persuasión terminaban felizmente las contiendas, les concedía la ley esta otra aclamación y pompa pacífica y conciliadora. Porque la flauta es instrumento de paz, y el mirto es el árbol de Venus, la más abominadora de la violencia y de la guerra entre todos los Dioses. La ovación no se llama así, como muchos opinan, de la voz griega que significa *feliz canto o aclamación*, pues que también el acompañamiento del otro triunfo da voces de aplauso y entona canciones; el nombre viene de haberlo aplicado los Griegos a sus usos, creyendo que en ello había algún particular culto a Baco, al que llamamos también *Evio* y *Triambo.* Mas aún no es de aquí de donde en verdad se deriva, sino de que en el triunfo grande los generales sacrificaban bueyes según el rito patrio, y en éste sacrificaban una res lanar a la que los Romanos llaman oveja, y de aquí a este triunfo se le dijo ovación. Será bueno asimismo examinar cómo el legislador de los Lacedemonios ordenó los sacrificios a la inversa del legislador romano; porque en Esparta el general que con estratagemas y la persuasión logra su intento sacrifica un buey, y el que ha tenido que venir a las manos sacrifica un gallo; y es que con todo de serlos mayores guerreros, creen que al hombre le está mejor alcanzar lo que se propone por medio del juicio y la prudencia

que no por la fuerza y el valor; quédese, pues, esto todavía indeciso.

XXIII.- Había sido Marcelo creado cuarta vez cónsul, y sus enemigos ganaron a los Siracusanos para que se presentaran a acusarle y desacreditarle ante el Senado, por haberlos tratado con dureza contra el tenor de los pactos. Hallábase casualmente Marcelo ocupado en la solemnidad de un sacrificio en el Capitolio, y habiendo acudido los Siracusanos, cuando todavía estaba congregado el Senado, a pedir que se les admitiera a alegar y entablar el juicio, el colega los hizo salir, indignándose con ellos por tal intento, no hallándose Marcelo presente. Mas éste, habiéndolo entendido, vino al punto, y lo primero que hizo, sentándose en la silla curul, fue despachar lo que como cónsul le correspondía, y después que lo hubo terminado, bajó de su asiento, y en pie se puso como un particular en el sitio destinado a los que van a ser juzgados, dando lugar a que los Siracusanos entablaran su petición. Sobrecogiéronse éstos sobremanera con la autoridad y confianza de tan ilustre varón; y al que en las armas habían mirado como inexorable, todavía en la toga le tuvieron por más terrible y más grave. Pero, en fin, animados por los contrarios de Marcelo, dieron principio a la acusación, pronunciando un discurso en que, con la declamación propia del acto, iban mezclados los lamentos. Reducíase, en suma, a que, no obstante ser amigos y aliados de los Romanos, habían sufrido agravios de que otros generales se abstienen aun contra los enemigos. A esto respondió Marcelo, que, a pesar de las muchas ofensas y daños que habían he-

cho a los Romanos, no habían padecido, con haber sido tomada la ciudad a viva fuerza, más que aquello que es imposible evitar en tales casos, y que se habían visto en tal conflicto por culpa propia, y no haber querido escuchar sus amonestaciones; porque no habían sido violentados a pelear en defensa de sus tiranos, sino que ellos eran los que habían acalorado a éstos para el combate. Concluídos los discursos, salieron los Siracusanos, como es de costumbre, de la curia, y con ellos salió Marcelo, teniéndose el senado bajo la presidencia de su colega. Detúvose a la puerta del tribunal, sin alterar su natural porte, ni por miedo al juicio, ni por indignación contra los Siracusanos, esperando con mansedumbre y con modestia a que se pronunciase la sentencia. Luego que dados los votos se anunció que había vencido, los Siracusanos se arrojaron a sus pies, pidiéndole con lágrimas que aplacase su ira contra ellos y se compadeciera de la ciudad, que tenía presentes y agradecía sus beneficios; templado, pues, Marcelo se reconcilió con aquellos mismos, y a los demás Siracusanos les hizo siempre todo el bien que pudo; el Senado confirmó la libertad, las leyes y aquella parte de bienes que Marcelo les había concedido; en recompensas de lo cual, recibió también de los Siracusanos honores muy singulares, y, entre otros, el de haber hecho una ley para que, si Marcelo o alguno de sus descendientes aportase a Sicilia, los Siracusanos tomasen coronas y con ellas sacrificasen a los Dioses.

XXIV.- De allí partió con Aníbal, y siendo así que después de la batalla de Canas casi todos los generales y cónsu-

les no tuvieron otro modo de contrarrestarlos que el de huir el cuerpo, no atreviéndose ninguno a esperarle y pelear en formación, él tomó el medio enteramente opuesto, creyendo que si con el tiempo se quebrantaba a Aníbal más pronto quedaba con él quebrantada la Italia, y juzgando que Fabio, con atenerse siempre a la seguridad, no curaba con el remedio conveniente la dolencia de la patria, pareciéndose, en el esperar a que debilitado el contrario apagase la guerra, a aquellos médicos irresolutos y tímidos en la curación de las enfermedades, que aguardan a ver si se debilita la fuerza del mal. Tomó en primer lugar las principales ciudades de los Samnitas que se habían rebelado y, en consecuencia de ello, gran cantidad de trigo que allí había, mucha riqueza, y los soldados de Aníbal que las guarnecían, que eran unos tres mil. A poco, como Aníbal hubiese dado muerte en la Apulia al procónsul Gneo Fulvio, con once tribunos más, y hubiese destrozado la mayor parte del ejército, envió Marcelo cartas a Roma, exhortando a los ciudadanos a que no desmayaran, porque se ponía en marcha para desvanecer el gozo de Aníbal. Acerca de lo cual dice Livio que, leídas estas cartas, no se disipó la pesadumbre, sino que se acrecentó con el miedo, por ser tanto mayor que la pérdida ya sucedida el temor de lo que recelaban, cuando Marcelo se aventajaba a Fulvio. Aquel, al punto, como lo había escrito, marchó a Lucania en persecución de Aníbal, y alcanzándole en las cercanías de la ciudad de Numistrón, donde había tomado posición en unos collados bastantes fuertes, él puso su campo en la llanura. Al día siguiente se anticipó a poner en orden su ejército, y bajando Aníbal se trabó una batalla que no tuvo éxito

cierto o que fuese de importancia; con todo de que, habiendo empezado a las nueve de la mañana, con dificultad cesaron después de haber oscurecido. Al amanecer estuvo otra vez pronto con su ejército, formando entre los cadáveres, desde donde provocaba a Aníbal a la batalla; mas como éste se retirase, despojando los cadáveres de los contrarios y dando sepultura a los de los amigos, se puso de nuevo a perseguirle, y habiéndose librado de las muchas asechanzas que aquel le iba armando sin dar en ninguna, superior siempre en las escaramuzas de la retirada, se atrajo una grande admiración. Llegábase el tiempo de los comicios consulares, y el Senado tuvo por más conveniente hacer venir de Sicilia al otro cónsul que mover de su puesto a Marcelo en la lucha continua con Aníbal. Luego que llegó, le dio orden para que publicase por dictador a Quinto Fulvio: porque el que ejerce esta dignidad no es elegido ni por el pueblo ni por el Senado, sino que, presentándose ante la muchedumbre uno de los cónsules o de los pretores, nombra dictador a aquel que le parece, y por este dicho nombramiento se llama dictador el designado, porque al hablar o pronunciar le llaman los Romanos *dicere;* aunque a otros les parece que el dictador se llama así porque sin necesidad de votos o de autorización de otros para nada, él, por sí mismo, dicta lo que cree conveniente; porque también los Romanos a las determinaciones de los arcontes, que llaman los griegos ordenanzas, les dan el nombre de *edictos.*

XXV.- Cuando vino de Sicilia el colega de Marcelo, quería que se proclamase a otro dictador; como fuese muy ajeno

de su carácter el ser violento en su opinión, se hizo de noche a la vela para Sicilia; y de este modo el pueblo nombró dictador a Quinto Fulvio: con todo, el Senado escribió a Marcelo para que lo designase él mismo; y mostrándose obediente, lo ejecutó así, suscribiendo a los deseos del pueblo; y él fue otra vez designado para continuar en el mando con la dignidad de procónsul. Convino con Fabio Máximo en que éste se dirigiría contra Tarento, y que él, viniendo a las manos y distrayendo a Aníbal, le estorbaría que pudiera ir en socorro de los Tarentinos; en consecuencia de lo cual le acometió cerca de Canusio, y aunque éste mudaba de posiciones y andaba retirándose, se le aparecía por todas partes. Finalmente, estando paya fijar los reales, lo provocó con escaramuzas, y cuando iban a trabar la batalla, sobrevino la noche y los separo. Mas al día siguiente se halló ya Aníbal con que tenía su ejército sobre las armas; de manera que llegó a incomodarse, y reuniendo a los Cartagineses les rogó que en reñir aquella batalla excedieran a cuanto habían hecho en las anteriores: “Porque ya veis-les dijo- que no nos es dado reposar después de tantas victorias, ni tener holganza siendo los vencedores, si no espantamos a este hombre”; y con esto se comenzó la batalla. Parece que en ella, queriendo Marcelo usar de una estratagema que se vio ser intempestiva, cometió un yerro; en efecto, viendo maltratada su ala derecha, dio orden para que avanzara una de las legiones, y como este movimiento hubiese inducido turbación en los que peleaban, puso con esto la victoria en manos de los enemigos; habiendo muerto de los Romanos dos mil y setecientos hombres. Retiróse Marcelo a su campamento, y, reuniendo

el ejército, le dijo que lo que era armas y cuerpos de Romanos, veía muchos; pero Romano, no veía ninguno. Pidiéronle perdón, y les respondió que no podía darlo a los vencidos, y sólo lo concedería si venciesen, pues al día siguiente habían de volver a la batalla, para que sus ciudadanos oyesen antes su victoria que su fuga; y dicho esto, mandó que a las escuadras vencidas se les repartiese cebada en vez de trigo; con lo que, sin embargo de que muchos se hallaban grave y peligrosamente heridos, se dice que ninguno sintió tanto en aquella ocasión sus males como estas palabras de Marcelo.

XXVI.- Al amanecer ya se vio expuesta, según la costumbre, la túnica de púrpura, que era el signo de que se iba a dar batalla, y, pidiendo las escuadras vencidas formar las primeras, les fue concedido: sacaron luego los tribunos las demás tropas, y anunciado que le fue a Aníbal: "¡Por Júpiter!"-exclamó- "¿Qué partido puede tomar nadie con un hombre que no sabe llevar ni la mala ni la buena suerte? Porque sólo él no da reposo cuando vence, ni le toma cuando es vencido; sino que siempre, a lo que se ve, tendremos que estar en pelea con un general que, para ser denodado y resuelto, ora salga bien, ora salga mal, halla siempre motivo en tenerse por afrentado". Trabáronse con esto las haces, y como de hombres a hombres se pelease de una y otra parte con igualdad, dio orden Aníbal para que, colocando en la primera fila los elefantes, los opusieran a la infantería romana. Produjo al punto esta medida gran turbación y desordenen los que iban los primeros, y entonces, tomando la insignia uno de los tribunos, llamado Fabio, se puso delante e

hiriendo con el hierro de la lanza al primero de los elefantes le hizo retroceder. Pegó éste con el que tenía a la espalda y le ahuyentó con todos los demás que le seguían. Apenas lo observó Marcelo, dio orden a la caballería para que con violencia cargara a los que estaban ya en desorden y acabara de desconcertar y poner en huída a los enemigos. Acometieron aquellos con denuedo, y siguieron acuchillando a los Cartagineses hasta su mismo campamento; también los elefantes, tanto los que morían como los heridos, causaron gran daño, porque se dice que los muertos fueron más de ocho mil. De los Romanos murieron unos tres mil; pero heridos lo fueron casi todos; y esto dio a Aníbal la facilidad de levantar cómodamente el campo y retirarse lejos de Marcelo; porque no estaba en estado de perseguirle por los muchos heridos, sino que con reposo se encaminó a la Campania y pasó el verano en Sinuesa, para que se repusieran los soldados.

XXVII.- Aníbal, luego que respiró de Marcelo, considerando su ejército como libre de toda atadura, corrió toda la Italia, poniéndola en combustión; de resultas de lo cual era en Roma desacreditado Marcelo. Sus enemigos, pues, excitaron para que le acusase a Publicio Bíbulo, uno de los tribunos de la plebe, hombre violento y que poseía el arte de la palabra: el cual, congregando muchas veces al pueblo, consiguió persuadirle que diera el mando a otro general, porque Marcelo- dijo-, habiéndose ejercitado un poco en la guerra, se ha retirado ya como de la palestra a los baños calientes, para cuidar de su persona. Llególo a entender Marcelo, y dejando encargado el ejército a los legados, marchó a

Roma a vindicarse de aquellas calumnias, encontrándose con que ya se le había formado causa sobre ellas. Señalóse día, y reunido el pueblo en el Circo Flaminio, se levantó Bíbulo a hacer su acusación; defendióse Marcelo, diciendo por sí mismo pocas y muy sencillas razones; pero de los primeros y más señalados ciudadanos tomaron varios con intrepidez y energía su causa, advirtiendo a los demás que no se mostrasen menos rectos jueces que el mismo enemigo, condenando por cobardía a Marcelo, cuando era el único general de quien aquel huía, teniendo tan resuelto no pelear con éste como pelear con los demás. Oídos estos discursos, quedó el acusador tan frustrado en sus esperanzas, que, no solamente fue Marcelo absuelto de los cargos, sino que se le nombró por quinta vez cónsul.

XXVIII.- Encargado del mando, lo primero que hizo fue apaciguar en la Etruria un gran movimiento que para la rebelión se había suscitado, visitando por sí mismo las ciudades. Quiso después dedicar un templo que con los despojos de la Sicilia había construido a la Gloria y a la Virtud; y como en la empresa le detuviesen los sacerdotes a causa de no tener por conforme que un solo templo contuviera dos divinidades, comenzó de nueva a edificar otro, no tanto por no llevar bien aquella oposición como por tenerla a mal agüero. Porque concurrieron a sobresaltarle diferentes prodigios, como haber sido tocados del rayo algunos templos, y haber roído los ratones el oro del templo de Júpiter. Díjose también que, un buey había articulado voz humana, y que había nacido un niño con cabeza de elefante, por lo que los

agoreros, dificultando sobre las libaciones y los conjuros, le detuvieron en Roma, a pesar de su inquietud y ardimiento: pues no hubo jamás hombre inflamado de más vehemente deseo que el que tenía Marcelo de terminar la guerra con Aníbal. En esto soñaba por la noche; de esto conversaba con sus amigos y colegas; y su única voz para con los Dioses era que le diesen cautivar a Aníbal; y si hubiera sido posible que los dos ejércitos hubieran estado encerrados dentro de un mismo muro o de un mismo campamento, me parece que su mayor placer habría sido luchar con él; de manera que a no hallarle tan colmado de gloria y haber dado tantas pruebas de ser un general juicioso y prudente, podría acaso decirse que en este negocio había sido arrebatado de un ardor más juvenil que el que a su edad convenía: porque era ya de más de sesenta años cuando obtuvo el quinto consulado.

XXIX.- Hechos que fueron todos los sacrificios y purificaciones que los agoreros decretaron, partió con su colega a la guerra; y puesto entre las ciudades de Bancia y Venusia, provocó por bastante tiempo a Aníbal, el cual no bajó a presentar batalla; pero habiendo entendido que aquellos habían enviado tropas a los Locros Epicefirios, armándoles una celada al pie de la montaña de Petelia, les mató dos mil y quinientos hombres. Enardeció más esto a Marcelo para la batalla, y así acercó todavía mucho más sus fuerzas. En medio de los dos campos había un collado, que ofrecía bastante defensa, aunque poblado de muchos arbustos; el cual, además, tenía cañadas y concavidades a una y otra falda, abundando también en fuentes que despedían raudales de agua.

Maravilláronse, pues, los Romanos de Aníbal que, habiendo sido el primero en tomar posiciones, no había ocupado aquel lugar, sino que lo había dejado a los enemigos; y es que, no obstante haberle parecido a propósito para acampar, lo juzgó más propio para poner celadas; y, prefiriendo el destinarlo a este objeto, sembró de tiradores y lanceros la espesura y las cañadas, persuadido de que la disposición del terreno atraería a los Romanos: esperanza que no le salió vana, porque al momento se movió en el ejército romano la conversación de que era preciso ocupar aquel puesto; y echándola de generales anunciaban que serían muy superiores a los enemigos fijando allí su campo o fortificando aquella altura. Túvose por conveniente que Marcelo se adelantase con algunos caballos a hacer un reconocimiento, mas antes, teniendo consigo un agorero, quiso sacrificar: y muerta la primera víctima, le mostró el agorero el hígado, que carecía de asidero; sacrificada luego la segunda, apareció un asidero de extraordinaria magnitud, y todo se manifestó sumamente fausto, con lo que se creyó desvanecido el primer susto: con todo, los agoreros insistían en que todavía aquello inducía mayor miedo y terror, porque la mezcla de lo próspero con lo adverso debía hacer sospechar mudanzas. Mas, como decía Píndaro:

Al hado estatuido no le atajan
ni fuego ardiente ni acerado muro.

Marchó, pues, llevando consigo a su colega Crispino, y a su hijo, que era tribuno, con unos doscientos y veinte de a caballo, entre los cuales no había ningún Romano, sino que los más eran Etruscos, y como cuarenta Fregelanos, que

siempre se habían mostrado obedientes y fieles a Marcelo. Como el collado era, según se ha dicho, poblado de espesura y sombrío, un hombre sentado en la eminencia estaba en observación de los enemigos, registrando, sin ser visto, el ejército de los Romanos, y, dando aviso de lo que pasaba a los lanceros, dejaron éstos que Marcelo, que se adelantaba en su reconocimiento, llegase cerca, y levantándose de pronto le cercaron a un tiempo por todas partes y empezaron a tirar dardos, a herir y a perseguir a los fugitivos, trabando pelea con los que hacían frente, que eran solos los cuarenta Fregelanos; los Etruscos, en efecto, fueron ahuyentados desde el principio, y éstos, dando la cara, se defendieron, protegiendo a los cónsules, hasta que Crispino, herido con dos dardos, dio a huir con su caballo y Marcelo fue traspasado por un costado con un hierro ancho, al que los Romanos llaman lanza. Entonces los pocos Fregelanos que estaban presentes le abandonaron viéndole ya en tierra, y arrebatando al hijo, que también se hallaba herido, se retiraron al campamento. Los muertos fueron poco más de cuarenta, quedando cautivo de los lictores cinco, y de los de a caballo diez y ocho. Murió también Crispino de sus heridas, habiendo sobrevivido muy pocos días; y entonces por la primera vez sufrieron los Romanos un descalabro nunca antes visto, que fue morir los dos cónsules en un mismo combate.

XXX.- De todos los demás hizo Aníbal muy poca cuenta; pero al oír que Marcelo había muerto, marchó inmediatamente al sitio, y parándose ante el cadáver, estuvo mucho

tiempo considerando la robustez y belleza de su persona, sin proferir expresión alguna de vanagloria, ni manifestar regocijo en su semblante, como otro quizá lo hubiera hecho al ver muerto tan grave y poderoso enemigo; sino que, admirado de lo extraño del caso, le quitó, sí, el anillo: pero adornando y componiendo el cuerpo con el conveniente decoro, lo hizo quemar, y recogiendo las cenizas en una urna de plata, que ciñó con corona de oro, las envió al hijo. Algunos Númidas asaltaron a los que las conducían y se arrojaron a quitarles la urna, y como los otros trataran de recobrarla, en la lucha y contienda arrojaron por el suelo las cenizas. Súpolo Aníbal, y prorrumpió ante los que con él estaban en la expresión de que es imposible hacer nada contra la voluntad divina, y, aunque castigó a los Númidas, ya no volvió a pensar en recoger y enviar los huesos, como dando por supuesto que por alguna particular disposición de Dios había sucedido por un modo extraño la muerte de Marcelo y el que quedase insepulto. Así es como lo refieren Cornelio Nepote y Valerio Máximo; pero Livio y César Augusto afirman que la urna fue llevada a poder del hijo, y que se le dio honrosa sepultura. Sin contar las dedicaciones de Roma, consagró Marcelo un gimnasio en Catana de Sicilia y estatuas y cuadros de los de Siracusa, que colocó, en Samotracia, en el templo de los Dioses que llaman Cabirios, y en el templo de Atenea junto a Lindo. En éste, según dice Posidonio, se había puesto a su estatua esta inscripción:

El astro claro de la patria Roma,
descendiente de ilustres genitores,
Marcelo Claudio es, huésped, el que miras.

La dignidad de Cónsul siete veces
regentó en la ciudad del fiero Marte,
siendo de sus contrarios grande estrago.

Por lo que se echa de ver, el que hizo la inscripción añadió a los cinco consulados los dos proconsulados que obtuvo también Marcelo. Su linaje permaneció siempre ilustre, hasta Marcelo, el sobrino de César, que era hijo de Octavia, hermana de éste, tenido de Gayo Marcelo. Ejerciendo la dignidad de edil de los Romanos murió recién casado, habiendo gozado muy poco tiempo de la compañía de la hija de César. En su honor y memoria su madre Octavia le dedicó una biblioteca y César un teatro, que se llamó de Marcelo.

COMPARACIÓN DE PELÓPIDAS Y MARCELO

I.- Lo que se deja dicho es cuanto nos ha parecido digno de referirse acerca de Marcelo y de Pelópidas; mas entre las cosas que les fueron comunes por naturaleza y por hábito, siendo por ellas justamente contrapuestos, pues ambos fueron valientes, sufridos, fogosos y de grandes alientos, parece que sólo se encuentra diferencia en que Marcelo hizo derramar sangre en muchas de las ciudades que subyugó, mientras que Epaminondas y Pelópidas a nadie dieron muerte después de vencedores, ni esclavizaron las ciudades; y aun de los Tebanos se dice que no habrían tratado así a los Orcomenios, si éstos hubiesen estado presentes. Entre las hazañas de Marcelo, las más admirables y señaladas tuvieron lugar contra los Galos, y fueron haber ahuyentado tan inmensa muchedumbre de infantería y caballería con los pocos caballos que mandaba, lo que no se dirá fácilmente de ningún otro general, y haber dado muerte por su mano al caudillo de los enemigos; y en igual caso Pelópidas no salió con su intento, sino que fue cautivado por el tirano, recibiendo daño en vez de causarlo. Con todo, a aquellas proezas pueden muy bien oponerse las batallas de Leuctra y Te-

giras, sumamente ilustres y celebradas. Por lo que hace a victoria conseguida por medios ocultos e insidiosos, no tenemos de Marcelo ninguna que sea comparable con la alcanzada por Pelópidas, cuando después de su vuelta del destierro dio en Tebas muerte a los tiranos; hazaña que sobresalió mucho entre cuantas se han ejecutado en tinieblas y con asechanzas. Aníbal, enemigo terrible, fatigaba a los Romanos, al modo que a los Tebanos los Lacedemonios, y es cosa bien cierta que Pelópidas los venció y puso en fuga en Tegiras y en Leuctra; pero Marcelo ni una sola vez venció a Aníbal, según dice Polibio; sino que éste parece haberse conservado invencible hasta Escipión. Sin embargo, nosotros damos más crédito a Livio, César y Nepote, y de los Griegos al rey Juba, que refieren haber Marcelo derrotado y puesto en fuga algunas veces a las tropas de Aníbal, bien que estos descalabros no tuvieron nunca gran consecuencia, pareciendo que era una falsa caída la que experimentó el africano en estos encuentros. Fue ciertamente admirable, más de lo que alcanza a imaginarse, aquel que después de tantas derrotas de ejércitos, de tantas muertes de generales, y de haber estado vacilante todo el poder de Roma, infundió ánimo en los soldados para hacer frente. Y éste, que al antiguo miedo y terror sustituyó en el ejército el valor y la emulación, hasta no ceder fácilmente sin la victoria, y antes disputarla y sostenerse con aliento y con brío, no fue otro que Marcelo; porque acostumbrados antes a fuerza de desgracias a darse por bien librados si con la fuga escapaban de Aníbal, los enseñó a tenerse por afrentados si sobrevivían al venci-

miento, a avergonzarse si un punto se movían de su puesto, y a apesadumbrarse si no salían vencedores.

II.- Pelópidas no fue vencido en ninguna batalla en que tuvo el mando, y Marcelo venció muchas mandando a los Romanos; por tanto, parece que con lo invicto del uno podrán ponerse a la par lo difícil de ser vencido del otro y el gran número de sus triunfos. Marcelo tomó a Siracusa, y Pelópidas no pudo apoderarse de la capital de los Lacedemonios; pero con todo, tengo por de más mérito que el tomar a Sicilia el haberse acercado a Esparta y haber sido el primer hombre que en guerra pasó el Eurotas; a no ser que alguno oponga que esto se debe más atribuir a Epaminondas que a Pelópidas, igualmente que la jornada de Leuctra, mientras que Marcelo en sus grandes hechos no tuvo que partir su gloria con nadie. Porque él sólo tomó a Siracusa, y sin concurrencia de otro alguno derrotó a los Galos; y contra Aníbal, cuando nadie se sostenía, y antes todos se retiraban, él sólo hizo frente, y mudando el aspecto de la guerra fue el primero que estableció el valor.

III.- Ni de uno ni de otro de estos ilustres varones puedo alabar la muerte; antes me aflijo y disgusto con lo extraño de su fallecimiento, causándome sorpresa el que Aníbal en tantas batallas, que apenas pueden contarse, ni una vez fuese herido, así como admiro a Crisantas, que, según se dice en la *Ciropedía*, teniendo ya levantada la espada, y estando para descargar el golpe sobre el enemigo, como oyese en aquel momento que la trompeta tocaba a retirada, dejándole ileso

se retiró con el mayor reposo y mansedumbre. Con todo, a Pelópidas le disculpa el que en el acto mismo de la batalla y con el calor de ella le arrebató la ira a que convenientemente se vengase; porque lo más laudable es que el general quede salvo después de la victoria, y si no pudiese evitar la muerte, que con virtud salga de la vida, según expresión de Eurípides; pues entonces el morir, que ordinariamente consiste en padecer, se convierte en una acción gloriosa. Además de la ira concurría también el fin de la victoria, que era a los ojos de Pelópidas la muerte del tirano, para no graduar enteramente de temerario su arrojo; pues es difícil encontrar para aquel acto de valor otro designio más brillante ni más decoroso. Mas Marcelo, sin que pudiera proponerse una gran ventaja, y sin que el ardor de la pelea le arrebatase y sacase de tino, imprudentemente se arrojó al peligro, corriendo a una muerte no propia de un general, sino de un batidor o de un centinela, y poniendo a los pies de los Iberos y Númidas, que hacían la vanguardia de los Cartagineses, sus cinco consulados, sus tres triunfos y los despojos y trofeos que de reyes había alcanzado. Así es que ellos mismos miraron con pena tal suceso, y el que un varón tan señalado en virtud entre los Romanos, tan grande en poder y en gloria tan esclarecido, se malograra de aquel modo entre los exploradores Fregelanos. No quisiera que estas cosas se tomaran por acusación de tan excelentes varones, sino más bien por un enfado y desahogo con ellos mismos y con su valor, al que sacrificaron sus otras virtudes, no teniendo la debida cuenta con sus vidas y sus personas, como si sólo murieran para sí, y no más bien para su patria, sus amigos y sus aliados. Des-

pués de muertos, del entierro de Pelópidas cuidaron aquellos por quienes murió, y del de Marcelo, los enemigos que le dieron muerte; y aunque lo primero es apetecible y glorioso, excede todavía, a la gratitud que paga beneficios, la enemistad que rinde homenaje a la misma virtud que la ofende; porque en esto no sobresale más que el honor, y en aquello lo que se descubre es el provecho y utilidad que se reportó de la virtud.